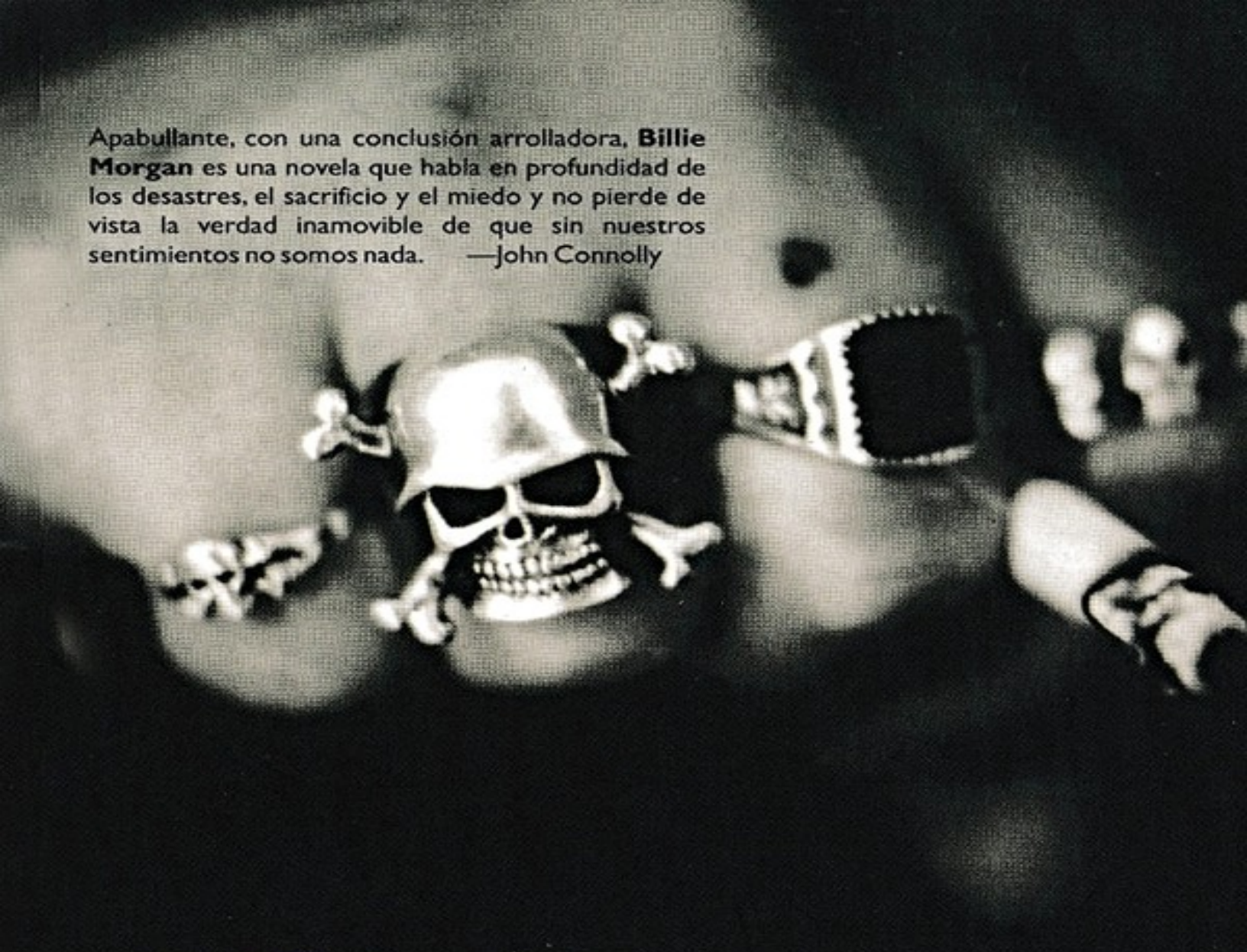


Apabullante, con una conclusión arrolladora, **Billie Morgan** es una novela que habla en profundidad de los desastres, el sacrificio y el miedo y no pierde de vista la verdad inamovible de que sin nuestros sentimientos no somos nada. —John Connolly

Billie Morgan

JOOLZ DENBY

NOVELA FINALISTA DEL PREMIO ORANGE

Billie ha superado la frontera de los cuarenta años. Regenta una pequeña joyería en Bradford, cuida de su ahijado Natty y, en definitiva, se esfuerza por llevar una vida tranquila despojada de pasado. Porque Billie quiere olvidar quien fue. De joven formaba parte de una banda de motoristas, los Hijos del demonio, una especie de Ángeles del inferno que, durante los setenta, alimentados de velocidad y ácido, fueron los despiadados dueños de la carretera.

Su vida, cada vez más desbocada, la empujó al asesinato. Ahora, años más tarde, debe afrontar las consecuencias. Billie Morgan, oscura pero no pesimista, es un frenético *thriller* que nos arrastra hacia el abismo. Escrita como si fuese un diario personal, lo que aporta veracidad y crudeza, la degradación moral de los personajes resulta tan fascinante como difícil de tolerar.

Joolz Denby

Billie Morgan

Título original: *Billie Morgan*
Joolz Denby, 2004
Traducción: Raúl Campos

Nota del editor digital

EDICIÓN basada en la edición en papel, la cual se ha escaneado y realizado el ocr.

Cualquier modificación y o corrección realizada sobre la edición en papel se indica con fuente de color rojo sobre fondo amarillo.

Dedicado con todo mi corazón y la más reverencial gratitud a Justin Sullivan y Warren Hogg, y a la memoria de mis queridos compañeros Finn MacCool y Little Egypt.

Agradecimientos

QUISIERA dar las gracias a las siguientes personas por su valiosa ayuda y sus palabras de ánimo: John Williams, Pete Ayrton y todo el equipo de Serpent's Tail, Kate Gordon, la doctora Christine Alvin, Nina Baptiste, Kulbir Singh, Tracie Critchley, Jodie y Chris, Sheila McLean e Isaac McLean-Swain, Donelda McKechnie, Nic Sears, John Connolly, Julia Wallis-Martin, Spotti-Alexander y *Miss* Dragon Pearl.

A los lectores de mis anteriores obras, cuyos incansables aliento, apoyo y lealtad me han llegado muy hondo.

A todas esas personas que no puedo nombrar, pero que saben quiénes son: gracias, hermanos. A quienes ya no están con nosotros, que en paz descansen.

Mi gratitud y respeto, como siempre, para la Diosa.

Éstos son mis recuerdos; mi versión de los hechos.
—B. M.

Prólogo

Sé que la mujer del reflejo de la ventana soy yo, aunque su aspecto sea distinto. Su tez es pálida y sonrosada, es delgada y lleva su fina cabellera rubia recogida con una horquilla. Las marcadas arrugas que nacen en las comisuras de sus labios huidizos acentúan su expresión de cansancio y tristeza. Yo tengo el pelo castaño oscuro y ondulado, surcado de vetas plateadas, corto y peinado hacia atrás, marcando un pequeño pico de viuda. Soy fuerte y corpulenta, y mi piel es entre blanca y amarilla, como nacarada. Mis ojos no son azul deslavado ni están enmarcados en rojo, como los del reflejo, sino que son gris marino y están moteados de verde. Como los de mi padre.

Sin embargo, sé que ella soy yo; sé que la del reflejo soy yo mirando cómo la furiosa lluvia cae al otro lado de la ventana mientras yo —ella— lavo los platos de la cena con guantes rosas de goma, algo que jamás hago. He vuelto a la vieja casa de West Bowling y me he quedado contemplando el patio enlosado trasero, el estrecho arriate de dos metros de largo repleto de rosas y cenicienta y monótona mugre. Es una zona empobrecida y decadente, un suburbio. El patio está destrozado y las paredes exteriores llenas de grafitis. Suspiro y me aparto un lacio mechón de pelo amarillo de mi sonrojada frente con el dorso de la muñeca.

Me veo desde fuera, desde arriba. Una parte de mí flota en medio de la lluvia y ve mi boca abierta escupiendo un espantoso grito mudo, ve mis ojos —esos ajenos ojos azules— abiertos como platos con horrorizada incredulidad al reconocer bajo el aguacero,

que se lleva la tierra, una mano flácida y blanca como el hueso que sobresale del arriate. Poco a poco toda la tierra va desapareciendo hasta dejar al descubierto el inerte y repulsivo cuerpo de un hombre con la boca llena de barro y los mugrientos ojos perdidos en el vacío. Aunque sé que el cadáver lleva allí muchos años, como si fuera un espeluznante icono, no se ha descompuesto. Me inclino sobre el fregadero y lloro al ver cómo el terrible secreto que durante tanto tiempo he ocultado queda a la vista de todo el mundo y cómo mi vida se va terminando.

Los ahogados sollozos se convierten en un ronco llanto cuando me despierto. Siempre me despierto en el mismo punto. Siempre.

Me llamo Billie Morgan. Me llamo Billie Morgan.

Y soy una asesina.

Primera parte

1

SABÉIS, lo cierto es que no tengo ni puta idea de por qué estoy haciendo esto. Escribir esta mierda, conservarla para la eternidad en negro sobre blanco en la estúpida Times New Roman a catorce puntos —sí, sé que es enorme, pero es que soy un poco miope—. Puede que necesite confesarme, como en las películas malas, en plan «…antes de matarle, Bond, le contaré por qué asesiné al presidente y…». Yo siempre pensaba: joder, déjate de tonterías y huye ya con los diamantes. En fin, miradme, aquí estoy, dándole a la tecla. Pero estas líneas no están a buen recaudo, cualquiera podría hacerse con ellas. Quiero decir, puedes leer sobre criminales —criminales, joder, qué ironía, como si yo no lo fuera— a los que han llevado a juicio porque en sus ordenadores se han encontrado «pruebas incriminatorias», aunque pensaran que ya estaban a salvo porque se habían deshecho de ellas. Leckie siempre dice, no sin antes fruncir los labios juiciosamente, que la gente que no entiende de ordenadores —dando a entender que ella sí— se cree que cuando borras las cosas ya nunca las puedes recuperar porque se han desvanecido como éter virtual, como ceniza desperdigada por el viento. Luego hace un silencio valorativo, menea un poco la cabeza y le da a su ancha cara marrón una expresión de sabiduría. Pero, anuncia con los ojos abiertos como platos, no es así. Ni de lejos. Porque luego viene cualquier niñato *friki* granuloso y recupera como si nada la información de tu disco duro, entre cuyos surcos y gorgoritos ha permanecido agazapada y oculta todo el tiempo. Que sí, dice Leckie en tono victorioso, que la gente es muy tonta.

Es algo que siempre me hace reír. Ella cree que admiro su sapiencia y perspicacia, su profundo conocimiento del alma humana. Pero en realidad sonrío sin ninguna gana ante el grotesco recuerdo de mi inconfesable y ciega estupidez, de mi error, mi gran, mi colosal cagada.

Pobre Leckie. Le tengo mucho cariño, de verdad, pero como dicen por aquí: perdónala, porque no sabe lo que dice.

Ya veis, siempre he sentido la necesidad de confesar, de hablar de las cosas sin preocuparme del riesgo que corro al imprimirlas o, antes de informatizarme, al anotarlas en un cuaderno. Pero en concreto este manuscrito, o como queráis llamarlo, esto que estáis leyendo ahora mismo, seáis quienes seáis, es el más importante, mi intento de dejar las cosas claras. Ya me entendéis, antes de morir o de coger y largarme a Tahití, como Gaugin. Tenía la necesidad de hacerlo. Debajo de mi cama guardo una caja fuerte de acero repleta de viejos cuadernos, todos de distintos tamaños, formas y colores, y llenos de mis ilegibles garabatos. También guardo ahí varios tipos de discos que reflejan mi relación con el mundo de la informática, saturados de desvaríos digitales. Los unos y los otros están muy bien protegidos, la llave la escondo en una desgastada bolsita de seda china, demasiado ajada para venderla ni siquiera de rebajas, que guardo entre el colchón y el somier. Es el primer lugar donde cualquiera buscaría, lo sé, pero sabe Dios que lo último que quiero es a la pasma rebuscando en mi casa. A veces pienso que debería esconder la maldita caja en un lugar menos accesible; quizá en el hueco de detrás de la placa del interruptor, donde éstos acostumbraban a guardar la mercancía en los viejos tiempos. Pero no me apetece un huevo, tendría que destornillar la placa cada vez que necesitara la llave y sé que me molestaría.

Y ahora sí que no me apetecería. Tengo cuarenta y seis años, ¿por qué iba a tomarme la molestia? A veces pienso que es un milagro que siga viva, por mucho que Leckie insista en teñirme el pelo para quitarme las canas y en hacerme la manicura. Dice que

tengo que mimarme. Como si yo fuera un bebé o como si los bebés se sometieran a tratamientos faciales o de aromaterapia.

En cualquier caso, me gusta la caja fuerte, perteneció a mi abuelo. Se la dieron en el ejército y lleva su nombre estarcido en ella: Comandante W.E.G. Morgan. William Edward George Morgan. Bill Morgan. Fue el primer Bill, después llegó mi padre y por ultimo yo, Billie. No es que en realidad me llame Wilhemina ni nada parecido, no. En mi partida de nacimiento pone Billie. Mi padre insistió, en contra de los deseos de mi madre, en bautizarme con el nombre de Billie; en parte por mantener un poco la tradición familiar y en parte, por Billie Holiday. Era su cantante de *jazz* favorita, la única con voz de cansado terciopelo raído. Mi madre quería ponerme un nombre que sonara «femenino», como el de mi hermana mayor, Jennifer, sólo que, por una vez, mi padre le contradijo. A mi madre no le hizo gracia y cuando la joden…, bueno. Se puede decir que ya entré en este mundo con mal pie.

Me encanta esa vieja caja abollada, porque me evoca mi infancia y me hace recordar aquellos cómodos y seguros tiempos pasados, a papá. Su padre murió antes de que yo cumpliera cinco años y la abuelita poco después; el padre de mamá murió cuando ésta era una adolescente y su madre, con quien nunca se llevó bien, vivió en un asilo de Scarborough varios años hasta que murió, puede que de aburrimiento, cuando yo tenía dieciséis. Estaba el hermano de mamá, el tío Arthur y su familia, pero como vivían en el sur nunca mantuvimos una relación muy estrecha con ellos y tampoco lo quisimos, la verdad sea dicha, porque eran un puñado de arribistas sociales. Una vez alguien oyó cómo el tío Arthur, avergonzado de su procedencia, le contaba a alguien que no, que no era de Bradford, que en realidad venía de Harrogate; no se puede ser más esnob. Así que mamá, Jen y yo nos habíamos quedado prácticamente solas; sólo nos teníamos a nosotras mismas.

La caja es todo lo que me queda de papá; en ella guardaba sus papeles, la cera de sellar y un extraño sello de latón que metía en el

crisol de cera roja para que nosotras escribiéramos nuestros «certificados» de cosas como ser una buena chica, haber crecido tres centímetros más o haber ayudado a mamá. Después él calentaba la cera de sellar, vertía un poco sobre el papel y me dejaba estamparla para otorgar al escrito cierta oficialidad.

Le quería tanto, tanto. También quería mucho a mamá, claro, pero papá… Papá era todo lo relacionado con soñar y ser galés; le recuerdo leyéndome *Narnia* y poemas de alguien a quien él llamaba señor Thomas y que yo no comprendía, y me acuerdo también del olor del *whisky*, los cigarrillos, el *aftershave* —«un poco de Old Mice, corazón, nunca falla, nada puede salir mal si te echas unas gotitas»—, y sus ojos grises clavados en algún horizonte lejano y en todas las faldas que se cruzaban en su camino.

Después se fue. Se escapó con su secretaria cuando yo acababa de cumplir nueve. En realidad lo de la secretaria es lo clásico; la abuela del asilo la llamaba «niña mona» las raras veces que íbamos a visitarla y mamá intentaba hacerla callar y la reñía por «meter el dedo en la llaga». La abuela del asilo se reía con crueldad y la sacaba de quicio cuando bebía el ortodoxo té que mamá preparaba y lo babeaba entre sus encías desdentadas y repetía una y otra vez: «Se ha escapado con una niña bonita, el muy cerdo, todos los hombres son unos puercos, puercos te digo».

Nunca vi a la niña bonita, como también yo la llamaba en secreto, pero me la imaginaba rubia, pechugona, de piernas kilométricas embutidas en botas altas de putón, como Emma Peel en *Los Vengadores*, sólo que de Yorkshire, por supuesto. Le añadí también minifalda y pendientes de plástico *«superfashion»*, chaqueta corta de piel de conejo y bolso de plástico con cadena chapada en oro. Pestañas postizas y uñas largas nacaradas para afrontar las veladas. Morena como un arenque ahumado en verano. Histriónica, pero sin salirse de su papel de fémina. «Gin-tonic con una rodajita de limón, por favor». «Oh, Bill, cómo eres, de verdad, qué cosas dices».

Más o menos como mamá, aunque mamá no resulta tan putesca. Es siempre muy elegante; le gusta llevar perlas cultivadas auténticas y un abrigo canela de lana y cachemira con cuello y puños de cordero mongol auténtico. Aun así es muy parecida. Rubia, de pechos voluptuosos y puntiagudos, cintura estrecha, caderas redondeadas, taconazos y atractiva, pero, en realidad, frígida. La niña bonita era más joven, por supuesto. Todos los hombres son iguales, se crean un ideal alrededor del cual labran toda su vida, aunque se cabrean si se lo dices. Ese ideal suele originarlo su primer amor, por lo que no creo que papá se hubiera largado nunca con una morena delgaducha. Tenía un amigo al que se le ponía la carne de gallina cada vez que veía una chica de rasgos escandinavos y profunda mirada azul, todo a causa de la rubia aquella de Abba. Era por eso por lo que también le chiflaba *Lady* Di. Es patético, lo admito, pero qué se le va a hacer. Oh, las mujeres también somos muy raras. Todas estamos jodidas, por un motivo u otro.

Papá y la niña bonita se fueron a vivir a Torquay, la Riviera inglesa y todo eso. ¿Fueron felices? Puede. Papá siempre estaba de muy buen humor cuando no le entraba aquella maldita y oscura nostalgia celta. El Perro Negro la llamaba. «Ya me está mordiendo otra vez el Perro Negro, corazón, dale a tu viejo padre un besito, qué rica mi niña; te quiero, Billie, te quiero más que a nada, ¿lo sabías? Porque eres un pedacito de mí».

Nunca volví a verlo. Murió en un accidente de tráfico cuando yo tenía veinte años. Borracho. Se estampó contra un árbol, dijeron. No se enteró. No fui al funeral, ninguna fuimos. Quién sabe qué fue de la niña bonita, lo más probable es que lo hubiera dejado años atrás. No dejó herencia alguna, sólo trastos. Llevaba un tiempo viviendo sólo en una pensionucha de Brighton. Alguien nos envió sus deprimentes trastos; yo me apropié de la caja fuerte antes de que mamá la tirara a la basura. Porquería, dijo llena de cólera, no nos ha dejado más que porquería.

Mamá y Jen dicen que soy la viva imagen de papá. Creo que ése era el problema.

2

VIVO en Bradford, en West Yorkshire, una región de Inglaterra que los del sur creen que es más gris, estéril y lúgubre a medida que se va yendo hacia el norte: «Ooh, ¿está cerca de Manchester? Dios, quiero decir… Yo… En realidad, bueno, yo no…». No, no saben dónde vivo, donde vivimos los putos bárbaros.

No saben lo que se pierden, esos estúpidos gilipollas; no han saboreado el acre e intenso sabor de la ciudad, la belleza de los impresionantes edificios del siglo XIX, adornados con los grabados en piedra más elegantes de todo el país. No han visto nuestra luz, que se espesa y dora tanto en el crepúsculo que prende los cristales de las ventanas de las paredes de arenisca y los tiñe de resplandeciente ámbar. No han probado nuestra comida, que procede de todas partes del mundo y es muy barata: mangos, caquis, caña de azúcar, kimbombós, racimos de cilantros recién cortados y atados con gomas viejas… Todo lo que quieras lo encontrarás al precio más barato en la tienda de la esquina. En una granja de ponis, unos ucranianos elaboran un pan que más bien parece ambrosía. Hay trabajadores procedentes del subcontinente y otros que son naturales de Bradford. La gente que nos trata con desprecio nunca ha contemplado nuestro cielo, la vasta y añil bóveda celeste que se cubre de nubes arremolinadas cuando el viento las arrastra al otro lado del valle. No ha paseado por nuestros campos, por nuestros páramos, salpicados de riscos y cubiertos de purpúreos brezos y de oxidados mantos de helechos entre los que resuena el quejoso eco de los aullidos de los zorros, vigilados por los cernícalos, que revolotean sobre las revueltas termas.

Oh, sin duda se trata de una región deprimida; cuando la industria textil estuvo a punto de venirse abajo, la pobreza empezó a pudrirlo todo. Los niños pasaban hambre y el corazón de los jóvenes se hinchó de una enfermiza rabia que los empujó a cometer actos temerarios y brutales. No seré yo quien diga que es un lugar agradable. En algunos aspectos es feo y cruel; a veces me frustra y me desespera el comportamiento de la gente. Pero no es triste ni sombrío, sino tan vivo y colorido como un Turner. Es un laberinto de piedra, una trampa para los despistados… No me sorprende que a los pobres londinenses les resulte tan chocante.

Siempre he vivido aquí, con mamá, Jen y Liz. Nunca hemos pensado en mudarnos a otra ciudad. Cuando Jen emigró no cuenta porque su corazón seguía vinculado a Bradford. Eso sí, no vivimos en el centro, esta ciudad no es de ésas. Mi tienda está ahí, así es como me gano la vida; tengo una tienda de regalos en Carlsgate junto al centro comercial a la que he puesto el nombre de Moonstone. Antes se llamaba Regalos Moonstone, pero después de que Leckie viniera a trabajar conmigo la redecoramos y quitamos el «Regalos»; así suena más moderno y va con el azul pálido metálico de las paredes y el suelo de madera clara. Si pudiera quitarle a Lecks de la cabeza la idea de vender sus baratijas de estilo *new age* sería fantástico, pero, en fin, todos tenemos nuestras manías. Ojalá las dejara con los apestosos pebetes y los libritos de portadas de tonos pasteles de títulos como *Más allá de Dios* o *Descubra su Sagrado Payaso Interior*. Me niego en redondo a ponerlos a la venta.

Mi especialidad son las piedras preciosas y la platería, las obras buenas y bonitas. Pinto tarjetas, elaboro regalos diferentes, diseño papel de regalo y cosas así. Es un lugar bonito, la tienda; el ambiente de trabajo es muy agradable, como se suele decir, de lo cual me siento muy orgullosa. Encima hay un pequeño apartamento que utilizamos como almacén porque ya no vive nadie en él. Yo lo ocupé cuando abrí la tienda, época en la que estaba pelada y desesperada, pero lo dejé tan pronto como tuve ocasión. En realidad

nadie vive en la ciudad propiamente dicha; por las noches sentía una extraña soledad, allí acurrucada en mi saco de dormir sobre un colchón tirado en el suelo escuchando cómo canturreaban los borrachos.

Mamá sigue viviendo en la casa adosada de Saltaire a la que se mudó cuando vivía con papá; entonces no tenía nada de especial, aunque sí resultaba pintoresca con el canal y la pequeña ciudad de fondo. El pueblo, que parece haber sido construido de una pieza, cuenta con un hospital en miniatura y diversos hospicios que Titus Salt, dueño de una fábrica de tejidos y visionario social del siglo XIX, ordenó construir para atender a sus trabajadores. En la actualidad es un lugar bullicioso en el que cada día aumenta la población de lo que antes se llamaban *yuppies*. Hay cafeterías macrobióticas, tiendas de ropa, galerías de arte, un museo del armonio y un edificio dedicado al reconocido artista local David Hockney. Es una especie de sepulcro pre-mortuorio dotado de una silente atmósfera funeraria y repleto de floreros votivos llenos de lirios. Muy *antiyorkshiriano*.

Pues ahí es donde vive mamá. Yo viví con ella hasta que me casé y Jen hasta que, como he dicho, emigró. Ahora mi casa está en el otro extremo de la ciudad, en otro pueblo dormitorio, Ravensbury, también muy bonito, pero quizá un poco más rural. Mi cabaña tiene dos dormitorios pequeños, salón, cocina y cuarto de baño. Tengo, además, un jardincito con flores de todos los colores, un hermoso y viejo sauce llorón, montones de rosas normales, un estanquito bordeado de lirios amarillos y un banco hecho de azulejos de estilo gaudiniano que hice en la esquina de la vieja pared de piedra. Tengo incluso un ruinoso garaje en el que guardo mi vieja ranchera. La compré antes de que se dispararan los precios de las viviendas —por veinte mil libras fue toda una ganga—. Oh, en serio, entonces no era difícil encontrar oportunidades así.

Vivo sola con mis gatos, *Gengis* y *Cairo*. *Gengis* es un viejo demonio artrítico y negro como la noche, tiene incontables cortes en las orejas y unos ojos de color amarillo sulfuroso rebosantes de

maldad y violencia, pero se lleva bien conmigo y con la gente. *Cairo*, que es más joven, tiene los ojos muy rasgados y es como la Sofía Loren de los gatos, un bomboncito atigrado de ascendencia siamesa con cuyos operísticos maullidos podría resucitar a un muerto. Me encantan mis animales; quiero decir que los amo de verdad. No me importa si suena sentimentaloide o si parezco mayor, sólo sé que me importan más que ciertos humanos. Llevo años viviendo con ellos, oliendo el limpio y primitivo olor de su pelaje y sintiendo su sedosa suavidad en mis dedos. He escuchado sus conversaciones y riñas, los he visto matarse y besarse con la misma satisfacción. Los he visto pasar de ser cachorros temblorosos a convertirse en ligeros y elásticos adolescentes y por último en vejestorios melancólicos y silenciosos. Los he cuidado y he dormido con ellos, he ido cayendo en el mundo de los sueños al son de su respiración, sus matutinos gemidos de hambre han sido mi reloj despertador.

También me encanta mi hogar. Ahora está muy bien, después de haberle dedicado mucho tiempo, de reparar los daños que hicieron los imbéciles de los antiguos propietarios, que pintaron las vigas de roble con pintura lila de emulsión y pegaron PVC púrpura en el suelo hasta el dormitorio. Ahora es más luminoso y abierto; lo he decorado con mucha madera y piedra naturales y con un enorme y mullido sofá rojo en el que suelo enroscarme frente a la potente estufa de gas. Es desvergonzadamente acogedor, supongo, en lugar de minimalista o moderno. Y me gusta que el pequeño cementerio arbolado y la pequeña iglesia de paredes verdosas estén tan cerca; me traen paz. No me asustan los muertos, más bien son los vivos los que me dan por el culo, lo tengo muy claro.

He colgado en las paredes las fotos enmarcadas de mi padre; las cogí de casa de mamá, que las tenía del revés. No cuelgo mis propios trabajos, no puedo, para mí es como rogar un halago o algo así. Ya sabéis, lo típico de «Qué cuadro tan bonito, ¿quién lo ha pintado? ¿Es tuyo? Qué pasada…». Es como si dijera «Eh, admirad mi inteligencia, soy toda una artista», pero quizá, para ser sincera,

muchas veces pienso en lo que podría haber llegado a ser. No una pintora de primera ni una figura del britart, pero sé que hubiera podido vivir de ello, estoy segura. Aunque quizá hubiera tenido que dejar Bradford y mudarme a Londres o a Saint Ives; junto al mar, hubiera sido perfecto.

Sin embargo, jamás salí del pueblo. Ése no es mi destino; mi futuro está en Bradford, en la caótica, contradictoria, inhospitalaria y caleidoscópica Bradford, el telón de fondo de mi vida, una parte de mí, de lo que me ocurrió, de esto en lo que me he convertido.

Sería demasiado fácil decir que tuve una infancia horrible, usarlo como excusa, pero no sería cierto. No me faltó nada material. Mamá trabajaba en la administración municipal como secretaria, ¿qué pasa? Era de las buenas, como ella repetía una y otra vez, y no una simple mecanógrafa presumida como «la mujer ésa». Mamá colaboraba con dos «caballeros» del Departamento de Urbanismo. En apariencia eran artistas y se pasaban el día meditando sobre las iglesias barrocas de York y las fachadas clásicas de imitación de Huddersfield. Nada más jubilarse se apuntó a todos los clubs, cursos y actividades que pudo: *bridge*, obras benéficas, alfarería —esto lo dejó pronto porque decía que se manchaba—, literatura —siempre que se estudiara a Catherine Cookson o a alguien por el estilo, es decir, nada de palabrotas ni de folladas, y todas las historias iguales para no tener que discurrir mucho—, golf, excursiones en autobús a jardines famosos y, sálvese quien pueda, salsa para mayores de cincuenta años. Para practicarla se compró unos zapatos plateados de tacón de siete centímetros, medida que ella considera práctica. Seguro que sólo con esos zapatos y su lápiz de labios de Revlon ya sería capaz de escalar el puto Everest. No, su agenda no le permite ni una hora de tiempo libre, así es como lo prefiere. Se puede decir, como os habréis ido imaginando, que no le gusta pensar.

Jen, casi ocho años mayor que yo —yo no estaba «prevista» como ella, sino que ocurrí después de un diluvio de gintónic—, empezó a trabajar nada más dejar la escuela, con dieciséis años.

Vive en Canadá, en Calgary, con su marido, Eric, y las niñas, Cheryl Anne y Tiffany Jayne, mis sobrinas, a las que sólo he visto en las dos ocasiones en que han visitado la «madre patria». La primera vez Cheryl ya casi tenía tres años y Tiffany todavía era una niña de pecho. Cheryl gritaba como una descosida cada vez que me acercaba a ella, mientras que mamá, Jen y Liz —como si de repente ésta fuera también una experta en críos— fruncían los labios y balanceaban la cabeza al unísono como crisantemos mecidos por la brisa. O como crisantemos trinchados por el tallo de la rosa muerta que era Liz. La segunda vez, unos ocho años después, las niñas se comportaron con educación. Me gustaría decir algo más tierno, pero no puedo.

Jen emigró después de la merengada de su boda, con él, Eric, la maravilla sin barbilla. Se llevaban muy bien, gracias a Dios. Cuida de mamá. Es el arquetipo de rubia, toda curvas, manos y pies delicados, grandes ojos azules y tez de melocotón. Al igual que mamá, se pondrá rolliza y le saldrán venillas rojas en sus suaves mejillas. Pero Jen sabe cómo hacer frente a todo eso: ahora es toda una señorita Chanel que trabaja en una gran tienda de un gigantesco centro comercial de Calgary. No dudará en aplicarse esa sombra verde que tan bien disimula el cruel arrebol de la decadencia, o Crème de la Mer, que únicamente vale un millón de libras el tarro, para alisar las primeras arrugas. Si nada de eso funciona, como suele ocurrir, siempre puede una someterse al escalpelo mágico de algún cirujano plástico afectado; Norteamérica, cuna del enésimo *lifting*, sonriente calavera de la muerte coronada por una aureola de paja. Jen, como si fuera Canuto el Grande metido a cosmetólogo, resistirá con estoicismo la despiadada avalancha del tiempo.

Para Jen, los tratamientos de belleza son toda una religión, un mantra sin fin; su primer empleo fue como «asesora de belleza» —atendía al público en una tienda de Estée Lauder— en los grandes almacenes del pueblo, cerrados desde entonces. Estaba extática, no

hay otra forma de decirlo. Se había quedado como Santa Teresa, transfigurada.

Creo que consiguió el trabajo porque sus jefes percibieron el fervor redentor en sus destellantes ojos cuando intentaba convencerlos de que aquello era su vocación. Las manos perfectamente cuidadas de Jen concederían la salvación a las ancianas, a las granulosas, a las de zona T grasienta y a las de piel seca. Todas esas pobres mujeres desesperadas recuperarían el Santo Grial del culto al cuerpo, la feminidad perdida. Los hombres las admirarían y las demás mujeres las envidiarían. Volverían a amarlas. «Ave, Jennifer purísima, bendita tú eres entre todas las mujeres». Se atreverían a enfrentarse de nuevo a ese demonio tirano, el espejo, que les regalaría un nuevo yo pintarrajeado de un húmedo beis uniforme —Jen no trabaja con negras, no son su «especialidad»—, unos ojos de tonos otoñales magistralmente escalonados y unos espesos labios colorados como si les hubieran hostiado en los morros. «Bendita tú eres». «Santa Jennifer, ruega por nosotros, renueva nuestra condición de mujeres y devuélvenos nuestra feminidad de cada día…».

De eso era de lo que iba todo. De feminidad. Mamá y Jen estaban obsesionadas. Lo peor que podían decir de otra mujer era que no parecía muy femenina. Sus vidas giraban alrededor de aquel rígido concepto de condición de mujer, lo que es extraño, supongo, teniendo en cuenta que mamá nunca volvió a casarse tras el divorcio.

La nuestra era una casa de mujeres. Hasta el perro, Dulcy —un yorkshire que mamá siempre adornaba colocándole un lacito de tartán en la cabeza—, era perra. Los hombres podían entrar al santuario, pero jamás se quedaban. Ni siquiera a pasar una noche, que yo sepa. Al principio me ponía a mí como excusa: «La pequeña, no le gustaría, tenía a su padre en un pedestal, la pobre». Podía oírlos en el pasillo cada vez que algún don Juan enfermo de amor pretendía acariciar las generosas curvas de mamá, cubiertas siempre

con algún conjunto de suave cachemira, y veía sus valiosas perlas brillar como destellantes gotitas de luz en la sonrosada penumbra, mientras Dulcy ladraba lastimeramente alrededor de sus tobillos, forrados con medias de nailon. Tenía que taparme la boca con la mano para no soltar una risita y me acordaba de lo que mi madre me había contado sobre el hombre antes de que llegara, mientras aparcaba su coche de representante junto a la casa, bajo la débil llovizna que todo lo volvía gris y borroso.

«En fin, no sé por qué me molesto, no es lo que yo… Jen, amor, tráeme un pañuelo, hay mucha humedad fuera». Soltaba un profundo suspiro y se ahuecaba la permanente. «No es lo que busco, lo juro, me traerá un ramo de horribles claveles y me acosará, Charlie, toda la noche. ¡Hombres! Aun así Liz tiene razón, no puedo quedarme siempre en casa, me volvería loca. ¿No va a venir Dickie? Bueno, ándate con cuidado y no te líes con ningún aprovechado, jovencita, ya sabes cómo acaban esas historias, mira la pobre Stella Parrish, tan crecidita ya y todavía no veo una alianza en sus dedos, ¿no te parece? No, Billie, eres muy joven. Ya lo verás cuando crezcas, los hombres son la cruz con que debemos cargar las mujeres. Por favor, ¿lo has oído? Toca el claxon como un taxistucho. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Típico. Bueno…». Muá, muá. «Me voy, no me esperéis despiertas, chicas, que no es fin de semana».

Nunca le duraban mucho. Mamá salía con ellos, o bien sola o bien en un grupo de dos parejas, con su amiga Liz, a quien conocía desde la escuela, varias noches hasta que se cansaba y se los quitaba de encima como si fueran una chaqueta pasada de moda. Disfrutaba mucho más yendo al cine o a bailar tranquilamente con Liz, vestidas ambas de punta en blanco. Liz decidió divorciarse de Ted tras sólo cuatro años de matrimonio, cuando un día llegó a casa antes de tiempo y le encontró tirándose a su hermana en el lecho conyugal, al parecer ataviados con sendos disfraces, solamente que esto último lo dijo con disimulo en una sibilante voz baja, frunciendo los labios y con mirada trágica. Toda mi vida me he preguntado de

qué se habrían disfrazado ese pobre bastardo y la despreciable hermana de Liz. Yo es que lo flipo. En cualquier caso, la vileza de los hombres actuaba como estrecho vínculo entre Liz y mamá, era su grito de guerra. Las «homodivorciadas», como se llamaban a sí mismas. Eran un par de homodivorciadas.

Por aquel entonces homosexualidad significaba liberación, pero creo que mamá hubiera sido mucho más feliz si se hubiera casado con Liz. Ésta, con su sólido casco de pelo moreno enmarañado y apelmazado, sus símicos ojos de tabaco, su sombra de bigote, su cetrina tez «española» y sus tintineantes pulseras doradas y cadena con crucifijo —sin Cristo clavado a ella; por muy europea que pudiera parecer, no era católica, gracias a Dios— llegó a convertirse en una habitante más de la casa, aunque en principio vivía en monjil soledad a unas pocas calles, en una casita limpia como los chorros del oro que apestaba a ceniceros y ambientadores diversos. En aquella época los maricas eran tan sofisticados como las mujeres; el colmo de la seducción era dar una profunda calada mirando a los ojos de tu presa y después echar el humo y decirle con fatalidad «Adelante, si es lo que sientes» a algún yogurín mareado por la nube de nicotina.

Y os aseguro que Liz era de lo más sofisticada. Había quien la comparaba —alguna amiga ciega, supongo— con aquella otra Liz, Liz Taylor, y siempre se las apañaba para dejar caer que al contrario que la Taylor, ella no hubiera permitido que Richard Burton se le escapara, ni hablar. Un hombre así necesita una mano que lo domine en lugar de permitirle hacer cuanto le venga en gana. Pero en realidad todo era puro teatro, sin sentido ni argumento. Simples pretensiones artísticas. Personalmente, siempre he creído que el físico encorsetado y tieso de Liz se asemejaba más al de esculpidos contornos de la reina Victoria durante sus últimos y monumentales años que al de peligrosas curvas de su vivaz tocaya de mirada violeta.

Las pálidas manos de Liz, teñidas siempre de nicotina, con sus dedos repletos de anillos, revoloteaban como palomas mugrientas mientras hablaba, hábito que atribuía a su peculiar modo de vida cosmopolita. Le gustaba la «elegante» moda de Leeds que mamá admiraba, pero a la que no se podía apuntar porque sus caderas y tetas empezaban a necesitar una sastrería imposible. Todas sabíamos muy bien que Liz Hodges, siendo tan apasionada e independiente, se podría haber vuelto a casar con quien hubiera querido; sin embargo, decidió no casarse con nadie y quedarse con mamá.

Se querían; la una era la mayor admiradora de la otra. Liz siempre había detestado a papá, de hecho despreciaba a todos los hombres por principio, pero tenía la costumbre de no «entrometerse» en los asuntos familiares. Se limitaba a morderse la lengua y mirar al techo si alguien mencionaba a papá. Pensaba que no tenía por qué manifestarse al respecto, aunque había que estar muy ciego para no leer su lenguaje corporal. La oía hablar cuando ella creía que nadie más se enteraría de lo que decía, en la cocina, ya entrada la noche, tomando una última y lenta taza de té antes de salir a enfrentarse al aguanieve de la calle: «Estás mejor sin él, Jeanie, mi amor, ese cabrón…, y ya sabes, quien mala cama hace en ella yace». Yo apretaba los dientes y tiritaba en las escaleras vestida con mi camisón de franela y mis zapatillas de conejito. Mamá escuchaba los consejos de Liz como si fueran revelaciones divinas; Liz era muy lista, nadie se la daba nunca a Liz Hodges. No me extraña que los cada vez más escasos y trajeados hombres que perseguían los voluptuosos encantos de mamá naufragaran al chocar con las rocas de la férrea devoción de mamá y Liz. Cuando ésta murió de un repentino ataque al corazón, hará cuatro o cinco años ya, mamá se hundió. La deserción de papá no le afectó tanto ni de lejos.

Pero en casa, protegida de las asperezas del mundo, a mamá le chiflaba el tema de los cosméticos, los potingues para la piel que

compartía con Jen. Al fin y al cabo era una belleza, algo en lo que todo el mundo estaba de acuerdo, y como tal se sentía obligada a mantener ciertos estándares. Era su deber… La espeluznante cancioncilla esa siempre me recuerda a ella:

> «Mantente joven y hermosa,
> es tu deber ser hermosa,
> mantente joven y hermosa
> si quieres que te quieran»…

Los tratamientos de belleza eran unos rituales a los que dedicaba todo el tiempo que no pasaba trabajando. Pronunciar los nombres de sus dioses de la belleza era para ella como rezar para parecerse a las estrellas más glamourosas de la gran pantalla: Helena Rubenstein, Max Factor, Elizabeth Arden, Guerlain, Estée Lauder… Nada de fruslerías como Mary Quant o de abominaciones como Biba. Después estaba el peluquero, el manicuro y las largas horas en el reducido cuarto de baño embadurnada de muestras gratuitas de la empresa para la que Jen estuviera trabajando en esa determinada época. Yo me lo pasaba en grande cuando se cubrían la cara con aquellas durísimas mascarillas de color azul brillante porque se quedaban las tres mudas y sólo podían mover los ojos como caballos asustados mientras yo me esforzaba por comprender qué querían decir: té, Nescafé, pañuelitos de papel, algodón hidrófilo… Siempre sin mover la boca, no fuera que arruinaran la mascarilla y se convirtieran en despreciables matusalenes.

También me divertían las interminables e inútiles dietas. Cada vez que comían algo bueno y antidietético salían con aquello de «dos minutos en la boca, dos centímetros en las cartucheras» y ponían los ojos en blanco. Teníamos medidores de calorías en todas las habitaciones y los únicos libros del salón, aparte de los de novela rosa, eran los de las dietas de moda. Mi favorito, dado que para creerse su contenido se necesitaba la misma fe que hacía falta para

convencerse de la virginidad de la madre de Dios, era el de la dieta del pomelo. Al parecer, si te comías medio pomelo —una fruta asquerosa— antes de almorzar… ¡toda la grasa contenida en los alimentos se disolvía sola! Joder, fabuloso, ¿no? Sin embargo, por alguna razón desconocida, a pesar de los incontables kilos de ácido y repulsivo pomelo que mamá y Jen engullían antes de ponerse moradas a filetes de cerdo y puré de patatas, la dieta no acababa de dar resultado. «Qué raro, ¿verdad?», solía decir mamá, «Debemos de estar haciendo algo mal».

La idea de practicar ejercicio y llevar una dieta variada y equilibrada les sonaba demasiado aburrida y antifemenina dadas las desagradables connotaciones deportivas. La feminidad exigía rendir un insensato culto al cuerpo en lugar de ceñirse a la razón o al método. Los hombres pensaban así. Las mujeres eran sensibles, temperamentales, se dejaban llevar por escalofriantes tormentas emocionales, lloraban con *Lo que el viento se llevó* y por supuesto no dudarían en hacerse un vestido con las viejas cortinas de terciopelo del salón si pasaban necesidades y se avecinaba una cena seguida de baile.

Mamá y Jen requerían o, mejor dicho, requieren lo que hoy en día se conoce como mantenimiento de alto nivel.

Les hacía sentirse hermosas, mimadas o «apreciadas», como le gustaba decir a mamá, y a pesar de mi falta de entusiasmo, yo misma acabé sometiéndome a lo que Jen llama la «rutina de la belleza». Siempre me quito el maquillaje —aunque en la actualidad apenas uso—, me lavo la cara con leche limpiadora, nada de con cualquier jabón, me aplico alguna crema, me pongo protección solar y no me cepillo el pelo si no es con un Masón Pearson. Borracha o sobria, colocada o bien despierta, cansada o no. Jen dice que al menos lo ha intentado conmigo; la desesperación de su tono es palpable.

Por tanto, entre mamá, Jen y mis trabajos como repartidora de periódicos y lavadora de coches los sábados, íbamos saliendo

adelante, gracias a Dios. Sin lujos, no nos sobraba mucho, pero de vez en cuando mamá se apuntaba a algún viaje organizado a la costa con Liz a remolque, como si fuera el maniquí de una feliz modista maricona. Jen y yo nos quedábamos en casa durante los períodos de vacaciones, ya que llevarnos al extranjero se consideraba un desperdicio. Pero mamá supo sacar muy bien la casa adelante, siempre aprovechaba lo que sobraba y era perfectamente capaz de pintar y decorar, aunque se necesitaban guantes de goma ultra-resistentes y grandes pañuelos. Además su fuerte era envolver los regalos de cumpleaños o de navidad. Se podía pasar horas haciendo ramos de crisantemos de papel de aluminio o pegando lentejuelas en el más trivial de los regalos, de hecho, en mi trabajo ningún regalo de reencuentro o de maternidad queda terminado si no se le da el «toque mágico» de la señora Morgan. «Mi toque mágico, sin intención de darme bombo, consiste en una actitud, sabéis, en ser agradable, en hacer las cosas agradables». Tendríais que haber visto la linterna de papel que me hizo un año para el concierto de villancicos de la escuela. Era una genialidad, una obra maestra de cartulina y papel metálico de envolver. Las de los demás niños eran endebles cagarrutas defecadas por las torpes manos de sus padres. Me moría de vergüenza. Debería haberme sentido felicísima, pero no fue así porque di la nota más que nunca, todos me miraban.

Yo sólo quería ser como los demás, ya veis. Más que nada en el mundo. Todas las noches le rogaba al Niño Jesús que me hiciera como los demás, que hiciera que dejara de ser aquella niña excéntrica de cejas negras que cada vez que abría la boca la cagaba. Pero lo cierto es que nunca me respondió, pese a que en un arranque de solidaridad infantil con su terrible vida —tal como a mí me parecía a mis once años— y después de haber visto *Historia de una monja* el domingo por la tarde, con mamá y Jen llorando por la increíble Hermana Luke, interpretada por Audrey Hepburn, y Liz callada en lugar de haciendo sus molestos y constantes comentarios,

decidí—no os riáis— dejar una caja de pañuelos bordados con una «J» en la esquina del altar de la catedral de San Pedro al salir de la escuela. Porque en Palestina no debían de tener pañuelos entonces. No era justo, pobre Jesusito; nadie le hizo nunca un regalo práctico, pero sí que le pedían cosas constantemente. Así que me dio por comprarle unos pañuelos con mi paga. Me gustaría saber qué cara puso el vicario al leer la nota que dejé sobre la caja, escrita con grandes y torcidas letras infantiles: «Para Jesús, con mucho amor, B.». Aquélla fue mi zambullida más profunda en el mundo de la religión. Como tema de estudio es interesante, pero creer en Dios ya es otra historia. El dios cristiano, Buda, Yahvé, Alá… No, no es para mí. Como bien decía Liz, un dios es sólo otro hombre que sólo pretende mangonearte.

Con todo, cuando mis amigas del cole venían a casa se ponían verdes de envidia. A mamá le encantaba hacer de anfitriona y sacar bandejas de galletitas con blonda y servir limonada. Además el cálido salón, rosa y dorado, era infinitamente mejor que el de sus casuchas destrozadas por ellas mismas e infestadas de jerbos. «Eres tan afortunada», decían entre suspiros. «Tu madre es fantástica, parece una actriz o algo así, como si hubiera salido de la tele», y yo me sentía orgullosa y fingía que me aburría ser un ente superior.

Ojalá mamá me hubiera querido como quería a Jen, hubiera sido perfecto.

Ojalá papá no se hubiera largado, hubiera sido perfecto.

Ojalá yo hubiera sido rubia y tetuda; ojalá papá no me hubiera legado el Perro Negro y su condenada terquedad galesa.

3

NO ERA infeliz, no os creáis, no al principio. Sin duda alguna no cuando era pequeña y la vida se reducía a pintar con los dedos y chupar las patas de mi peluche hasta desgastarlas. Tengo un montón de recuerdos felices: cuando me pidieron que cantara una canción en el parvulario y la única que me sabía, por algún motivo insondable, era *Mi viejo es basurero*[1], de Lonnie Donegan. Me acuerdo de que comía tabletas de chocolate Kake Brand para cocinar, que sabía a cera de velas con sabor a chocolate, de la tortuga del parvulario meándose en la mesa para el escatológico regocijo de los niños, del olor del armario de debajo de las escaleras, repleto de zapatos viejos y ratones, y del perfume de mamá, Blue Grass, de Elizabeth Arden. Me acuerdo de la Navidad en que papá me trajo un oso panda de juguete tan grande como yo, y de mi muñeca Becky, a la que con tanta crueldad torturé atándola con una cuerda a la puerta de la entrada y disparándole flechas de ventosa para jugar a indios y vaqueros. Me acuerdo de que me creía Pluma Roja, el bravo guerrero indio, y de que durante semanas saludaba a todo el mundo con un breve «Jau» pensando que tal era la costumbre de los indios más belicosos. Disfrutaba con cualquier cosa, como cualquier niño, cada día era una nueva maravilla y cada noche un largo y plácido sueño en mi camita, en cuya cabecera vivía una familia de patos estarcidos.

Más adelante, poco a poco, empecé a comprender lo que los adultos decían. Era como ver una película en la que el sonido viene y va, de repente pillas algo ininteligible, luego se vuelve a hacer el silencio y cuando menos te lo esperas se vuelve a oír algo. Con el tiempo las palabras, los sonidos, las ideas expresadas en todas

aquellas conversaciones tan serias comenzaron a encajar y yo empecé a intuir mi lugar en la familia, a entender que el mundo no giraba a mi alrededor y que yo era parte de un gran todo. Al final fui captando suficientes matices para darme cuenta de que las cosas no eran lo que parecían y de que yo no era la niña querida por todos que creía ser. La nube de felicidad que me había envuelto hasta entonces comenzó a desvanecerse. Sentía algo extraño, algo no cuantificable ni analizable, y supe que no era feliz como Jen. Mamá y Jen; la una es como el reflejo de la otra, del mismo modo en que ahora las niñas son la viva imagen de Jen y su abuelita; todas las visitas recitan la misma tontería que solían comentar sobre mamá y Jen: «Ooh, más que madre e hija parecéis hermanas». «Mis rubitas», como escribió el sedicente y zalamero Eric en la posdata de una de las cartas que le escribió a Jen. Joder. Tantas rubias juntas empezaron a volverme loca, sin embargo me sentía culpable, como si de alguna manera absurda las hubiera decepcionado por ser yo. La hija de mi padre, esa de pelo oscuro, cejas pobladas, rostro anguloso, intensa mirada gris verdosa y encima… granos.

Sí, reíos si queréis. Quiero decir, a muchos adolescentes les salen granos, ¿gracioso, verdad? Pues no, en nuestra casa no tenía ninguna gracia. Mamá y Jen siempre tuvieron una piel tersa, translúcida y levemente rosada. El hecho de que a mí me salieran puntos negros y espinillas como hierbajos que brotaran con nocturnidad y alevosía provocaba, en sentido literal, gritos de pavor. No era, como os habréis imaginado, femenino ser una jovencita rara y granulosa, debía de pasarme algo, hablando desde un punto de vista clínico. Mamá no dudó en llevarme al médico. Se tapaba los ojos con la mano como si me hubieran diagnosticado una enfermedad venérea. Recuerdo la expresión del doctor que, aunque mamá le había encantado, no podía creer que alguien montara tanto alboroto por unos

granos. Pero mamá no estaba dispuesta a consentir que ningún hombre le dijera qué era o qué no era importante, ni hablar. Ella

insistió e insistió, habiéndose colocado previamente una comedida máscara de tragedia, hasta que por fin el doctor desistió y me envió al departamento de dermatología del hospital. Mi enfermedad ya era oficial.

Conseguí convencer a mamá de que no me acompañara a la clínica, a lo que no puso grandes objeciones. Odiaba los hospitales porque no le gustaban los edificios de paredes de mármol, que además apestaban. Los desaliñados médicos, saturados de trabajo, me atendieron bien, pero no comprendían la desesperación con que yo intentaba explicarles el obsesivo interés de mi familia por el aspecto físico; estaba claro que no lo entendían. Se limitaban a enarcar sus despeinadas cejas y a decir eso tan polivalente y típico de médicos de «Hmm…, entiendo» mientras yo me ponía roja como un tomate y maldecía en incoherente voz baja los tratamientos faciales y la feminidad.

Al final me pusieron un tratamiento de tetraciclina de un año. Se suponía que era lo más de lo más para eliminar el acné, la solución definitiva. A lo largo de esos doce meses engullí con puntualidad militar suficientes cápsulas para evitar que el acné atacara a la población de un país entero durante toda una década. Eso sí, ya no me salieron granos. Tampoco sufrí infecciones estomacales ni me salieron hongos en ningún agujero. Parecía una loncha de queso y me sentía como la mierda: me quedé pálida, me encontraba aletargada y me sentía deprimida. Me convertí en la chica más obediente del mundo porque no tenía fuerzas para rechistar. Pero entonces un doctor y una madre no podían estar equivocados. Todo aquello, combinado con mi aire de demente y mi misteriosa falta de feminidad, me llevó a la conclusión de que era una *freak*.

Desde los once años o así fui consciente de que era un bicho raro. Lo descubrí con la misma naturalidad con que respiraba. Nunca pretendí convertirme en una rebelde, pero la gente pensaba que lo era; de hecho, era algo que odiaba y en varias ocasiones me rebelé contra mi rebeldía e intenté con todas mis fuerzas ser normal. No

salió bien, la gente descubre a los inadaptados con la misma facilidad con que los lobos huelen el miedo. Es algo atávico, químico, es la tribu lanceando lo desconocido, lapidando al extraño. Ya en la escuela de primaria era una pesadilla el no encajar. Supongo que sufrí lo que hoy se denomina «fobia escolar», que entonces se llamaba haraganería. Me aterrorizaba levantarme para ir al colegio y aprendí a fingir que tenía fiebre para concederme un día de respiro de vez en cuando. No siempre funcionaba, y cuando lo hacía mamá desataba su cólera en mi cogote por causarle problemas. Hoy existen medidas gubernamentales contra el acoso escolar, pero entonces era la ley de la selva, la del más fuerte. Me acuerdo de una niña gorda de infladas mejillas coloradas y ojos rasgados de puta que me clavaba alfileres en el brazo en clase de costura y luego iba corriendo a la profesora y le lloriqueaba: «Billie Morgan me ha pinchado, seño, seño, me ha hecho daño»; me soltaron un sermón, me castigaron por enésima vez y me volvieron a reñir por portarme tan mal y presentar lo que llamaban «actitud desafiante». Todavía hoy no puedo soportar el sonido de un timbre de escuela ni pensar en mi época de estudiante.

Creo que mi «rareza» se daba por sentada porque ya desde muy pequeña disfrutaba dibujando y pintando, haciendo sirenitas de fieltro y lentejuelas, o «esculturas» de papel maché coloreado con pintura al agua. Creían que me las daba de artista. Para mi madre, Jen y Liz esto justificaba en gran medida mi supuesta extravagancia, pese a que a mí no me cabe la menor duda de que de mamá también he heredado un poco. Ella lo explicaba arguyendo que su famoso toque mágico era una especie de don social que en absoluto tenía que ver con la morbosidad y lo aberrante del verdadero arte. Desnudos y esas cosas, cuadros abstractos, van Gogh… No, no me digáis que a éste no le faltaba un tornillo, ¿no habéis visto la peli de Kirk Douglas? No, mi afición por «esas cosas» se atribuyó desde el primer momento a mi padre, a quien le gustaba escribir poesía y leer libros alejados de la literatura barata, y fue quien fabricó el marco de

su retrato y mantuvo los álbumes de fotos familiares limpios como una patena, con todas las fotografías bien pegadas por las esquinas y etiquetadas. Una vez oí lo que Liz le susurró al oído a mamá mientras ojeaban las fotografías de ésta vestida con un descarado biquini en una playa de Blackpool o con un formal tul de vivos colores salpicado de *strass* para la fiesta de Navidad de la oficina que celebraron en el Hotel Burnsyke: que era una pena que el tonto de Billy no tuviera tan buena mano para enderezar su propia vida como para la jodida fotografía. Después rompió a graznar su risa ronca y entrecortada, como un cuervo atragantado.

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no cantarle cuatro verdades a la vieja vaca; pero pensar en todo el alboroto que se montaría al instante me echó atrás. Hubiera podido pintar la escena con tanto detalle que me dio miedo. Porque la cara oculta de la cariñosa feminidad de mamá, así como de la de Jen, por no mencionar la de Liz y quizá incluso la de Dulcy, era la ira férrea e implacable que desataba cuando la jodían. Por eso yo no podía ser feliz, en el sentido convencional. Por eso era por lo que nunca conseguí encontrarme del todo cómoda con ellas cuando crecí.

Jamás toleraron nada que pudiera resultar «molesto» o que pudiera dar origen a una «escena», ya sabéis, y sus terribles estallidos se producían al azar. A veces me atrevía a hacer alguna pequeña broma sobre algún potingue o sobre el peinado tipo colmena que mamá lucía en las fotografías de joven y todas se reían y decían «Ooh», como si yo fuera una inocente niña traviesa. Si lo volvía a intentar al día siguiente, se echaban sobre mí y me recordaban lo incorregible que era. Nunca sabías. Supongo que era una cuestión de hormonas o que se debía a mi frustración sexual, pero entonces era una cría y no sabía de esas cosas, así que pensaba que todo era por mi gran culpa.

Por cierto, contaban con armas formidables; sus ojos azules se volvían de acero, sus miradas se convertían en cuchillas y retiraban sus mullidos labios como *bulldogs* preparados para atacar. Después

venía la lluvia de sarcasmos, un montón de «Oh, ¿quién se habrá creído que es la señorita?» y de «Por favor, perdóneme, creí que ésta era mi casa, es culpa mía, por supuesto» o, cuando ya se llegaba a las manos, me tiraban de la coleta para sujetarme bien, tras lo que me abofeteaban, con las uñas hacia adentro, para que aprendiera mejor la lección. Luego estaban los silencios, que se podían alargar durante semanas y si se me ocurría preguntar qué ocurría, la respuesta era siempre «Tú sabrás, encima querrás que te lo diga yo» y luego apartaban la mirada, cristalizada de lágrimas. Si lloraba, se burlaban de mí, «Ea, ea, ea, que la niña se mea», y Liz se marchaba con ostentación para poner a hervir el agua. A la menor ocasión, me recordaban mis «defectos»: manos demasiado grandes y huesudas, pechos mal formados, pelo indomable, tez de sospechosa coloración —culpa del legado maldito de papá; gracias a Dios Jen había salido muy rubita— y expresión hosca. Me decían que era mentalmente inestable, que la familia de mi padre había padecido tuberculosis y demencia y que ningún hombre se interesaría jamás por mí si seguía dándomelas de enterada. Me culparon de la escapada de mi padre —nunca consiguieron elaborar una explicación convincente, aunque en mi casa la lógica siempre brilló por su ausencia— y de que mi madre no se volviera a casar —¿quién se iba a acercar a una mujer que cargaba con una mocosa huraña como yo?—. Liz admitió con gran pesar que había oído que yo era la comidilla del vecindario, por no decir de toda Bradford, a causa de mi comportamiento. Al final siempre acababan hablando y desbarrando de mi funesto nacimiento y de lo mal hecha que había venido al mundo; hasta el último músculo, hueso y cartílago de mi erróneo cuerpo estaba mal. Mal. Mal.

Con todo, lo peor que podían decir, lo que de verdad me jodía parece tan trivial que no creo que nadie más comprenda lo devastador que a mí me sonaba siendo una cría. Por ejemplo, si me ponía a pintar o a hacer alguna otra cosa, por un momento todo parecía armónico y normal, pero si luego hacía algo como derramar

el agua de los pinceles, entonces venía mamá y lo fregaba todo hecha una furia mientras yo la miraba quieta, paralizada de miedo, con el pincel en la mano… hasta que mamá no aguantaba más y lo decía.

«Por el amor de Dios, Billie, ¿por qué siempre tienes que estropearlo todo? Si sigues así dejaremos de quererte».

«Dejaremos de quererte». Nada, no es nada, ¿verdad? Una tontería, un grito más, una estupidez… Sin embargo, se me quedó grabada, se me clavó como un anzuelo envenenado, una astilla, una maldición. Como un maldito hechizo maligno, certero y efectivo como una lanza que matara la escasa confianza que tenía en mí misma, porque si tu propia madre te puede dejar de querer de la noche a la mañana por haber hecho o dicho algo sin la menor importancia, entonces cómo te va a querer nadie más. Te odiarían con sólo respirar mal.

Nada alivia esa sensación, nada hace que el terror desaparezca. «Dejaremos de quererte». Me punza la médula, me revienta hasta la última célula de mi cuerpo; cuando miro a la gente a la cara veo cómo el amor se desvanece de su mirada y es reemplazado por una ola de indiferencia que al retirarse sólo deja un yermo de vacío. Y nada de lo que yo diga o haga arreglará las cosas. Papá ya nunca volverá. Papá dejó de quererme.

¿Fui yo? ¿Será que él —Oh, Dios mío— me abandonó por mi culpa? ¿Tendría razón mamá? ¿Sería yo tan traviesa que algo de lo que hice rompió para siempre el vínculo que nos, unía? ¿Qué hice yo para que papá dejara de quererme? Como cualquier otro niño, vivía en mi propio mundo, del cual yo me creía origen y final. Durante años lloré hasta dormirme a oscuras —«nada de dejar la luz encendida, sería malcriarlas», le decía Liz a mamá, que la obedecía— repasando todo cuanto había dicho y hecho relacionado con papá intentando descubrir la fatal metedura de pata que había provocado su marcha.

Ni se me ocurría hablar con mamá ni Jen sobre el miedo y la culpa que sentía porque estaba claro que «ese hombre» era uno de los tabúes de la casa. Mamá constantemente decía lo mismo, que yo siempre tenía que «sacar el tema». Así que aprendí a mantener el pico cerrado, física y mentalmente. Mucha gente dice que siempre tengo los labios apretados y que en las fotografías nunca salgo sonriendo. Tienes que liberar tensión, dicen, relájate, ¡sonríe! Pero no puedo. Quién sabe qué podría salir de mi boca. Me había echado a las espaldas la carga de lo que yo creía mi culpa, de lo de papá, a modo de mochila llena de piedras.

Incluso hoy —sí, adulta, lógica, analítica y toda esa mierda— la sensación de culpa me sigue corroyendo por dentro. ¿Qué hice para que papá se fuera? ¿Qué hice para que dejara de quererme?

¿Por qué nunca escribió ni llamó? ¿Por qué nunca más quiso volver a verme? De niña la guillotina del abandono me martirizaba. Ni envió tarjetas de cumpleaños, ni telefoneó por Navidad ni nada. Todos los años esperaba que pasara algo, sin decirle nada a nadie, con todo mi corazón, al mismo tiempo que me maldecía entre dientes por albergar esperanza, porque cuando al final no ocurría nada, era peor si había mantenido la ilusión y me había medio convencido de que ése sería el cumpleaños en que por fin papá escribiría. Si tenía esperanza y buscaba presagios en las cosas —el cartero retrasándose diez minutos, un espléndido día de abril o una buena nota en un examen— el dolor que sentía al ver que no ocurría nada se hacía insoportable. Por tanto es mejor vivir sin esperar nada más que decepción. Así luego el daño no es tanto.

Al principio solía escribirle. Le daba las cartas a mamá para que ella las echara, igual que cuando escribía a Papá Noel, sólo que entonces mamá no sonreía con indulgencia, le guiñaba un ojo a Liz y me decía «Claro, amor, la echaré desde el trabajo, no te preocupes», sino que fruncía el ceño y lo desfruncía enseguida, no fuera que le salieran arrugas, aunque se le quedaba cara de amargada. Si yo insistía, ella me quitaba la dichosa carta de un manotazo, la rompía

y tiraba los pedazos a la basura mientras me regañaba por ir de listilla y andar siempre pretendiendo llamar la atención. Al final dejé de escribir cartas, pero me partía el alma pensar que papá andaría sólo por ahí, sin saber cómo estaba yo ni que no me había olvidado de él.

No podía dejar de darle vueltas, todavía hoy es algo que me atormenta. ¿Moriría mi padre solo y creyendo que yo no quería verlo ni hablar con él? Oh, no, no, es demasiado horrible pensar algo así. Papá, papá, nunca dejé de quererte, ni de acordarme de ti ni de desear que ojalá estuviéramos los dos en el salón, con mi tocaya sonando tranquilamente en el tocadiscos, quizá *Día de tormenta*[2], nuestra favorita; dibujando o arreglando el marco roto de alguna fotografía, la lámpara de pie iluminándolo todo con su acogedora luz rosa y la estufa de gas titilando de fondo. Tus dedos rechonchos diestros y precisos, tu respiración deteniéndose y renaciendo cada vez que te parabas a echar una gotita de pegamento o de pintura para disimular alguna tara. Tu voz profunda y ronca tarareando la música y de vez en cuando cantando como ausente: «…no brilla el sol, día de tormenta, desde que se marchó…». Después te detenías a seguir escuchando, con el cuello estirado, y un mechón de pelo moreno caía sobre tu amplia frente. «Oyes, Billie, qué voz tan maravillosa, ¿verdad? Preciosa… cuánto dolor hay en esa voz, de verdad, cuánto dolor…».

Ay, ay, todavía me duele, aún hoy, mientras escribo este puto, esta… lo que sea: ¿Historia? ¿Confesión? ¿Diario? Me apena tanto que empiezo a llorar sobre el teclado y tengo que continuar escribiendo con un solo dedo, mientras el corazón se me inflama de tristeza.

Creo que ni a mamá ni a Jen se les pasó por la cabeza en ningún momento que estuvieran siendo crueles, ni siquiera malas. Eran demasiado irreflexivas para llegar a esa conclusión. Se limitaban a reaccionar. Como ya he dicho, su comportamiento se regía por impulsos, como el reflejo rotular. Ojo por ojo. Lo siento mucho Bill

Morgan, pero tú te has fabricado mala cama y ahora en ella yacerás. ¿En qué cabeza cabía que papá me querría a mí y no a ellas? Ellas eran las guapas, todas igualitas, en cambio yo era la manzana podrida de la cesta. Debieron de volverse locas intentando comprender por qué salí así. Me convertí en el chivo expiatorio; instintivamente proyectaron su dolor, sus celos y su rechazo en mí, la viva imagen de papá.

Crecí creyendo que era fea, que jamás conseguiría adaptarme a la sociedad y que todos los hombres me repudiarían. Que había nacido para no ser amada. Nunca lo puse en duda. Nunca me molesté en demostrarme lo contrario. En casa se daba por supuesto que las cosas eran así, sin más.

Cierto, tenía juguetes, material de pintura, ropa y vivía en una casa muy bonita; y además tampoco me faltó una educación ni un plato caliente. Todo el mundo admiraba a mi madre y a mi hermana, la bella de Saltaire. Sabía que otros niños lo pasaban muy mal porque les pegaban, abusaban de ellos o no les hacían el menor caso. Pero yo tuve suerte, dispuse de todo lo material que un niño puede desear, servido en hermosos platos de porcelana china.

El problema era que sentía un gran vacío dentro de mí, un torbellino de dolor y rabia enquistada que ni el amor, ni la bondad, ni la admiración ni los halagos conseguirían aplacar nunca. Era como si me hubieran cortado el corazón con un cuchillo oxidado y me desangrara por dentro; me quedé sin escudo ni antídoto ante el sufrimiento de la gente porque si yo me sentía así solo porque mi familia no me quería como se suponía que debía hacerlo, ¿qué sería de los pobres infelices que lo habían pasado mal de verdad? ¿Qué sentirían? Era muy duro y lo sentía en mis propias carnes. El Perro Negro, el legado de papá, aullaba como una bestia demoníaca dentro de mí, hasta casi dejarme sorda con sus alaridos primitivos.

Es cuanto conservo de papá, lo único que no quería dejarme. La maldición de los Morgan. El fantasma de la depresión, negro como la noche, implacable y siempre al acecho, su fétido hálito caliente

acariciándome la nuca, sus letales colmillos mordiendo, mordiendo, mordiéndome…

Así las cosas, cuando tenía once años o así, a modo de defensa, decidí ignorarlo todo, guardarlo muy hondo y seguir adelante con paso firme y los labios más apretados que nunca. Miré a la vida a la cara y juré que nadie encontraría nunca mi punto débil, porque la debilidad era lo que había acabado con mi padre y yo sobreviviría a cualquier precio. Me haría fuerte, siempre había sido una luchadora. Se me dio tan bien que algunos años más tarde un tío que conocí, un consejero, me dijo —después de pasarnos toda la noche fumando y hablando, algo que debió de llevarlo a pensar que le dejaría tirárseme por ser empático y todo eso— que, por lo general, las «manzanas podridas» como yo son gente llena de rabia, confundida y de baja autoestima; dijo que por eso le sorprendían mi increíble fuerza y mi, er, ya sabéis, resistencia.

A mí me sorprendió lo subnormal que era él y decidí que al final no le permitiría follarme. Nunca captó por qué, ni entendió en qué había metido la pata, ni por qué yo me estaba riendo tan fuerte que las lágrimas me resbalaban por las mejillas, ni por qué me seguí descojonando cuando agarró su bandolera y salió hecho una furia por la puerta, el muy cabrón.

4

EMPECÉ a tomar drogas —no me refiero a los antibióticos, como habréis supuesto— a los catorce años y medio. Entonces era importante decir lo de «y medio» porque significaba que ya casi tenías quince. Pero eso, casi. Total, que primero probé el ácido, que venía en forma de tableta azul claro que había que dividir en trocitos. No empecé con el chocolate, como hacían casi todos, porque no fumaba. Liz me hizo cogerle asco a los cigarrillos. El caso era que todos los que querían ser alguien, todos mis colegas por aquel entonces, se metían ácido los fines de semana y si eras guay de verdad, también entre semana. Lo habéis adivinado, me había juntado con una peña muy chunga; al menos eso era lo que todos los consideraban.

A la gente le gusta decirlo, ¿verdad? Una peña muy chunga: marginados, raros y lo más bajo de entonces: motociclistas. Moteros. Los Salvajes. Los Ángeles del Infierno. Neandertales infrahumanos que se drogaban y secuestraban a las jovencitas lloronas, a las que ataban a sus rugientes máquinas para conducirlas a una vida de continuos pecados en sórdidas y caóticas madrigueras saturadas de porquería y plantas sin regar… Bien, ya sabéis por qué me atraían tanto.

En realidad, al principio, al igual que el resto de adolescentes bobalicones, me limitaba a darme alguna que otra vuelta por la tienda de discos y pasaba el rato de una manera que yo creía guay yendo de una cabina de escucha a otra, ¿os acordáis? Eran unas extrañas y malolientes campanas atornilladas a las paredes similares a las cabinas telefónicas transparentes de los aeropuertos, sólo que hechas de madera contrachapada y con tableros agujereados

interiores para darles un toque acústico y moderno. Había un estante para posar el bolso y tenías que quedarte de pie, en medio de aquella fetidez acolchada, apoyada contra la pared del fondo con fingido aire de despreocupación mientras desde el mostrador te pinchaban el sagrado vinilo que habías elegido, por ejemplo el *Lay* Lady *Lay* de Bob Dylan, bastante picante, por cierto, con aquello de «Échate en mi gran cama de metal».

A veces mis colegas se ponían a empujarse unos a otros y a hacer el tonto, pero a mí no me gustaba, me parecía infantil. Me encantaba decir «infantil» porque, claro, yo, a mis catorce años —y medio—, ya no lo era. Era una melómana. Solía comprar singles que ponía en mi tocadiscos portátil Dansette de segunda mano, que era de color azul pálido y crema y tan grande como una maleta pequeña, creedme. Guardaba los singles en una extraña rejilla dorada similar a una bandeja de tostadas que había comprado en el mercadillo por unos pocos peniques, pues estaba un poco oxidada.

Llegué a comprar montones de *singles*, pero ahora no sé qué habrá sido de ellos. Me gastaba todas las pagas en música, en aquellos discos negros del tamaño de un plato que me permitían evadirme, oler su leve aroma a vinilo, oír los divertidos chasquidos que hacía siempre la aguja mientras acariciaba incansable aquellos surcos mágicos, admirar las atractivas cubiertas de papel brillante…

Algunos de los chicos mayores intentaban ligar con las chicas guapas de nuestra pequeña pandilla: yo iba con mi largo abrigo usado *beige* y peinada con una gran raya al medio y las demás —Gillian, Mandy, Sue y Claire— llevaban minifalda y ajustadas botas altas de plástico. Todas íbamos embadurnadas de maquillaje, con los labios brillantes, sombra de ojos azulada con la raya de la cuenca marrón, rotulador blanco en la frente y espesa máscara negra y apestábamos a perfume barato tipo Aqua Manda o Kiku. Eran mis amiguitas pre-drogas, mis compis de la infancia. Inocentes, a pesar de su aspecto de putas. Inofensivas niñas.

Recuerdo una tarde de aquel plomizo e interminable invierno norteño en que me había recogido el pelo en un moño de lo más sofisticado y Dunc Peters, aquel esbelto y macizo hombretón de dieciocho años y larga y brillante melena castaña, pantalón de campana a la altura de la cadera y pestilente abrigo afgano se metió en la cabina donde yo estaba escuchando algo de Curved Air, acercó sus labios a mi oreja, que ya la tenía colorada, y me dijo:

—Deberías soltarte el pelo, nena, desenfádate un poco. —Me puse todavía más colorada y sentí un calambrazo recorriéndome todo el cuerpo ante su almizclada proximidad. Me quitó las horquillas del pelo una a una mientras la gente de la tienda de discos fingía no prestarnos atención. Me ahuecó el pelo con sus sucios dedos nicotinados, oí tintinear sus pulseras y fui incapaz de levantar los ojos para devolverle su mirada verde de colocado cuando puso su cara junto a la mía.

—Eh, vale —carraspeé, con la garganta toda seca. ¿Acaso iba a…? No, imposible. Dios, ¿iba a besarme? Quiero decir, no sé, ¿a mí? ¿A la *freak*? ¿Por qué no estaba haciendo eso con Gilly, que estaba despampanante, tenía unas piernas kilométricas y una precoz pechuga que era un regalo de dioses para cualquier tío? Yo no era… Yo a los chicos no… No a mí, aquellas cosas no me pasaban a mí… ¡Oh, Dios mío! ¿Y ahora qué hago?

—Hmm, ahora sí que estás guapa. ¿Te gustaría venirte al Concord? —Sus apetitosos labios gruesos revoloteaban a escasos milímetros de mi mejilla; sus dientes no sabían lo que era el dentífrico, pero bajo su aliento de nicotina y chocolate yacía un dulce aroma como de perfume. Era sexo en estado puro. El corazón me aporreaba el pecho con tanta fuerza que estaba segura de que él podía oírlo. El interior de la cabina se había saturado de glutinoso pachulí y angustia adolescente.

¿Quería que todos vieran que iba al Concord Café, el fumadero más *hippy* y guay de los barrios más bajos de la ciudad, acompañada de Dunc, un semental de pasarela que ya había

perdido la cuenta de cuántos corazones había roto? Con labios trémulos quise contestar «Oh, sí, por favor», pero al final me quedé muda.

A Gilly, Sue y compañía sus padres les habían prohibido ir al Concord so pena de algún terrible castigo, como no salir durante un mes o cancelación de paga semanal. A mí no…, bueno, en casa no me habían dicho nada, pero en principio si alguien me veía entrar allí, en el garito más pecaminoso del mundo, se desataría el Apocalipsis. Pero lo cierto era que, técnicamente, sí podía… La lealtad se impuso. Soy muy leal. Sólo que por aquel entonces no miraba muy bien a quién era leal; en este caso, me debía a las chicas. Por un momento me sentí noble como la hermana Luke y supe que estaba haciendo lo correcto. Me obligué a mirar a Dunc.

—No… no puedo. Mis amigas. No puedo…

Dunc ya no estaba allí. Sin yo darme cuenta se había acercado a los estantes de discos y se había puesto a hablar animadamente con Male Oulton y Barry Ferris, músicos auténticos que iban a tocar en el baile del viernes noche con su banda, Génesis —no los Génesis que todo el mundo conoce, claro—. En la de Bradford cantaba Ade Salter, de Keighley; tocaban versiones de Free y de Led Zep y, joder, las tías nos contoneábamos en la pista de baile de la sacristía creyendo que nos movíamos de una forma *sexy*, aunque en realidad parecíamos calamares moribundos.

Me quedé hecha polvo. Me temblaban las manos. La había pifiado por completo. Había rechazado a Dunc. A Dunc. Era como una pesadilla. No conseguiría salir con nadie en toda mi vida. Ningún otro chico volvería a pedirme salir nunca más. Mi vida se había terminado.

—¿Qué te ha dicho? Billie… hey, vuelve. ¿Qué te ha dicho? —Las chicas me rodearon, a mí, a la virgen mártir, y me miraron con ojos implorantes e incrédulos.

Las miré con los ojos ausentes de una mujer destrozada.

—Me ha pedido que vaya al Concord con él.

Todas aspiraron boquiabiertas al unísono, como un coro de ocas.

—¡No! ¡No! ¡Imposible! No puede haberte… ¡Y lo del pelo! ¡Mirad lo que le ha hecho en el pelo! ¿Qué le dijiste? ¿Qué?

Pobre Sue. Estaba tan rolliza que reventaba los botones de su ajustada blusa de seda blanca, sus gruesos muslos de bronceado artificial ponían a prueba la resistencia de su minifalda de mohair, tenía ojos de sartén y respiraba con pesadez, como si padeciera de asma.

—Creí que iba a besarte, tía… joder. ¿Vas a salir con él, eh, Billie? Con… Dunc.

—Mira que sois bobas. Los tíos como Dunc no besan a tías como Billie, sólo es una cría. —Gilly se calló, sabiéndose verde de envidia.

Cómo me jodió lo de «cría».

—Pues resulta, Gillian, que he pasado de él, no es mi tipo. Me parece tan, no sé, tan obvio. Además, ¿cómo iba a ir sabiendo que a vosotras no os dejan? No me parecería nada justo. —Mi exceso de rectitud moral me hizo ponerme colorada.

Gilly me miró con ojos de topo.

—Si eso es verdad, es que eres tonta del culo. Yo le hubiera dicho que sí sin pensármelo dos veces, y cualquiera de nosotras, ¿a que sí, chicas? De verdad, Billie, eres más rara que un perro verde. Pareces un bebé, tan perdida en tu mundo de fantasía.

Dicho esto, se reafirmó en sus tacones de putón y salió con paso firme, meneando el bolso.

—Sí, la verdad, Billie, a veces… —Salieron detrás de Gilly y yo me quedé allí sola intentando con todas mis fuerzas no romper a llorar como una histérica por su traición.

Sue me puso en el brazo su morcillosa mano de estrella de mar con las uñas mordisqueadas hasta el muñón.

—No se lo tengas en cuenta, Billie, es sólo que se ha puesto celosa porque no es ella la que le gusta a Dunc; venga, vámonos al Wimpy, ¿vale? Vamos a tomarnos un batido, de chocolate, tu favorito. Venga, sino sabrá que te ha jodido. Aunque… tendrías que

haberte ido con él, la verdad, quiero decir, no sé, cuando te quitó las horquillas, fue tan romántico, en serio…

Seis meses más tarde entré en el bar Public del Hotel Corona cargada con quinientos ácidos y una pistola desmontada en mi bandolera tejida a mano, sonriendo como una loca y flotando como una cometa.

5

FUE la meditación lo que me empujó hacia el lado oscuro. Meditar —como dice Leckie— no es sano. Te vuelves loca. Cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo mata moscas… No sé, es para mentes ociosas o algo así, supongo. Cuando Leckie atraviesa una fase negativa lo que hace es «limpiar la mente», «centrarse» y «pensar en cosas hermosas». Ojalá yo hubiera aprendido esa técnica cuando tenía catorce años, ¿eh?

Sólo que entonces yo no conocía el poder del pensamiento positivo; de hecho, ni siquiera hoy soy ninguna adepta, a pesar del insistente entrenamiento de Leckie. No, medité sobre Dunc, sobre lo que las chicas —Gilly, en concreto— me dijeron, sobre lo que yo consideraba que era su incapacidad de reconocer mi sacrificio, sobre la crueldad del mundo, sobre la imposibilidad de que nadie en todo el universo y en toda la historia de la humanidad se hubiera sentido nunca tan mal como yo me sentía entonces. Mi sufrimiento era único. Me miré al espejo e intenté darle a mi rostro una expresión de melancolía interesante, pero lo único que conseguí fue parecer más enfurruñada y cejuda que nunca.

Fue entonces cuando empecé a escribir un diario, pero no uno de esos cursis diarios de bolsillo que sólo traen dos líneas para cada día y que sólo sirven para llevar el control de la regla. Utilizaba un cuaderno de tamaño A4 y tapa dura, cubiertas marmoladas en azul y páginas finas y rugosas que compré de rebajas en una papelería de la ciudad y en el que o bien no escribía nada durante tres días o bien me pasaba cinco horas seguidas escribiendo al tiempo que escuchaba *Whole lotta love* una y otra vez. Llené todas y cada una de las páginas con mi letra angulosa e inclinada, y sin embargo

«gorda», como decían en la escuela, y después me compré otro. Nada ni nadie escapaba al hálito abrasador de mi despecho. Claro está, ocultarlos de mamá, que creía que los padres tenían todo el derecho del mundo a fisgar en los cajones y vidas de sus hijos, se convirtió en una misión propia de James Bond en la que entraban en juego las baldosas sueltas del suelo y los huecos de detrás del armario ropero.

Como ya he dicho, todavía conservo los cuadernos en la caja fuerte que guardo bajo la cama; ahora aquel papel tan endeble se ha quedado casi tan transparente como las alas de un insecto muerto. De cuando en cuando los saco para releerlos y me doy cuenta de hasta qué punto he cambiado sin haber dejado de ser la de siempre.

Seguí meditando. Medité cual monje budista de camino a la escuela en medio de un huracán que me dejaba el pelo hecho una maraña grasienta y las mejillas coloradas de frío; medité en la reunión general de alumnos, a pesar de que entonamos el himno *Adelante soldados cristianos*, que me gustaba y gusta mucho, no por las connotaciones religiosas sino por la oportunidad que me daba de cantar a pleno pulmón. Medité hasta que llegó la hora del recreo de un viernes —mientras daba vueltas con aire huraño por el patio ignorando a los estúpidos mocosos que se revolvían a mi alrededor como el mar del invierno—, que fue cuando Sue salió a mi paso, resollando como siempre.

—Oye, escucha, Billie… Billie, ¿sabes qué? ¡¿Sabes qué?!

—¿Qué?

—¡A ver si lo adivinas!

—No sé, ¿qué? ¿Qué, qué, qué? ¿Qué?

—A ver si…

—Oh, Sue, jodeeeer, venga ya, de verdad, ¿qué pasa?

Volvió a resollar con pesadez y puso en blanco sus ojos saturados de máscara.

—¡Mañana por la tarde nos vamos al Concord! En serio. Gilly dice que le da igual. Dice que como ahora ya es adulta puede hacer lo que le plazca. Sus padres se van a divorciar. Les da igual lo que haga, no se dan cuenta de nada porque se pasan todo el día discutiendo porque su padre tiene un lío con la peluquera de su madre, sabes, lo que lo jode todo mucho más, dice Gilly, porque su madre y la peluquera se conocen y las mujeres deberían permanecer unidas y… Así que dice que se va al Concord y que las demás también y que tú también puedes. Igual Dunc anda por allí…

—¿Dunc? ¿Dunc? En serio, Sue, de verdad… ¿Dunc? Joder, bah, ¿a quién le importa Dunc?

—A ti, Billie. Todas lo sabemos.

—Oh… Sue. Oh, qué va, yo no… Yo…

—Entonces nos vemos mañana, a las once, junto a la parada de autobús, como siempre. ¿Te vas a poner tu maxi? Yo quiero llevar mi vestido rojo de botones de Navidad, pero hace tanto frío que no sé, porque tendría que ponerme un pichi y es tan espantoso que… ¡Ay, si mi madre se entera de que voy a ir allí me corta la cabeza!

—Sue…

—¡Nos vemos!

El destino me arrastraba batiendo sus fatales alas con la confusa música de fondo del alboroto del patio: los estridentes alaridos de los niños pequeños golpeados sin sentido por los abusones. Suspiré pesadamente. Cuando sonó el timbre caminé con desgana hacia el aula de matemáticas II con una cara de circunstancias que hizo que la marchita zorra de la señorita Cárter me dijera «tendrás que ponerte a trabajar en serio».

Y lo hice, pero no como ella se esperaba. En medio del incomprensible remolino de números empecé a darle vueltas a la única preocupación que ocupa el noventa por ciento de la mente de una adolescente: la ropa. Decidí que puesto que había que ir al Concord y que quizá bajara al infierno acompañada de Dunc —quien

por supuesto no me interesaba— tendría que llevar la ropa adecuada a la ocasión. Nadie iría más a la moda que yo.

Desde luego Gillian no.

Así empezó todo; yo quería ir más a la última que la pobre de Gilly, cuyos padres se iban a divorciar y quien tras un arrebato de rebeldía inconsciente amaneció con gemelos y casada con sólo diecisiete años con un completo gilipollas de Shipley. Me pregunto qué habrá sido de ella.

Aquel sábado me lucí. Llevé mi abrigo largo y debajo mi nueva vestimenta: un largo caftán negro con capucha, bordado con flores de punto de cadeneta de vivos colores alrededor del dobladillo, cuello y mangas. Me había costado casi todo el dinero de Navidad. También llevaba zapatos de terciopelo de punta redondeada y tacón de cuña con cintas tobilleras que durante el verano habían sido de un sucio rosa, pero que ahora estaban más o menos teñidos de negro y habían cobrado un extraño brillo y aspecto lacado. En mis muñecas tintineaban un montón de brazaletes indios y llevaba todo el cuello forrado de cuentas y pendientes ensartados en diversos cordones. Me había puesto un anillo en cada dedo, incluso en uno de los pulgares, y me había lavado a conciencia el pelo con champú Boots Herbal para que colgara ondulado y brillante a ambos lados de mi pálido rostro de Clearasil. Me había depilado las cejas hasta casi quedarme sin ellas y con un lápiz de khol había otorgado a mis ojos un aspecto gomoso. Los labios los llevaba atrevida y elegantemente desnudos. Apestaba a ylang-ylang. Estaba que rompía, sabéis. Joder que sí.

Tenía catorce años, pero aparentaba veinte, lo que en vista de mis futuros días de vicio y depravación me resultaría muy útil.

6

DURANTE los tres primeros sábados no nos preguntaron la edad en la entrada del Concord; pero después el destino, en forma de la tita Betty de Sue, nos jugó una mala pasada. Nos vio —como idiotas, no se nos ocurrió nada mejor que sentarnos junto a una ventana, aunque yo estaba al fondo, casi escondida— y descubrió nuestro secreto. El domingo por la mañana teñimos el aire con nuestros sollozos y protestas adolescentes por lo injusto que era y nos consolamos las unas a las otras.

A Gilly la castigaron sin salir durante un mes y a su madre, según las malas lenguas, la oyeron gritarle a su padre que aquéllas eran las consecuencias de que hubiera acabado con la armonía del hogar y que era un cabronazo —así me gusta—. A Sue y las demás también las encerraron. Yo afronté el martirio de esperar a que me castigaran con toda la entereza que supe, llegando incluso a blanquearme las mejillas con talco y a frotarme los grumos que quedaban de la sombra de ojos alrededor de las cuencas para que pareciera que se me habían quedado huecas. Lo único que ocurrió fue que Jen me riñó por no saber ponerme guapa, ya que un maquillaje mal aplicado siempre puede infectar los poros, provocar la aparición de puntos negros, fatigar la piel y relegarme a la soltería, mientras Liz por su parte murmuraba algo sobre el consumo. Me tomé la libertad de creer que milagrosamente me había salido con la mía.

Hasta que mamá entró en juego. El domingo por la noche, después de tomar el té, mientras yo preparaba con desgana mi cartera para las clases del día siguiente, lo soltó, sin andarse por las ramas.

—He oído —dijo, mirando con complicidad a Liz y Jen— que os han visto a tus amiguitas y a ti en ese sitio, en el Concord Café ese… ¿Qué hacía usted allí, señorita?

—No sé. —Resoplé intentando pensar desesperadamente en la manera de escapar de aquel infierno. La sola idea de quedarme encerrada en casa durante un mes y sin «privilegios» como el tocadiscos o la tele me ponía enferma. Se me haría una eternidad, una cadena perpetua. Me puse roja de rabia y sentí un hilillo de sudor resbalándome por la espalda.

—No sé. La pobre no sabe. ¿De verdad? Pues creo que ahora sí vas a saber de qué te estoy hablando, jovencita, ¿verdad, Jennifer? Bien, ¿es cierto? ¿Fuiste al… a ese lugar? No quiero imaginarme qué habrá pensado la gente. La señora Letts casi se echa a llorar cuando me llamó por teléfono y no la culpo. Qué dirán los vecinos, no quiero ni pensarlo, qué vergüenza. Eres la desgracia de la…

—No fui.

—¿Qué?

—Que no fui al… a ese sitio, mamá. Las otras sí, yo no. Yo había ido a la biblioteca a buscar unos libros de arte, esos de ahí, ¿los ves? Yo nunca he ido al Conc… a ese sitio, te lo juro. Yo estaba en la biblioteca, pero Gilly… Ellas sí fueron, pero yo no.

Era la primera vez en toda mi vida que le contaba a mi madre, a mi familia, una descarada, absoluta y evidente mentira. Una trola bien gorda, colosal, una de adulto, de hecho. Me saltó sola de la boca, sin pensar, como un eructo de sapo. Cierto, tenía los libros esos —uno de van Gogh y otro de *Art Nouveau*—, había ido a recogerlos antes de ir al Concord. Allí estaban, mis grandes coartadas de tapas plastificadas, y allí estaba yo, apoyada contra la puerta de la cocina, desarrollando el embuste. Por primera vez mamá se quedó boquiabierta sin saber qué decir. Jen también se quedó muda y Liz entrecerró sus ojos nicotinados. Hasta la pobre Dulcy jadeaba con nerviosismo en su cesta, con su moño enlazado

con tartán, tiritando y con su húmeda nariz de mora olisqueando con alarma.

Justo entonces, cuando la tetera empezó a silbar y la lavadora se puso a traquetear en la cálida cocina adornada con guingán mientras por la radio sonaban los viejos éxitos de *Cántame algo bonito*, la situación dio un giro de ciento ochenta grados. Pude sentirlo, como si un viento helado hubiera congelado la actividad de la habitación poniéndome la carne de gallina y obligándome a parpadear. Como si el demonio se me hubiera metido en la sangre y me hubiera arrastrado al futuro, a un nuevo mundo. No sabría describir aquella sensación con palabras, pero supe que ya nada volvería a ser igual y aguardé en silencio a que mamá procesara la nueva información.

—Bueno, sí… bueno. En la biblioteca, ya, pero…

—Las demás, mamá, yo no. Lo siento mucho, yo…

Mamá tragó saliva como una pitón que engullera un cordero y se calló, llena de rabia impotente.

—No, no, si lo que dices es cierto, que está claro que lo es, no eres tú quién debe sentirlo… al menos esta vez. Oh, pero qué cotillas que son estas gatitas, Liz, son incorregibles, es otra vez el monstruito de ojos verdes, de verdad… No, jovencita, no crea que ya he acabado con usted.

Entonces me soltó la murga de que se debe ser obediente, decente, formal, de cómo Jen nunca le había dado el menor dolor de cabeza, de cómo he salido a mi padre, de que la llevaría a la tumba de un disgusto, de que me vestía como un bicho raro y de que me había empeñado en ser fea y decepcionar a la familia.

Liz no sonrió con la boca, pero sé que por dentro sonreía como un cocodrilo. A Jen se le emborronó su angelical rostro de preocupación y tristeza, sobre todo por lo de mi obstinación en ser fea.

Pero me dio igual, había ganado; ellas eran unas cabezas cuadradas y no querían abrir los ojos, ¿así que qué sabían? Desde la grandilocuencia de mi nuevo y guay yo, miré hacia abajo, hacia sus

tristes y reducidos universos y sentí cierta pena por ellas —por Liz no—. Yo era una artista, estudiaría arte, debía ser libre y exprimir hasta la última gota de mi alocada vida, tenía que ser, sabéis, tenía que experimentar el mundo.

¿Si no cómo pretendía convertirme en una gran pintora como Vincent? Éste no dejó que su mami le dictara adonde podía ir ni a qué hora debía volver, sino que vivió al límite, contra viento y marea. En cualquier caso ellas no conocían a la peña del Concord como yo —¿qué iban a conocer?—. Les daba tanto miedo la gente que no vestía ni pensaba igual que ellas que jamás se molestarían en escuchar si intentábamos explicarles las cosas. Mamá, Jen y Liz: patético. Ésa es la palabra.

Ya nunca volví a decirle la verdad a mi madre. Creía —y lo sigo creyendo hoy, para ser honesta— que les estaba ahorrando muchos malos tragos; la verdad sólo las hubiera asustado y confundido todavía más.

Quizá hiciera bien protegiéndolas, nunca lo sabré. O puede que metiera la pata hasta el fondo, que mis mentiras abrieran la caja de Pandora y que todos los revoltosos males, las plagas de pecados y los venenosos errores danzaran alrededor de mi cabeza como un polvoriento remolino que se me metiera en los pulmones y pusiera sus huevos en mi sangre para que las larvas y nidadas se coagularan en mis venas y abotagaran todo mi ser con un ansia insaciable.

Mala sangre, eso era yo, pensaba cuando me ponía dramática, aunque no podía reprimir una sonrisa de orgullo. La mala semilla. Mala hasta los tuétanos, mala a rabiar: quería que todo fuera malo, poner el mundo del revés. Deseaba pavonearme en las congregaciones, celebraciones, conciertos y fiestas de estrellas que organizaban los *hippys*. Soñaba con ser la *groupie* más estrafalaria, salida, zorra y especial, vestida siempre con harapos de satén. Los fumetas bailarían como perros en celo a mi alrededor, besarían mis dedos repletos de anillos y susurrarían mi nombre con febril reverencia. Me convertiría en el dios de dioses, aquélla a la que los

hombres ansiarían follarse y a la que las mujeres se desesperarían por parecerse. Sí, me moría de ganas por conocer todo lo depravado y fascinante que el mundo pudiera ofrecerme; lo quería y lo quería ya.

7

DURANTE una temporada salí con Durrell. En realidad nos limitábamos a ir juntos al Concord, a la tienda de discos y a ver a los falsos Génesis a su residencia de la sacristía, en cuya oscuridad desaparecía para fumar con sus colegas musicastros y me dejaba, sola y desvalida, a mi suerte. Cuando llegó el buen tiempo salíamos a pasear por Peel Park. ¡Uauh! Nuestro amor no conocía fin, lo que en términos de relación de pareja significa que nos enrollábamos en los patios traseros de los edificios y detrás de los matorrales. Recuerdo que en una memorable ocasión casi sufro una infección de estafilococos cuando durante un apasionado morreo su pegajoso chicle acabó en mi boca.

Dunc no era de los habladores, algo que me decepcionó en gran medida. Yo quería hablar, hablar y hablar de todo, sobre todo acerca de arte, pero él sólo pensaba en follarme. A mí o a cualquiera, en realidad, tampoco sentía una especial predilección. Así, mientras yo le soltaba mis charlas sobre Alphonse Mucha o Aubrey Beardsley, él intentaba con insistencia quitarme las bragas, siempre sin éxito. Al principio, cuando no lo conocía muy bien, pensaba que era el típico tío duro y callado. Me preocupaba mucho que en realidad ocultara una mente hambrienta de conocimientos trabajando sin descanso tras aquella eterna expresión colocada, un tanto densa pero intensamente *sexy*, y que yo le estuviera causando un daño irreparable al no permitirle tirárseme. Me repitió en numerosas ocasiones que los tíos sufren un insoportable dolor de huevos si no pueden tirarse a la tía que les gusta cuando les apetece, que yo no era más que una calientapollas y que debía poner más de mi parte.

Yo no colaboraba y además era virgen; el instinto me decía que no quería que mi primera vez fuera con Dunc, por lo que, sintiéndome culpable, dejé que sufriera. Pobrecito Dunc, sólo era un muchacho, aunque entonces yo creía que reunía más experiencia y sabiduría que el resto de tíos juntos; pero su cabeza de macho estaba hueca… o quizá solamente estuviera a reventar de hormonas.

El caso era que yo estaba ascendiendo en la pirámide social a un ritmo vertiginoso. Cada vez veía menos a Gilly, Sue y las demás; se habían quedado acojonadas con el castigo que les habían impuesto, así que se limitaban a ir al espantoso e inofensivo Youthie y al Teen Disc Club, organizado los viernes por la noche por las Juventudes Metodistas. Sue intentó un par de veces reconducirme al redil diciéndome que empezaba a granjearme una mala reputación —¡Sí! ¡Había dado resultado!— y que la gente comentaba cosas, pero me daba igual.

Tras aquella fatídica tarde de domingo mamá decidió que si a mí me daba igual mi aspecto, entonces a ella más. Era la oveja negra de la familia, ¿qué otra cosa podía esperar mi madre sabiendo el padre que había tenido? Me dijo que no quería saber adónde iba ni con quién siempre que volviera a casa a la hora que ella considerara apropiada, no la pusiera en evidencia en nuestra calle y no me metiera en líos. Porque si me metía en líos me vería en la calle y ella me negaría toda ayuda, gracias a Dios. Para preocuparse ya tenía a Jen y no pensaba desperdiciar su valioso tiempo discutiendo a cada rato con una niñata borde como yo. Estaba al borde de un ataque de nervios. El médico le recomendó tomar tranquilizantes la última vez que fue a verlo y ella le habló de mí; «Señora Morgan», le dijo, «se está debilitando, nadie la culparía si necesitara ayuda para tranquilizarse», pero ella siempre se negaba, la muy orgullosa. Al parecer yo era la cruz con la que debía cargar y todos los días me recordaba que ya nada de lo que hiciera le sorprendería.

Sí que le sorprendería, se volvería loca, de hecho, sólo que nunca se enteró. Como lo de los quinientos tripis y la pistola. Ahora miro

atrás y me avergüenzo de lo inocente que fui, pero entonces era lo más guay del mundo, ¿verdad?

Estaba sentada en el Concord tomando un café espumoso que sabía a jabón esperando a unas nuevas amigas que había hecho en el Concord, Cathy y Nikki, cuando de repente Jakey Reynolds, el más infame de los chicos malos de entre toda la fauna más baja, se sentó con agilidad delante de mí y me clavó sus maliciosos ojos de comadreja.

—¿Cómo va?

Le miré sin saber qué decir. Jakey estaba a años luz de mí en la escala jerárquica del café, así que lo normal era que a la gente como yo no le dedicara más que un imperceptible saludo con la cabeza. Además, no me gustaba, estaba escuálido, era muy bajo, estaba tan paliducho que parecía albino y tenía siempre los labios empapados en saliva. Con todo, era muy enérgico, un agitador, así que no puse cara de nada, truco que durante años me ha sido de gran utilidad.

—Eh, hola. Bien —contesté con toda la fría indiferencia que supe.

—Tú conoces a Sam, ¿verdad? —se frotó sus cadavéricas manos con crispación y un mechón de su blanquecino pelo cayó sobre su cara.

—Sí, vamos, de vista, ya sabes. No de, ya sabes, hablar…

—Sí, sí, bueno, pero sabes quién es, ¿no?

—Claro.

—¿Entonces querrías hacernos un favor? Llévale esto, está en el Corona, en el Public, dile que vas de mi parte y no habrá problema, ¿entiendes? Mira, si lo haces te paso unos tripis… Deja, ya te los parto yo, la mitad, a ver si te vas a pasar. Venga, métetelo, traga, así, buena chica.

Me comí la mitad del trozo sin pestañear. No tenía elección, todo el Concord tenía la oreja puesta en nuestra conversación. Entonces recordé que Cathy y Nikki venían de camino, pero después del lejano episodio de Dunc y las chicas, ya no me tomaba las cosas tan en

serio. Podrían comerse los cuartos que quedaran y así nos iríamos de risas por la ciudad.

Jakey me pasó por debajo de la mesa una bolsa de plástico que contenía algo desigual y pesado y la metí en mi bandolera.

Sonrió, dejando a la vista sus amarillentos dientecitos de rata. Yo sabía que estaba haciendo una tontería, una gran gilipollez, de hecho, pero me sentía como si quisiera correr en un sueño y algo me lo impidiera, quería moverme pero me encontraba extrañamente débil.

—¿Qué es? ¿Qué hay dentro de…?

—Calla, *shhh…* ¿No querrás que nos oiga todo el bar? No es nada. Sólo unos pocos tripis, ya sabes, y una… Una pistola… Pero está desmontada, no es nada, es sólo para divertirse. Sammy colecciona cosas de éstas, es una especie de regalo. Se pondrá muy contento cuando se la entregues, contento de la hostia.

—¿Pero las pistolas no son ileg…

—Si las desmontas no. No, así en piezas no pasa nada… Venga, sé buena, ¿quieres? No tendrás ningún problema. No te conoce nadie, ¿entiendes? No vas a llamar la atención, te lo juro… Escucha, ¿no quieres venir a la fiesta de esta noche con… las tías esas con las que sales? ¿En casa de Fred? Que sí, pasaos, decid que os he invitado yo, ¿vale? Venga, ahora vete… Ah, y oye, oye, le diré a tus amigas que volverás enseguida con un poco… con algo para ellas, ¿eh? ¿Eh?

Me guiñó un ojo. Una fiesta en casa de Fred. Llevábamos semanas pensando en algo para que nos invitaran a alguna de esas fiestas de puta madre que el guapísimo Fred organizaba cada semana en su legendaria casa de Manningham, y de repente allí tenía mi oportunidad, servida en bandeja. Me moría de ganas por decírselo a Cath y Nik, me convertiría en reina por una noche.

Orgullosa de lo madura que era y con el tripi comenzando a hacer de las suyas en mi organismo, salí hacia el Corona, donde Sam me recibió con los brazos abiertos.

Era mi oportunidad de hacerme un nombre; yo era la tía que había llevado el mayor alijo —y una pistola— de toda la ciudad al traficante más importante y respetado de Yorkshire, así que sonreí con decisión y le entregué la mercancía delante de todo el mundo. Ya era oficial; sería joven, pero tenía huevos. Era una tía de armas tomar. Me había hecho inmune, me había realizado.

Ahora, al releer esto, supongo que cuando eres un profano del mundo de las drogas y toda la información la sacas de las estadísticas sobre drogadicción de los periódicos o de los «serios» programas de la caja tonta, mi caída en desgracia podría parecer un poco extraña. Incluso poco probable. Quiero decir, allí estaba yo, debutando en la sociedad alternativa y al cabo de unas semanas, ta-chán, ya era toda una «narcotraficante», como dicen en el *Daily Mail*. En fin, lo siento, así es la vida real. Puro azar. Que seas afortunado o desgraciado depende de si estás en el lugar adecuado o en el equivocado a la hora adecuada o a la equivocada.

El hecho de que yo no tuviera ni puta idea de en dónde me estaba metiendo, de quién coño era el dejado y siempre colocado de Sam, o de que la pistola pegaba tiros de verdad una vez montada no tenía nada que ver. A mi cerebro devastado por el ácido no se le había ocurrido que si la policía me hubiera registrado —siempre había algún agente detrás de Sam y Jakey— habría pasado una muy larga temporada en el correccional y los servicios sociales me habrían jodido la vida a mí y de paso también a mi familia. Tampoco había pensado que nunca hubiera podido volver a Bradford tras delatar —porque habría cantado— a uno de los señores de la guerra de las drogas local.

Era muy inocente, ya veis. No por el tema del crimen, sino conmigo misma. Jakey se había dado cuenta de que podía sacarme partido. Bajo mi disfraz de caftán y kohl, yo no era más que una cría desesperada por que me aceptaran, y él lo olió. Hubiera hecho cualquier cosa para mezclarme con la peña guay y él lo sabía, ya había conocido a muchas como yo, sin duda. Por tanto vio en mí a la

muía perfecta, de la que se aprovecharía hasta que reventara. Y cuando me apresaran o mataran o me hiciera demasiado conocida, habría todo un ejército de crías donde elegir.

Sin embargo, mi inocencia me sirvió como escudo. Al igual que el bufón de la baraja, caminé sonriente por la vida sin imaginarme ni de lejos lo peligroso que era aquel juego. El capullo de ignorancia en que vivía y mi falta de perspicacia no me dejaban ver que caminaba por el borde del abismo. Me fiaba de la gente sin conocerla, como una imbécil, pero tuve la hostia de suerte. Mucha más que otros que conocí; a veces, cuando me da el bajón, enciendo una vela por ellos junto a mi ventana. Quizá sus almas extraviadas vean la trémula llama y se alegren al saber que alguien los recuerda no como vagos despreciables ni como cifras de estadísticas, sino como niños a quienes no les enseñaron las reglas, que perdieron el todo en un juego al que no debían haber jugado y que murieron antes de llegar a intuir de qué iba la vida.

Yo no. Yo tuve suerte.

8

EL PROBLEMA es que ahora, volviendo a leer esto, todo puede sonar muy glamuroso e interesante si te atraen las drogas sin saber qué son, como cuando ves una de esas putas y malísimas películas que se rodaron en los setenta sobre este mundo. Toneladas de colorines, estrellitas de plata y sombra de ojos negra, chicas embutidas en vestidos cortos y acampanados agitando su salvaje melena rubia en medio de un mundo de acuarela y sonriendo pensativamente con sus brillantes labios. El sueño hecho realidad, colega.

Os aseguro que no era tan fabuloso como parece. Después del desahogo inicial de saltarme todas las barreras impuestas por mamá y de volverme, cómo decirlo, salvaje y libre, empecé a ver el lado oscuro del hippismo.

En la actualidad la gente, después de ver los programas de la tele en los que las jóvenes celebridades ironizan sobre la moda y la música, y de ver las películas musicales, cree que los *hippys* eran una peña inofensiva rebosante de paz y amor. Pero no, no lo eran. Eran personas corrientes en cuya cabeza se apilaba toda la escoria y el lastre de los que siempre ha adolecido la gente y que también se regían por ciertas costumbres apestosas de la época, en concreto las referentes a las mujeres. Para la mayoría el punk, el *rock* gótico y demás movimientos juveniles no eran más que una moda, nunca una causa. Una forma más de romper con la generación de sus padres. Nada trascendental.

Pronto me di cuenta. Oh, en las orgías que Fred organizaba semanalmente en su casa se decían muchas chorradas sobre la libertad y sobre que el sexo era algo natural y hermoso, nena… Os

podéis imaginar por qué. Nadie utilizaba condones, nunca, no era guay, lo «estropeaba todo» y las chicas se negaban a llevarlos en el bolso porque las considerarían putas. Así que a menos que tomaras la píldora… Por no mencionar las epidemias de gonorrea, de ladillas o de uretritis no específica, que se extendieron como la peste a través de las chicas que compartía la gente guay.

De hecho, la píldora no liberaba a las chicas, sino a los tíos, que ya no tenían que preocuparse de si las dejaban preñadas; por lo que a ellos respectaba, era responsabilidad de la chica. Ni siquiera te preguntaban si la tomabas, daban por supuesto que sí, más que nada porque entonces nadie hablaba de esas cosas. Era un tema demasiado embarazoso.

Sé que esto de que a aquellos fumetas de pantalones de campana les diera vergüenza hablar de la realidad choca con la idea glamurosa de la Edad de Oro perdida que tan en boga está hoy en día. Existe una especie de mitología de lo *hippy* que los pinta como ángeles de la contracultura que llevaban tan suelta la melena como las ideas, que vivían en armonía con la naturaleza y que aprovechaban el ahora, porque sin limitaciones, nena, no hay lamentaciones. Pero aquella época no tuvo nada de dorada, a menos, supongo, que fueras hermosa, rica y vivieras en la bulliciosa Londres, perfil en el que no encajaba la mayoría del país. La historia de siempre. El mundo no cambia, ¿no creéis?

Había una cosa que me chocó más que ninguna otra. Los *hippys* no se apoyaban entre sí, no eran leales a sus colegas. Si algo se jodía, que cada uno se limpiara su culo. Además, entre la peña había un montón de depredadores que sólo buscaban aprovecharse de los demás a pesar de vestir el uniforme de la generación del amor. Si eras chica, debías andarte con mucho ojo; todas lo sabíamos, pero la violación era otra de las cosas de las que nadie se atrevía a hablar. Ahora lo llaman violación a ciegas, como si así ya no fuera tan grave.

A mí me pasó, como a casi todas las mujeres que conocí entonces. Tarde o temprano te veías encerrada en una situación del

tipo, como se decía entonces, «polvo va, polvo ya». A mí me violó un tipo que casi no conocía y que se llamaba Steveo; cabrón hijo de puta, así se pudra en el infierno.

Tampoco hay mucho que contar; al igual que las canciones folclóricas, es una historia que se ha repetido incontables veces durante siglos, siendo la única variante la vestimenta y las sustancias consumidas: la chica se suelta, la chica se mama o se coloca, la chica es violada.

En mi caso fue el ácido, como siempre, lo que me llevó a la perdición. Estaba en el Corona, ciega de tripis. Tenía dieciséis años y estaba en mi primer año de la escuela de arte, así que sólo pensaba en exprimir al máximo mi vida de estudiante de arte y en abandonarme con absoluta despreocupación a la música químicamente embellecida del *Walk on the wild side*, canción que todavía no soy capaz de volver a escuchar sin marearme. La música iba y venía sin sentido, bordaba el aire con florituras tridimensionales de luz y delante de mí estaba el chulo, apuesto y melenudo de Steveo, con su camisa de gasa de Liberty, su maraña de collares de cuentas del amor deslizándose por su suave pecho moreno y sus ajustados pantalones de campana de bragueta de botones acariciando el suelo por el que caminaba con sus botas de béisbol pintadas de plata. Cuando me sonrió le devolví el gesto con cara de subnormal y cuando se sentó a mi lado me sumergí en el olor a pachulí, incienso y sudor fresco que emanaba de él en dulces oleadas de seda desgarrada.

Estaba hecha polvo. Ida. Fuera de mí. Era evidente, todos los del bar lo sabían, después de todo yo era la chica ácida, ¿no? Era famosa por mi obsesivo consumo de aquellas pastillitas de color azul claro. Eso sí, nadie supo nunca que jamás me tomé más de una mitad, que en realidad fingía ser guay y supermayor. Pero, sí, me acababa de comer una mitad, era un muy buen material y me afectaba mucho. Era un hecho.

Por tanto nadie dijo ni pío cuando Steveo, de quien todos sabían que era un cazatías que, literalmente hablando, hacía una muesca en la columna de la cama por cada nueva presa, con gran habilidad, montó el número de lo preocupado que estaba por ver a una pobre chica desvalida como yo en esas condiciones; uauh, me llevaría a casa y se aseguraría de que me encontraba bien pero…, qué casualidad, primero debía parar en su piso para recoger algo.

En cuanto llegamos me pegó para manejarme mejor. Después me folló.

Me golpeó en el estómago para que al día siguiente no se vieran los hematomas. Me desplomé sobre la mugrienta cama como un saco de carne, boqueando, mientras la droga se dedicaba a descomponer la luz que entraba por la desvencijada ventana de guillotina en arcos iris deformes. Me apretó la garganta, sentí el corazón hinchárseme y martillearme el pecho, noté que la cara se me inflaba, como en los dibujos animados, y que los ojos se me querían salir de las cuencas. Entonces entró, se metió en mis entrañas secas y me desgarró la piel con su puñal de fuego. Con la cabeza aporreé una y otra vez la cabecera de la cama y con sus manos, frías como tenazas, me retorció los pezones; el dolor se convirtió en gritos y la fetidez de su hedionda polla me asfixiaba y daba arcadas, el olor de la muerte. Metió su cabeza entre mis piernas y me raspó y arañó los muslos con su barba mal afeitada. Mientras me comía me dijo que era el mejor amante, que me sentiría agradecida, que las mujeres rogaban por que se lo hiciera. En ese momento me vino a la memoria un cuadro que aparecía en uno de mis libros de arte —una joya del *Art Nouveau*, el marfileño torso de una mujer intentando escapar de las fauces de un insecto gigantesco—, recuerdo que inflamó toda mi mente… Su espantosa risa y lo último que me dijo: ahora que ya has estado conmigo, ya no serás nada para los demás hombres, has disfrutado, verdad, perra.

Después me apartó. De un rápido movimiento, agarró su oxidada navaja e hizo otra muesca en el mil veces mellado borde de la cabecera. Me echó fuera como una bolsa de basura y todo lo que recuerdo es un oscuro pasillo deformado por el ácido y el resplandor de los líquenes de los escalones de piedra sobre los que me caí. El eco de sus insultos retumbando en el aire cuajado y su risa mientras yo me esforzaba por sostenerme a cuatro patas en medio de la gravilla de la entrada, bajo la lluvia. Después, la nada.

Me quedé en el parque, muerta de frío, con el maquillaje churreteado por toda la cara, incapaz de dejar de temblar, con magulladuras en el cuello, por donde me había apretado, y los ojos bañados en sangre. Durante una semana no pude caminar ni hablar sin que me doliera. Con voz casi inaudible, le dije a mi madre que había cogido un terrible resfriado y que se me había irritado muchísimo la garganta y con una larga bufanda de crepé que me enrollé a la moda del momento me tapé los cardenales hasta que desaparecieron. Como mamá nunca me hizo preguntas todo quedó en una mentira más. Doy gracias a que no me quedé embarazada ni cogí nada raro; creo que me hubiera suicidado en cualquiera de los dos casos.

Todos se enteraron. Steveo le contó su hazaña a todo el mundo. Se reía. Se jactaba de cómo se había tirado a la engreída de Billie Morgan. Por aquel entonces los tíos tenían un mito: si forzabas a una tía que no era virgen, entonces no era violación, y yo al final ya había perdido mi virginidad aquel verano con un encantador y bastante apocado estudiante francés de intercambio de pobladas cejas castañas y sonrisa perenne. Fue bonito, estuvo bien, conservo un buen recuerdo de sol, risas y besos, y lloré como una magdalena cuando Xavier regresó a París, desde donde me juró amor eterno a través de unas cartas que se hicieron más escasas cuando las hojas de los árboles empezaron a dorarse.

Aquel hermoso recuerdo murió asfixiado bajo el espeso y embreado sello de Steveo, que creía que lo que había hecho era la

leche, la mayor gracia de su vida. Un tiempo después me lo encontré en el *pub* y vi cómo el muy hijo de puta sonreía con satisfacción y le daba un codazo a uno de sus amigotes. El corazón se me hinchó de rabia, me empezaron a temblar las manos y las piernas y se me revolvió el estómago; mis entrañas chillaron de asco y quise matarlo. No en sentido figurado, sino literal; pensé en acuchillarlo con su propia navaja hasta que se desangrara y que su vomitiva sangre, apestando a hierro, me tiñera las manos y ver la mirada de incredulidad en su hermoso rostro, la inmensa y deleitosa belleza de la venganza. Deseaba infligirle tanto daño que me suplicara clemencia y se arrastrara como un gusano abyecto y moribundo antes de morir, morir, morir y desaparecer de la faz de la Tierra para siempre jamás y…

Pero no hice nada de eso porque era joven y no conocía a nadie que me protegiera. No tenía una tribu, ni una familia ni una banda que luchara por mí, de modo que me propuse encontrar mi propia tribu para que nunca más volviera a ocurrirme algo así. Me limité a tirarle la bebida encima a Steveo, que estaba allí sentado, sonriendo. Fue todo cuanto pude hacer porque estaba demasiado furiosa para decirle nada. Se sintió ultrajado, igual que los demás; estaban montando una escena, un número, pero no era guay. No era genial.

Aprendí mucho de aquel mal trago.

Aprendí que no se debe confiar nunca en un *hippy*; sólo se preocupan de sí mismos y no saben qué es el honor. No quise saber más de ellos.

Descubrí que tenía una vena rabiosa que no podía controlar, que me volvía peligrosa como un arma y apestaba a muerte, que cuando me daba podía herir tanto a los demás como a mí misma y que después, cuando se me pasaba, me sentía como la mierda, como una concha azotada por un millar de mareas que sólo deseaba vomitar. Aprendí a esperar al aplacador odio hacia mí misma que seguía a la cólera sedienta de sangre; el tembloroso, desesperado y vomitivo asco hacia mí misma que tardaba varios días en

desaparecer mientras me juraba una y otra vez que jamás volvería a perder los estribos.

Una vez aprendida la lección, decidí no comerme ni un ácido más, ni fumar demasiada hierba, ni meterme demasiadas rayas, ni beber demasiado ni meterme nada que me hiciera perder el control.

Sin embargo, resulta muy fácil proponerse cosas y a veces, como más tarde pude averiguar, es muy duro cumplir tales propósitos, en concreto en el caso de la farlopa; nada de *lady* pura, que es la coca de los ricos, sino farlopa de la barata, de la brutal, la única droga que he llegado a amar. Oh, esa sensación que te embarga cuando los ásperos cristales triturados te elevan a la luz, es como ser Dios subido a un cohete, como estar hecho de relucientes y chispeantes estrellitas escarchadas, y sientes que eres capaz de cualquier cosa, de absolutamente todo, de reventar el universo y bailar sobre sus escombros. Es la droga perfecta, te hace creer que eres un ser superior, hace que te hierva la sangre, te inunda de seguridad en ti mismo, te hace sentirte hermoso, inteligente e ingenioso: todo lo contrario que esas otras mierdas que te convierten en un vegetal sonriente o en un arrastrado quejumbroso que no vale más que para pedir limosna al lado de los cajeros automáticos y al que todos desprecian y fingen no ver. Lo sé, lo sé, el perico te va restando vida, salud e intelecto hasta convertirte en una momia marchita, disecada y sin hígado, te roe los dientes hasta las encías, se caga en tu aliento y te agujerea el cerebro de tal manera que todo se te olvida al cabo de dos segundos, pero cuando eres joven, estás en una fiesta, te vienen y te dicen «Aquí tienes, sírvete», el futuro es en lo único en que no piensas…

Me esforcé lo indecible por no engancharme a las anfetas, por no convertirme en una fumada ni en una heroinómana y por vivir lo más dignamente posible y lo conseguí, pero la lucha me dejó tan tan tan jodida que ni las toneladas de jabón de lavanda con que me bañaba ni el puto yoga me sirvieron nunca para liberar tensión. Ésta

está ahí para algo. Es mi escudo, mi sistema inmunológico, mi caparazón.

Aprendí también a no hablarle a nadie de mi violación; como os podréis imaginar, entonces no había centros de ayuda a mujeres violadas, ni líneas de socorro ni servicios de asistencia. Si ibas a la policía, te trataban como a una ramera infrahumana. Lo más probable era que hasta tu familia te echara la culpa y muchos eran los novios que rompían su compromiso con su prometida cuando ésta confesaba su oscuro secreto en un momento de bajón. Pero como los tiempos cambian, al final se lo conté a Leckie, Micky y Johnjo.

A Leckie se lo dije hace un par de años, un día que salimos a comer y, rompiendo mis propias reglas, me tomé un par de copas de vino. Estábamos en su piso. Se echó a llorar. Que Dios bendiga su corazoncito, la amé por eso, por cómo lo sintió por mí. Lloró por mí como jamás había llorado yo por la chica chiflada en que me había convertido. Me abrazó —a mí no me van mucho los abrazos, pero me refugié sin reservas en su cálida y perfumada ternura— y despotricó contra los hombres porque eran todos unos cabrones y me dijo lo valiente que yo era y lo mucho que me admiraba.

Le hice té mientras gemía, sollozaba y se sonaba la nariz con un pañuelo bordado con cupidos de oro. Intenté hacerle entender que yo no odiaba a los hombres ni a nadie, porque odiarlos a todos sólo porque algunos sean unos hijos de puta es inútil y te absorbe demasiada energía. Quiero decir, hay quien está cuerdo y quien está chalado, ¿vale? Cosas como el género, la raza o la religión son todo mierdas, la verdad. Se trata de utilizar o no el sentido común, no hay más. Soltó una risita, me dijo que yo era terrible, una motorista como no había otra, y yo también me reí, pero es la verdad, en serio. Esta especie de filosofía de bar la saqué de ellos, de la banda, y la sigo porque creo que es una manera muy sana de ver la vida.

Después le expliqué cómo me había tomado lo que me había hecho Steveo y cómo lo había extirpado de mi mente, porque bajo

ningún concepto iba a permitir que ese cabrón ejerciera la menor influencia sobre mí. Si yo dejaba que lo que me había hecho me afectara, entonces habría ganado. Pero ese cerdo jamás ganaría, fin de la historia. Me lo repetía a mí misma una y otra vez. Se había convertido en mi mantra.

Después Leckie rompió a llorar de nuevo y me dijo que yo era un ejemplo que seguir, pero no conseguí que comprendiera que mi actitud no derivaba del valor ni de una gran fuerza, sino de puro miedo.

Estaba muerta de miedo, ya veis. Estaba tan asquerosamente acojonada que de haber permitido que Steveo ganara, de haber sucumbido a la genofobia y la amargura que me arrastraban con sus garras marchitas y esqueléticas, hubiera terminado alejándome de la realidad y considerándome, simplemente, una violada. Nada más. Todo cuanto he hecho hubiera estado condicionado por la violación. No hubiera sabido ser feliz, ni ser amada, ni amar, jamás. Mi existencia hubiera girado enfermizamente para siempre en torno a ese espanto.

Me ponía los pelos de punta. Conocía a otras chicas a las que les había ocurrido lo mismo y según me fui haciendo mayor fui viendo cómo las mujeres se anclaban en la estéril orilla del victimismo, donde lo único que conseguían era sentirse como la mierda y odiarse patéticamente a sí mismas. Yo era demasiado cobarde para eso. Yo tenía tantas ganas de vivir, de viajar, de verlo todo, de… sentirme viva. Como dijo Frida Kahlo en su lecho de muerte: «¡Viva la Vida!»[3]. Tenía demasiadas ganas de vivir, quería ser alguien.

«¡Viva la Vida!». Joder, ahora me hace gracia. «¡Viva la puta Vida!». ¡Larga vida a la Vida!

A Leckie le hablé de la violación y de cómo había luchado por sobrevivir a ella, pero no se lo conté todo porque no ha sido hasta hace poco, después de haber ocurrido todo lo que ha ocurrido, que he podido reconocer toda la verdad. Bien, allá voy. Joder, me cuesta seguir escribiendo, mis dedos flotan sobre el teclado como si una

parte de mí no quisiera dejarlo salir. Como si al mantenerlo dentro me protegiera. Pero no, debo conservarme íntegra. Sin embargo, no estoy íntegra. Una parte de mí se me escapó para siempre, la que me cortaron. No hablo de mi «pureza» ni de chorradas de ésas, no, se trata de *flashbacks*, de que no he conseguido olvidar a pesar de que llevo años enterrando recuerdos. Pero estos recuerdos brotan cuando menos te lo esperas, aun cuando creías que habían muerto, como un herpes, como un virus recurrente, como una fiebre latente del espíritu.

A veces, no siempre, pero a veces, cuando practico sexo, o hago el amor, o follo, llamadlo como queráis, todo se tiñe de aquellas viejas y malignas imágenes. Como si hubiera dos películas reproduciéndose al mismo tiempo. En una aparecen un hombre y una mujer —mi ligue de turno y yo— haciendo lo que hacen los hombres y las mujeres, pero después todo cambia. Una confusa y caótica maraña de escenas, sensaciones, olores y ruidos lo cubre todo. Me quedo aterrorizada, paralizada de miedo. Entonces siento deseos de gritar y golpear al hombre con el que estoy, sacarlo de mí, alejarlo de mí. Quiero huir, correr y esconderme de la catarata de recuerdos que rasgan el presente para arrastrarme al pasado.

Esa parte no se la conté ni a Leckie ni a nadie.

Eso sí, a mi marido le conté el resto, vaya zorra subnormal que fui. Mi joven, inocente y tierno marido, Micky. Oh, sí, he estado casada como Dios manda, con papeles y todo. Unas pocas semanas después de habernos casado, se lo confesé todo en un momento tonto, como cualquier recién casada que todavía no ha aprendido cuándo debe cerrar el pico.

Como estábamos tan enamorados, bajé la guardia. Me abrí por completo a él, acurrucada entre sus fuertes brazos; estábamos acostados en nuestra enclenque cama de caoba, sobre el desigual colchón, tapados con el elegante y moderno edredón que nos habían regalado por la boda y la luna helada brillaba en medio de la negrura de la ventana. Se lo conté todo y el estómago me dio un vuelco

cuando sentí que el calor de su abrazo se desvanecía como una gota de lluvia en una noche de verano.

No debería haberle dicho nada, Micky no supo cómo reaccionar. Las aventuras con Los Vástagos no lo habían preparado para asimilar que su esposa había sido violada mientras estaba drogada, con sólo dieciséis años, y que nadie intentó ayudarla. Que el hombre que lo había hecho seguía por ahí, tan campante, seguramente violando a más chicas, que algo así podía ocurrir, que él no podía hacer nada, que no podía pelearse con nadie. No había más que fantasmas que bailaban a su alrededor, riéndose de él, mientras intentaba matarlos, ciego de rabia y frustración. Fantasmas a la luz de la luna. Pobrecito Micky.

Johnjo se lo tomó mejor, pero ya no éramos niños y los tiempos habían cambiado. Me abrazó fuerte y me acarició la cabeza con sus callosas manos mientras se lo contaba. Sabía cómo se sentía y sabía que nunca haría ni diría nada, sino que se limitaría a poner cara de ternura. No estamos casados; él sí, lleva años casado con una mujer con la que tiene una hija mayor. Leckie lo llama «mi gato silvestre», ya sabéis, por su indocilidad, al contrario que *Gengis* y *Cairo*. Johnjo es el típico gato solitario, el gato callejero para el que dejas comida junto a tu puerta y que muy de cuando en cuando te permite acariciarle su desaliñado, hermoso y curtido pelaje antes de seguir su camino con absoluta calma, sin mirar nunca atrás. Johnjo viene y va cuando le apetece, eso es lo que me gusta de él. Nada de cadenas, nada de compromisos, nada de dolor. Sólo a veces busca un poco de tranquilidad y compañía para pasar la noche. Nada de dolor, ¿os dais cuenta? Ya no más dolor, yo ya no puedo hacerlo. En los veinticinco años que hace que lo conozco, primero como colega y después como pareja, jamás me ha dicho que me quiere, o lo guapa que estoy, o que estaba preocupado por mí. Pero al final siempre vuelve y nos tiramos toda la noche hablando, nos preocupamos el uno por el otro, cada uno a nuestra manera. Tenemos el pasado, sabéis, compartimos los recuerdos de toda una vida de risas, del

desengaño que te llevas cuando vas dejando de ser joven y de la locura que hace tantos años dejamos atrás, cuando estaba casada con Micky, y éste y Johnjo eran aspirantes.

Johnjo y yo podemos sentir al Hijo del Demonio en nuestro corazón.

9

DUSTY Miller lo inició todo. Estudiaba dibujo técnico en el politécnico y lo conocí a través de unos amigos en común, de modo que cuando se ofreció a acercarme a casa en su Bonneville le dije «Claro, ¿por qué no?». Yo tenía diecisiete años, estudiaba en la escuela de arte y estaba abierta a cualquier nueva experiencia.

No me gustaba Dusty, era un zopenco de pelo de estopa, aunque tenía una bonita sonrisa y una de esas chupas de piel de carnero que yo siempre había querido. Era un colega. Siempre tuve montones de colegas, con los tíos me entendía muy bien a ese nivel. Más que con las chicas, con las que nunca me he llegado a encontrar del todo a gusto; claro, me hubiera encantado contar con una amiga íntima con la que compartir ideas y risas y en la que siempre poder confiar —de pequeña leía mucho la *Guía de supervivencia para chicas*, que era muy instructiva—, pero la realidad del exclusivista, malicioso y salvajemente competitivo mundo de las mujeres que yo sabía que urdían sus viles planes disfrazadas con sus inofensivos suéteres y sus pestañas postizas, me parecía un infranqueable muro levantado para impedir el paso a descastadas como yo. Yo parecía por ley incapaz de encajar en el absurdo perfil que la mayoría de los hombres parecían buscar. En secreto, a las chicas de ese tipo las llamaba «barracudas», porque eran todas igual de esbeltas, gráciles y atractivas y porque, aunque por fuera te encandilaban con sus grandes ojos, por dentro eran letales depredadores de afilados colmillos y mandíbulas trituradoras. No tenían más que chasquear los dedos en el comedor para arrebatarte toda la confianza en ti misma y llevarse consigo a todo

un rebaño de tíos babeantes que les pagaran el desayuno. Cabronas.

Es igual, por fortuna —o por desgracia, ya que si me hubiera acostumbrado a ponerme faldas, ahora podría ser una servicial maruja encargada de atender a una manada de mocosos hacinados en una casita perfectamente impoluta de Bingley— aquel día llevaba vaqueros; además entonces no era obligatorio ponerse casco. Nunca me había subido en una motocicleta, aunque una vez, de pequeña, el tío de alguien me había dado una vuelta por la manzana en su ciclomotor y recuerdo que disfruté y me emocioné tanto que no dejé de suplicar que me llevaran a dar otra vuelta hasta que me mandaron a la cama con crueldad. ¿Acaso aquella minivuelta en ciclomotor había sembrado en mí la semilla del espíritu motero y de la sed de aventura? Que las madres que estén leyendo esto tomen buena nota: dejar que a vuestros retoños les den una vuelta en un ciclomotor de 50 cc los arrastrará inevitablemente a una vida de pecado y perdición, yo soy la prueba viviente.

Dusty puso cara de tipo duro, arrancó el motor como si fuera Marlon Brando en *Salvaje* y yo pasé una pierna sobre el asiento y me agarré a él, tanteando con los pies para colocar los talones en los apoyos que Dusty había bajado para mí.

En aquel momento de felicidad absoluta, el olor de su chupa de piel de carnero, mezclado con el del aceite del motor y el de sus vaqueros grasientos, la intensa sensación de libertad de ir a horcajadas en una máquina potente como el caballo de ocho patas de Odín, y las miradas de desaprobación de la gente decente eran para mí como un sueño hecho realidad. En ese preciso instante supe que me haría motera.

—Escucha, mantén la cabeza a la altura de la mía y ni se te ocurra revolverte, ¿entendido? —gritó Dusty.

—Entendid…

Mi respuesta se perdió en el tirón de la salida, que casi me hace caer. Casi nos llevamos por delante al director de la escuela, que

justo en ese momento salía por la puerta lateral, cuando nosotros salíamos escopetados levantando una nube de polvo seco.

Fue un flechazo, lo juro. Todavía recuerdo aquella sensación de pura dicha. Lo emocionada y viva que me sentí a medida que atravesábamos los distintos pueblos que había de camino a casa. Me apreté contra la mullida espalda de Dusty y parpadeé fuerte para limpiarme las lágrimas mientras tomábamos curvas y adelantábamos coches, cuyos conductores nos miraban.

A la entrada de mi calle me apeé como pude —no me atrevía a que mamá me viera subida en nada menos que una motocicleta con alguien como Dusty, cuya impresentable familia y rubios hermanos macizorros eran la comidilla del vecindario—, apoyando con dificultad una pierna y luego esforzándome por pasar la otra por encima del asiento.

Las rodillas se me habían quedado flojas por haber ido apretando la moto con las piernas y las mejillas me hormigueaban a causa del viento y el típico polvo de Bradford que arrastraba. Me sentía de puta madre. Entusiasmada, emocionada, no había una célula en todo mi cuerpo que no estuviera a punto de estallar de alegría. Me sentía como si me hubieran liberado.

—Creía que nunca habías subido a una moto. —Cuando Dusty se quitó las gafas de montar pude ver lo gloriosamente sucia que le había quedado el resto de la cara en comparación con la zona de los ojos. Dejó la moto quieta y me sonrió viendo lo patidifusa que me había quedado.

—Y es verdad.

—Pues eres muy buena pasajera, un paquete nato. ¿Quieres que te lleve mañana?

—Eh… Claro, ¿puedo…? Te daré dinero para gasolina, yo…

Dusty se rió.

—Vaya, sí que te has enganchado, ¿eh? Muy bien, pequeña motera, entonces te recogeré aquí, a las ocho y media, ¿vale?

Y así empezó todo. Desde entonces fui motera… bueno, ilusoriamente. Tiré a la basura todos mis accesorios y ropas *hippys* y me embutí en unos vaqueros tan ajustados que casi me partían por la mitad cuando me encaramaba a la Bonnie, me calcé unas camperas de tacón metálico y me puse entalladas camisetas de manga corta y larga y; además, después de suplicar y rogar como nunca, conseguí que en mi cumpleaños me regalaran el dinero necesario para comprarme una chupa de cuero negra de Lewis Leathers con flecos de quince centímetros en la espalda y las mangas. Me gustaba tanto que durante la primera semana me la ponía hasta para dormir. Todavía la conservo y, la verdad, que me entierren con ella, por favor. Nunca he adorado una prenda tanto como a esa chupa, jamás… Sólo con olería y respirar el aroma de incienso almizclado del cuero viejo mezclado con ese leve olor a aceite de motor, me sumerjo al instante en aquella época, en mi juventud.

Mamá y Jen se enfadaron conmigo, como no podía ser de otra manera. Para ellas las motos eran algo sucio, peligroso —¿Y si me caía y se me quedaba la cara marcada para siempre, como la mujer aquella que salió en la revista *Woman's Own*, que tuvo que meterse a monja para disimular sus cicatrices?— y, lo que era todavía peor, era un símbolo de pobreza. Los chicos decentes tenían coche y los desheredados se movían en ciclomotor o motocicleta. Sólo los impresentables de la clase obrera, los que iban al instituto de mecánica, cometían el mortal pecado de trabajar con las manos. Yo no entendía la fijación de los de la generación de mamá por «mejorarse» a sí mismos. Para mí se comportaba como una simple esnob con tanto elogiar al encantador petimetre oficinista de su hermanita. Entonces no supe ver cuánto le aterrorizaba perder su preciado y trabajado refinamiento y «dejarse llevar». Las motos y la gente como Dusty eran un insulto con patas a todos sus años de sacrificio, y allí estaba yo, tirándoselo a la cara… Oh, mamá, cuánto lo siento, en serio, pero ya es demasiado tarde, ¿verdad?

Por tanto, en opinión de mamá y Jen, no podías ir en moto a una cita con un chico: el peinado, el maquillaje, ¿qué te vas a poner? Es imposible estar guapa con la cara embadurnada de polvo, y el viento te destroza la permanente aunque te lo sujetes con un pañuelo como Audrey Hepburn conduciendo un deportivo. Temblaban sólo de pensarlo. Para ellas era inconcebible. En cuanto a lo de que una chica condujera su propia motocicleta, ya era contranatural. Mamá confesó que hacía años había conocido a una chica que tenía una moto, pero que resultaba ridícula, una marimacho, una de «ésas», ya sabéis. Zapatos planos y cigarrillos de liar. Una bollera.

Pero no me pusieron demasiadas trabas, ¿qué otra cosa podían hacer? ¿Encerrarme en mi habitación? Sabían que me hubiera escapado sin problemas. Se limitaron a quejarse con dramatismo, por lo general entre dientes. De todas maneras, tenían la cabeza ocupada en otra cosa, puesto que hacía poco que Jen se había prometido a Eric, su cariñito de toda la vida. Jen llevaba su anillo engarzado con un diamante como si fuera la piedra filosofal y Liz estaba extática porque no había nada que le entusiasmara más que un bodorrio, por muchos meses que faltaran para su celebración. Soñaba con hacer las compras, la confección del vestido, escoger las flores, escribir las invitaciones, el demencial castillo que sería la tarta, en el exceso de organdí.

A mamá no le hacía tanta gracia. Adoptó una actitud cerrada y llorona. La armónica y rica relación que las unía se vino abajo cuando empezó a pensar que Jen se marcharía de casa, aunque Jen y Eric le aseguraron —en mi opinión con demasiado entusiasmo— que creían en los compromisos a largo plazo, por lo que ahorrarían su dinero, para poder empezar sin ahogos, y no se precipitarían. Aun así, cuando Eric, el gran imbécil, sacó el tema un domingo durante la comida de que emigrarían a Canadá después de casarse, mamá se levantó de la mesa entre sollozos y se tardó horas en conseguir que se calmara.

Yo entonces no sabía nada sobre la menopausia. Nunca imaginé que mamá andaría peleándose con su cuerpo, sacudido por la marea hormonal y torturado por los sofocos. Ni que le asustaba quedarse sola —yo no contaba como compañía— en su vejez, ni que podría estar celosa porque su matrimonio había fracasado y su juventud y belleza —no era de las que pensaban que la arruga es bella— empezaban a entonar su canto del cisne.

Yo iba y venía, con mi chupa y mis ofensivos vaqueros sucios, mi pelo trenzado —como un vulgar piel roja, como decía mamá— a la espalda y me preguntaba si tendría que hacer de dama de honor. Me daban ganas de potar sólo de pensar que tendría que ponerme un espantoso vestido amarillo limón o rosa o azul claro y llevar zapatos de satén a juego y llevar ramo de pompón y moño con tirabuzones.

Dio la casualidad de que yo me casé antes que Jen y Eric. No hubo ni damas de honor ni volantes. Y no, no fue de penalti.

Conocí a Micky Kendall en el CMCSD: Club de Motociclismo de Sykebeck y Distrito. Era una asociación de moteros legales que se reunían en un Club de Trabajadores de las afueras de la ciudad. Con lo de moteros «legales» me refiero a que ni formaban una banda ni eran un hatajo de prófugos. Les unía su pasión por las motocicletas, la cerveza, el *rock* y la comida grasienta. Supongo que los profanos los considerarían una banda de moteros auténtica, pero para quien conociera bien el mundillo la diferencia era evidente e insalvable. Por usar una analogía comprensible por mamá y Jen, era la diferencia entre Diana Dors y Marilyn Monroe. Por tanto, el CMCSD era Diana, que nunca se desharía de su tosco encanto británico.

Empecé a ir al club por las noches con Dusty y su novia, Tracie, más todos los que cupieran en el coche de ésta. No se veía mal que fueras en coche —me refiero sólo a los chicos— siempre que juraras por tu madre que te habías visto obligado a dejar la moto en el taller para modificarla o repararla. Ahora que reparo en ello, a nadie le importaba una mierda siempre que interpretaras tu papel de motero dejándote ver sobre dos ruedas de cuando en cuando. De hecho,

durante la época que estuve yendo a ese sitio conocí tíos a los que jamás vi subidos a una moto y nadie dijo nunca ni pío.

El caso es que era un sitio agradable; aun así, pasado un tiempo, empecé a sentirme inquieta. No hubiera sabido decir por qué, pero me empezó a parecer un poco soso y rutinario. Los moteros que pululaban por allí eran un poco decentes para mi gusto; eran tipos normales que pensaban en cosas normales, que se habían salido de la sociedad convencional tanto como se habían atrevido o querido. No quiero decir que no disfrutara estando allí, porque sí que me lo pasaba muy bien y la sensación de estar como en mi casa era mucho mayor que con los *hippys*. Aquella gente parecía más honesta, era lo que veías: tipos desaliñados y barrigudos a los que les apasionaban las motos que montaban y reparaban y a los que les gustaba pasar una noche con sus sufridas pero simpáticas novias, en una oscura y pequeña taberna saturada por las brutas risas de sus iguales. Allí no se sentían juzgados. Allí podían relajarse. Es cierto que no eran unos intelectuales, pero al menos no te daban la chapa con toda aquella charlatanería que los *hippys* vomitaban entre calada y calada sin llegar a comprenderse nunca ni a sí mismos.

Como habréis deducido, acabé muy escarmentada de los *hippys*.

Por lo general íbamos al club los viernes a escuchar música de discoteca —en realidad la música disco propiamente dicha no formaba parte del menú—. Conocí a Micky el día de mi mayor triunfo social, que fue cuando gané el concurso de *Miss* CMCSD. En efecto, soy toda una reina de la belleza, aunque no para los estándares de mi familia. No obstante, triunfé. Todavía conservo la copa grabada y la banda. Las guardo en el cajón de abajo, envueltas en mi raída camiseta de motorista y junto a mi amada chupa de cuero.

Yo no tenía la intención de apuntarme al concurso y, de hecho, no lo hice, fue Tracie quien me inscribió, por gastarme una broma. Le parecía gracioso porque se pensaba que iba a ganar ella; la oscuridad de mi tez contrastaría a su favor con su hermosura de hielo. Era como competir contra Jen de nuevo, se me encendieron

las mejillas y apreté los puños. Llegué a la conclusión de que, sin saber muy bien por qué, Tracie no me tragaba, pero lo que siempre me dejaba boquiabierta era aquel rencor oculto bajo un disfraz de lisonjas. Ya sabéis, como cuando una mujer le dice a otra: «Me encantan tus ojos, ¿no crees que estarías más mona si te los supieras maquillar mejor?» o «¿A que es una suerte ser alta? A algunos hombres les gustamos mucho las altas». Pues así era Tracie. Nunca se me pasó por la cabeza que estuviera celosa de mi amistad con Dusty o que pensara que éste le ponía los cuernos conmigo. Dusty era mi colega, hablábamos de motos, me enseñaba mecánica y nos echábamos unas risas.

Puede que se tratara de eso, de que nos divertíamos juntos. Tracie en cambio no tenía mucho sentido del humor, aunque creía que había hecho la mayor gracia del mundo al apuntarme al concurso.

Me puse furiosa cuando me enteré, cinco minutos antes del desfile, durante el que las temblantes maniquíes deberíamos recorrer la pista de baile entre los silbidos y aullidos de los moteros inflados de cerveza, que apostaban por el resultado y brindaban por su favorita con el entusiasmo de quien apuesta a los caballos.

Podría haberme negado, pero no lo hice. Mi orgullo estaba en juego, así que me solté el pelo, que gracias a Dios acababa de lavármelo, y me lo arreglé con un cepillo prestado, me pellizqué las mejillas y me mordí los labios, tal como Jen me había aconsejado que debía hacer «en caso de emergencia».

Todavía no sé por qué gané. Quiero decir, competía contra un montón de tías cañón que iban vestidas a la última moda motera, es decir, vaqueros ajustadísimos, botas de tacón alto y camisetas de cuello amplio o sudaderas de tonos pasteles y cuyo maquillaje tendía al rosa pálido en los labios y al azul perla en la sombra de ojos. Yo en cambio llevaba mis viejos vaqueros remendados con los bajos metidos en unas botas de bombero, calcetines blancos gruesos vueltos, un desgastado cinturón ancho de cuero, mis toscos adornos

de bisutería preferidos y una camiseta negra; además tenía las uñas roídas. *Très chic*.

Después Micky me confesó que había sentido un flechazo en cuanto me vio; me dijo que le parecí feroz y orgullosa, toda una princesa motera. Bueno, no sé qué decir, sólo recuerdo que me temblaban las manos y el remolino de rostros, que parecían confusos globos desperdigados entre la espesa nube azulada de humo de tabaco, que abarcaba todo el bar. Si parecía feroz era porque estaba demasiado nerviosa como para esbozar una sonrisa. Cuando llegué a la mesa del jurado ya me sentía más aliviada por que todo hubiera terminado y entonces sí que conseguí sonreír, lo que provocó otra serie de aullidos y de aporreos en las mesas. Pensé que admiraban mi valor, que para ellos sería una especie de Juana sin Miedo.

Ya en el servicio de chicas, mientras esperábamos —en realidad yo no esperaba nada—, sabía que no había ganado, así que volví a trenzarme el pelo. Tracie me dijo que no se había fijado en que lo tuviera tan largo. Jamás imaginé que alguien pudiera hacer que algo tan simple sonara tan insultante. Lo sentí por Dusty, que pensaba que Tracie era toda una dama y que estaba por encima de alguien como él.

Entonces nos llamaron: «¡Adelante, señoritas, ilumínennos de nuevo con su belleza!».

En cuanto el dueño del club pidió silencio el público dejó de alborotar. Saludé a Dusty con la mano y él levantó el pulgar. No oí a Tracie, pero sí que la sentí sisear como una víbora.

—Y en tercer lugar… no, no es ningún deshonor, silencio, caballeros… En tercer lugar: ¡*Miss* Elaine Bartle! —Al instante estalló el estruendo que formó un grupo que saltaba enérgicamente en el rincón del fondo. Aplaudí con fuerza mientras una diminuta rubita que llevaba tacones de doce centímetros se acercaba con vacilación a donde estaban el presidente y su esposa para que le dieran una caja de bombones y un fuerte beso.

—Y ahora, la subcampeona de este año, en segundo lugar… ¡*Miss* Sally-Anne Prescott! —Aplaudí de nuevo mientras una esbelta pelirroja caminaba contoneándose para recoger su recompensa, entornando sus ojazos toscamente maquillados y forzando cara de sorprendida ante sus colegas. Yo esperaba tener que felicitar a Tracie mientras ésta se ahuecaba el pelo y se esforzaba por no salir disparada a recoger su trofeo.

—Y por fin la *Miss* CMCSD de este año… Es… Atención, amigos, porque tengo entendido que está soltera… Por u-na-ni-mi-dad de nuestro jurado… Silencio ahora: ¡*Miss* Billie Morgan!

El local se vino abajo. La gente berreaba y golpeaba las mesas y empezaron a venir a abrazarme y darme palmadas en la espalda. Yo estaba como mareada. Se han equivocado, pensaba, se han… Entonces me llevaron hasta la mesa del jurado, donde primero el presidente y después su esposa me dieron un sonoro beso. Me colocaron la banda, que ella había bordado a mano, y me dieron un ramo de flores, la copa y una enorme caja de bombones.

Miré a Tracie. Parecía Medusa. Su pelo parecía haber empezado a marchitarse de repente y con su mirada quería convertirme en piedra. Pero no me dio tiempo a darle muchas vueltas porque enseguida me arrastraron al bar a echar un trago y el DJ puso *Tiger Feet*, de Mud, y todo el mundo empezó a bailar y menear el esqueleto al estilo motero.

Mentiría si dijera que no me sentí como en una nube. Yo, toda una reina de la belleza… era tan absurdo que me daba vueltas la cabeza. Me reí tanto que me empezó a doler la cara, era maravilloso. Hasta que no pusieron los lentos y el tiarrón con el que estaba bailando dejó de llevarme por la pista de baile como si estuviera hecha de porcelana, no me di cuenta de que algo no iba bien.

No veía por ninguna parte ni a Tracie ni a Dusty. Me disculpé temiéndome lo peor y salí corriendo a la calle. El coche no estaba. Tracie se había vengado; se habían ido sin mí y me habían dejado

tirada en Sykebeck en plena noche, a varios kilómetros de casa, sin autobuses que me salvaran la vida.

—Cabrona, zorra, hija de puta, que te den por… —Podía sentir las primeras lágrimas y toda mi ilusión dispersándose como cenizas llevadas por un frío viento.

—Eh, ¿estás bien? —Era el tiarrón con el que había estado bailando.

—Joder… Lo siento, mierda, no, es que, los que me iban a llevar se han… Joder, se han largado sin mí, hostias, yo… — Me eché a llorar. La felicidad a la que con tanta insensatez me había abandonado empezaba a evaporarse en medio de aquella fría noche nublada.

—Eh, bueno, esta noche tengo la furgoneta, puedo… ¿Puedo llevarte a casa? Yo… oye, no… Ya sabes, yo no, conmigo no corres peligro… Me gustaría… No sé, no estaría bien que *Miss* CMCSD volviera andando y sola a casa, ¿no crees? ¿Qué opina el jurado?

Sonreía como quien se tantea a un animal silvestre; las palmas extendidas y expresión de calma total. Fue entonces cuando me fijé bien en él.

Ah, Micky, Micky, mi pobre Micky. Tenía el semblante sincero y plácido de un niño, ojos de un deslavado color azul claro, larga melena castaña recogida en una brillante coleta con una burda goma vieja. Tenía la ceja izquierda partida en dos por una cicatriz que le quedó después de herirse jugando al fútbol de adolescente, según me dijo más adelante, cuando yo se la acariciaba con un dedo.

Medía un metro noventa de dulzura, todo un inocente soñador con cuerpo de zaguero de *rugby*; tenía bíceps como melones y las piernas tan largas y fuertes que podría escalar el Everest en un solo día sin sudar.

¿Que si era guapo? Sé que lo he descrito como si lo fuera, pero no, la verdad es que no; tenía la nariz abultada, los ojos hundidos y la barbilla tipo Capitán América. Pero daba gusto mirarlo y se había

convertido en mi héroe y salvador indiscutible, allí mismo, en aquel asqueroso y frío aparcamiento. Le estaba tan agradecida que me dieron ganas de besarlo; más tarde, aquella misma noche, hice algo más que eso en la parte de atrás de su vieja furgoneta.

Empezamos a salir. Incluso a mamá, Jen y Liz les gustó, a regañadientes, por supuesto; era imposible que no te gustara Micky porque era el ser más agradable de la Tierra. Le encantaban los animales, se entendía con los niños, era un manitas en la casa y siempre demostraba una educación exquisita. No es que sintiera un flechazo cuando lo conocí, como en las películas, no se me iluminaron los ojos como estrellitas ni se me volvieron de gelatina las piernas; pero poco a poco llegué a amarlo, igual que le ocurría a todo el que lo conocía. Como era tan grande y tranquilo acabé llamándolo Pequeño Buda. Él me llamaba Princesa. Este mismo vocativo sonaría ridículo en boca de cualquier otro, pero no en la de Micky porque él lo creía de verdad. Para él yo era una auténtica princesa y me trataba como a tal, con toda la delicadeza del mundo, como si fuera del más fino cristal; nada era lo bastante bueno para mí, como si nunca terminara de tenerme del todo.

Y, de hecho, así era, sólo que después yo tampoco sabía muy bien dónde me encontraba. Mi vida se había convertido en una montaña rusa por la que yo corría sin frenos.

Así era mi Micky. Todo lo contrario del arquetipo del motero violador de madres y comeniños. Sé que la gente etiqueta las cosas; es muy fácil pensar que los moteros son todos unos perros despiadados y que, por ejemplo, los golfistas son todos unos tipos encantadores a los que les gusta el aire libre y que tienen un excéntrico gusto por los jerseys, pero cualquiera que conozca un poco ambos mundos sabe que las cosas no son así.

Mi Micky era bueno hasta los tuétanos. Quizá si hubiera sido un poco más duro, más fuerte, nuestras vidas no se hubieran ido a la mierda. Pero su ternura y delicadeza nos costaron caras. Tampoco

pretendo echarle la culpa, comprendedme: fui yo quien lo hizo y después lo obligué a ayudarme.

Terry Skinner murió por mi culpa. Lo maté yo, no Micky. Nunca le echaré la culpa a él. Yo maté a Terry; no Micky, yo.

10

UNOS ocho meses después de que Micky y yo nos conociéramos, los Hijos del Demonio se pasaron por el CMCSD una noche de sesión de discoteca como criaturas procedentes de otra dimensión que brotaran de entre la noche correosa. Los que estábamos allí dejamos de charlar y bailar animadamente y nos quedamos callados, boquiabiertos, como si una guillotina terrible nos hubiera cercenado el alma.

Claro, ya había oído hablar de ellos, como todos. Algunos decían que los conocían, que tenían colegas que se habían hecho miembros, pero nunca los trajeron al club ni fueron vistos con ellos en el *pub*. Para nosotros, los Hijos del Demonio eran un club de motociclistas de pura cepa, auténticos proscritos, la maldad sobre ruedas. Todos sabíamos que aquella peña no se mezclaba con nadie, que vivían en su propio universo; si alguno de nosotros se había hecho amigo alguna vez de alguno de ellos, debió de ser en un pasado lejano y además tendría que haber renunciado por completo a su anterior vida. Nuestros mundos no se solapaban en ningún punto.

Yo ya los había visto rodando por la ciudad a lomos de sus máquinas —la gente decente las llamaba «choppers»—, aquellas motos surrealistas de chasis bajo, cuyas extrañas formas orgánicas conformaban una reluciente masa de cromo y serigrafías, motores abultados y horquillas delanteras largas como la eternidad, como salidas de un cuadro de Dalí. Los greñudos y barbudos motoristas, de orejas repletas de pendientes y dedos enfundados en gruesos anillos de plata, tenían expresión de absoluta tranquilidad, aunque resultaban amenazantes, ataviados con la sucia ropa en la que

lucían su bandera: chaqueta vaquera sin mangas, con un fiero dibujo del demonio en la espalda, sobre y bajo el cual llevaban un parche semicircular tipo rockero; en el de arriba ponía «Hijos del Demonio» y en el de abajo «Bradford». A un lado llevaban, además, otro parche de moteros. Debajo llevaban una chupa de cuero y, por supuesto, no podían faltar las gafas de sol de espejo. Siempre me quedaba tonta mirándolos, pensando en lo guays que eran y en que nunca podría integrarme en su banda. Porque no tenía la menor posibilidad de convertirme en uno de ellos, ya que era una chica y a las tías no se les permitía formar parte de los Hijos del Demonio, ni hablar. Si una mujer se ponía ropa con la bandera de la banda, las cosechas se pudrirían, el sol se eclipsaría, una oscuridad eterna devoraría el universo, el Invierno Fimbul helaría la vida, etc., etc. Las pollas se marchitarían y el mundo se volvería del revés. Ya sabéis, ese tipo de mierdas.

Era una cosa de hombres… no, mejor dicho, era la cosa de los hombres. Terreno exclusivo para los machos. Yo suspiraba, maldecía mi sexo, añadía el motociclismo a la larga lista de «cosas que las chicas no pueden hacer» y meditaba sobre cuánto me jodía que me dijeran lo que tenía que hacer.

Por tanto, cuando vinieron al club me quedé fascinada mirándolos mientras iban entrando con absoluta calma de puercos estrafalarios, guiados por un fornido tipo de rostro ancho y pardo y mirada astuta, pelo moreno rizado y prominente barriga cervecera de solidez pétrea.

Micky estaba saliendo del retrete justo cuando los salvajes empezaban a ocupar toda la larga mesa reservada por lo general para los miembros oficiales del club como cuervos que se apiñaran sobre el cadáver de un ahorcado. Nadie protestó. Todos empezaron a mirar a otra parte o hundieron la mirada en sus cervezas. El DJ pinchó *Silver Machine*, la voz de Lemmy sonaba como si tomara grava y anfetas para desayunar, cenar, almorzar y a la hora del té y el aperitivo. Algunos de los proscritos tarareaban la canción o

tamborileaban en la mesa con los dedos, como si también ellos fueran humanos.

—Joder, me cago en Nora —dijo Micky abriendo los ojos como platos y sonriendo, aunque al límite de su imperturbable comedimiento típico de Yorkshire, ante el lamentable sacrilegio de que unos forasteros se hubieran adueñado de la mesa principal; ¿qué diría nuestro querido presidente Albert?

Esperamos un buen rato, casi conteniendo la respiración. Albert no abrió la boca. Cuando June, su mujer, cogió aire e hizo ademán de decir algo, Albert la detuvo y la obligó a entrar en un cuarto que había en un lateral. Desde donde yo estaba se les oía murmurar. Alguno de los proscritos llegó a sonreír.

No pasó mucho más. Más tarde me enteré de que de cuando en cuando se pasaban por algún club, sólo para asustar un poco a la clientela, a menos que se tratara de locales de aspirantes a proscritos. En esos casos arrancaban sus patéticas banderas y los acojonaban de verdad. Por lo general no era necesario recurrir a la violencia con los Cerdos Infernales de Coniston Valley, ni los Merodeadores de Ullthwaite ni los Jinetes de Hierro de Tarnsyke. Estos grupos sabían que se la jugaban y cuándo era el momento de irse con la música a otra parte. Los tipos más fuertes de estas organizaciones se querían integrar en los Hijos del Demonio una vez que recuperaban su orgullo; algunos lo conseguían, otros no, así es la vida. Ningún Cerdo Infernal fue admitido nunca, aunque eso ya es otra historia.

Sin embargo, a los Hijos del Demonio les daban igual los locales como el CMCSD. Así que, a su manera, estaban demostrando una gran sociabilidad.

Mi Pequeño Buda y yo no les quitamos ojo. Me fijé en cómo hablaban, andaban, bebían, se comportaban los unos con los otros y, lo que es más importante, con la mole de carne que estaba claro que era el líder. A modo de surrealista parodia de *La última cena* de Da Vinci, el gigante ocupó el lugar de Cristo y sus hombres quedaron

a ambos lados de él. Le decían cosas al oído sin que sus hundidos ojos endrinos, repletos de inteligencia maquiavélica, ni su oronda cara, que era tan horrible como interesante, expresaran nunca nada. Pero no se perdía ripio de cuanto ocurría a su alrededor, de eso no cabía duda, nada escapaba a su conocimiento.

Ni siquiera yo. Al darse cuenta de que le miraba, me sonrió. Aparté la mirada al instante, me puse roja como un tomate y quise que me tragara la tierra; me sentí como una palurda que perdía el tiempo con los componentes del circo, una aspirante, una principiante, una aficionada.

—Mierda, te ha visto; joder, ese tío es un cabrón. Se llama Carl o algo así. Carlo, es italiano, bueno, su familia es italiana… Viene del sur, de Londres. Me lo ha contado Rick, dice que allí mató a un tipo y que tuvo que escapar, hace muchos años ya. Desde entonces buscan su cabeza, se dice que es todo un hijo de puta. Dicen que es duro como la piedra y que lucha con su cinturón. Muy chungo. —Micky sacó la mandíbula y meneó la cabeza.

Le di un codazo con todas mis fuerzas y después esperé a que dejara de lloriquear.

—Qué bien, podrías habérmelo dicho. ¿Cómo es que estás tan informado, señor sabelotodo? —Me sentía incómoda y furiosa sin saber muy bien por qué. Quizá todavía me sentía avergonzada porque me hubieran pillado mirando; pero no lo creo. Más bien me parece que algo oscuro y dorado empezaba a formarse en mi cerebro, como cuando te aprietas los ojos con los dedos y empiezas a ver dibujos de brillantes colores en movimiento. Había empezado a urdir un plan, pero, como no quería hablar de él todavía, sólo conseguí enfadarme.

—Oye, tranquila —gimió Micky—. Ya vale. Vale, vale, Rick nos lo contó. No sé, nunca me has preguntado, ¿no?

Princesa, no… No te… Pequeña… Venga, cariño, no es justo… Escucha, déjalos, ese Carl te está mirando, sé buena y di adiós… Déjalo ya, Bill…

Cuando llegamos a mi casa, después de calentarnos —fue un largo paseo nocturno en la fiable Norton Commando 750 de Micky—, echarnos en mi cama —los patos seguían adornando la cabecera—, poner Led Zep y fijarme en lo vacía que estaba la casa —Jen estaba en casa de Eric y mamá y Liz se habían ido al baile de la Sociedad Rotaría—, ya lo sabía.

—Miiickyyy —maullé, al tiempo que me ensortijaba los dedos con su sedoso pelo y me preguntaba por qué siempre lo tenía tan brillante si sólo se lo lavaba de vez en cuando con jabón Fairy.

—Hmm.

—Miiick… ¿qué vas a hacer con tu vida?

—Ehh, no lo sé; me compraré un BMW para pasear los domingos, viajaré a América, me haré rico jugando a la lotería y le diré a mi jefe que se meta por el culo su puta empresa de mierda… ¿Por qué?

—He estado pensando.

—Oh, cuidado, sálvese quien pueda… —dijo besándome el cuello.

—No, en serio, escucha, los Hijos del Demonio, está bien, sabes, nada de dárselas de algo, como los del club, podríamos… podrías… Sería increíble, ¿no crees? Sería mejor que ésta… Ésta… —Señalé con rabia a los patos y las floreadas cortinas de volantes.

Micky se quedó callado. Sostuve la respiración; si hacía como que no le importaba, o fingía que no sabía lo que le quería decir o me llamaba chiflada, entonces todo se habría terminado, sin duda. Hubiéramos terminado.

—Rick va al Cisne los fines de semana. Van ahí… Conoce a un par de ellos. Me dijo que tendría… Que tendríamos que pasarnos por ahí. Podríamos ir mañana por la noche, si quieres…

Me abalancé sobre él y le cubrí de besos su complicada cara.

—Ah, ya basta, eres peor que la maldita perra, me has babeado entero… Bill, Billie, no te anticipes, no te hagas demasiadas ilusiones…

Nueve meses después, junto con Johnjo —que había aparecido una semana más tarde, como salido de las entrañas de la noche, cual espectro mudo, de nadie sabía dónde—, Micky estaba a punto de ingresar en los Hijos del Demonio. Había aparcado su burra recién reparada, la *Lady Blue*, a la entrada del Cisne. A los muchachos les encantaban la pintura perlada de zafiro y las atrevidas serigrafías basadas en la *Gran ola de Kanagawa*, de Hokusai.

Y yo me convertí en el brazo derecho de Carlo *Carl* Verradi.

11

HOY he visto un zorro, mientras estaba plantada como un zombi delante de la ventana tomándome el fuerte té negro de por la mañana y dándome fuerzas a mí misma para ir a trabajar. Apareció de repente, con arrojo, correteó por mi jardín y se escondió enseguida en el cementerio; era un macho viejo de hocico plateado, esbelto y vivaracho como una llama. Se me quedó mirando con aquellos ojos distantes e implacables como sólo lo puede ser la propia naturaleza. En aquella mirada no había el menor rastro de ternura, nada de domesticidad gatuna ni de amor canino. Ya había visto antes esos ojos, los de los hombres que hacía tanto tiempo que se habían ido, algunos incluso muerto. La mirada de lo salvaje, perdida en horizontes tan lejanos que únicamente Dios sabía de sus corazones silvestres y podía perdonarlos por sus errores.

Había algo más, algo que destilaba cada pelo de su maltratado cuerpo. Esa tensión permanente, esa conciencia de la muerte. Aquel animal sabía de sobra que aquel soleado momento de paz podía acabar en cualquier momento. Con el ruido de los caballos y los perros que trotaban y aullaban junto al arroyo, con el demencial derrape de un coche atropellándolo —pobre perro viejo—, con el amargo sabor del veneno de aquella suculenta carroña rasgándole la garganta. Sabía que su vida era finita, que sus enemigos aguardaban, que jamás podría permitirse bajar la guardia del todo.

Jamás podría permitirse ser débil.

Me aparté para que no me viera; un pequeño regalo para mi hermano zorro, una amenaza menos de la que preocuparse. Me tomé el té, pero no acabé de mentalizarme para continuar el día. Aquella alimaña me había confundido tanto como yo a ella. Había

agitado los fangosos fondos de mi alma y enturbiado las aguas con su detritus. Los recuerdos que allí yacían, como destellos de carpas que se revolvieran bajo el lodo, centellearon en la oscuridad antes de desaparecer del todo.

¿Por qué Carl mostró tanto interés por mí? No lo sé. Creo que, a su manera, se preocupaba mucho por mí, aunque entonces no supe verlo. Fue algo gradual, la sensación de que me protegía, de que me defendía de las críticas de algunos de los muchachos. Johnjo dijo en cierta ocasión que Carl admiraba a quienes consideraba inteligentes y que despreciaba a los estúpidos, y que en ese sentido el sexo no tenía nada que ver. Una vez le dijo a Johnjo que en la selva era la leona la que se encargaba de la caza, no el león; luego se rió, como si, según Johnjo, le hubiera hecho gracia algún chiste que sólo él podía entender. Sea cual sea el motivo, el caso es que sin que nadie se diera cuenta me protegía de todo y ahora, mirando atrás, me muero de vergüenza.

No sabía cuándo mantener el pico cerrado, ése era el problema. Estaba tan entusiasmada, tan alucinada con mi nueva vida de proscrita que —tal como dijo sucintamente en cierta ocasión Rita, la esposa de Car— no sabía cuál era mi puto lugar en el mundo.

Lo de no saber cuándo me convenía callarme me llevó a conocer a Terry Skinner y Jas, su embarazadísima novia. Le dije que la dejara en paz de una puta vez, que dejara de tratarla así en su estado.

Terry no me gustaba un pelo. Pensaba que no era —no os riáis— de la clase de tipos con que el club debía asociarse. Pero era un pequeño proveedor; vendía materiales a precio muy reducido para moverse entre los muchachos y vivir su fantasía de pertenecer al club, aunque todos sabíamos que jamás ingresaría. Carl me llamó para hablar en privado, suspiró con pesadez, puso cara de no saber qué hacer conmigo y me aconsejó que en adelante mantuviera la boca cerrada y midiera mis palabras para que así mis disparates no pusieran en peligro a los muchachos, que saldrían sin duda en mi defensa, que no debía preocuparme —su acento cockney revelaba

un cansancio desesperado—, que Terry jamás llevaría los colores del club. Carl dijo que no era un buen soldado y se dio unos golpecitos en una aleta de su bulbosa nariz. ¿Entiendes lo que quiero decir, pequeña?

Y tanto que lo entendí, porque mi Micky era el mejor soldado del mundo y con él me enfrentaría a la vida, lo tenía muy claro.

Así y todo, no conseguía olvidarme de Terry y Jas. La extraña pareja. Él era alto y desgarbado, tenía una cara larga y flacucha sembrada de acné y una maraña de casposo pelo rubio que le tapaba los ojos, que eran del color del azufre gaseoso o de las monedas sucias, según la luz o su estado de ánimo. Tenía risa de palurdo, siempre te la guardaba y a la menor ocasión te tiraba un golpe bajo. Para Terry el mundo era un gran enemigo y la sociedad iba a por él. Y aunque era obvio que no era inteligente, se guiaba por una astucia zorruna, un instinto mortífero y predatorio que daba asco.

A menos que fueras Jas. Estaba claro que lo amaba de verdad y que se creía por completo sus incoherentes y atropelladas teorías de conspiración. Si alguien se reía de sus delirios —cosa que ocurría con frecuencia—, Jas murmuraba «No, lo ha sacado de un libro, ¿verdad Terry?», como si al haberlo leído quedaran garantizadas la veracidad y exactitud de sus palabras. Puede que para ella sí, puesto que no sabía leer ni escribir. Se pensaba que Terry era un literato, un intelectual de la contracultura, que era un milagro que un tipo como él se hubiera emparejado, como ella misma decía, con una espantosa mestiza hija de puta como ella.

Decir, utilizando la jerga de los psicólogos, que Jasmine procedía de una familia altamente disfuncional y que padecía graves e interesantes problemas de autoestima sería el mayor eufemismo del milenio.

Cuando me acuerdo de Jas, pienso en un diente de león, que es delicado, frágil y está siempre a punto de desaparecer ul menor golpe de viento; sólo la colosal cúpula inflada que tenía por barriga

la mantenía anclada a este mundo. Pobre Jas, tan menuda y delgadita, cubría protectora a su hijo nonato con sus arácnidos dedos palmeados de uñas roídas manchadas por los restos de esmalte rojizo. Jas, con su satinada piel rosada y morena salpicada de pecas, tensa sobre unos salientes pómulos que sesgaban sus ojos y le conferían un aire tan juvenil como arcaico, como el de esas fascinantes estatuillas de diosas que se encuentran en las tumbas milenarias, y su aureola de coloridos rizos ingrávidos y suaves. Jasmine Pearl Savage, mitad de Bradford, mitad de Saint Kitts; sus enormes ojos verdes, enmarcados por unas cejas mínimas y ribeteados por unas pestañas negras larguísimas, se clavaban en Terry con dolor incomprensivo; sus labios carnosos y rosados temblaban mientras éste la insultaba para hacerse el duro, para darle la impresión de que le importaba una mierda que ella llevara a su hijo en sus entrañas. Puede que realmente no le importara… Conociéndolo, es difícil asegurarlo.

—Eh, Jassie, tráenos una pinta… ¿Cómo que estás cansada? Una mierda vas a estar cansada. Ooh, ¿es por la tripita? *Buah, buah…* Los cojones. En mi puta vida he visto una ballena como tú, ¿me oyes? Has echado un barrigón que da asco, te has puesto como una cerda, vaca de mierda… Venga, bájate al bar, vamos… Ah, mantén la boquita cerrada y no lloriquees, ¿eh? ¿Eh? Si tú estás cansada, ¿cómo estarán los que trabajan en los putos campos de algodón, cargados como mulas, toda esa mierda de los mandingo? Cansada… Ya te daré yo motivos para estar cansada…

Así que le dije que se callara la puta boca. Sí, no podía soportarlo más, alguien debía plantarle cara. Jas resultaba tan patética y tan absolutamente inútil; era como la víctima perfecta de los matones del colegio y parecía que tenía el coeficiente intelectual de una nuez. Verla me partía el corazón. Sus complicadas circunstancias y el odio que sentía por sí misma hicieron que algo saltara dentro de mí empujándome a salir en su defensa porque, para ser honesta, nadie movería nunca un dedo por ella.

Y no sé por qué. Entonces me sacaba de quicio, en serio; cierto, aquello no era ningún convento y todo el mundo tenía sus propios problemas, pero te endurecías, aprendías a poner buena cara. Pero si el asunto se ponía feo de verdad, entonces había que zanjarlo. Siempre había alguien que le decía al idiota de turno que lo dejara ya.

Excepto cuando se trataba de Jas. Nadie protestaba nunca. Todo el mundo miraba a otra parte, como si ver aquel deprimente espectáculo fuera demasiado doloroso; puede que fuera por eso. Jas se lo tomaba demasiado a pecho, la hería en lo más hondo. Cada vez que Terry estaba jodido e intentaba hacerse el tipo duro e impresionar a los muchachos insultando a Jas, cuyos ojos de peridotita se inundaban de lágrimas que fluían por sus mejillas como ríos de cristal. Lloraba en silencio, como las santas, sin fruncir el ceño ni ponerse roja ni histérica. Se limitaba a mirar a su adorado maltratador y murmurar su familiar mantra «Lo siento, Terry, lo siento, lo…». Eran tan insoportable que los muchachos hacían como que no ocurría, violentados, incómodos; al igual que ocurre con los niños acosados por los grandullones en las escuelas, todos solían fingir que no veían nada.

De modo que decidí enfrentarme a él. No porque quisiera hacerme la heroína o algo así, sino sólo porque Jas me daba lástima y Terry me daba tanto asco que buscaba un motivo para plantarle cara.

La verdad es que le monté un buen pollo. Se subía por las paredes y despotricó contra todas las mujeres que se las daban de enteradas, a lo que le respondí llamándole gilipollas. Y así seguimos, hasta que cayó en la cuenta de que por muy listilla que fuera, lo cierto era que yo formaba parte de los Hijos del Demonio —si bien me encontraba en los escalones inferiores, ya que sólo era la chica de un aspirante— y él no. Los muchachos le dijeron que lo dejara estar. Eso sí, sin moverse de la silla ni cabrearse; por dos razones: una, les vendía maría y anfetas a precio de ganga, y dos, en ningún

momento le creyeron capaz de hacerme nada. Pero yo le había calado muy bien, como todas las demás tías: no era más que un puto misógino de mierda.

Se fue poniendo cada vez más colorado de rabia, hasta que por fin perdió la cabeza del todo y agarró la jarra ya vacía de su cerveza. La atmósfera podía cortarse con un cuchillo y de soslayo —en ningún momento dejé de mirar a Terry a los ojos, no estaba dispuesta a ser yo quien bajara la mirada— vi que Micky dejaba el billar, lento y firme, como siempre, y me aparté. Micky se colocó cara a cara con Terry y le ordenó que cerrara la puta boca y me dejara en paz, ¿pillas? Johnjo se levantó de la barra, con elegancia felina, y como agua que anida en el lecho del río, se colocó junto a Micky. Todo el bar se había detenido a contemplar la escena, deseando que Terry la cagara del todo de una vez; el tiempo se paralizó y Terry, borracho y ciego de ira, levantó la jarra…

Carl se había situado detrás de él. Parecía uno de aquellos tótemes de la Isla de Pascua, que llevara y fuera a quedarse allí toda la eternidad, sin hablar nunca. Estaba allí, sin más, terrible y enorme.

Terry se quedó pálido, perdió todo el color, como si toda su furia se hubiera reducido a cenizas de puro miedo. No se giró, sino que se apartó a un lado con cautela, posó la jarra, cogió su chupa y salió del bar apartando a la gente con los hombros. Entonces empecé a tranquilizarme y me di cuenta de que Jas se había agarrado a mi brazo.

Con la otra mano se apretó a su abrigo y su bolso. Olía a vodka con naranja, a tabaco y también un poco a jazmín, la flor que le daba nombre, la que por las noches regala su aroma a las islas, dulce y frágil.

Apenas era capaz de susurrar.

—No era su intención, es que está un poco borracho, sabes, no quería hacerte nada, cariño. Pero… Gracias, eh, gracias, has sido muy buena conmigo, sabes, has sido muy amable…

Después sonrió fugazmente, como si la sombra de un colibrí hubiera acariciado su rostro.

Yo podría haber llorado de rabia, o de frustración… o de lástima. Jas siempre daba lástima, pero aquélla fue la primera noche que percibí su energía, la energía contenida de una maltratada y lo que ello significaba en realidad. «La audacia de los débiles», como dijo una vez Edith Wharton, la escritora favorita de papá. Una vez me leyó la historia en que aparecía esa frase y se quedó dándole vueltas como si yo no estuviera allí. Cuando volvió en sí, me sonrió y me dijo: «Una mujer inteligente, ¿verdad, Billie? Muy inteligente… Y ahora a dormir, cierra los ojitos, corazón, y mañana acabaré de contarte la historia». Lo recuerdo porque hablaba en galés, cosa que nunca hacía a menos que estuviera distraído. Por cierto, nunca terminó de contarme la historia y durante una temporada medité sobre por qué los débiles podían ser fuertes o viceversa, hasta que me olvidé del tema, como hubiera hecho cualquier niño. Nunca entendí lo que mi padre quiso decir hasta que conocí a Jas. Aquel día comprendí el significado de la expresión como si la hubiera ideado yo misma.

¿La aplicaría también a sí mismo? ¿Estaban papá y Jas cortados por el mismo patrón? No, mi papá no, él no era como Jas… ¿O sí? Sentí que todo el cuerpo se me tensaba y empezó a dolerme la cabeza como si quisieran aplastármela con un yunque.

Durante toda aquella noche no pude dejar de dar vueltas en la cama, que me parecía hecha de hielo, pensando en lo que había hecho. Había hecho mal al insultar a Terry, aun a sabiendas de que era un perfecto subnormal. Mierda, con lo duro que había trabajado, tuve que joderlo todo por una pataleta. ¿Por qué no podría controlar mi puto temperamento? Si me contenía, al cabo de unos pocos meses acababa estallando, como una piñata llena de fuego, cuando menos me lo esperaba. Podía darme por abuchear en público al primer tipo que se cruzara en mi camino, implicando a Micky y sus hermanos sin una buena razón aparte de mi propia mala hostia y

falta de disciplina… Pecados mortales. ¿Cuál sería el precio a pagar? ¿Hasta qué punto influiría en que Micky se convirtiera o no en el líder de la banda? Seguí dándole vueltas al tema hasta que no aguanté más y me levanté a prepararme un té.

Ya casi había amanecido. Una luz cenicienta se colaba por la ventana del salón. Dentro de una hora mamá y Jen se levantarían para ir a trabajar. Volví a la cama, hecha polvo. No podía, ya no podía más. Estaba exhausta. Siempre había algo de lo que preocuparse, demasiada gente a la que tener en cuenta, con la que tener cuidado de no ofender. Era como caminar sobre una alfombra de alfileres día tras día sin poder pararte a coger aire.

En cuanto cerré los ojos, decidida a dormirme de una vez, algo volvió a desvelarme. Acababa de acordarme de las fotos que aparecían en un folleto de información turística: arena blanca, mares azules, calor… Entonces me imaginé descalza, con la melena recogida en una larga trenza, una hermosa flor sujeta en el pelo, unos vaqueros viejos desgastados por la sal enrollados hasta las rodillas y el top de un biquini, chapoteando por la orilla, sonriendo.

De repente volví a despertarme del todo. Oh, por favor, por favor, por favor… Que sea yo, que se haga realidad… Pero la gente como yo carecía del dinero y de los contactos necesarios para abandonarse a ese estilo de vida. Estaba tan fuera de mi alcance que parecía un chiste, una broma que no tenía ni puta gracia.

Mi vida era aquélla. Es lo que había elegido, ahora debía afrontarlo.

Suspiré y me acurruqué entre las sábanas, enroscándome para mantener todo el calor posible. Sin embargo Jas… Por eso le había gritado a Terry. Pobre Jas. Pobre niñita. Joder… Me sentía como la mierda, pero por lo menos yo no era Jas.

12

MICKY escaló puestos con rapidez. En parte gracias a sus extensos conocimientos sobre motores —al fin y al cabo sacó la mejor nota cuando acabó mecánica en el City & Guilds—. Era generoso por naturaleza, de modo que reparaba desinteresadamente las máquinas de los demás: el fantástico monstruo negro de Carl, la *Widowmaker*, la *Wolfsbanede* Doc, el vicepresidente, que era roja como una manzana de caramelo, o la *Satánica*, que era el espantoso y descascarillado triciclo púrpura de Knobby, el sargento de armas.

Hasta me hizo la niña de mis ojos, mi rosísima y ratonera Pinkie, construida a partir de una Barracuda BSA 250. Tenía su depósito ovalado, una generosa horquilla, un pequeño asiento plano y unos intrincados neumáticos, protegidos apenas por unos guardabarros mínimos. Era el amor que Micky sentía por mí hecho moto. Huelga decir que de todas las chicas del club yo era la única con moto propia y pese a que pensaba que yo era la hostia, otros no pensaban igual. Algunos creían que tener un vehículo propio era otra forma de hacerme la importante, de dármelas de coñito sabelotodo. Pero entonces no reparé en ello, del mismo modo que no me enteré del descontento general que se estaba cociendo en mi contra y que afectaba a mi reputación sobremanera, sin que yo me percatara. Ahora que lo pienso, de no haber sido por la protección de Carl, me hubiera hundido en la mierda. Pero no me quitaba ojo y con eso bastaba.

En cualquier caso, allí estábamos, la pareja motera ideal. Junto con su calma imperturbable y su deslumbrante sonrisa, la creatividad mecánica de mi Pequeño Buda le permitió poner un

pronto fin a la fase de iniciación. Se puso el parche superior y, tras una romántica escapada a Whitby, mientras paseábamos por el Abbey contemplando la puesta de sol, acordamos casarnos.

Mamá se puso hecha un basilisco. No porque no le gustara Micky, a pesar de que era un motero —ella jamás había oído hablar de los Hijos del Demonio y yo no pensaba ilustrarla—, sino porque creía que yo sólo intentaba eclipsar la unión de Jen y Eric. No había manera de convencerla de que no me casaba sólo para joderla y volví a sentir aquella tensión que siempre me atenazaba la mandíbula cuando nos enzarzábamos en una bronca absurda; a veces, cuando ocurría esto, salía a dar un paseo por la noche, con los dientes apretados, el rostro dolorido y los músculos de la mandíbula abultados como si llevara los carrillos llenos de nueces. Hacía tanto tiempo que no nos soportábamos que ya no sabía cómo dirigirme a ella sin discutir. Le daba la vuelta a cada cosa que yo decía, de tal forma que todo llevaba inexorablemente, como los surcos de mis viejos singles, a la disputa central de nuestras vidas. Yo era como mi padre, mi padre era un gandul y un maldito egocéntrico. Mamá era la parte perjudicada y yo había nacido para encarnar la maldición de mi sangre e intentar arruinarle la vida; pero no pensaba permitírmelo, oh, ni hablar, no se le ocurriría tropezar dos veces con la misma piedra.

Yo sólo deseaba que me quisiera. Es decir, que me demostrara que se preocupaba por mí tanto como por Jen, pero yo no sabía cómo pedirle algo así, no sabía cómo comunicarme con ella. Nuestra guerra de desgaste había quedado en tablas. Ahora pienso en lo iguales que nos hacía nuestra testarudez, pero entonces me sentía como si estuviera hecha para que me rechazara.

Jen también se había enfadado, pero no mucho, porque enfadarse no resuelve nada y te salen arrugas. Se limitó a suspirar, darme un beso en la mejilla y decirme «Felicidades» en un tono que más bien parecía un «Lo siento», luego miró a Micky y volvió a suspirar, casi resoplando. No le gustaban los hombres con el pelo

largo, le parecían afeminados, incluso en el caso de mi Pequeño Buda, que era como una torre de músculos de un metro noventa. En realidad a mí Eric, con su paliducho rostro sesgado, su cuerpo apatatado y su negruzco pelo engominado, me parecía amariconado a más no poder, pero, vete a saber, lo mismo era un tigre en la cama. Jen creía que era todo un caballero de exquisita educación porque levantaba un poco el meñique cuando bebía té y con voz inaudible decía «Oh, creo que me lo permitiré» cada vez que le ofrecían una pastita. Sé que le gustaba pintarle las uñas de los dedos de los pies a Jen, pero supongo que no es una prueba lo bastante contundente para tildarlo de raro, ¿no?

Liz, por su parte, encendió otro pitillo, resopló y arqueó sus perfiladas cejas hasta que rozaron el nacimiento de su cabello teñido. Lo más probable es que le dejara caer a mi madre que ya no me bajaba. Pero yo ya no mordía su anzuelo como antes; cada vez se parecía más a Joan Collins o a la Bruja Mala del Oeste; ya había agotado todos sus trucos, había envejecido hasta el punto de quedar momificada en el *glamour* de un tiempo pasado. Había perdido sus poderes y yo casi esperaba oírla sisear «Me derrito, me derrito…» y verla disolverse hasta dejar sólo un charco en el Wilton.

Quería que mamá… Que mamá… No sé. Que se alegrara por mí, que gritara, que llorara. Que sintiera algo. Pero lo único que hizo fue avisarme de que no esperara que me pagara nada porque bastante iba a gastarse ya en Jennifer. No me prohibió casarme con mi Pequeño Buda, que esperaba en la entrada sin saber qué hacer, como si quisiera desenfundar y acabar con todas nosotras; mamá lo miró compasivamente y le deseó toda la suerte del mundo.

Seis semanas más tarde firmamos los papeles en el registro civil. Yo llevé un traje de pantalón de terciopelo negro de Boodlam en Leeds, botas de tacón alto de Sacha y un ramo rebosante de lirios y cabellos de Venus que había encargado yo misma. Micky llevó un pantalón de cuero y el chaleco con el emblema de la banda. Sólo vinieron mamá y Jen, los demás parientes no habían podido por la

poca antelación con que les había avisado y además con la boda de Jen a la vuelta de la esquina… Eso sí, enviaron telegramas. Mamá se quedó lo justo para soltar que prefería que no hubieran venido más familiares porque para ver el espectáculo de nuestros trajes y las flores de funeral, mejor que no vieran nada. Jen por lo menos dijo que los lirios habían sido todo un éxito, pero mamá, que no opinaba igual, le aconsejó que recapacitara si había pensado llevar un ramo que no fuera de decentes rosas rosas y asperillas olorosas. Se largaron en cuanto tuvieron ocasión y ni siquiera se molestaron en hablar con los miembros de la familia de Micky qué habían acudido.

La madre de Micky llevaba un conjunto de dos piezas de crepé de poliéster verde claro, un endeble sombrero de fieltro entre rojizo y negro —Micky decía que era el de ir a misa— y una cadena con un abultado crucifijo. Su padre, que llevaba el impoluto traje de bodas, bautizos y entierros y unos zapatos abrillantados a base de escupitajos, me pareció tan dulce como su hijo. Creo que le hubiera gustado quedarse a tomar algo con nosotros pero la madre de Micky no quería. Se pensaba que yo era una especie de mantis religiosa y Micky un bala perdida sin salvación. Se llevó a rastras a su padre todo lo rápido que pudo. No me extrañó que su hermano mayor hubiera huido a Australia.

No sé. Me gustaría deciros que fue un día inolvidable y hablaros de la alegría y las buenas vibraciones que se respiraron, pero me es imposible. Supongo que todo sucedió demasiado rápido. Una vez Leckie me preguntó por qué no nos limitamos a vivir juntos, como hacen tantas parejas en la actualidad, pero entonces no era una costumbre muy extendida. Personalmente, debo decir que hubiera sido feliz viviendo «de hecho», como se dice ahora, pero Micky se oponía en redondo, pensaba que era algo irrespetuoso y quería hacer las cosas con toda la ortodoxia posible. Era tan dulce…, y cuando me pidió que me casara con él parecía tan ansioso que no pude evitar llorar y sembrarle la cara de besos, como una niña que besara a su peluche preferido. Pero el acto en sí, el denso zumbido

de fondo, el secretario del registro civil, la mugrienta sala mal ventilada, el leve olor a ropa sucia y a polvo… No.

Nos montamos en la *Lady Blue* y huimos del registro civil y del mundo decente echando hostias. Regresamos a nuestro piso de paredes de piedra de seis libras a la semana, que estaba sobre una peluquería, en Sykebeck, a las afueras de la ciudad. Nos acurrucamos frente a la deslumbrante estufa de gas —que no servía más que para que la humedad se condensara en las paredes y no para llevarse el frío—, hundí la cara en el pecho de Micky y me eché a llorar.

—Micky, Micky, ¿por qué? ¿Por qué nos odian? ¿Por qué? ¿Por qué mamá es tan…? ¿Y Jen? No sé, yo nunca he querido molestarla, no he… Oh, Micky, Micky, ¿por qué? ¿Por qué siempre lo hago todo mal? Ojalá mi padre… Él me habría comprendido, quiero que mi padre… Micky, ¿tú me quieres? ¿Me quieres? Quiero decir de verdad. ¿Me quieres con sinceridad? ¿No me vas a dejar tirada? Oh…

—Sshh, sshh, princesa. Tranquila, ya has visto que mi familia no es la más ejemplar, ¿verdad? ¿Mmm? Mi madre, con ese puto crucifijo de beata, y mi padre, un calzonazos incapaz de chistarle. Y ahora venga, deja ya de llorar, nos tenemos el uno al otro, ¿no? Ahora tú eres mi esposa, princesa, mi mujer, y es oficial. Claro que te quiero, me enamoré de ti en cuanto te vi, porque me pareciste salvaje y feroz como un halcón en una jaula de canarios. Te amo. Te amo y nada nos separará jamás, te lo juro. Siempre voy a estar ahí para cuidarte, para hacerte feliz…

Fue lo más largo que me había dicho y que me diría nunca y su mirada de ternura me derritió el corazón. Era imposible quererlo más. Le di vueltas a mi anillo, como si quisiera enroscármelo en el dedo y afianzarlo allí para que nunca se soltara y no nos separáramos jamás, como él había dicho.

Si la gente decente no nos quería, que les dieran por el culo. No comprendían nada, eran crueles e intolerantes, sus estúpidos prejuicios eran como losas de hierro que los arrastrarían a una

solitaria tumba. Nosotros en cambio éramos libres, jóvenes y nos teníamos el uno al otro. Todo iría bien.

No me cabía duda de aquello… Inocente de mí.

Aquella noche nos acercamos al *pub*, donde celebramos la boda, con nuestra verdadera familia. Aquella sensación se fue intensificando con el tiempo; hablamos mucho al respecto. Nuestras familias de sangre no se preocupaban por nosotros, pero los Hijos del Demonio sí. Éstos se habían convertido en nuestros hermanos y hermanas, nuestro clan, nuestra tribu. Formábamos una piña, nunca estabas sólo ni indefenso y el mundo decente parecía alejarse cada vez más, como una ola que va abandonando la orilla después de habernos arrastrado a una isla de cordura.

Soy consciente de que para la gente respetable éramos seres violentos, sucios, ignorantes y antisociales. Naturalmente nosotros no pensábamos así de nosotros mismos y nos lo pasábamos muy bien intimidando a la gente —a los «vegetales», como solíamos llamarlos—. Me gustaba sobre todo el epíteto de «antisocial» porque ¿qué me ofrecía a mí la sociedad? Una vida de servil sumisión al ideal capitalista de algún empresario, como buena «mujercita», y Micky se convertiría en un esclavo que debería saludar con la cabeza gacha a su jefe, quien no dudaría en despedirlo en cuanto así lo exigieran las finanzas. Ya habíamos visto cómo le había ido a la generación de nuestros padres, todos olíamos su miedo cerval a contradecir la norma, su pavor a quedarse fuera. Nosotros amábamos estar fuera. Cierto, necesitábamos el mundo decente para sobrevivir, comprábamos comida, ropa, pagábamos las facturas de la gasolina —con retraso— y demás, pero no estábamos obligados a pensar como ellos, no teníamos por qué malgastar nuestro valioso tiempo siendo ciudadanos obedientes o, como decía Doc, el trotskista, las marionetas del sistema.

A pesar de todo, aquélla era la fiesta de mi boda, yo era la novia y tenía un anillo con que demostrarlo. El dueño nos prometió continuar la celebración a puerta cerrada, lo que todo el mundo

aprovechó para seguir emborrachándose y colocándose a medida que avanzaba la noche. Knobby nos deleitó con sus chistes largos y pesados inventados sobre la marcha sobre los demás miembros del club, cebándose en especial con Chalky y Cochise.

—… así que después de que —callad, callad, que ahora viene lo bueno—, después de que atraviesan como malamente pueden el desierto, un calor que te torras, sin agua —no, no, ni cerveza tampoco—, ven esa especie de palacio, todo blanco y reluciente, a lo lejos. Venga, Chalky, socio, le dice Cochise, —sí, ¿no te acuerdas?—, venga que está ahí mismo, puedes hacerlo, y llegan por fin —tráeme otra pinta, ya que vas, Maur—, y está todo lleno de habitaciones con paredes de oro y joyas y fuentes que echan vino en vez de agua, vamos, la polla con cebolla. Así que entran en la cámara más enorme y al fondo ven una estatua preciosa de una mujer desnuda, de tamaño natural, hecha de marfil auténtico y oro con zafiros azules por ojos, que los está mirando fijamente. Chalky se queda como tonto mirando las putas joyas de las paredes y bebiendo a morro el vino de las fuentes y de repente oye como un ruido —flop, flop, flop… sí, ya sabéis, no pienso repetirlo—, se gira… ¡Y ahí está Cochise tirándose a la estatua! Fóllame, dice, fóllame —¡Ya sabía yo que Cochise era un follador de la hostiatua! ¿Lo pilláis? ¡De la hostiatua! Os lo juro, como que me llamo Knobby y…

Todavía riéndome me levanté para salir al mugriento servicio pero antes de meterme en el infecto retrete, Carl me salió al paso.

—Espera un segundo, quiero hablar contigo.

—Eh, claro… Sí, no hay problema.

Sentía como si Carl encarnara algo más oscuro de lo que yo podía llegar a entender. Se sobreentendía que era el primogénito de los Hijos del Demonio; después de todo, él había fundado la banda, que sólo gracias a su carisma —ésta era la palabra exacta— seguía unida. Era nuestro líder y entre todos los miembros del club no había ni uno que se atreviera a hacerle frente. Había algo en él, algo poderoso que atraía a la gente. Muchas veces pensé en el gran

político que hubiera llegado a ser de haberse dedicado a esas cosas, si se hubiera criado en un entorno que le hubiera permitido tomar ese camino. Carl había pasado un tiempo en el ejército, después se mezcló con las bandas de rockeros de los cincuenta y luego se juntó con los enamorados de las motocicletas, contando sólo con su moto de carreras y su genio explosivo. Un día rajó al tipo equivocado, que acabó en cuidados intensivos —no lo mató, como cuenta la leyenda—; aún hoy nadie sabe muy bien por qué ocurrió aquello. Así que huyó hacia el norte y con el tiempo fue dando forma a los Hijos del Demonio porque le gustaban y comprendía las cosas que oyó, leyó y vio de los Ángeles del Infierno, la banda americana. No hablo de lo que todo el mundo puede imaginarse, sino de la camaradería que imperaba entre los primeros Ángeles del Infierno, la mayoría de los cuales eran veteranos del ejército. La disciplina y la jerarquía de una banda los hacían sentirse seguros en un mundo que ya no los aceptaba. Carl sabía cuánto costaba tener una familia o una tribu. Comprendía a la gente, lo que quería, lo que necesitaba, y era un líder nato.

Ahora controlaba su temperamento y jamás lo veías con un cuchillo. Sus únicas armas eran su mirada, imponente y calma, y la leve sonrisa que de cuando en cuando le iluminaba el rostro como si un rayo de sol destellara entre la niebla. La temible rabia que hervía en sus venas de joven se había asentado, había llegado a controlar esa energía, en lugar de dejar que ésta lo controlara a él. Lo envidié por ello.

—Felicidades. He pensado que te gustaría saberlo, tengo planes para tu chico. Es constante y honesto. Me gusta.

—Oh, eh, gracias…

—En cambio tú debes medir tus palabras, Billie, se acabaron los números como el de Terry. Sé que no es legal, pero no quiero que te ganes enemigos. No es de fiar, pero a algunos miembros del club y sus chicas no les gustan los bocazas. ¿Entiendes?

—Oh, lo siento. Lo siento, Carl. No volverá a…

—Sí volverá. Pero escucha… Y no le cuentes nunca esto a nadie, jamás. Voy a aceptar a tu chico por ti. Te vi aquella noche en aquel club de mierda, te vi mirar. Esa cabecita dura que tienes esconde un gran cerebro. Si fueras un tipo, digo si lo fueras, serías tú quien se pusiera el emblema, no él. Es un buen tipo, pero es débil. No lo olvides, es débil y un día te darás cuenta, ¿comprendes? Pero escucha, mira, si fueras un chico podrías valerme porque crees, ¿verdad? Crees mucho más que cualquiera de los que están ahí dentro. Eres leal y conoces el significado del deber. Tienes huevos. Pero no va a ocurrir, amiga, no va a ocurrir, así que no pongas esa cara. Sólo quería que lo supieras y que sepas que te estaré vigilando… así que cierra tu puta bocaza. ¿Entiendes?

—Entendido, entendido… Yo… Yo…

Pero ya se había ido, con la curiosa gracilidad de los gordos.

Era la segunda vez que lloraba el día de mi boda, en esta ocasión de pura rabia y frustración. Todo era tan injusto y tan cruel. Nunca conseguiría lo que más deseaba. Jamás pasaría a ser una verdadera integrante de los Hijos del Demonio, nunca pertenecería del todo a la banda. Además Carl se había equivocado con Micky. No era débil, era amable, pero su espíritu era firme como una montaña.

Me coloqué sobre la taza sin llegar a sentarme del todo. Me dolían los muslos y el hedor me impedía respirar. Después me esforcé por poner buena cara. Entré corriendo y me senté junto a Micky, que estaba charlando con los chicos con la cara de quien tiene una borrachera simpática. Me apreté contra su brazo.

—Que no, que no lo creo, socio, lo que pasa es que… Oh, Billie, amor, ¿qué tienes, princesa? Perdonadme, chicos, mi chica me reclama, ¿eh? ¿Eh? —Le guiñó un ojo con descaro a Doc, que tenía la nariz colorada de tanto beber, se metió clandestinamente tras la barra y después se alejó con cuidado.

—Te quiero, Micky.

Mi Pequeño Buda sonrió, confuso.

—Bien, yo a ti también, princesa. ¿Te encuentras bien? ¿Ha pasado algo? No nos quedaremos mucho más, estoy agotado. Debe usted de estar extenuada, señora Kendall…

Se rió como un niño.

—No, Micky, te amo… Quiero decir, de verdad, te quiero con todo mi corazón. No sé, para siempre, ya sabes…

Dejó su cerveza y me dio un abrazo de oso que provocó los aullidos y risitas de los chicos. Sentí su cálido aliento en mi oreja, olía a alcohol y hierba; no me resultó desagradable, sino familiar, me hizo sentirme segura.

—Yo también te quiero, princesa. No te comas más la cabeza. Te amo ahora y te amaré siempre. Hasta el día en que me muera… y más allá. Siempre. No me llores más, sécate esos ojitos…

Me apretó bien fuerte entre sus brazotes y después gritó al camarero.

—Un refresco de naranja para mi señora… Nada de alcohol, cuidado, ¡le espera una noche muy larga!

Todos alzaron sus jarras y brindaron por nosotros. Miré a Carl, que se llevó un dedo a una ceja a modo de saludo. La familia. No puedes escapar de ella.

13

CON el tiempo nos fuimos integrando más y más en el club. Yo me esforcé más que nunca por llevarme bien con todo el mundo y me controlé… Más que antes al menos. Incluso evitaba a Terry cada vez que entraba en el *pub* con sus pintas de perro cruzado con ganas de morder al primero que lo pisara. Jas, a quien el embarazo le sentaba mejor que nunca, parecía haber decidido que yo sería su ángel de la guarda. Siempre me acompañaba al servicio y me pedía consejo acerca de todo, desde cómo peinarse hasta cómo debería alimentar a su futuro hijo; por ejemplo, una vez me preguntó si debería comer verdura. Dado que se alimentaba básicamente de patatas —cuando le apetecía variar las regaba de *curry*—, restos de costillas de cerdo, vodka-naranja y barritas de chocolate, no creo que me equivocara al decirle que sí, que me parecía buena idea. Se puso firme —debía de medir uno sesenta—, bien asentada sobre sus botas de cuña, me miró fijamente y me dijo que estaba segura de que le quedaba una lata de guisantes en la despensa y que se los papearía esa misma noche. Haría cualquier cosa para que su bebé creciera fuerte y sano; su voz suave al tiempo que ronca anunciaba ya la ciegamente sacrificada madre en que se convertiría.

Por fin, tras un complicado parto, nació su hijo. Me envió un mensaje para que fuera a verla al hospital.

No me apetecía mucho, pero al final fui. No me hacía gracia seguir estrechando vínculos con ella, pero me daba demasiada lástima como para ser egoísta. Si a la pobre vaquita le hacía feliz charlar conmigo un rato sobre su hijito, por qué no ir, sería muy cruel no visitarla. No sentí los tentáculos de la influencia de Jas revolviéndose en mis entrañas mientras me empeñaba en pensar

con lógica e intentaba enterrar pensamientos que consideraba mezquinos.

Tenía un aspecto horrible. Su tez había adquirido un tono ceniciento y le habían salido unas ojeras que daban la impresión de que se le habían agrandado los ojos. La encontré en tan mal estado que durante un rato no le dije más que tonterías. Después me narró los detalles más espantosos del parto. Todo lo que podía haber ido mal, peor. Como ella era tan diminuta y estrechita, el bebé las había pasado canutas para salir. Todavía estaba ronca de tanto gritar. Me dijo que había perdido varios litros de sangre y que había vuelto locos a los médicos y las comadronas. Ya no podría tener más hijos porque las tripas se le habían convertido en una masa de gelatina. Parecía una telenovela, si me lo cuentan no me lo creo. Pero la realidad era que daba pena verla: estaba consumida e inmóvil, como una hoja seca, su cabeza apenas se hundía en la almohada. Me dio un escalofrío; si te quedabas así después del parto, que Dios me libre. Creía que en la actualidad todo salía a la perfección, que no se sentía dolor. La publicidad siempre nos muestra madres radiantes acunando bebés adorables, en ningún momento saca aquel horror; joder, qué equivocada estaba.

Empecé a sudar y se me revolvió el estómago, no porque quisiera potar, sino más bien por lo repugnante que me parecía todo el proceso. No tiene que ver con el tema del aspecto, como llegó a pensar mucha gente —ya sabéis, eso de no querer ponerme «gorda» o «perder mi figura», lo que es ridículo—, sino con eso de dedicarte a otra criatura más allá del periodo del embarazo, durante toda tu vida. Era y soy demasiado egoísta. Hubiera sido una madre horrible: temperamental, chillona, llamadlo como queráis. Les deseo lo mejor a las madres del mundo y todo eso, pero yo no estaba en absoluto segura de tener valor suficiente para intentarlo.

Jas sí que lo tenía, y allí estaba, con la mitad del rostro iluminado por la tenue luz que se colaba por la mugrienta ventana de la

habitación. De repente, sonrió, como si alguien hubiera encendido el faro de su corazón.

—Billie, te has portado tan bien conmigo. Quería que vieras a mi bebé, a mi muchachote. Es tan tierno, tan precioso, tan puro… Ha valido la pena. Espera a verlo… Voy a llamarlo Nathan, ¿te gusta? Y Terry, por su padre. Nathan Terry Savage. Suena elegante. Elegante de verdad, ¿eh?

—Terence, amor. Terry es el diminutivo.

—Oh, pero, no, es Terry, no… ¿Cómo has dicho? ¿Teren? En serio.

No tenía sentido seguir discutiendo el tema, si le gustaba Terry, entonces el crío se quedaría con Terry y, después de todo, Nathan era un nombre muy bonito. Poco común, pero tampoco extraño como los nombres con los que algunos castigan a sus hijos. Conocí niños con nombres como Ringo, Zebedee, Crystal Moon y, el mejor de todos, Caramel. No Carmel, no, Caramel. Su madre, a quien al parecer le chiflaban los caramelos Cadbury's, decía que «el bebé más dulce se merecía el nombre más dulce». A la gente le encantaba. Cuando su madre me dijo que a que era rico puse la sonrisa menos forzada que pude y asentí con la cabeza. Pero, seamos sinceros, debería haberle puesto al pobre crío Frutaynueces, que encima sonaba exótico.

En cambio Nathan sonaba muy bien… Natty. Natty Savage. Tenía fuerza, era un gran nombre. Sonaba sólido y amigable.

Entonces apareció la enfermera, que traía a Nathan con su madre. Era una criatura hermosa. Miré su rostro perfecto, sus diminutas manos de uñas sonrosadas, su boquita arrugada como un pétalo húmedo. Cuando le acerqué un dedo y me lo agarró sentí un hachazo en el corazón. Pude percibir el dulce e indescriptible olor de su cabecita, que era el más poderoso, mágico y vinculante del mundo, y lo besé, rozando apenas la pelusa de su cabeza con mis labios. Quizá eso de tener un crío no estuviera tan mal, puede que… Entonces volví a mirar a Jas, que no había dejado de mirarnos;

estaba exhausta y todo el cuerpo le dolía demasiado como para intentar moverse.

—Sabía que te gustaría, sabía que te alegrarías, y cuando tengas un bebé podrán jugar juntos, ¿vale? Mi Natty y tu hijito. Como hermanos. Y, Billie, quiero, si no te importa, claro, que seas su madrina… ¿querrías? ¿Por favor? Me sentiría muy bien sabiendo que mantienes algún parentesco con él… ¿Te encargarías de él si me ocurriera algo?

Tuve que tragar saliva para deshacer el nudo que de repente se me había hecho en la garganta. Miré a Natty, que acababa de toser y eructar.

—Claro que sí, Jas, no te preocupes, amor, sería un honor, de verdad.

Por sus chupadas mejillas resbalaron dos lágrimas diamantinas y sonrió como si fuera la virgen de algún cuadro renacentista… Extática, consumida de amor. Me limpié la nariz sin que se diera cuenta y le devolví la sonrisa mientras Natty gorjeaba y retorcía sus minúsculas piernas.

¿Qué otra cosa iba a decirle encontrándose como se encontraba? ¿Qué hubierais hecho vosotros? Sólo un hijo de puta la hubiera contradicho en aquel momento. Además, me sentí honrada cuando me lo pidió; hasta aquel día nadie me había ofrecido ser madrina. Era un puesto para alguien maduro, responsable. Me sentí la mar de contenta. Así que me convertí en la madrina de Natty, en su hada madrina, como mi ahijado acostumbraría a llamarme más adelante. «La tía Billie es mi hada madrina, a que sí, a que sí, ¿mamá?».

Y así fue como Natty Savage irrumpió en mi vida, como un amanecer, como un maremoto, como una flor; implacable como la propia naturaleza.

Amor a primera vista.

Aquella noche, tirada en el desvencijado sofá junto a Micky viendo la tele, hablamos de tener hijos. Decidimos tener dos, a pesar de mi miedo al parto; después de todo, el futuro parecía

incierto y bien lejano. Acordamos esperar un año o dos — entonces un año se estiraba toda una eternidad—, hasta que nos hubiéramos establecido del todo. Incluso barajamos varios nombres —sí, algunos bastante estrambóticos—: Storm si era niña y Kai si era niño. O Hester y Dylan. Emerald y Rory tampoco sonaban mal… La vida nos iba bien y aun nos sonreiría más. Puede que nunca me dejaran lucir el emblema, pero sí que podría gobernar desde la sombra del trono, donde había puesto el ojo. Nada era imposible, nada quedaba fuera de nuestro alcance.

Carl, fiel a su palabra, dio un voto más de confianza a Micky y lo nombró tesorero. Era un puesto de gran responsabilidad dado todo el dinero que debía administrar. Hay que decir que el último tipo en ocupar este cargo, Jenny, cayó en la tentación, se fugó con la pasta y se escapó en una Volkswagen Combi a Europa, de donde nunca regresó. Después fue el propio Carl el que paso a manejar los dineros, pero ahora le tocaba a Micky, que se lo tomó muy en serio. Todas las semanas los miembros del club pagaban un adelanto y los fondos servían para pagar tanto los abogados, como las fiestas. Los jueves por la noche, entre juramentos y lápices mordisqueados, Micky lo anotaba todo al detalle en un cuaderno de escuela. Su primera incursión en profundidad en el mundo de la contabilidad fue cuando la gincana de pascua, la primera gran salida del año, que esta primavera culminaría con nuestra llegada a la macrofiesta que se celebraría en el territorio de otro club.

Mucho se ha escrito sobre las fiestas de motoristas proscritos, pero la mayor parte es bazofia porque los decentes que lo han escrito o bien en su puta vida han acudido a una de estas celebraciones o sí han ido, pero se centraron tanto en fingir arrojo y «autenticidad» que no repararon en algo tan trivial como la veracidad.

No seré yo quien diga que esas celebraciones eran como campamentos escolares ni nada con lo que disfrutaría la mayoría de la gente; en realidad estaban pensadas sólo para quienes sabían

dónde se estaban metiendo y estaban preparados para la experiencia. Pero no, no se hacían payasadas como eso tan famoso de arrancar la cabeza a una serie de pollos mientras todavía están vivos, siento desilusionaros. Eso sí, se movía más droga de la que nadie podría meterse en toda su vida, por no hablar de alcohol, pistolas y cuchillos; todos los moteros aguardan estas fiestas con gran ilusión.

¿Que si la gente se peleaba? Bueno, pues sí. Claro que se hostiaban. Había lo típico de luchas entre bandas o con los tipos duros de una u otra ciudad, pero también se producían otro tipo de luchas. Algunos tenían la costumbre —puede que todavía la conserven— de provocar peleas; yo lo llamo el síndrome del pistolero. En cuanto veían a algún otro motero corpulento y probablemente armado —imaginaos a un pistolero del oeste apoyado en la barra de una cantina— iban a donde él y le decían todo lo que pensaban de él, con pelos y señales. O le tiraban la cerveza a la cara. O lo abofeteaban. He visto cosas así y peores. Hombres y mujeres de todas las edades, todo el mundo, y no necesariamente estaban borrachos. Como polillas que se lanzaran hacia la luz, muchos se hostiaban y ardían en la estupidez de la condición humana.

Lo cierto es que ninguno de los moteros que yo llegué a conocer eran malvados del todo. Lo digo porque he visto la verdadera maldad, que no es hervorosa, rabiosa y demencial, adjetivos que definían el alma de aquellos hombres, sino taimada y satisfecha de su propia estupidez, fría y brutal. La maldad auténtica se desata a partir de pequeños actos crueles que se van inflando y arrasándolo todo. Es sucia y artera, huele a cloaca y desconoce la esperanza, la luz y la redención; sus ojos, verdes como el vómito, jamás destellan con el brillo del amor y cuando se cruza en tu camino te repugna tanto que te obligas a olvidarla lo antes posible… Pero no puedes porque se ha enquistado en ti y espesa la oscuridad que tiende sobre tus sueños hasta que mueres.

Éramos muchas cosas, no siempre buenas, desde luego, pero jamás fuimos malvados.

También, y esto es muy importante —la gente olvida o no se da cuenta de que nosotros también somos humanos—, el día a día de una banda se regía por un sistema político. En ese sentido era peor que los putos masones. Las maniobras y tejemanejes de los moteros hubieran ensombrecido las más marañosas tramas de la corte del Rey Sol. Lo que me lleva de nuevo a hablar de las fiestas. Se trataba de las ceremonias más importantes de nuestro calendario, puesto que en ellas se cerraban tratos y te podías hacer un nombre, aunque si eras estúpido o tenías mala suerte también te podías buscar la ruina. Por tanto había que ser muy muy cauto. Mucho.

A veces estas celebraciones o encuentros territoriales se organizaban en la casa de alguno de los miembros de nuestro club. El mayor peligro lo corríamos cuando las otras bandas nos invitaban a las fiestas que organizaban en su terreno. Todas las casas donde acontecían tales debacles eran iguales: espaciosas, mugrientas, de anticuado estilo Victoriano y con patios traseros saturados de chatarra, motos y coches abandonados.

Siempre eran frías y húmedas, como nuestro piso, excepto el salón, donde una estufa de gas de cerámica resquebrajada quemaba a toda potencia y lo inundaba todo con su calor ambarino. No me cabe la menor duda de que la sensación de estar colocada se debía sobre todo a la intoxicación por monóxido de carbono.

Nunca olvidaré una de las fiestas que celebramos porque fue un punto de inflexión para Micky y para mí en nuestro paso por los Hijos del Demonio. Ahora puedo contarlo porque los protagonistas de la historia o bien ya han muerto, o bien han desaparecido sin más. Supongo que no les haría mucha gracia que relatara esto ya que, como al resto de hombres, no les gusta que sus asuntos se ventilen en público y, en este caso, no les gustaría que lo leyera quienquiera que encuentre estas memorias tras mi muerte. Puede que a Leckie le deje la caja fuerte y el resto de posesiones

mundanas; ¿Por qué no? Es lo más cercano que he tenido nunca a una verdadera hermana. Me pregunto qué pensará de todo esto. Supongo que suspirará y meneará la cabeza, bamboleando su espesa cabellera morena como un poni agitando la crin.

¡Qué más da! El caso es que la otra noche, mientras cenaba con Johnjo y charlábamos sobre esta celebración, descubrí que él también la recordaba como algo extraordinario, y eso que no es de los que se impresionan con facilidad, podéis creerme.

Esta fiesta en concreto se celebró en la casa de una leyenda motera, un hombre tan temible que incluso los veteranos más curtidos hablaban de él en tono reverencial. Era guapo a rabiar, tenía cierto aire a Clint Eastwood, y tenía su propia banda, que operaba en un pequeño pueblo de los páramos de la costa noroccidental. La única diferencia entre la casa de aquel tipo y las demás viviendas en que organizamos desmadres era el marco de la enorme y extraña chimenea del salón. Era de mármol blanco —ahora ya sucio y resquebrajado— y encima tenía un espejo ornamentado y deslustrado enmarcado en apagado oro tallado al estilo rococó. No cabía duda de que se trataba de reliquias de los días de gloria de la casa. Ahora el espejo sólo podía reflejar la destrucción que la fiesta dejó a su término; su plata deslavada ya no servía más que para distorsionar cuanto quedaba a su alcance.

Debo admitir que ya no tengo que esforzarme en poner buena cara, nunca disfruté en aquel tipo de celebraciones. Me recordaban a cuando iba a los bailes y fiestas de Navidad que organizaban en el trabajo de mamá. Dejé de asistir a esos eventos en cuanto pude, pero Jen siempre iba, amaba emperifollarse e interpretar el papel de hija dulce y encantadora, halagar el incombustible *glamour* de mamá y su propia imagen de sofisticación labrada con el sudor de su frente. Yo en cambio me sentía triste e incómoda con aquellos vestidos de fiesta, odiaba las interminables veladas en las que debía aparentar tener buenos modales, si no los mejores. Así que estas congregaciones, a pesar de su carácter clandestino, me hacían sentir

igual. Sabía que si decía la palabra equivocada o si daba un mal paso, estaría fallándole a Micky, del mismo modo que hubiera podido joder a mamá.

Aquel día me sentí más nerviosa de lo habitual, algo que aún hoy no consigo explicarme del todo. Cierto, llevaba varias semanas debatiéndome con mi depresión. Cada mañana procuraba poner cara de «todo va bien» y decirle adiós a Micky como si nada cuando se iba a trabajar. Después, cuando me quedaba sola, lo sentía manar de mis huesos como cera derretida. Es el Perro Negro, que me ronda como alma en pena. ¿Pero era sólo por la depresión por lo que no quería ir a esa fiesta? No podía saberlo. De acuerdo, quizá debería haber confiado más en Micky, pero aquella vocecita incansable «Dejaremos de quererte» seguía arañándome el corazón y, si he de ser sincera, diré que tenía miedo. Temía que Micky se aburriera de mis lloriqueos y se largara con otra chica más simpática, más guapa y más feliz. Se merecía que lo quisieran, que cuidaran bien de él y tener hijos con una chica normal y agradable. No conmigo. Yo no merecía su amor. Ni el de nadie. Era algo que me atormentaba, me enfurecía y me hacía comportarme como una loca. A veces me daba por no comer durante dos días y luego me cebaba a base de jamón o de tostadas con mantequilla que me daban ganas de vomitar y llorar. Me mordía las uñas hasta herirme los dedos. Los anuncios de la tele me hacían llorar sumida en una absoluta desesperación. Micky flipaba, eso está claro, pero se pasaba todo el día trabajando y, la verdad, muchas noches estaba demasiado cansado para hablar sobre nada. Una vez se quedó dormido mientras cenaba; echó la cabeza hacia atrás y se puso a roncar, dejando que los macarrones gratinados con queso se le quedaran fríos.

Y así llegó el día de aquella fiesta. Me sentí incómoda y temerosa todo el tiempo. Ahora, mirando atrás, creo que debería haber puesto la excusa de que estaba enferma y haberme quedado en la cama con una bolsa de agua caliente y una novela barata. Pero no quería fastidiar a Micky. Nobleza obliga. Y una vez que la celebración había

empezado, después de tanto esperar aquel día, no podía ir a donde Micky y decirle: «Llévame a casa, me he rajado, no me gusta, no me apetece, me da miedo».

Además a la ida nos lo habíamos pasado bien —habíamos ido a buen ritmo, ni muy rápido ni demasiado despacio—, sólo habíamos parado lo justo y nadie había tenido averías. Habíamos rodado como príncipes, a rebufo de Carl, nosotros dos y Johnjo, que montaba en su recién perfeccionada *Witchqueen*, que era como la gemela negra de la preciosa y admirada por todos *Lady Blue* de Micky.

Así que decidí que lo mejor sería controlarme, como siempre. Pero estaba colocada y hecha polvo.

Me sentía… débil.

Por fin llegamos a la casa. Se oía el *Child in Time* de Deep Purple a una calle de distancia. Ya no había vuelta atrás y de nada serviría que me vieran cara de sueño. Intenté recuperarme, quitarme de encima aquella sensación tan rara; sin embargo estaba demasiado fatigada y tensa. Pensé que quizá me iba a bajar la regla o algo así, porque sentía en el bajovientre una molestia persistente y un sudor frío me estaba poniendo la carne de gallina. Con todo, la única opción era respirar hondo y coger al toro por los cuernos. A pesar de que el protocolo exigía que las mujeres nos sentáramos o bien juntas, o bien junto a nuestro correspondiente hombre, me senté en un sofá hundido que hedía a meadas de gato junto a Doc, que tenía su arrugada cara de gnomo relajada por la bebida y un alegre cinismo. Tenía la esperanza de camuflarme tras él e incluso de relajarme un poco con sus largas historias y diatribas políticas mientras mi Pequeño Buda y Johnjo salían a echar un vistazo a las maravillas de la ingeniería que había en el patio.

—¿Un acidito? Aquí es lo que prima, eso sí, quema la hostia, joder, está cortada con estricnina. Te machaca las tripas, en mi opinión, pero tú misma, ¡ah, los jóvenes, que les den a todos! —Señaló a un tío de aspecto cadavérico vestido todo de cuero negro ajustado que se reía entre sus putrefactos dientes de algo que sólo

él comprendía—. ¡Que te jodan, eh, joder… gilipollas! Bueno, pues si quieres…

—Sí, te entiendo… Pero no, a decir verdad ya no tomo…

—Oh, claro, «a decir verdad»… ¡Oh, le presento mis disculpas a su majestad! —dijo en tono afectado. Me quedé helada. ¿Estaría Doc de mala hostia? ¿Le habría vuelto a dar la paranoia de la semana pasada? Sonreía, pero eso no significaba necesariamente que se encontrara bien. Se dio cuenta de que no sabía qué decirle, se rió como un oso y me pasó su cerveza.

—Echa un buen trago, Bill, cura la «acidez» de estómago, es el mejor remedio de por aquí, créeme.

Bebí un poco de aquella agridulce cerveza tibia e intenté relajarme mientras observaba a la gente y procuré no quedarme demasiado tiempo con la misma persona. No quería que nadie pensara que me estaba dedicando a poner verde a todo el mundo. Había proscritos procedentes de todos los rincones del país y parásitos de la peor calaña. Un par de criajos moteros que se habían colado se habían puesto ciegos de ácido. Uno de ellos intentó acariciar al pastor alemán de nuestro anfitrión. El perro no dudó en morderle el labio superior, la mitad del cual le había quedado colgando, hecha un gurruño negruzco sanguinolento. Al muy idiota le dio por creer que era toda una proeza y empezó a gritar a los cuatro vientos cuán valiente era. Había tipos mayores de aspecto hosco, pálidos como si acabaran de salir de prisión y armados con pistola, que todo el mundo conocía muy bien e ignoraba sabiamente. También había tías sin pareja, chicas fiesteras que iban decididas a marcar un tanto tirándose a algún tío que las hiciera subir un escalón en la pirámide social; en realidad sólo eran perdedoras borrachas y patéticas que llevaban la palabra «víctima» escrita en mayúsculas en su arrugada frente de mierda. También andaba por allí la zorrilla de turno de Knobby, una estudiante de arte de clase media que no parecía tener ni idea de que Knobby estaba tan comido de gonorrea que la punta de su rabo debía de parecer el

muñón de un leproso. No lo llamaban Knobby porque sí, pero tampoco era que ella tuviera que saberlo. Estaba emocionada con su tipo duro y su expedición a los barrios bajos, y su voz cortaba como una sierra circular.

Sin poder hacer nada y como a cámara lenta, vi con horrible asombro cómo la chica se aproximaba al borde del abismo. Entonces ocurrió, rápido como un parpadeo.

—Knobby… Knobbyyy, no seas gilipollas, dame un puto trago…

Su voz tajó el ruido de la sala con tanta limpieza como estridencia, al tiempo que retiraba la botella de la boca de Knobby para que todos lo vieran. Instintivamente Knobby le hundió el puño en la cara con la precisión de quien está acostumbrado a ganar. Se pudo oír muy bien cómo a la chica se le partía el tabique de la nariz y acto seguido empezó a chorrear sangre por las fosas nasales. Su mundo se desvaneció con la facilidad con que se cae un vestido mal abrochado. Knobby pasó de ella, que salió dando tumbos de la habitación para largarse de la casa. Knobby ya nunca más volvería a saber de ella y no le importaba una mierda. Miré a otra parte, ver aquel tipo de números sólo era mala suerte.

Entonces, de repente, vi que la leyenda de la casa se había sentado amigablemente en el reposabrazos del sofá y estaba hablando con Doc. Intenté no mirar. Aquel tipo era la gran celebridad, famoso por hazañas como arrancarle la nariz a bocados a un tipo durante una pelea y luego tragársela. Nos informó con jovialidad de que sabía a sangre, mocos y cartílago. Tenía una máquina verde serpiente y todos flipaban con las serigrafías del depósito, aunque a mí me parecían muy rudimentarias. Se comportaba como una superestrella, en todos los sentidos. Doc alababa con precaución lo bien que estaba saliendo la fiesta y lo chula que era su burra, que estaba aparcada en la cocina, mientras yo me esforzaba por parecer indiferente al tiempo que guay. Debió de funcionarme porque la leyenda se dirigió a mí personalmente,

algo muy infrecuente en los anales de la sociedad del motociclismo proscrito.

—No te había visto antes, ¿quién es tu chorbo? —me preguntó con afabilidad.

Me quedé tiesa de miedo. Doc respondió por mí, como era costumbre, y le dijo que mi chorbo era Pequeño Buda, el nuevo tesorero de la banda y muy buen colega. Asentí con la cabeza, muda. La leyenda también asintió. La nube de confusión volvió a espesarme la cabeza y no me dejó pensar con rapidez para decir algo a continuación. Cuando bajé de la luna me di cuenta de que había roto mi primera regla. No había estado al tanto, error que pagaría caro. La leyenda sonreía como un lobo al acecho y Doc parecía preocupado. Algo le parecía gracioso al gran hombre, que siguió hablando.

—Aquí, Doc, dice que eres una lumbrera, que eres, no sé, como una artista, ¿eh? ¿Eh? Oye, te propongo una cosa, ven conmigo y te enseñaré algo muy artístico…

Se levantó del reposabrazos del sofá y se abrió paso entre la gente que atestaba la sala conmigo a la cola. No me quedaba más remedio que seguirlo después de casi haberme ordenado que lo siguiera. La gente iba dejando de hablar y se quedaba mirándonos, los hombres sonreían y las mujeres se daban codazos entre sí. Era como una pesadilla de la que no podía escapar y todo cuanto podía hacer era suplicarme a mí misma que no me diera un ataque de pánico porque si no estaría acabada. Al acercarnos a la repisa, el desgastado espejo distorsionó nuestros oscurecidos reflejos como si fuera un estanque turbio. El ambiente estaba cargado de tensa expectación. La leyenda señaló con desgana a la repisa, sobre la que había una jaula de pájaros abovedada tapada con un paño. Oí que Doc susurraba «Oh, mierda» pero ya me sentía más aliviada. Una jaula de pájaros, joder, debía de tratarse de alguna especie exótica, un colorido loro o algo así… No sé, una jaula de pájaros tampoco daba para mucho más…

Entonces la leyenda retiró el paño.

—¿Qué, no te parece artístico, eh?

Resultó que no se trataba de una jaula de pájaros, sino de un enorme y grueso jarro de cristal. En su interior había una cabeza inmersa en un líquido turbio. Tenía los ojos entornados y la boca, suave y pequeña, entreabierta. El cabello flotaba a su alrededor como si fuera una mata de malas hierbas. Era la cabeza de una chica joven. Oí a los hombres reírse cuando vieron lo paralizada y pálida que me quedé y escuché a la leyenda, como si se encontrara a un millar de kilómetros de mí, contar con orgullo cómo se la había comprado a un director de pompas fúnebres corrupto por unas cien libras. En ese momento una de las mujeres empezó a chillar como una loca «¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!», una y otra vez, hasta que la leyenda volvió a tapar su premio con el paño. Mantuve el porte como pude y me dirigí hacia el pestilente retrete, donde eché la pota sin que nadie me viera.

Todo había sido una prueba. ¿Lo habrían tramado todo Carl y su viejo compadre, la leyenda, para demostrar a los Hijos del Demonio que estaba preparada para ser una de ellos? No lo sé, puede. Era el tipo de cosas que le iban a Carl, una ordalía pública, un ritual, un rito iniciático. Una cuestión de política. Con todo, fuera cual fuera la finalidad, había aprobado el examen. Carl estaba orgulloso de mí. No le había dejado mal ni a él ni a Micky, y tampoco había decepcionado al resto del club. Me pasé la mano por la boca y me froté las muñecas con el agua fría que salía del roñoso grifo, como decía mamá que había que hacer cuando estabas mareada. Mamá, Jen… Santo cielo, ¿qué hubieran hecho si les hubiera pasado a ellas? Qué lejos de ellas estaba, no me refiero sólo en millas; vivíamos en planetas distintos. Tenía náuseas y estaba ardiendo, como si haber visto aquel espanto me hubiera aprisionado contra las cuerdas de mi mente hasta partirlas y caer sin redención en una nueva dimensión de mi vida. El mundo ya no era el lugar que había sido unos minutos

antes. Saboreé el vómito que se me agolpaba en la garganta y tragué, conteniendo las arcadas.

Me pasé el dorso de la mano por los labios y regresé a la sala. Carl me miró y asintió con la cabeza. Le respondí con el mismo gesto. Su sonrisa indicaba que estaba orgulloso de cómo había controlado la situación. Pero yo, que ya no podía soportar el frío febril que me atería el cuerpo, sólo quería irme a casa. No me sentía ni ganadora, ni inteligente ni nada de eso. Solamente distinta.

Micky se dio cuenta enseguida. Aunque no podía permitirse que nadie percibiera que estaba preocupado por mí —se suponía que todo había quedado en una broma inocente— sus ojos azules lo decían todo. Me pasó un brazo por los hombros, sosteniendo la botella de cerveza con dos dedos, como si nada, y salimos adonde las motos, como si fuera a comprobar que todo estaba en orden, a pesar de que en teoría aquélla era una tarea propia de los aspirantes. Pero como todos sabían la devoción que sentía Micky por la *Lady Blue* se limitaron a decirle con sorna que debería haberse casado con su moto en lugar de conmigo. Nos reímos como robots hasta que por fin nos sentamos en un pequeño banco que había bajo un enorme castaño al otro lado de la carretera.

Micky se repantigó y siguió bebiendo de la botella para que pareciera que estaba perfectamente a gusto al tiempo que yo me esforzaba por mantener el aspecto hierático e imperturbable característico de las mujeres de los miembros del club.

Micky miraba a uno y otro lado, haciendo que vigilaba los alrededores como un león en su puesto de guardia.

—Joder, princesa, ¿estás bien? —dijo entre dientes.

—No… Sí; sí, claro… Oh, Micky, Micky, ¿podemos irnos? ¿Podemos irnos a casa? ¿Por favor? —En ningún momento hice el menor gesto mientras las súplicas brotaban de entre mis labios.

—Sabes que no, amor… Lo sabes, ¿verdad? No podemos. Si nos vamos ahora, se acabó. Tendré que quitarme el emblema. Todo se terminaría. Para siempre.

Para no parecer muy nerviosa, fingí que me limpiaba la nariz con el pañuelo que tenía en las manos y que no podía dejar de retorcer.

—Claro. Claro, lo sé. Lo sé. Está bien… Sólo estoy… ¿Podemos quedarnos un rato aquí sentados? Sólo cinco minutos, hasta que me recupere.

—Sí. Desde luego que podemos. Billie… Estoy muy orgulloso de ti, mucho. No por esto, no sólo por esto, si no, no sé, por todo.

—Micky…

—Qué pasa, tío… Cómo va. —Micky saludó a un colega de mandíbula cuadrada, un Gypsy Joker, cuya espesa mata de pelo de estopa le tapaba los ojos casi por completo. El tipo se sentó junto a Micky y empezaron a hablar con entusiasmo de cajas de cambios. Me acordé de todos sus putos muertos.

Me esforcé por mantener el tipo hasta la mañana siguiente, cuando nos podríamos marchar a casa. Los dos días siguientes fingí una gripe para no salir de la cama, aunque a decir verdad un poco de fiebre sí que tenía. Micky jamás habló de lo ocurrido y yo tampoco, pero poco a poco se me fue pasando lo de la fiesta y en más de una ocasión noté cómo Carl me clavaba los ojos, si bien nunca llegó a decirme nada. Seguí riéndome y bromeando con los muchachos, como siempre, y seguí aguantando sus bramidos y aburridas historias, acompañándolos durante las interminables partidas de póquer y billar. Pero aunque ya no podía sino sonreír mecánicamente y limitarme a expresarme a base de tópicos, sentía que poco a poco me iba hundiendo en un cenagal de arenas movedizas. Unas monstruosas criaturas blancas como la lepra, con perlas muertas por ojos y tentáculos fibrosos que se retorcían azotados por un hambre voraz, se revolvían en las profundidades mientras yo me desvivía por salir a flote y alcanzar la seguridad de la orilla. Tenía la sensación de haberme quedado ciega y sorda, aislada en otro universo, como si un destino terrible se estuviera preparando para embestir con la rabia de un maremoto. No conseguía entender de qué se trataba, pero podía sentirlo en cada uno de los nervios de

mi cuerpo, que zumbaban como cables de alta tensión a punto de reventar.

Hoy el médico me diría que no es más que el síndrome de estrés postraumático, producto de la suma de la violación que sufrí de joven y del incidente de la fiesta, el exceso de energía resultante de la vida que llevaba. Mi abuela lo hubiera llamado niebla mental o fiebre mental y no hubiera dudado en enviarme a alguna tranquila clínica de reposo de Sidmouth o por ahí… «Cambiar de aires te vendrá bien, cariñito». No me hubiera venido mal, pero Micky y yo estábamos demasiado pelados como para irnos de vacaciones; además, en ningún momento pensé que estuviera enferma de verdad; quizá extenuada, pero nada serio, nada que no se pudiera curar como siempre, es decir, con mi fuerza de voluntad y mi obstinación por salir adelante, como un tren de mercancías embalado y sin conductor.

También perdí peso, aunque de esto me alegré; incluso entonces, las mujeres pensaban que adelgazar, fuera cual fuera la razón, incluyendo las enfermedades más graves, era motivo de alborozo. Durante todo el tiempo que estuvimos en España el estómago no dejó de darme vueltas, molestia que me impidió disfrutar del viaje. Pero perdí cinco kilos… ¡Oh, felicidades! De hecho, fueron muchos los que me halagaron por mi esbeltez. Mamá se puso muy contenta pero dado que yo estaba siguiendo una de sus dietas de choque me avisó de que tampoco debía quedarme «escuálida» —a los hombres no les gusta, me dijo, prefieren que haya donde agarrar—. Nunca llegué a entender cómo cuadraba esto con la obsesión de parecer palos de escoba humanos, porque si no lo hacemos por los hombres, entonces, ¿por qué coño lo hacemos? Una vez se lo pregunté a mi madre —sin el juramento—, pero su única respuesta fue un meneo de cabeza acompañado de un resoplido y un comentario sobre mi afán por ir en contra de todo.

Lo cierto era que me sentía incómoda, asustadiza. Si oía un ruido repentino, saltaba como si me hubieran electrocutado y, a menudo,

se me escapaba alguna lágrima sin un motivo aparente. Mi piel cobró un tono amarillento y el pelo se me quedó flojo y apagado y parecía tirar hacia atrás de mi cabeza de tanto que pesaba. Pensé en cortármelo a la moda pero Micky me lo prohibió porque estaba enamorado de mi melena tal y como la tenía. Yo, encantada de lo atento que mi marido estaba de mi pelo, me lo recogí en un moño y decidí cambiar de champú, así que pasé del Vosene y empecé a usar otro que olía a almendras de Vidal Sassoon. Me salieron ojeras permanentes y la regla se me hizo más dolorosa y abundante, la espesa sangre negruzca salía como cuajada. Pensé que sufría algún tipo de anemia, que entonces era la excusa comodín para cualquier «problema femenino», así que compré un bote de vitaminas que al final nunca abrí. Hasta Jas me preguntó si me encontraba bien; me dijo que algunas de las demás mujeres pensaban que estaba embarazada, algo que creían que me vendría de perlas y que sería mi «consagración». Cuando le confirmé que no me había quedado en estado y que sólo me encontraba un poco cansada se quedó bastante desilusionada; le hacía tanta ilusión que trajera un amiguito para Natty, que se había puesto gordo y se estaba criando a base de potitos fríos y humo de tabaco.

A veces el corazón me latía tan rápido que creía que me iba a estallar, pero nunca imaginé que llegaría a perder el control del todo, que me convertiría en la personificación de la pintura caótica y demencial de Jackson Pollock. Yo nunca perdía el control. Nunca. Jamás.

Mar adentro los nubarrones se iban agrupando y cerrando hasta formar una vasta alfombra de plomo, mientras yo me consumía de inquietud y me roía las uñas hasta los muñones.

14

EMPECÉ a fumar más hierba de lo acostumbrado. Eso sí, aquella hierba no tenía nada que ver con la mierda de la maría transgénica que la gente se mete hoy en día. Como ya he dicho, no me gusta quedarme hecha una mierda, al contrario que a otros. Nunca fui una gran bebedora, de modo que nunca eché de menos el beber alcohol. La de la embriaguez no es una sensación de la que haya disfrutado. De cuando en cuando sigo consumiendo anfetas, pero, puesto que ahora mi vida transcurre más despacio, meterme anfetas implica desatar una energía que no tengo manera de consumir con facilidad porque, al fin y al cabo, los botes del especiero sólo se pueden ordenar alfabéticamente una vez.

Sin embargo, muchas veces fumar fue lo único que me ayudó a conciliar el sueño. Pero al final pagué el precio; los extraños sueños que tenía durante aquellas horrendas noches me dejaban atontada y desorientada durante todo el día siguiente, por lo que luego no me dormía hasta tarde y a la noche siguiente no tenía sueño… Y así una y otra vez. La gente dice que esta droga no hace daño, que sólo es hierba, pero no es cierto; si lo que dicen es verdad, ¿entonces por qué a los consumidores habituales se les ve siempre tan inquietos? El hecho es que si fumas demasiado, al final te vuelves paranoico.

Fui al médico para que me recetara somníferos, no para tomar siempre sino sólo para restaurar mis hábitos de sueño. Intenté explicarle cómo me sentía. Supongo que en realidad había acudido en busca de ayuda, pero creo que no me expliqué con claridad porque su pastosa cara rosada sólo desprendía impaciencia e irritación mientras yo me esforzaba por exponer mis circunstancias a base de frases inconexas. Al final, me dijo algo sobre salir a pasear y

no beber café ni alcohol por la noche y se negó a recetarme pastillas porque, según decía, acabaría dependiendo de ellas, aunque en realidad lo que no quería era que las vendiera en la calle. Salí de la consulta, colorada de frustración y humillación. Cuando la hija de puta de la recepcionista me vio y enarcó una ceja quise retorcerle el pescuezo. Hubiera sido divertido; así hubiera sido cierto lo que pensaban de mí, la rara, malvestida con unos vaqueros rotos y descoloridos, camiseta de Norton y chupa de cuero negro. Me pregunto qué pensará la gente decente ahora que todo lo que odiaban es lo más normal: chicas con el pelo teñido de rojo y *piercings* en el ombligo, chicos con pantalón de deporte y camisas con las letras FUCK bien destacadas y todo Dios tatuado. Pobres santurrones, deben de estar que trinan al ver que ni sus delirios de grandeza ni sus prejuicios les sirvieron al final para nada.

Lo único que hizo el médico fue darme largas; como si no le recetara Valium a todas las marujas amargadas del pueblo para no oírlas. ¿Cómo es lo de ahora, Prozac? Claro, reparte tranquilizantes entre todos como si fuera caramelos, pero a mí nada. Se negaba a darme ninguna receta. Quería castigarme y lo consiguió, pero no de la manera en que él creía. En cierto modo lo que ocurrió fue por su culpa porque si me hubiera recetado medicación legal, no me hubiera visto obligada a rogarle a Micky que me llevara a ver a Terry aquella noche para que me pasara algo de maría para calmarme. Lo sé, es estúpido culpar al médico, pero todavía puedo verlo criticándome con expresión de superioridad y condescendencia y tratándome como a un perro callejero indigno de su atención. Tuve que apretar los dientes con fuerza porque ya no podía darme más por el culo.

Como veis, tenía un día horrible. No pretendo ponerlo como excusa, pero es la realidad. De hecho, llevaba una temporada de mierda, la típica que te lleva a creer que el mundo se ha vuelto en tu contra y en que el menor esfuerzo se vuelve un sacrificio titánico y todo lo que tocas se derrumba. Se me quemó la cena dos veces

porque me quedé abstraída mirando por la ventana cómo el viento arrancaba las hojas amarillentas del árbol del otro lado de la carretera, las pegaba en la chapa húmeda de los coches y las amontonaba en pequeñas presas que taponaban los desagües. El cielo se había cubierto de opacas nubes cenicientas cargadas de lluvia y cada mañana era un martirio quitarse el calentito edredón de encima, salir de la cama y entrar en la gélida sala. Rompí un vaso y me corté. Estropeé un dibujo que estaba haciendo para el depósito de la moto de un tipo. Nada me salía bien, todo lo ponía patas arriba.

Sabía que no podría dormir y tenía todo el cuerpo azotado por la fatiga; incluso Micky me dijo que no tenía buen aspecto, pero cuando abrió su alijo para liarnos uno descubrió que, al igual que el cántaro que tanto iba a la fuente, estaba vacío. Mi desesperación fue ilógica y total.

Por tanto le supliqué literalmente a Micky que fuera a buscarme algo, algo un poco más fuerte que la maría, algo que me dejara inconsciente y me permitiera descansar durante algunas horas. Sólo una vez, de verdad, sólo esta noche.

—Esta noche no puedo más, Micky, cariño, no puedo… Por favor, amor, por favor, corazón mío, sólo son las nueve y media, no es tan tarde, tienes la furgoneta, por favor, por favor…

Suspiró con pesadez, se frotó la frente con el dorso de la mano y luego se rascó la barba.

—Vale, pero…

—¿Pero qué? ¿Qué? Mira, aquí tengo dinero, mi dinero, no el de los gastos domésticos… Sólo esta vez.

—Sí, lo sé, no, no te preocupes por el dinero, no es eso, es que ahora mismo no sé a quién podría… Oh, no sé, Terry, supongo…

Mi aversión hacia Terry era una nimiedad comparada con la larga y cruel noche de insomnio, vueltas en la cama y terror ilógico que me esperaba. Sentí que aquella noche sería la gota que colmaría el vaso, que ya no podría superar aquello. En cuanto a Terry, que le

dieran por el culo, ¿qué sentido tenía su vida si no era el de servirnos a los demás? No me gustaba pensar que le debía un favor, pero me encontraba en una posición ventajosa, así que no imaginé que se atreviera a forzar nada. Era muy corto de miras.

—Ve, por favor, Micky, por favor, Micky.

—Sí, sí, está bien, iré, ya vale. Pero tú vienes conmigo… No, en serio. Venga, te hará bien salir de casa, además de todas maneras tampoco pensaba dejarte aquí sola. Coge algo de abrigo, venga.

Si me hubiera dejado en casa… Oh, Dios, si me hubiera dejado… Micky, mi pobrecito Micky, deberías haberte ido sin mí o, mejor, no deberías haberte ido. Tendríamos que habernos tomado unas pequeñas vacaciones, haber hecho las mochilas y conducido hasta Whitby. Deberíamos habernos quedado allí unos cuantos días, paseado junto al mar… Cualquier cosa. Pero no puedo pensar así. No puedo.

Condujimos hasta Haleshaw sin incidentes. Empezaba a levantarse viento y la luna estaba casi llena. Según fuimos saliendo de la ciudad empezó a llover de manera irregular. Me alegré de haber cogido mi mullido jersey negro porque hacía mucho frío en la furgoneta. Estiré las mangas para taparme las manos, que me temblaban, aunque no de frío. Micky iba tarareando *Black Betty* entre dientes y yo mirando por la ventana a los borrachos que había tirados en las húmedas y mugrientas aceras.

Pasamos junto a un grupo de *punkies* que salían de su *pub* preferido —el único en que les permitían la entrada—. Se juntaron al pie de una farola para rular un pitillo. A Micky no le parecían una buena peña pero a mí me gustaban las pintas que llevaban. A medida que íbamos pasando fui girando la cabeza para seguir mirándolos: las chicas se habían perfilado los ojos al estilo Cleopatra y se habían pintado los labios de negro, llevaban collares de perro y coloridos jerseys de *mohair* agujereados, faldas escocesas y leotardos de malla; los chicos tenían cara de asco, llevaban pantalón de combate, una especie de cinturones anchos de leopardo,

camisetas de los Clash o de los Pistols y chupas pintadas con aerosol. Me encantaba aquella explosión de cabelleras teñidas: azules, verdes, rosas, naranjas… Me recordó a Stingray, mi teleñeco favorito de niña. Había una preciosa teleñeca sirena, Aqua Marina, que llevaba holgados vestidos de lentejuelas y tenía el pelo largo y verde como el mar; su rostro suave y entrañable era una mezcla del de Julie Christie y el de una foca. Quizá yo pudiera teñirme el pelo de turquesa, quizá pudiera empezar de cero, labrarme una vida distinta… Recuerdo ver los programas infantiles con papá, al que le encantaba Barrio Sésamo, y todavía oigo su suave y ronca voz de fumador cuando me decía que era desternillante, lo mejor. «Ay, Billy, mi niña. Ahora vamos a ver algo para gente inteligente, ¿eh?». Oh, papá, he heredado el Perro Negro, ¿verdad? No importa. No es culpa tuya, sino de mi mala suerte, mi puta y asquerosa mala suerte.

Seguí pensando en los *punkies* a medida que nos alejábamos por la larga carretera, entre las enormes hilanderías, hacia Haleshaw. Pensé que sería capaz de pintarlos tal y como los había visto. Podría hacer un cuadro de verdad, sobre lienzo y darle un toque distinto. Me encantaba el estilo fantasía, el de Frank Frazetta, para decorar las motos; ¿cuántos dragones rugientes, hechiceras desnudas de pechos y culos neumáticos, y rostros de niños de ojos inmensos podía llegar a dibujar una mujer? No, compraría pinturas buenas en Daley's, tendería un lienzo y me dedicaría en cuerpo y alma a ello…

Cuando salimos a campo abierto ya llovía con fuerza. En Bradford es así: estás en una antigua y herrumbrosa zona industrial rodeada de basura y maquinaria abandonada y al minuto siguiente te encuentras en medio de un idílico paisaje de suaves colinas, salpicado de arboledas y de las luces ambarinas de las cenicientas cabañas cubiertas de líquenes que se agrupan como pichones exhaustos al socaire de un altozano.

Antes de entrar en el pueblo nos desviamos por un camino de tierra que llevaba a la cabaña de Terry. Para mi sorpresa, estaba todo destrozado; los serpentinos y negruzcos tentáculos de las raíces

de los árboles se amontonaban y apiñaban y goteaban sin parar en la cuneta llena de baches. Cada pocos metros aparecía en medio de los surcos algún montículo de tierra y piedras.

—Joder, ¿qué habrá pasado aquí? —pregunté. La otra vez que estuve en casa de Terry fue en un escenario idílico; los caballos de alquiler de los establos pacían en las matas de hierba, a la sombra de los viejos árboles y los arbustos. Sentí envidia por que un mamón como Terry pudiera vivir en un lugar tan hermoso, pero, a decir verdad y fantasías bucólicas aparte, su cabaña era una mierda: una desordenada chabola de tres habitaciones sin agua caliente; las paredes y el suelo eran de piedra y era la hostia de húmeda, a pesar de la vieja estufa de leña. Supongo que de haber sido un manitas, Terry podría haber hecho muchas mejoras, pero prefería vivir allí como el cerdo que era. Imagino que pagará una libra semanal o, no sé, un alquiler ridículo por esa choza.

—Sí, está bien jodido. Putos árboles, me van a destrozar las ruedas. Estarán construyendo casas, habrán sobornado al granjero para que venda las tierras y ahora la estarán sacando con camiones. Deben de estar levantando una finca o algo así. Muy inteligentes. Siempre es lo mismo, limpio y bien cuidado. Una mierda. La casa de Terry debe de estar a punto de desplomarse. Le habrán pagado una pasta para que se largue. Joder, ese cabrón es un suertudo.

Seguimos avanzando hacia la propiedad de Terry mientras me preguntaba por qué alguien que estuviera en sus cabales iba a querer vivir en una casucha de juguete. Era un cementerio de motores inservibles, motos destrozadas, coches jubilados y lo que parecía un motor de vapor despiezado. Los muchachos solían bromear diciendo que toda aquella chatarra era simple decoración con la que Terry quería dárselas de motero auténtico, porque los motores se le daban tan bien como el punto de cruz.

La luz del salón hacía que los sombríos montones de chatarra desprendieran un resplandor amarillento, como en los cuadros de Caravaggio.

—Espérame aquí si quieres —dijo Micky al tiempo que se subía la cremallera de la chaqueta—. Será sólo un minuto.

—No, te acompaño, aquí hace un frío que te cagas.

—Nos ha jodido, espera a que entre el invierno, te me estás ablandando, muñequita… Te tendrías que haber puesto la ropa interior térmica que te regalé por tu cumpleaños, esos calzoncillos largos tan calentitos y lujuriosos…

Estiré el brazo y le tiré del pelo, sonriendo. Ya me sentía mejor, el paseo en coche me había relajado. Quizá cuando me vuelva a sentir así de mal sólo necesite salir un poco de casa; aunque me joda admitirlo, puede que incluso me venga bien salir a pasear, como me recomendó el médico. También tenía muchas ganas de ponerme a hacer el cuadro aquel. Me quedaría genial, lo presentía. Un presentimiento de algo bueno empezaba a moldearse en mis entrañas. Empecé a amasar planes e ideas mientras sorteaba la chatarra detrás de Micky. Cierto, a Micky no le entusiasmaba el *punk-rock*, pero comprendería por qué quería pintar el cuadro y sabría apreciarlo porque era de mente abierta, al contrario que otros como, por ejemplo…, ergh, Terry. Éste nunca lo entendería pero qué más me daba, ¿qué me importaba a mí la gente como él?

La puerta se abrió. Allí estaba Terry, vestido con chupa de cuero, camisa de cuadros y Levis mugrientos, botas embarradas y desabrochadas que dejaban ver unos asquerosos calcetines de pescador. Olía que tiraba para atrás; despedía un acre hedor a sudor que se revolvía con el tufo a grasa de tocino rancio. La peste me hizo arrugar la nariz pero algo me llamó la atención, algo… Ya conocía aquel olor, ¿de qué era? No se trataba sólo del sudor de aquel cerdo, era otra cosa…

Terry sonrió con la mirada perdida, como un muerto.

—Qué jodido. La realeza, eh, ¿eh? Jodido. Eh, qué jodido, eh, bien, bien, no se queden aquí, pasen, sean bienvenidos a mi puta humilde morada, sus majestades, disculpen el desorden, por favor,

disculpen el desorden, es que es el día libre de la criada. ¿Entienden? ¡El día libre de la criada! La puta hostia…

Estaba fuera de sí. Tenía su zorruna cara demacrada y pálida como la barriga de un pez desangrado, la nariz roja, como despellejada, los ojos brillantes y desviados. Debía de llevar varios días sin dormir, sin duda despilfarrando el dinero de la indemnización. Por eso olía así, era la típica peste que desprende alguien que va ciego de anfetas, producto del exceso de trabajo del hígado y los riñones, que no pueden procesar tanta basura con la suficiente rapidez. Tosí. Joder. Apestaba como si llevara semanas bebiendo. Entonces sonó en mi cabeza un timbre de alarma que trajo consigo la voz de Carl: «No te fíes nunca de un adicto al *speed*, ¿eh? Putos cabrones, todos ellos… Nunca sabes por dónde te van a salir».

Empecé a temblar como un flan y quise decirle a Micky que se olvidara del tema, que no se preocupara, que ya me encontraba mucho mejor. Pero ya era demasiado tarde, había entrado.

Pasé del umbral.

Ya había empezado.

Segunda parte

15

SUPONGO que tendría que ir incluyendo cabeceras a medida que voy contando la historia, ya sabéis, poner la fecha y empezar con «Querido diario, hoy…». Al parecer en la actualidad se ha puesto de moda escribir un diario, sobre todo en América. Lo llaman *blogging*. Puedes apuntar lo que llevaste al baile de fin de curso, lo que fulanito dijo en la hamburguesería, etcétera. Todas esas tonterías las leerás en el futuro y te harán recordar los viejos tiempos con una estúpida sonrisa nostálgica en la cara y preguntarte entre débiles suspiros adónde fueron a parar aquellos maravillosos años.

Bien, no voy a incluir todo lo acontecido durante los años transcurridos desde aquella noche en casa de Terry y la actualidad. Ahora es ahora, por cierto; el presente. Hoy es el presente. Lo único que desearía es que mi vida desde entonces hasta ahora hubiera sido tan indolora como el escribir estas líneas. ¿Qué puedo decir? ¿Debo resumiros hasta qué punto la puedes cagar sin necesidad de suicidarte, meterte una sobredosis o beber hasta caer en coma etílico? Se dice que tienes que estar muy jodido para adoptar una actitud autodestructiva, pero no es del todo cierto. Yo ni siquiera conté con el lujo del olvido químico. Sabía muy bien lo que había hecho cuando por la mañana me quedaba mirando al tío asqueroso de turno al que me había tirado para no pensar en nada en el piso de encima de la tienda o cuando me curaba las heridas que me había hecho al pelearme en algún antro poco recomendable.

Por tanto, me gustaría decir: «Una gran laguna cubre los años que siguieron, mi querido lector». Pero no es así, porque me

acuerdo de todo. Así que será mejor que prosigamos, ¿eh? Tengo el presentimiento —ja, ja— de que el tiempo se me acaba.

De todas maneras, las cosas mejoraron. Quiero decir que todos crecemos, ¿no? Al final tanto drama y tanto absurdo se hacen muy pesados. De repente, una noche decides que no te apetece salir, que prefieres quedarte en casa a ver la tele, y es entonces cuando una parte de ti se desprende… Lo único que quieres es descansar. En ese sentido las cosas me han salido a pedir de boca durante los últimos años, a lo largo de los cuales mi vida se había estancado en la rutina. Tampoco es que estuviera extática pero, la verdad, me alegré bastante de que las cosas se relajaran un poco y de poder pensar en el futuro; seguir ahorrando, darles estabilidad a Natty y Jas; jubilarme, puede que irme a vivir al extranjero, a España o algún otro sitio similar. Quizá incluso convenciera a Johnjo para que me acompañara, que siempre se anda quejando de lo pesados que son aquí los inviernos. Recuerdo que era y me sentía como la persona más normal del mundo, algo que para mí era muy positivo. Este verano ha sido particularmente caluroso. Durante semanas el cielo ha parecido un profundo océano despejado y un tanto emborronado por la contaminación; el sol ha sido como un impasible ojo dorado con la mirada clavada en la ciudad, y las personas hemos pululado como hormigas friéndonos bajo el cristal de una lupa. Aquel lunes me refugié en el refrescante santuario que era la tienda, di gracias por su paz de oasis y sentí cómo el sudor se evaporaba de mi frente, cortesía de los dos grandes ventiladores de pie que Leckie había insistido en traer.

Al principio me reía cuando me decía que en Bradford también necesitábamos ventiladores, pero hizo bien en mantener fresco el interior de la tienda para que a los clientes les apeteciera seguir dentro y, cómo no, comprar cosas. Tenía razón, como siempre, pero eso no significaba que fuera a permitirle colocar aquellos colgantes de cristales y aquella música *newage* del viento meciendo los árboles del bosque y delfines cantando a la tirolesa que tanto le gustaban.

Atrapasueños de los indios americanos, barajas de tarot y runas de mierda. Abalorios mágicos. Libros escritos por mujeres idiotas que se creen brujas capaces de lanzar hechizos de amor y manuales para encontrar tus propios chakras. Conjuntos de accesorios para la meditación en cajas de regalo de cartón de estilo tibetano. Por no hablar de los calendarios de festividades. Dios. Bueno, no, Dios no, que al parecer no es *newage*. Seguro que le jode, pero las modas son tan imprevisibles.

El aroma de flores y lustre de madera inundaba el aire. Algunos clientes se habían quedado a ojear el mostrador de tarjetas y las distintas estanterías, reacios a introducirse de nuevo en el horno en que se había convertido la calle. Leckie, fresca siempre como una lechuga, agitó la mano para darme la bienvenida. Llevaba una camiseta rosa ajustada con el mensaje «Chica con cerebro» en brillantes letras doradas sobre sus generosos pechos. Yo me quedé de pie con la bolsa del Starbucks colgada de la muñeca y me pregunté, no por primera vez, de dónde sacaba ese tipo de ropa y por qué se la ponía. El día anterior había llevado una azul claro en que ponía «Mala» en letras plateadas y que llevaba un dibujo de un bebé demonio enseñando el culo.

Dio un chillido que hizo que un meditabundo cliente nos mirara alarmado desde el puesto de tarjetas de felicitación.

—Oh, ¡Starbucks! ¡Qué bien, chica! ¡Fabuloso! ¿Tenían mi favorito?

—Leckie, esa camiseta, de dónde…

—¿Hmm? Oh, de Leeds, de dónde si no… ¿Quieres que te consiga una? —Me cogió la bolsa de la muñeca y hundió en ellas las manos con ansia para sacar su crema de chocolate.

—No, gracias. No es mi estilo.

—Por favor, Bill, ¡deja ya el negro! De verdad, pareces una viuda de la mafia o algo así. La otra noche vi *El padrino II* en la tele y cuando apareció la madre de Michael después de la muerte de Marlon Brando pensé… ¡Billie! Color, Billie, color… Te da la vida,

¿sabes? Vive un poco, inténtalo, oh, inténtalo… ¡Lila! Al fin y al cabo tú eres la artista, quiero decir, tus cuadros rebosan color; ¿por qué no tu ropa? ¿Qué tal una bufanda de tonos dorados? Haría juego con tu piel, sería un buen comienzo y…

Le sonreí mientras me tomaba mi *espresso* doble sin leche ni azúcar. Ya hacía algunos años que vestía de negro, sólo de negro. Engalanarme con colores —pese a que me encantaban los colores en general, de hecho sentía ganas de llorar cuando veía un ramo de rosas rosas o una caja de lápices de dibujar— no me parecía que estuviera bien. Para mí era… ¿Cómo decía Leckie? Ah, sí: inadecuado. Para alguien como yo sería inapropiado salir con colores vivos a la calle como hacía Leckie. Obviamente tenía que ver con la diferencia de edad y con muchas otras cosas… Pero a Leckie no podía decírselo.

—Sí, vale, una bufanda. Me pondré una. De verdad, te lo prometo. En serio. Bueno, ¿empezamos?

Aquella mañana había llegado tarde porque había llevado a *Gengis* al veterinario para curarle las heridas que había sufrido durante la última pelea. El veterinario llevaba años recomendándome que lo castrara, algo a lo que por fin accedí, no sin sentirme increíblemente culpable. Mejor eso que verlo morir a causa de otro mordisco —se estaba haciendo viejo y ya había perdido su espíritu de luchador—. Los gatos jóvenes empezaban a arrebatarle su territorio. Ya era hora de que el viejo gánster enfundara sus revólveres, o sus testículos, en este caso. En cualquier caso, había abierto Leckie y aquel día no tenía que ir a la facultad para nada.

—Un momento. —Con una sonrisa angelical, pasó al otro lado del mostrador y le ofreció dos tarjetas al tipo que se había asustado al oírla gritar. Se quedó perplejo al ver el volumen de sus pechos y la ristra de dientes deslumbrantes que componían su sonrisa. Hacía que todos los clientes se sintieran igual, que creyeran que eran las personas más importantes, interesantes e imprescindibles del

mundo, al menos durante diez segundos. Y lo hacía con sinceridad. Porque ella era así: simpática, amable y eficiente. A pesar de su extraño gusto por la indumentaria. Bueno, a mí me parecía extraño, pero, como decía ella, pronto se pasaría a los trajes y los zapatos de medio tacón para siempre jamás. No, luego añadía, mirándome de soslayo con sus ojos de terciopelo castaño, que cualquiera podría adivinar qué llevaba debajo… La verdad, aquello me dejó pasmada.

El tipo se marchó, confundido, y Leckie volvió al mostrador y se apoyó en él. Sobre la cintura baja de sus vaqueros de campana *dirty-denim* de corte brasileño —algo había aprendido de moda yo también— centelleaba el *piercing* de brillante *strass* que llevaba en el ombligo colgando de un cordoncito fucsia. Se quitó una de sus sandalias de lentejuelas y se echó hacia atrás su espesa melena, al tiempo que señalaba las cosas interesantes con sus afilados dedos. Debía de tener treinta y tantos pero de seria tenía poco… o más bien nada. Como ella solía decir, aún nos queda tiempo.

—Ha llamado el representante de Hawkins. Dice que los collares de feldespato están de moda, ¿quieres? No ha habido suerte con los de turquesa ni con el lapislázuli… Dice que podemos esperar sentadas mientras dure lo de Afganistán y que qué nos parecen los anillos de cascada de cuarzo rosa o los ojos de gato. Dice que si quieres puede conseguir aquellos abalorios gordos de piedra en bruto que te gustaban. Me ha dicho también que están preparando una nueva gama de cristales sin pulir con varillas de incienso y soportes para la meditación, todos con un lema distinto, como, no sé, Cuarzo Purificador, Amatista Sensual… Oh, venga, por favor… Mira que eres aguafiestas. Total, que le dije que hablarías hoy con él. *Hmm*, ¿qué más? Ah, sí, encontré la carta de Hacienda que habías escondido, Señorita Traviesa… Y tu niño ha venido y me ha dicho que vuelve enseguida.

Al decir esto último puso los ojos en blanco y resopló con exageración fingiendo ventilarse.

—¿Natty? ¿Te dijo qué quería?

—Er… No… Pero tendrías que haberlo visto, bueno, luego lo verás… Lo que no se ha puesto… Caray, hoy hace calor, pero… Un peto, no diré más. Un peto holgado y deslavado, Calvins y unas Nike. Nada más. Buf. Si yo fuera diez años más joven… No, sólo cinco…

—¡Leckie!

—Bueno, hablemos claro, está como un tren, el cabrón… Oh, no me mires así. Sé que es tu niño, pero, de verdad, ya es mayor… *Hmm, hm*.

Tampoco me alarmé demasiado. Lo justo. El rollizo bebé de Jasmine se había convertido en un tío macizorro —como decía Leckie— alto, de hombros anchos, cintura estrecha, extremidades largas, tez dorada, rostro bastante alargado, labios gruesos, nariz pecosa y bien perfilada, pómulos salientes, rastas cortas descoloridas por el sol y marcadas abdominales que parecía cultivar a base de comer compulsivamente patatas fritas en manteca de cerdo y dormir hasta el mediodía todos los días. Con todo, lo más bonito eran sus ojos, que eran hipnóticos, tan alargados y profundos, un tanto sesgados, ocres como la miel oscura; si te fijabas bien, podías ver en ellos una aureola verde. Leckie envidiaba sus pestañas, que nos hacían preguntarnos a Leckie y a mí por qué las pestañas más bonitas las tenían siempre los chicos.

Todos los rasgos duros y marcados de la arcaica carita de Jasmine los había heredado Nat, sólo que atenuados, suavizados por los genes de Terry. Natty era tan alto como su padre, pero su irresistible atractivo lo había heredado de su madre. Sólo sus robustos, aunque bastante desviados dientes —el primer incisivo izquierdo lo tenía resquebrajado en diagonal por el borde interno— estropeaban un poco su aspecto. Aun así, nunca fui capaz de decirle a Jas que se preocupara por la salud dental de Natty. Si hubiera sido mi hijo no hubiera dudado en ponerle un aparato. Si hubiera sido mi hijo…

Pero no lo era. Yo únicamente era su tita Billie. Su ángel de la guarda, como dijo Jas entre lágrimas. Su hada madrina. Por tanto, la belleza de Natty, de la que yo tan orgullosa me sentía y que desde su más tierna infancia intenté plasmar en mis cuadernos de dibujo, era la de Jas, no la mía. Ni su caótica inteligencia indocta ni su energía aplastante provenían de mí. En él no había nada mío. En cuanto a su educación, yo no podía decidir nada, como mucho aconsejar; no podía obligar a Jas a que lo alimentara bien ni a que lo vacunara, sólo rezar por que no se le olvidara. Mi papel era protegerlo, como mejor supiera, de la constante y confusa despreocupación de su madre y de sí mismo: de su volubilidad, violencia y rabia ciega.

Suspiré.

—Se volverá a poner una funda de oro en el diente roto. Bien, si es necesario, pero…

—A todos los chicos les gusta, Bill. Así se creen más malos… Pero no tienes por qué pagarlo tú, ¿no? En serio, Billie, no me entiendas mal, amor, sé lo bien que te has portado con esa pobre familia y tú ya sabes cuánto te aprecio, todos te tenemos en gran estima… ¡Pero es que es una pasta! Y tú no eres millonaria que digamos, no puedes desperdiciar…

—Leckie, ya hemos hablado de esto. No es tirar el dinero, es mi ahijado, lo más parecido que tengo a un hijo propio. Ya sabes que no me importa y, en lo fundamental, es un buen muchacho.

—Ya, en lo fundamental. Vale. Le han puesto un ojo morado, ya me entiendes, otra vez. Billie, algún día se va a meter en un lío muy gordo como no aprenda a contenerse. Lo siento, lo siento. Que sí, que es sólo que tiene mal genio. Estoy convencida de que algún día sabrá controlarse. Venga, ya me entiendes, creo que es un muchacho extraordinario y lo quiero un montón, de verdad, pero… Ten cuidado, Bill. Dios, me preocupa, es que, Natty… Oh, ya sabes. Es Natty, nada más, supongo. Ah, por cierto, el gnomo iba con él. Tuve que vigilarlo como un halcón.

—¿Monkey? ¿Entonces ha salido?

—Eso parece. Y está claro que al retaco ése todavía no se le ha curado lo de los dedos pegajosos. Se escondió esa pluma de madreperla en el bolsillo y tuve que obligarle a que la devolviera. Natty no es de gran ayuda, que digamos, no hacía más que reírse. De verdad, esa gente no tiene sentido de la propiedad.

Por un momento sentí que me hervía la sangre, pero me calmé enseguida. Leckie no pretendía ser cruel, sólo desbarraba. No le gustaba montar «escenas» y lo había pasado mal regañando a Monkey, de modo que a pesar de las tonterías que había dicho de Natty, estaba que trinaba. Que Natty se riera no había sido de gran ayuda; tendría que hablar con él al respecto. Si volvían a entrar en la tienda tendría que controlar a Monkey. También tendría que mostrar más respeto por Lecks. Por lo general era educado, pero cuando iba colocado… Oh, joder, Natty. Sin duda tendría que hablar en serio con él, y no sería agradable. Leckie se tomaba muy a pecho lo de la dignidad, no soportaba que no la tomaran en serio cuando consideraba que tenía algo importante que decir, la sacaba de sus casillas y había llegado a detestar a Monkey por hacerla sentirse humillada. Le gustaba pensar que le gustaba a Natty; y es probable que a Natty, a su vaga manera, le agradara. Si Natty se hubiera puesto de parte de Monkey, su orgullo femenino habría sufrido un profundo revés.

La gente… Dios. Había que hacer malabarismos para mantener la paz. Me acuerdo, entre suspiros, de Carl. Ahora, cuarentona ya, entiendo y admiro su talento como líder. Pero ya ha muerto, murió en un accidente en Malham hace varios años. El funeral fue extraordinario, vinieron motociclistas de toda Europa a presentarle sus respetos. Carl. No es la primera vez que deseo que todavía estuviera con nosotros para poder pedirle consejo. Sobre Natty, sobre la pobre Jas, sobre, no sé, cualquier cosa. Él hubiera sabido qué hacer, lo hubiera resuelto todo con un par de observaciones

lacónicas y adornadas con ese acento cockney que conservó durante los largos años que vivió en el norte.

No pretendo criticar a Lecks. No me malinterpretéis, adoro a Leckie. Nos hicimos muy amigas el día que nos conocimos, en la boda de una amiga. Bueno, he dicho «amiga» pero, en realidad, los novios eran clientes. Ella buscaba «algo especial» para el anillo, de modo que le recomendé una preciosa e inusual rosa de diamante y le puse en contacto con Ron Hudson, un joyero artesano que yo conocía y que hacía reparaciones para mí o me hacía cosas para mis diseños. Al final quedó un juego de anillos de compromiso y de boda exquisito. La novia y el novio se quedaron encantados y decidieron invitarme a la gran fiesta; no se escatimaron gastos en el Hotel Fellroyd Hall, que quedaba cerca de Bingley.

Mi novio *du jour*, Ricky, tenía muchas ganas de ir porque resultó que pensaba que cuando yo viera aquel montaje de cuento de hadas —las damas de honor llevaban trajes de pastorcillas, pobres imbéciles— le respondería que sí a su proposición. Al fin y al cabo ya hacía años que me había divorciado. Todos pensaban que mi efímero matrimonio con Pequeño Buda era la típica unión precoz abocada al fracaso. Joder, cómo me reía por dentro cada vez que me decían que éramos muy jóvenes, que eso era lo que pasaba cuando no se piensan las cosas, que estaba mejor así y que gracias a Dios que no había tenido críos. Se equivocaban en todo; quería a Micky de verdad y se me partió el corazón cuando acabamos.

Nunca volví a saber de él. Jamás me llamó por teléfono, ni me envió postales de Navidad ni nada. Era como si hubiera muerto, aquel dulce muchacho junto al que me echaba en aquel gélido piso para reírnos, besarnos y planear nuestro futuro juntos. Al igual que papá, se había marchado para siempre. La pesadilla hecha realidad. Ahora mi matrimonio es como un espectro glacial y lejano, borroso e informe. Apenas recuerdo cómo olía su pelo y a veces me obligo a hacer memoria: jabón perfumado y miel tostada. ¿De qué color eran sus ojos? ¿Verdes o azul claro? Era como intentar recordar la vida de

otra persona, como querer acordarme de todos los detalles de alguna película extraña o algo así. No era yo. ¿De verdad aquello me había pasado a mí?

Sin embargo, nadie más sabía lo que yo. Así que siempre sacaban el tema; ¿por qué no me casaba otra vez? Todavía era joven y estaba «bien conservada» —ergh, gracias—. Ricky tenía muchas ganas, no dejaba de darme la lata con el tema, como el típico tío que desea recuperar desesperadamente la comodidad y la seguridad de cuando vivía bajo la protección de mamaíta. Así, la boda de aquella pareja le vino como caída del cielo. Me decía que ya vería lo maravilloso que sería todo y que como además su primo solía jugar al *rugby* con el novio, sería como una fiesta familiar.

Leckie sería la acompañante del cenutrio rugbista. Cuando nos lo presentaron creo que ambos oímos la típica vocecita que te dice «Parece que está bien, es el tipo adecuado» y pese a que nos habíamos criado en ambientes distintos y a nuestra diferencia de edad, descubrimos que teníamos el mismo sentido del humor. Además, a medida que Ricky y Tim se iban emborrachando, según el banquete iba dando paso a la fiesta disco, fuimos descubriendo que teníamos más cosas en común. En realidad, no nos gustaban Ricky y Tim.

¿Que suena cruel? Bueno, puede, un poco. Pero es lo malo de jugar a quedar. Te gusta alguien y te parece la persona idónea, hasta que te vas dando cuenta de que su forma de hablar, un tic, unos malos hábitos higiénicos, su filosofía de la vida… qué sé yo, cualquier cosa, al final te hace arrepentirte. Una vez tuve una amiga que lo dejó con un tío porque a pesar de su buena planta, su gran capacidad económica y de que la trataba bien, no podía soportar que siguiera mordiéndose las uñas hasta los muñones. Lo sé, pobre hombre, no era culpa suya, etc. Pero también puede darse el caso contrario. Una vez un amigo rompió con una chica porque «olía a champú». Bueno. Pues vale.

Y eso fue lo que ocurrió. Cuando Ricky, agilipollado y alentado por el bermejo y sudoroso Tim, obligó al DJ a que pinchara «nuestra canción», se arrodilló con torpeza sobre una rodilla en medio de la pista de baile y empezó a balbucir «Billiiiie, quiés caarte… Jo'er, que si… Tim, Timmm, qué tengo que'cir, 'migo, qué…» mientras se iba quedando pálido y luego poniéndose verde hasta, por último, regar todo el suelo de pota al tiempo que Tim se partía el culo… Leckie y yo no dudamos en huir en taxi a casa.

Huelga decir que dejamos a esos imbéciles.

Al ver cómo Leckie se despedía de aquel idiota con calma y tacto al tiempo que de manera tajante, aprendí a tener más paciencia con los tíos porque vi que funcionaba. Antes, cada vez que dejaba a alguien, cortaba de raíz y hacía lo que hacían los Hijos del Demonio; me olvidaba por completo del cabrón de turno. Nada personal. Nada de nada, de hecho. Igual que hacían los del club. Una vez que estabas fuera, fuera te quedabas, para siempre. Te convertías en un vegetal, en un decente. A veces te seguían tratando con un mínimo de respeto y a veces no. Leckie dice que puede saber al instante si alguien me gusta o no, porque soy muy muy educada. Aunque tampoco era que tuviera muchos tíos a los que dar la patada. Ricky fue el último, en cierto modo. Después sólo he estado con Johnjo, si es que se puede contar como relación normal. Leckie dice que no, como si le picara. No sé, para mí sí cuenta.

Admiro a Leckie, ya veis. Como persona. Cuando nos conocimos ella tenía un buen trabajo en la administración municipal, un sueldo decente, buenas perspectivas y todo eso. Al contrario que yo, que he tenido que luchar por la tienda, he rapiñado todo el dinero posible para ir pagándome la casa y he maldecido mi situación de autoempleada. Ella era una especie de niña bonita que iba directa a lo más alto. Creo que lo que teníamos en común era nuestro deseo de alcanzar el éxito. Teníamos y tenemos ambición, cada una a nuestra manera. Las dos queríamos progresar, estabilizarnos, vivir bien y demostrarle a los que no hacían más que jodernos — sí,

nuestras respectivas familias— que podíamos ganar. Lo que ocurre es que ella piensa con lógica y tiene los pies en la tierra y yo no. Ella mide cada paso que da y yo siempre me lanzo con los ojos tapados, hasta que un día me hostie. En fin, dicen que los polos opuestos se atraen.

Total que a Lecks le iba bien y progresaba con rapidez. Entonces, cuando todo parecía perfecto y maravilloso, conoció a Tony. Fue tan típico, tan corriente que parecía un chiste. Tony era —es, por lo que tengo entendido— el Romeo de la oficina. Alto, apuesto y casado. Cierto, muchísima gente se casa y luego se separa o se divorcia o lo que sea, y mientras tanto nadie es un puto santo. Quiero decir, Johnjo está casado, legalmente, pero conozco a Lin desde aquellos buenos tiempos y ella sabe lo mío con su marido y no le importa. Nadie esconde nada. Ella hace lo que le place y Johnjo hace lo propio. Es una relación sincera, pese a que a mucha gente no le parezca ético. Pero Tony puede ser cualquier cosa menos sincero. Su esposa, como era de esperar, no lo entendió, *buuu, buuu*. Estaban a punto de divorciarse, pero delante de los pobres niños fingían llevarse muy bien. Llevaban años durmiendo separados…

¿Os suena? Mientras leéis esto hay alguien cometiendo adulterio; en algún lugar, con el otro, o con la otra, quizá contigo. Bien, si es contigo, sigue leyendo y presta atención porque te prometo que todo acabará como voy a contar a continuación.

Tony se propuso conquistar a Leckie, puede que porque ésta tenía fama de amigable… y de intocable; se la consideraba una especie de mujer de hielo. No tenía nada que ver con la típica zorrilla que en la fiesta de Navidad se suelta el pelo y se fotocopia el coño, como hacen algunas. El problema es que al principio a los tíos les atrae lo buena que está, pero después salen corriendo cuando descubren lo bien amueblada que tiene la cabeza. Por lo tanto, le interesan los tíos que se muestran indiferentes ante ella. Como consecuencia, el en apariencia intrépido Tony no tardó en tenerla comiendo en la palma de la mano. El tonteo en la oficina fue dando

paso a toda una aventura desmelenada. Morreos sobre el armario de los artículos de papelería. Polvos en el coche en Baildon Moor. Fines de semana de «conferencia». Mensajes de texto que la hacían ruborizarse. *E-mails* furtivos. Le supliqué que se anduviera con ojo, pero no quiso escucharme. Todo era tan intenso, tan insensato. Parecía estar ardiendo todo el tiempo, como si tuviera fiebre y no sabía hablar de otra cosa que no fuera su puto Tony, Tony, Tony. Decía que pronto se divorciaría de su mujer y sería libre, me contaba cómo se casarían, cómo desarrollarían grandes carreras profesionales, cómo se había desmadrado todo.

Seis meses después Leckie estaba embarazada y a Tony lo habían ascendido y trasladado —junto con su querida esposa y sus tres hijos, uno recién nacido— a Edimburgo. El regalo de despedida que le hizo a Lecks fue una buena infección por clamidia. Ah, por cierto, al final resultó que aquellos *e-mails* no eran tan furtivos, sino que Tony se los había enseñado a todos los compañeros de juergas de su departamento. Para troncharse, ¿eh?

Decidió abortar. La acompañé a la clínica de Leeds. Las dos lloramos. No es algo por lo que me gustaría pasar, la verdad, así que me alegro de no haber tenido que hacerlo nunca. Fue muy valiente y lo afrontó con estoicismo. Supo encajar el golpe, como buena luchadora que era; pero todo el que pensara que era fría o insensible no podría estar más equivocado. Aquello la cambió de una forma muy sutil. Digamos que maduró un poco. La mirada se le ensombreció, ya nunca volvió a reírse con las mismas ganas, una lanza de melancolía le había herido el corazón para siempre… No sé, ya nunca fue la misma.

Además perdió su empleo o, mejor dicho, lo dejó. Se vio obligada; no podía soportar trabajar donde todo el mundo había leído los ridículos mensajes que le había escrito a Tony, donde sabían que al final la niña buena había caído en la tentación —espectáculo que les había encantado—, donde oía risitas a sus espaldas, donde sonreían y hacían comentarios a cada rato, donde

no dejaban de tirar indirectas, ni de colgar dibujitos anónimos en el tablón de anuncios ni de enviar *e-mails* con su cara pegada a una foto porno a todos los compis de la oficina. Lo de siempre, la venganza de los peleles.

Como ya casi se había licenciado en Empresariales, decidió hacer un máster de Administración Empresarial y luego doctorarse en *Marketing* en el Centro de Administración de Empresas de la Universidad de Ridings. Es un lugar muy famoso y refinado; al parecer, allí van estudiantes de todas partes. Era la manera de Leckie de vengarse de quienes quisieron pisotearla; se creían que la habían hundido, pues bien, que se jodan. Se iba a comer el mundo, pero no sólo en un sentido local, sino que realmente iba a recorrer todo el planeta. Se convertiría en una auténtica viajera. Visitaría América, Arabia Saudí, Australia… Iría hasta a Marte si fuera necesario.

Mientras desarrollaba su plan de dominación universal trabajaba para mí. Se puede decir que hacía prácticas en mi empresa. Le dio un nuevo aire a la tienda. Sólo tenía que ir a la facultad dos días y por la tarde, de modo que por fin habían terminado mis días de amontonar recibos caóticamente en una bolsa de plástico y mantener mis pretensiones artísticas. Fue el trato perfecto, no hubo ninguna riña.

La recuerdo allí de pie, de brazos cruzados, con su cara de niña dulce de mirada fiera. Nadie, jamás, jodería a Karwinder Jessica Kaur Smith, nadie apagaría el espíritu de Leckie. Ésta era su manera de demostrarlo.

Ah, por cierto, Karwinder es el verdadero nombre de Leckie. Tiene ascendencia sij. Por eso la llamamos Leckie. Es un mote tonto del colegio, pero se ha quedado con él. A ella no le importa, de hecho creo que le gusta. *«Electric Karwinder»*, que viene de *«electric car window»*. ¿Lo pilláis? ¿No? Bueno, da igual. En Bradford estos sobrenombres son muy comunes. El caso es que es eléctrica y

alumbra a quien se acerca a ella. Aquella tarde en particular parecía brillar con su preciosa chaqueta de cachemira azul lavanda.

En fin, como venía diciendo, habíamos hecho un trato. Funcionó muy bien. Juro que me hubiera gustado tener una cámara para sacar una foto de su cara cuando no discutíamos; en parte me decepcionaba que no me molestara con sus razones cargadas de lógica y en parte me alegraba como una niña.

Ahora creo que la tienda es algo especial. Todo gracias a Lecks. Así que ya veis, tengo muchos motivos para respetarla. Sólo me molesta lo intolerante que puede llegar a ser con Monkey, con Natty o incluso con Jas. No es culpa suya, es sólo que no comprende cómo puede haber gente que viva así. No es capaz de entenderlo, es como un mundo aparte para ella. No tiene ni idea de lo que significa nacer pobre, criarte en los escalones inferiores, vivir de los restos del naufragio, ser la inútil basura de una sociedad que desprecia la desesperanza y la resignación de esa gente y que se ofende ante su frustración. Sé que Leckie no pretende ser cruel, pero… Es el instinto, supongo. Al final, siempre salto.

Quiero decir, entiendo que Monkey a veces sea un cleptómano tocacojones, pero si tú te hubieras criado como él, también lo serías. Son muchos los que no se explican por qué el alto y apuesto Natty Savage, un muchacho de gran reputación callejera al que persigue una legión de novias que se extiende hasta Manchester, permite que el lastimoso, tullido y estúpido Lee Moncke lo siga a todas partes «como el puto Igor de Frankenstein», como dijo uno de sus amigos más leídos.

Oh, Monkey, pobre diablo. De niño su padrastro lo golpeó tan fuerte que le dejó la nariz completamente ladeada, como si fuera de plastilina, de manera que las fosas nasales se le quedaron verticales, como las de los simios. Tiene el cráneo deformado, no mucho, pero sí lo suficiente como para que junto con su nariz el apodo quede «justificado». La subnormal de su madre lo encerró de pequeño en el armario de debajo del fregadero durante varias semanas en lugar

de buscar una niñera, así que ahora tiene la columna bastante desviada. Cojea un poco. Es probable que se le haya jodido el cerebro y que sufra cierto retraso mental. No cabe duda de que es analfabeto, incompetente en el cálculo numérico y totalmente incapaz de abrirse camino en un mundo de gente perfecta que lo rechaza, lo desprecia y le exige respuestas a preguntas que él jamás conseguirá descifrar.

Hay muchas cosas que Monkey no puede hacer, pero aquello de lo que sí es capaz lo borda: adorar a Natty. Es todo lo que Monkey hace, lo que siempre hará, el sentido de su existencia, su vida. Empezó a venerar a mi niño desde aquella tarde en que se conocieron haciendo novillos, con cada inservible y patética célula de su cuerpo, con su gran corazón, con su mente hecha añicos. Adoró a Natty ciegamente, sin esperar nunca nada a cambio. Le quería tanto que se le inundaban sus preciosos y dulces ojos de avellana con el oro de un sol inmarcesible cada vez que Natty le sonreía y le frotaba la cabeza, rapada, «para tener suerte»; se le iluminaba la cara, se sentía realizado. Ese tipo de amor es un regalo del cielo, una bendición, es algo puro. E irresistible.

Y no, no deseaba a Natty, no se trataba de sexo, sino de veneración. Natty era todo lo que Monkey quería llegar a ser. Soñaba con ser como él mientras lloraba inmerso en un pantano de miedo y soledad, en la penumbra de los centros de detención y los correccionales, y se moría de angustia, ciego de confusión y pánico, en las salas de espera y los fríos pasillos de los hospitales. Natty era un dios viviente. Un milagro de carne y hueso. Una deidad absoluta e inmanente. Y la fe, como bien sabemos todos, siempre consuela. Y nadie en todo el mundo necesitaba más consuelo que el pobre diablo de Monkey.

¿Cómo lo trataba Natty? ¿Qué le parecía la devoción desbordada de su amigo? Oh, mi niño consideraba que la adoración de Monkey era su responsabilidad, su tributo natural. De pequeño le repetí hasta la saciedad que los fuertes deben proteger a los débiles, que

tenía que cuidar a los que no eran tan afortunados como él. Sé que para mucha gente eso se da por supuesto, pero en entornos como en el que se crió mi Natty lo normal era lo contrario, y yo no pensaba dejar que se convirtiera en un matón más. Quería que llegara a ser alguien decente, honrado, en un hombre con clase. Quería que se preocupara por la gente, que cuidara de Jas, en lugar de aprovecharse de ella cuanto pudiera y escupirle en la cara como hacían muchos con sus padres. Yo tenía que enseñarle las reglas porque Jas sería incapaz de inculcarle nada, aparte del colosal desprecio que sentía hacia sí misma y la suave e insidiosa letanía de quejas y autojustificación que alfombraba cada minuto de su día a día con su interminable soniquete.

¿Que si tuve éxito? Bueno, en parte. Algunas de mis enseñanzas cayeron en saco roto; siempre sintió un respeto extremo por su madre, eso sin duda. Una vez que se hizo mayor, que se dio cuenta de lo que Jas era y que la amargura había amainado, siempre la trató como a una persona frágil y bella, como a un ser delicado e indefenso que debía proteger. Y quería que los demás la trataran igual. Nadie podía insinuar siquiera que Jas era lo que era. Una yonqui y una puta. Conspiramos para crear la fantasía de que la mala fortuna se había cebado con Jas, esposa abandonada en contra de la cual se habían aliado las circunstancias. No era del todo falso, pero para Natty era una ilusión en technicolor que defendía con la ciega entrega de un caballero de brillante armadura.

Y al igual que Gawain o Perceval, caballeros de antaño, contaba con la ayuda de su fiel escudero. Al mirar a Monkey a su pequeña y penosa cara, y ver la devoción y lealtad que en sus ojos titilaban como candelitas en medio de la tempestad, se sentía lo que debía de sentir Natty, porque su poder era el de ser amado, el de aceptar amor. Todo el amor, cualquier tipo de amor.

Así, Monkey seguiría a Natty al fin del mundo, le haría recados, le estorbaría; seguiría siendo la misma criatura maloliente, fumadora empedernida y achaparrada de siempre y llenándose sus bolsillos de

ratero con todo lo que capturaran sus dedos de velero. Monkey no era un ladrón propiamente dicho; más bien recogía cosas por si acaso las necesitaba en un futuro, porque nunca se sabe cuándo vendrán las vacas flacas, no sé si me explico.

Aunque, ¿qué cojones pensaría que podía hacer con una pluma de madreperla si ni siquiera sabía firmar, por mucho que yo había intentado enseñarle? Vete a saber. Malvenderlo, quizá, y comprar cigarrillos o dibujar.

Vaya cara de tonta debí de poner cuando me di cuenta de que Leckie todavía me estaba hablando mientras yo me había perdido en mi mundo. Me abaniqué con la mano y me despegué del pecho la camiseta, que la tenía empapada de sudor, para refrescarme un poco.

—¿Eh, qué? Perdona, amor, lo siento. Es el calor, no es normal. ¿Cómo lo llaman… veranillo de San Martín?

Leckie puso gesto meditabundo.

—No, eso es cuando viene una ola de calor en otoño. No… Sabes… Es la menopausia, porque…

—No, qué va a ser la menopausia. Por Dios, Lecks, sólo tengo cuarenta y seis años, no me entierres todavía, por favor…

La miré y supe que no lo entendía. No asimilaba que una persona pudiera llegar a tener cuarenta y seis años. Quizá debería dejarlo todo y meterme a monja, vestir de *tweed* y ponerme zapatos gruesos de cuero, comprarme un perro lazarillo para salir a pasear, hacer calceta… No quería decirle que la mayoría de los días me sentía como si tuviera dieciocho o incluso doce en ocasiones. Eso sí, el resto tenía la sensación de llevar varios milenios en este mundo.

Meneó la cabeza como una ardilla.

—Er… Claro, si no los aparentas. Tienes la piel supertersa, es que no se te ve ni una arruguita, ¿eh? Supongo que todo se debe a la vida sana, a no beber ni fumar y pasarte todo el día en el gimnasio. La verdad es que al lado tuyo no tengo nada que hacer, en serio.

—Luego ya la cagó—: Igual cuando tenga tu edad yo también haga un sacrificio…

Con la sensación de ser la tatarabuela de Matusalén, me encerré de mala hostia en la oficina y llamé a Hawkins. Encargué un par de cosas de feldespato multicolor y unos cuantos objetos de ámbar verdes, muy modernos. Además me hicieron un buen precio con el «Juego de meditación de sueños de cristal». «Resplandor cetrino». «Ónice viejo». «Calcedonia celta». Todas las piedras acompañadas de sus apestosas varillas de incienso.

Ideales para vivir en paz.

16

AQUEL día Natty no volvió. Le llamé al móvil un par de veces pero en las dos ocasiones me respondió el contestador; era lo normal cuando le llamaba así que no le di mayor importancia. Puede que estuviera con una chica. Imaginé que como de costumbre volvería a la barraca al día siguiente por la tarde, con sombra de barba, somnoliento, oliendo a perfume barato y con una sonrisa tonta en la cara. Me diría que era su preferida, la mejor, su tita Billie, de verdad, y me suplicaría que le preparara toda la comida del mundo. Después se quedaría dormido tapado con la manta delante de la tele, como siempre.

Oh, bien; me hice una nota mental para comprar pasta y berro para hacer ensalada. Y un *pack* de seis latas de Stella, su cerveza favorita, y por fortuna también la de Johnjo. Es una lástima que no se lleven demasiado bien. Parecen dos gatos, uno mayor, más duro y sabio, y otro joven, lleno de «rabia incontenible», como dice Johnjo, estudiándose en círculo el uno al otro. Johnjo dice que Natty es un holgazán irrespetuoso y cree que Nat ha salido al inútil e irresponsable de su padre y que yo paso demasiado tiempo con él y Jas, algo en lo que coincide con Leckie. Yo creo… No, yo sé que Natty en el fondo tiene miedo de Johnjo, de ese silencioso tipo maduro cuyo retraimiento esconde una muralla de vigor y energía, y cuyo inexpresivo y huesudo rostro es como un mapa trazado con las cicatrices de los accidentes y peleas de toda una vida. Así que Natty se enfada y se mete con él las escasas ocasiones en que se encuentran; pero cuando nos quedamos solos me pide que le hable de las aventuras de Johnjo de joven y luego hace como si no le interesaran.

Una vez me preguntó si Johnjo era como su padre. No supe qué responderle: ¿cómo iba a decirle que su padre era un pesado, un ignorante, un estúpido indeseable y un criminal de tres al cuarto? Puede que tuviera que habérselo dicho, pero ya da igual. El hecho es que nunca se lo conté.

La tarde fue avanzando, cargada de calor y humedad, y deseé cogerme unas vacaciones y huir del rancio verano de la ciudad, que ardía en una fiebre última y demencial. De todas maneras en esta época del año nunca se hacía mucha caja, porque como en la universidad no hay clases y todo el mundo se va por ahí de vacaciones… Aunque las aglomeraciones estivales que se producen en las zonas costeras y las Baleares tampoco me atraían demasiado. Toda esa gente que vuelve colorada, jactándose de todo el alcohol que se ha enchufado en quince días y contando «pasé de echarme protección solar, que cuesta un ojo de la cara, así que me embadurné con Nivea» no es que me den envidia que digamos.

Lecks suele aprovechar el descanso para salir a pasear con su actual noviete o a veces con su madre. Yo no concibo salir a dar una vuelta por ahí con mamá, me parece algo horripilante y estoy segura de que a ella le parecería igual de aberrante. El año pasado se largó a Malta con otra mafiosa de la salsa, Carmen Mirandas, la diosa de los reflejos azules. Se fueron de bailoteo latino a algún complejo turístico con todos los gastos pagados para la alocada tercera edad. Tendríais que haber visto el escándalo que se montó y oído los cotillees que corrieron: que si quién se liaría con quién, que si quién iba a hacer trampa en el concurso de *bossanova* — patético—, que si quién ya estaba borracho a las dos de la tarde todos los días. Vestidos, lentejuelas, *liftings*, implantes… Por suerte para mamá, Jen le suele enviar un maquillaje americano para las jubiladas de Florida que es a prueba de agua y de manchas y que, además, no se derrite. Como dice mamá, una vez que te lo pones, el lápiz de labios te dura hasta la muerte. Y más allá, diría yo. Olvidaos de Ibiza y de

Aiya Napa, por Dios. Los borrachines discotequeros no saben montárselo.

Ahora para ella más que una persona de carne y hueso soy una especie de hija simbólica. Le llevo flores y regalos bonitos, pero no puedo decir que le entusiasmen. Por ejemplo, hace tiempo le compré un collar de perlas rosas de agua dulce —de las grandes, no de esas diminutas que hay que mirar con microscopio— para su cumpleaños. Aunque mi proveedor de perlas me hizo un buen precio, me costaron una fortuna. Me recordaban a su viejo collar de perlas cultivadas de Mikimoto, aquellas nacaradas gotitas relucientes que de niña me parecían la cúspide de la sofisticación. Pues bien, aquellas perlas rosas eran los objetos más hermosos de la Tierra y hacían furor en todas partes; aquel año todas las revistas de mujeres hablaban de las perlas de colores. Como mamá devoraba todas las revistas de ese tipo, pensé que le encantarían, que esta vez sí que se quedaría impresionada. Pero al abrir el paquete simplemente dijo «Oh» con decepción, «Perlas; pues yo es que ya no soy muy de llevar perlas. Están un poco pasadas de moda, ¿no crees? Pero bueno, son muy bonitas, lo que cuenta es la intención». Nunca se las puso. Las perlas se mueren, sabéis, si no te las pones; se mueren de olvido. Necesitan amor y el calor de tu piel para sobrevivir.

La llamo muy a menudo. Pero ella nunca me telefonea. Cuando voy a visitarla sólo sabe hablar de Jen, de las niñas y de Eric, la maravilla sin barbilla. De cómo han prosperado, de lo pudientes que son. De qué hija tan atenta y considerada es Jen. Me enseña todas las cosas que le envía Jen. Esta Navidad va a visitarlos a Canadá; pagan ellos. La cuestión es que Jen es la atenta y considerada. Jamás olvida enviar una tarjeta por mi cumpleaños o por Navidad, siempre con un par de líneas alegres. Pero yo no entro en el paquete. Tengo que limitarme a mirar desde el frío exterior la ventana iluminada del refugio de cálida intimidad en que mamá y

Jen conviven en armonía. En fin, así es la vida. Quizá si papá no se hubiera… Pero sí.

Es lo que tiene la vida, ¿no? Es un viaje de sólo ida, no puedes volver, no puedes cambiar las cosas ni deshacer lo que ya está hecho. Joder, si alguien se ha aprendido bien esa lección, soy yo. Es como esa gente que se empeña en intentar revivir constantemente la mejor parte de su existencia. Punkis viejos, góticos decrépitos… De cuando en cuando veo moteras de mediana edad embutidas en su traje de cuero y licra negros dando vueltas por la ciudad, con sus plateadas permanentes de estropajo coronándoles el rostro, al que ya nunca podrán devolver aquella expresión de joven zorra por muchos kilos de Max Factor con que se lo embadurnen. Pronto se convertirán en discotequeras cuarentonas desesperadas por mantenerse jóvenes y salvajes que irán a las macrofiestas ibicencas que se celebren en algún *pub* mugriento, porque ya hará mucho que en los *nightclubs* propiamente dichos no se organizarán; seguirán llevando esos vestidos semitransparentes de putón y los tíos que las acompañen irán ridículamente engominados como adolescentes, y todos ellos se pasarán el día quejándose de cómo apesta la música moderna.

Si vivís así, al final os llevaréis un gran desengaño. En mi opinión hay que ir en plan «nunca mires atrás» y todo eso si quieres seguir sintiéndote joven. Mejor eso que convertirte en estatua de sal, anclarte para siempre en el pestañeo de la juventud, quedarte disecado como una pieza de museo para que los jóvenes se rían de ti, como la estúpida e incrédula esposa de Lot. Es mejor aceptar lo que eres y mantener la dignidad. Al menos, mamá se lo pasó bien y pese a que le chifla todo eso del *glamour*, nunca se quita años, cosa que le agradezco. Morirá luchando. Otra cosa no, pero eso sí que lo heredé de ella.

Con todo, irme a pasear al campo los fines de semana con mamá es otra cosa muy distinta.

Después de chapar la tienda y de decirle buenas noches a Lecks, empecé a pensar en reservar un billete de última hora para escaparme a alguna parte a finales de septiembre, y luego le seguí dando vueltas al tema mientras andaba en la cinta y me peleaba con los aparatos del gimnasio de la universidad, sudando hasta el borde de la deshidratación. Quizá pudiera aprovechar alguno de esos vuelos de oferta que se encuentran en Internet. Creta de nuevo, o España. Seguro que a finales de septiembre se convierten en países de cuento. Me encantaría pasar una semana junto al mar respirando el perfume de los jazmines, oyendo la cálida brisa sisear entre los viejos tamariscos, descansando en un patio de terracota salpicado por las hojas de las buganvillas, cuyas luminosas flores púrpuras rosadas acariciarán las blancas paredes, y el cerúleo cielo azul y las estrellas brillarán como gotas de diamante en medio de las cristalinas y suaves noches. Podría alquilar una habitación barata en una pensión, salir a pasear, descansar, nadar y comer alimentos sabrosos; podría ponerme un tubo *snorkely* bucear para ver los peces… Sería maravilloso. ¡Dios, cómo me gustaría pasar todo un verano por ahí! Seis meses fuera de Bradford. Joder, sería como un sueño hecho realidad. Oh, no me malinterpretéis, me gusta esta ciudad, ya lo sabéis, pero viajar a España o Creta… Sería como evadirse a un mundo completamente distinto.

De joven deseé tanto viajar. Siempre fue mi sueño. Cuando iba a la escuela de arte, todos mis compañeros se pasaban las vacaciones haciendo bocetos en las islas griegas, durmiendo en tiendas de campaña en la arena de esta o aquella playa y cosas así. Pero yo no, en parte porque no teníamos el suficiente dinero y en parte porque, como cualquier otro joven, me pensaba que viviría eternamente y que si no viajaba estas vacaciones ya me iría las próximas.

Cómo iba yo a imaginar las vueltas que podía llegar a dar la vida; si lo hubiera visto en las hojas del té, o si me lo hubieran dicho las cartas o si el gitano Petulengaro me hubiera adivinado el futuro

después de haberle puesto seis peniques en la palma de la mano, me hubiera reído en su cara.

A veces, la rabia que me daba cómo habían salido las cosas se me anudaba en la garganta y amenazaba con asfixiarme; sentía cómo se me calentaban las mejillas y cómo se me tensaban y endurecían el cuello y los hombros. Me daban ganas de golpearme la cabeza contra la pared. Pero no serviría de nada. Me limitaba a caminar veinte minutos más en la cinta o a cargar un par de kilos más en las pesas y sudar la mala hostia, hasta que volvía a recuperar el control. Fue lo que hice aquella misma tarde.

Aunque deseé que Natty me hubiera hecho una visita. Si no andaba con una chica, estaría con Jas. Johnjo iba a ir por la noche con los amigos al *pub* de Skipton, así que no se pasaría. Me quedé sola con los gatos, que se habían dejado caer rendidos en el sofá; tenían su mullido pelaje húmedo y desgreñado, hecho un asco, como yo, que estaba empapada de sudor espeso a causa del intenso calor que hacía aquella noche.

Supongo que podría haber llamado a Jas para preguntar dónde estaba Natty, pero aquella noche no tenía ganas de hablar con ella. Todavía estaba enfadada con ella por haberla descubierto pidiendo a la entrada de Waterstones la semana anterior. Pidiendo… Joder. Allí de pie, gimiendo: «Denme comida pa' mi bebé y l'alquiler, po' favor, señor», soltando mentiras por sus labios marchitos; las cavernosas cuencas de sus vacíos ojos eran como pozos cloróticos que condujeran a las mismas puertas de su alma inerte.

Me puse hecha una furia y el apestoso cadáver —seguramente su último compañero de cama— que estaba acuclillado a su lado liándose un cigarrillo y arañándose sus sanguinolentas pantorrillas con sus uñas rotas, amarillentas y espesas como el hueso, se escabulló para que le gritara cuanto me diera la gana.

—¿Por qué, Jas? Explícamelo… ¿Por qué? Si necesitas dinero, joder, pídemelo a mí, no hagas… esto. No te pongas en ridículo en la

calle… Ah, claro, no es la primera vez, ¿verdad? ¿Verdad? Por el puto amor de Dios…

—No, Billie, amor, no… No t'enfades comigo, no que'ía'quivoca'me… Ha… Ha sí'o Brian, dijo que así sacaríamos algo po'que, no'é, como ando escasa, sabes… —Empezó a toser.

Pensé que habría vuelto a agarrar frío en el pecho. ¿Por qué no podía cuidarse un poco, lo básico? Habría que volver a pedir cita con el médico, más problemas. ¿Es que aquello no iba a terminar nunca? Quise contenerme, pero no pude.

—El último fin de semana te di cincuenta libras, ¿no? Joder, y ya te lo has gastado todo en esa mierda de veneno, ¿verdad? Aquella misma noche, seguramente… Joder, Jas, Jas, mírate, estás pidiendo en la puta calle… ¿Qué pensaría Natty si te viera?

—N… N… No t'enfades co'migo, Billie, que tú eres mi ángel de la gua'da, a que'í, no t'enfades, lo siento, lo siento… Yo sólo que'ía… Ya'a'es. Lo siento…

La yonqui rompió a llorar otra vez. Pero sus lágrimas de arrepentimiento estaban tan vacías como sus promesas de limpiarse.

Jas no tardó mucho en hundir sus pequeños pies en los fangos de la heroína. Puede que de todas maneras hubiera acabado hundiéndose en ellos y que hubiera puesto la «fuga» de Terry como una simple excusa más. Pero es algo que nunca sabré con certeza. Lo único de lo que estoy segura es de que Jas cree, aún hoy, que Terry la abandonó porque ella es escoria. Y eso sí que es culpa mía.

Al principio nadie echó en falta a Terry. Al fin y al cabo nadie lo consideraba una buena persona, ni siquiera su madre. Sólo Jas llegó a quererlo, pero nadie le hizo nunca el menor caso. A menudo desaparecía durante varios días y no se molestaba en avisar a nadie; en concreto, le gustaba no decírselo a Jas porque disfrutaba jodiéndola. Así que pasaron un par de semanas sin que nadie se preocupara por él ni se preguntara dónde andaría, excepto Jas, que no dejaba de gemir y lloriquear. Al cabo de un mes, la gente que quería derribar su chabola se puso en contacto con su madre.

Después de mucho meditarlo, la mujer firmó un montón de papeles y fue a recoger las cosas de su hijo. Después de todo, el dinero se lo había llevado él y sabía que tarde o temprano debería abandonar la choza. Algunos decían que lo más probable era que el muy subnormal sólo quería ponerles las cosas difíciles a la gente, como de costumbre.

Sin embargo, algún alma concienzuda de la constructora preguntó que por qué no se había denunciado su desaparición. Estaba claro que en su entorno la gente no desaparecía durante semanas enteras sin avisar a la familia o a los amigos de adonde pensaba ir. Por lo menos, a la madre de su hijo recién nacido. La madre de Terry, siempre dispuesta a llamar la atención y hacerse la mártir, se tomó en serio aquella increíble idea y, con la amable ayuda de la Oficina de Asistencia al Ciudadano, denunció a Terry como persona desaparecida. La actitud de las autoridades fue como «¿Y?». Y la verdad, espero que por una vez la madera se alegre de haberse deshecho de un indeseable como Terry. Dado su historial, todos supusieron que al final regresaría, como siempre, contando proezas que sólo él se creería y con los bolsillos pelados.

Es decir, todos excepto Micky y yo.

Ambos sabíamos dónde estaba y que nosotros estábamos con él.

En el Infierno.

17

EL TEMA de la violencia es muy interesante, ¿no os parece? El otro día, las estadísticas del periódico anunciaban que los niños de ahora son testigos de más de mil muertes sangrientas antes de cumplir los dieciocho. La violencia está en la televisión, en nuestro propio hogar, día y noche. Toda esa sangre de mentira y todos esos tipos duros que se levantan después de que algún enemigo armado con una recortada los haya llenado de plomo, para seguir peleándose durante quince minutos más de horario de máxima audiencia. A menudo me pregunto si algún cineasta pensará ingenuamente que el espectador sabe, que está seguro, que no es posible reaccionar cuando te disparan, que te desplomas, que empiezas a sangrar como un cerdo en San Martín, que pierdes masa muscular en la zona en que te hayan dado, que sientes un dolor insoportable, y quizá mortal, que te quedas retorciéndote conmocionado y que posiblemente acabes muerto en un charco de meada, mierda y vida truncada. ¿Acaso piensan los directores que sus ridículos festines de balazos y tripas los ve gente que intuye siquiera que todo ese escenario de brutalidad es sólo un montaje y que no sólo les gustan a los borregos devoradores de palomitas? No es más que *voyeurismo* moderno, ingenioso y con estilo. ¿O es que creen que el espectador se pone un *post-it* mental en el que anota: «No olvidar que la violencia no es real. Traer pan y leche del súper»? Er… Bien, lo siento, amigos míos, pero no, no es eso lo que creen. Por eso nos quedamos tan confundidos cuando la violencia se ceba con nosotros; ¿por qué una persona puede montar en cólera, abandonarse a su instinto asesino y hostiar al que ha insultado a su compañero en la fiesta de Navidad de la oficina? «Si en la peli de

acción que vi en el cine el otro día no era así, la gente no chillaba como loca ni todo se volvía tan caótico…».

La violencia no sólo es cosa de actores de tercera o de personajes ridículos de telefilmes de puñetazos. Cualquier matón de taberna podría aseguraros que la violencia no sólo te proporciona las mayores dosis de adrenalina, sino que también se puede convertir en un estado de ánimo. Es como meterte la licuadora en los sesos y apretar el botón. Los huesos rotos, las magulladuras y los cortes terminan por curarse, pero la cabeza ya es otra historia. Una vez que te rajan el alma, únicamente puedes remendarla, pero sin llegar nunca a dejarla como nueva. La violencia inflige tanto dolor en la mente que preferirías que se te rompieran todos los huesos del cuerpo y querrías que Dios te hiciera ese regalo y se llevara toda la pena y la angustia de tu corazón.

Nunca he negado que he sido una persona violenta. Supongo que podría negarlo ahora que estoy escribiendo esto. Si quisiera podría decir que en realidad era como la Madre Teresa. Podría justificar todo lo que he hecho y pintar el pasteloso retrato de una cría descarriada que por desgracia acabó con las compañías equivocadas y… Pero no se trata de eso. Quiero contar la verdad. Puede que así comprenda mi propia vida, es decir, cómo la he desperdiciado. Por tanto debo decir que sí, que me he peleado en incontables ocasiones en bares y *pubs*. El resultado siempre era el mismo: ojos morados, narices rotas, nudillos hinchados y horas y horas con la mirada perdida en los pósteres de islas desiertas, mientras las enfermeras, extenuadas y saturadas de trabajo, te miran como si fueras la mierda de la suela de sus zapatos. A veces he sido yo quien ha empezado las reyertas, cuando el estiércol hirviente de mi cabeza me obligaba a abrirme paso hacia el olvido a hostias. Conozco la peste del hierro candente de la rabia; somos viejas amigas.

Así y todo, lo que le hice a Terry está a años luz de partirle los morros a algún chulo de discoteca. Puse punto y final a su vida. Me

lo cargué; perdí los estribos como jamás los había perdido e hice que su vomitivo y miserable corazón dejara de latir… Para siempre. Entonces lo hice desaparecer, como si fuera una puta maga; hey, ahora lo ven, uuuups, y ahora… Bien, ahora no lo ven. Diver, ¿eh? Oh, santo cielo, oh, santa María, madre de Dios, si existes, si no eres una simple mentira ideada para aliviar el dolor de la existencia de los crédulos, llévame de regreso al día antes de que lo estropeara todo, déjame regresar, te lo ruego, te lo suplico, haz que no haya ocurrido.

Ah, mierda. ¿Por qué rezo si sé que carece de lógica y tampoco tengo esperanza? Por favor, disculpadme, como veis mi tormento no conoce el descanso. Yo contra mí. Yo contra el pasado, lo ya hecho, lo inalterable.

Así que sí. ¿Sabéis qué? Creo que a los cineastas de los que hablaba antes les fascina la violencia porque nunca han visto sus verdaderas fauces. De lo contrario, harían películas sobre personas maravillosas caminando tranquilamente de la mano por la playa y midiendo cada palabra que dicen. Es lo que nos pasó a Micky y a mí después de lo de Terry, sólo que quitando la bonita playa y sin caminar de la mano. Nos anduvimos con mucho tiento. No porque nos preocupara la policía o los forenses, ya que entonces no teníamos ni idea de esas cosas. Jamás nos preguntamos si habíamos dejado «fibras» en la «escena del crimen» o no. Pero eso sí, tuvimos mucho ojo el uno con el otro, con cada cosa que nos decíamos o pensábamos, con cómo nos movíamos por aquel diminuto piso frío y húmedo en el que también vivía la otra persona. La única persona que conocía más acerca de nosotros de lo que nunca, jamás, hubiéramos deseado. La única persona que sabía más sobre nosotros mismos de lo que nosotros mismos queríamos saber.

Os aseguro que medíamos cada paso que dábamos.

Lo cierto es que llevo mirando la pantalla varias horas, no sé, dos o tres. Llevo todo este tiempo devanándome los sesos para describir lo mejor posible cómo transcurrió el día siguiente a lo ocurrido. Pero no sé ni cómo empezar; casi no puedo ni pensar en ello. Cada vez

que intento recordarlo, una especie de nube lanosa se cierne sobre mi cerebro y acabo pensando en que tengo que llevar la secadora a reparar o en que debería acercarme al híper a hacer la compra semanal. Es como si mi mente se negara de manera automática a darle vueltas a ese tema acerca del cual nunca, jamás de los jamases, debo pensar. Llevo años así, desde aquel día, de hecho, y en cierto modo, agradezco ese olvido forzoso.

En mi dormitorio guardo una bolsa, una bolsa de deporte, no es demasiado grande, más bien normal. Está llena y lista para que la utilice. Contiene un neceser, ropa para cambiarme, bragas, una caja de paracetamol, un ejemplar de relatos de Edith Wharton, un jersey de lana —siempre me da frío cuando me pongo nerviosa o tensa—, una pluma y un cuaderno con el número de mi abogado anotado en la guarda. Llevo años poniéndola al día, ya sabéis, cambiando los artículos de aseo y la ropa. Estoy preparada para marcharme en cualquier momento.

Cuando vengan a por mí diré «Vale, ¿puedo coger mi bolsa?». No sé si la madera me dejará llevármela, pero ahí está, por si acaso.

¿Veis? Hablo de cualquier cosa excepto de lo que quiero contar. Aun así, la bolsa forma parte de la historia. Es como mi recordatorio, mi pañuelo anudado, que nunca me permite olvidarme de lo que hice y de que desde entonces he estado viviendo una mentira. De que todo podría cambiar de un segundo a otro: la tienda, Leckie, Natty, Johnjo, los gatos, la casa, mi pequeña vida… Todo podría desaparecer en menos que canta un gallo. Digamos que mi conciencia tiene forma de polvorienta mochila de vinilo negro de Adidas.

Algo que recuerdo con claridad es que al día siguiente Micky y yo nos sentíamos como la mierda. Hasta el último de nuestros huesos, músculos y tendones parecía ardernos y yo tenía todo el cuerpo cubierto de moratones negruzcos que parecían flores venenosas. Tenía muchísima fiebre, la lengua hinchada y la garganta como un estropajo, porque se me había secado de tanto gritar suplicando y

obligando a Micky a que hiciera lo que yo pensaba que sabía, que de verdad creía, que era lo mejor. Lo que nos permitiría sobrevivir. Salvar el pellejo.

Micky se quedó tirado en el sofá envuelto en una manta, con la mirada perdida en la tele, como si lo hubieran lobotomizado. No se echó en la cama conmigo cuando por fin conseguimos regresar al piso. Después nos duchamos, él primero; tuve que pasarle yo la esponja porque a él le temblaban demasiado las manos como para siquiera abrir los grifos, que estaban oxidados y duros. Metimos la ropa en una bolsa de basura y pusimos las botas bajo el grifo, como robots. Luego preparé dos bolsas de agua caliente y me fui a la cama a esperarlo. Nunca vino. Ya nunca volvió a acostarse conmigo. Nunca volvió a abrazarme, ni a besarme ni a mirarme a los ojos, jamás. Aunque lo rozara sin querer, saltaba como si lo hubiera electrocutado, después susurraba un «lo siento» y miraba a otra parte. Creo que ya nunca más volvió a tocarme adrede.

Jamás me perdonó por ser más fuerte que él, por mostrarle lo débil que era. Era algo que —¿cómo se decía antes?— lo amedrentaba. Para él yo era la prueba viviente de que, pese a que era un tipo grande y duro, todo un motero proscrito de gran reputación, de tetas para arriba no podía conmigo. Le daba pánico. Lloraba como un crío. Era lo que veía cada vez que me miraba. Ya no veía a su querida princesa, sino a una chirriante arpía que lo obligaba a hacer cosas de las que él en realidad no era capaz. Que le hacía asomarse al abismo.

Parecía como si le hubieran cortado las cuerdas que mantenían su cuerpo unido; se quedó un poco encorvado y los músculos se le volvieron de gelatina. En el azul de sus ojos ya no se veía nada más que recelo infantil, como si no pudiera o no estuviera dispuesto a creerse lo que había sucedido. Desaparecieron la arrolladora fuerza que tanto vigor le daba y el sano resplandor juvenil que iluminaba su afable rostro. Ya nunca sonrió como antes. Mi Pequeño Buda, mi amor, mi Micky había desaparecido y dejado en su lugar a un senil

anciano cabizbajo que no dejaba de mirar la tele sin ver nada, que ni siquiera se preocupaba de comer ni de traerme agua para aliviar mi fiebre.

Convivimos así durante tres días. Después lo llamaron del trabajo. ¿Dónde está? ¿Está enfermo? Abriendo apenas la boca y sosteniendo el auricular con firmeza respondí que los dos habíamos cogido una gripe gravísima y que apenas éramos capaces de hacernos el té. La mujer se mostró comprensiva. Antes, Micky solía bromear con que andaba detrás de él y con que era como un imán para las maternales señoras de mediana edad. Me susurró que Micky tendría que llevar un justificante del médico porque de lo contrario quién sabía lo que podría hacer el señor Asquith, que se tomaba muy en serio el tema de los justificantes.

Le aseguré que Micky regresaría al trabajo lo antes posible y que yo enviaría un justificante a la obra. Se despidió nerviosamente y llamé a los médicos contándoles la misma historia para que vinieran a casa. Fingimos la enfermedad sin problemas porque teníamos una pinta tan deprimente que el pobre interino recién licenciado que enviaron apenas se molestó en chequearnos. Se limitó a asentir con aire de sapiencia y acariciarse la barbilla lampiña cuando le expliqué mascullando nuestros «síntomas». Micky apenas se percató de la presencia del médico y no abrió la boca en ningún momento. Tuve que bajar yo el volumen de la tele, de la que él no apartó la vista mientras el médico lo palpaba y auscultaba por encima. Cuando acabó de examinarnos me pasó la receta de un «tónico».

Cerré la puerta del salón, dejando sólo al fantasma de mi pobrecito niño, y acompañé a la salida al médico, que me miró con inquietud.

—Señora, *er… Hmm…* Verá… Me preocupa un poco su, er, su marido. Ya sabe que una gripe así puede jugar muy malas pasadas. Podría dejar secuelas tanto físicas como mentales. Su, *hmm*, marido parece… Ya lo ve, está… No quiero alarmarla, pero a veces una enfermedad así puede desembocar en depresión. ¿Sabe lo que es la

depresión? No me refiero a sentirse un poco apagado, entiéndame, todos nos ponemos tristes alguna vez, sino a problemas, digamos, a largo plazo. La depresión en hombres jóvenes como el señor… *Er…* En efecto, puede ser muy traicionera, muy complicada de tratar. Yo en su lugar estaría muy pendiente de él. Si quiere hablar, pásese a verme a mí o al doctor Ellis, en caso de que yo haya salido ya de la consulta… Me encargaré de preparar los justificantes del señor… Ah, Kendall. Y no lo olvide, hoy en día la depresión ya no es algo de lo que avergonzarse, en absoluto, ¿de acuerdo, *hmm*?

El hecho de no descojonarme en su puta cara de tonto es la prueba de lo hecha polvo que me sentía aquel día.

Me quedé un buen rato junto a la puerta del salón, con el corazón a cien y la cabeza a punto de explotarme. Apoyé la frente contra la caliente y gruesa pared pintada con fría pintura cerosa y ya descascarillada e hice acopio de todas mis fuerzas. «Prepárate, princesa, vamos a hacer ahora el trabajo sucio y ya sacaremos luego el té y las pastas». Es lo que Micky solía decir cada vez que había algo latoso o complicado que hacer, como pintar el cuarto de baño, desmontar la moto o desatascar las tuberías.

Pero aquel día no habría té humeante ni pastitas. No nos abrazaríamos ni besaríamos las mejillas sucias del otro para felicitarnos por el trabajo bien hecho.

Abrí la puerta y entré.

Me temblaban las piernas de pura fatiga, me senté en el extremo del sofá de cara a mi Pequeño Buda. La viscosa luz de la tarde que entraba por la mugrienta ventana incidía oblicuamente en su cara, blanqueándola y descolorándola como si de una fotografía antigua se tratara. La tele parpadeaba sin cesar, siempre en silencio. Micky, sin apartar los ojos de la pantalla en ningún momento, sin mirarme, apartó los pies para alejarlos de mí. En ese momento sentí como se me resquebrajaba el corazón. Llegué a notar físicamente que algo se partía dentro de mí, algo que dolía como una quemadura o un corte. Sin embargo, era un dolor más destructivo que cualquier otro.

Lo había hecho. Había hecho añicos su amor por mí. Mi mayor temor se había hecho realidad. Los ruegos y las lágrimas se me anudaron en la garganta, pero conseguí tragar, me froté la frente con el dorso de la mano, pegajosa de sudor frío, y me sujeté tras las orejas los mechones de pelo que se habían escapado de la desgreñada trenza que me había hecho. Tenía que hablar con él. No me quedaba elección. Si no conseguía que cooperara en esto, sería el final para ambos. Debía salvarle, protegerlo de su debilidad, porque lo quería entonces y siempre lo amaría. Y aunque Micky me odiara, quizá tanto como un día me amó, tenía que convertirse en mi cómplice… Hasta la tumba.

—Micky, amor. —Intenté mantener la voz templada, como quien intenta no provocar más a un perro rabioso.

Ni siquiera me miró ni movió un dedo, pero yo sabía —lo sentía— que era consciente de mi presencia, que esperaba que ocurriera algo.

Tosí y carraspeé para aclararme la garganta, que me dolía como si me hubieran hecho engullir a la fuerza una pelota de tenis.

—Micky… Yo… Escucha, amor, tenemos que hablar. Quiero decir, de lo que ha ocurrido…

Entonces hizo un gesto, casi espasmódico, que me hizo botar del sofá; levantó la mano mostrándome la palma. Era una señal instintiva, primitiva, para que le dejara en paz de una puta vez. Los ojos se me empañaron de lágrimas hirvientes y tuve que respirar hondo para no llorar. Quería arrojarme entre sus brazos y suplicarle que volviera a quererme, que me dijera que no pasaba nada, que aquello no había ocurrido; necesitaba que me acariciara el pelo, que me susurrara que era su princesa, su corazón, que todo saldría bien, que no tenía por qué preocuparme.

Sin embargo, un susurro inerte iba vomitando su verdad en mi cabeza, saturada y abotagada: aquello nunca sucedería y si le quería, si me importaba de verdad, debía hacerlo, tenía que seguir adelante.

—Muy bien —dije con la misma templanza fingida del principio—. Vale, te conozco… No quieres… hablar del tema, pero…, por favor, escúchame, sólo escúchame… Éste debe ser nuestro secreto, tenemos que… Nadie más debe saberlo, ¿de acuerdo? No podemos decírselo a nadie, no podemos… Nunca… Porque si no, nos culparán a nosotros, nos culparán… Los decentes, Micky, nos consideran simples moteros y alucinarían, dirían que fue por un tema de drogas, irán a por nosotros, será mi fin, estoy segura, quiero decir, yo me lo merezco pero tú no, tú no… Ah, Micky, te culparán a ti porque eres un tío, porque no se creerán que fui yo, ya sabes cómo piensan y querrán tu cabeza, pero no es culpa tuya, yo lo sé, pero ellos… No podemos decírselo a nadie, amor mío, no podemos. Nunca, jamás. Micky, sé que es… Sé que lo tenemos muy jodido, lo sé muy bien, no te culpo, ¿entiendes? Todo es por mi culpa, por mi culpa, tú no has hecho nada; pero, cariño, tienes que prometerme, amor, tienes que prometer que jamás contarás nada, yo no lo haré, nunca, a nadie, lo juro. Te protegeré y no… no permitiré que sufras por lo que yo he hecho, no… Y si… si alguien nos pregunta alguna vez, si la madera…, si cualquiera nos pregunta, diremos sí, sí, fuimos a pillar maría, sobre las once, pagamos y nos largamos. Fin de la historia. Punto. Nada más, nada… Nada de inventarnos historias, sólo eso. Y sólo lo diremos si nos preguntan, sólo en el caso de que nos pregunten. Fuimos a verlo, pillamos el material y nos piramos. Nada más. Micky, Micky, júralo, júramelo…

Las manos, las piernas, todo el cuerpo me temblaba, se me había dormido la boca y apenas podía seguir articulando las palabras que me iban saliendo, para ahogarse en un lodazal de lágrimas. *Di algo*, rogué en silencio, *por el puto amor de Dios, di algo… Oh, Micky…*

Permaneció en silencio, con la mirada perdida, como si fuera un muñeco de cera de sí mismo. Los segundos se iban estirando como la melcocha. No puedo decir con certeza cuánto tiempo — ¿minutos, horas…?— pasamos en silencio en aquella sala mal ventilada y

asfixiante a la que la puta estufa de gas había robado hasta la última molécula de oxígeno.

Justo cuando despegué los labios para seguir hablando, Micky suspiró:

—Sí. Bien.

Apenas pude distinguir aquellas palabras, que viajaban inmersas en un hálito que parecía provenir de algún lugar remoto, como si fuera otra persona, muerta hacía milenios, la que hablara a través de su carne.

En ningún momento se giró para mirarme. Hundí la cabeza entre las rodillas y lloré hasta quedarme sin aire.

Tres meses más tarde, cuando volví de la ciudad, cargada con la compra para el fin de semana, descubrí que se había marchado; había cogido sus alforjas y se había llevado la *Lady Blue* y nuestros ahorros para el crédito hipotecario.

No dejó ninguna nota. Nunca llamó ni envió ninguna carta. No hacía falta, yo sabía muy bien adonde había ido. Habría bajado a Bristol para unirse al nuevo brazo de los Hijos del Demonio que Sammo había formado cuando se trasladó a esta ciudad el año anterior. Semanas más tarde me encontré con Cochise en la ciudad y lo dejó caer, pero sólo fue la confirmación.

Me había quedado sola.

18

ME SENTÍA como una mosca encerrada en un bote. Desde la soledad de mi prisión de cristal contemplaba muerta de miedo la distorsionada marea de gente que se revolvía en el exterior. Percibía el estruendo de sus conversaciones, que iba y venía, pero casi nunca lograba entender de qué hablaban. Micky se había ido, pero, aunque se hubiera quedado, yo hubiera seguido estando sola. Hubiera seguido cargando igualmente con lo que había hecho para ir a trabajar a Morrisons, donde había conseguido un empleo como reponedora para llegar a fin de mes y enfrentarme a cosas como alimentarme, pagar las facturas, lavar o peinarme mi estropajoso pelo, que ya nunca brillaría como el plumaje de un cuervo, sino que me colgaba con laxitud cuando me lo ataba en una pétrea y grasienta coleta.

Y dormir. La noche era la peor parte del día. Intentaba mantenerme despierta todo el tiempo posible porque los sueños… Me levantaba gritando, ahogándome en mocos y lágrimas, con el corazón acelerado de puro miedo, las sábanas empapadas en sudor… A veces me entraba tanto pánico que pensaba que me iba a morir de verdad, allí mismo, sola en aquel gélido fresquero de piedra que tenía por piso. No puedo describir el pavor que me provocaban aquellos sueños; a veces, cuando oigo hablar a la gente del miedo que pasó viendo esta o aquella película de miedo, pienso: deberías tener mis sueños. De hecho, me gustaría que los tuvierais vosotros, así os sentiríais ridículos por haber dicho lo espeluznante que era la peli que alquilasteis en DVD la otra noche.

No había nadie que me consolara, no tenía a nadie a quien abrazar para espantar el miedo. Ya no podía contar con Micky.

Al menos antes de que se fuera yo sabía que en el piso había alguien más, otra persona que andaba por allí, aunque me evitara todo lo posible. Cuando se marchó fue como si me hubieran enterrado viva. En la calle había gente, pero una barrera insalvable me impedía mezclarme con ella. Al fin y al cabo, yo era una asesina. Los demás eran normales. Yo sabía cosas que ellos nunca imaginarían, había hecho algo de lo que ellos aberrarían, era… distinta. Ahora sí que lo era. Había dejado de ser una simple niña inadaptada incapaz de integrarse en ningún entorno y me había convertido en alguien que había traspasado el umbral de lo abominable para caer en una especie de limbo rugiente y sanguinolento.

Me rapé el pelo. Me sentí como una monja que se acabara de afeitar la cabeza para ingresar en el convento, como si me estuviera encerrando en los sótanos de la vida, donde cosas como el pelo, el maquillaje o la dieta carecen de importancia. Dejé el piso y me mudé a una chabola de West Bowling. Apenas llevé equipaje, sólo lo básico. Quería deshacerme de todo el lastre posible. Bastante carga debía soportar ya.

En cualquier caso, el pelo… Era un corte de «chica mala», así, tan corto. Era la primera vez en la vida que llevaba el pelo corto. Lógicamente todo el mundo supuso que me había rapado porque mi matrimonio había «salido mal». Joder, como si fuera un coche de segunda mano o algo así. Al domingo siguiente, cuando me acerqué obedientemente a ver a mamá, ésta se quedó boquiabierta, paralizada de furia, y Liz estiró su cuello de pava vieja, agarró fuerte su taza de té y miró a otra parte. Mamá dijo que nada de lo que yo hiciera podría sorprenderla ya pero que por qué, oh, Dios mío, por qué tenía que estropear lo único que yo tenía más bonito que ella. Y sólo porque había sido incapaz de atar en corto a mi marido… Mamá y Liz estaban convencidas de que se había escapado con otra mujer puesto que «todos los hombres son iguales». Que si yo no tenía por qué abandonarme así, que si vaya aspecto tenía, que si dónde

estaba mi orgullo. Liz se mordió los labios y miró al techo. No me cabía duda de que en cuanto me fuera las dos se pasarían el día repasando todos y cada uno de mis defectos. La olla a presión que tenía en la cabeza empezó a silbar. Jen intentó defenderme lo que pudo, como siempre, y dijo que el pelo corto era lo que se llevaba esa temporada, que todas las grandes actrices se lo habían cortado y que según el *Vogue…* Pero mamá dijo que con ese pelo y con el vestido de dama de honor sólo montaría el número y que si nunca se me había ocurrido pensar en nadie más que en mí misma.

Por eso es por lo que al final no hice de dama de honor en la boda de mi hermana. De hecho, no asistí al acto. Le dije a mi madre que se fuera a tomar por el culo. Así, con esas palabras. «Vete a tomar por el culo, mamá, vete a tomar por el puto culo y déjame en paz, ya no te aguanto más. Sí, y tú también, Liz, sí, tú, puta bruja de los cojones. ¿Es que no me quieres, mamá? ¿Es que soy una puta desgracia? Pues muy bien, vete a la puta mierda, yo tampoco te quiero».

Después puse la guinda. «No me extraña que papá se largara, no me extraña una mierda porque no hay quien te trague. Sabe Dios que salió ganando y… y yo también, joder que si yo también. Lo siento mucho, Jen, perdóname, perdóname, pero es que no puedo, ya no aguanto más…».

Mamá no me dirigió la palabra durante los cinco años siguientes. Liz más bien tampoco, porque siempre que nos veíamos suspiraba con pesar y miraba a cualquier otra parte. Al final Jen, a la que no le gustaban nada las riñas, limó las asperezas que había entre mamá y yo. Pero ya me había perdido la boda. Por suerte mi traje le valió a Adele, compañera de trabajo de Jen, de manera que fueron Irene, la hermana sin barbilla, ni pecho ni encanto de Eric y Adele —que una vez maquillada y peinada se parecía más a Jen de lo que yo me había parecido jamás— las que sujetaron la cola del vestido de Jen a su paso por el pasillo de la iglesia de Saint Stephen. Parecían dos rubias esmaltadas gemelas. No se puede discutir que estéticamente

eran la pareja perfecta. Con todo, lamento haberme perdido a Jen en todo su esplendor; claro, después vi las fotos, que las habían ordenado en un álbum forrado de terciopelo blanco y dorado que llevaba el título de «Recuerdos Entrañables» escrito con caligrafía antigua en la portada y tenía un separador de borla.

Sin embargo, cuando aquella tarde salí de casa de mamá, mareada, ciega de rabia y dolor, me sentía como un zorro que hubiera mordido su propia pata para intentar escapar de un mortífero cepo; acababa de cortar el único vínculo que me seguía uniendo a mi familia, a la inocencia de mi pasado. Ahora me esperaba una vida que giraría alrededor de la muerte de Terry y el futuro se presentaba muy poco halagüeño. Comencé a viajar a la deriva, en soledad, hasta hundirme en una desesperante depresión. Todo parecía tener una lógica enfermiza, porque, al fin y al cabo después de lo que había hecho, no merecía ser feliz, ¿no? Los años de martirio desesperanzado que tendían ante mí su oscura y tenebrosa senda eran mi merecido no sólo por el asesinato, sino también por lo que les había hecho a Micky y a mi familia. Con el corazón inerte, los bolsillos pelados, sin carrera y sin amigos ya no podía sino anclarme en mi aplastante culpa y en mi odio hacia mí misma.' Empecé a considerar la idea de dejarme morir; ¿quién iba a echarme de menos? Nadie. ¿Quién iba a llorar mi pérdida? Quizá mamá y Jen, aunque sólo durante un par de días, pero nadie más; además, se tenían la una a la otra. Yo solamente era una gota insignificante en un vasto y agitado océano de seres humanos; ¿qué más daba si yo vivía o moría?

Los días iban pasando uno detrás de otro, como clones; únicamente los solitarios fines de semana parecían un poco diferentes. Siempre que podía hacía horas extra como un robot para que —hipnotizada por el trabajo repetitivo y las canciones pop del hilo musical— el sábado y el domingo se me pasaran lo antes posible. Todavía hoy no puedo escuchar *Stop in the name of love* sin

volver a entristecerme un poco, como si un fantasma me empapara con la gelidez del pasado.

Fue Jas quien al final me arrastró de vuelta a la tierra de los vivos. Jas, a quien había eliminado de mi mente a base de sudores fríos. Tras el fatídico día en que la madre de Terry denunció por fin su desaparición, Jas no dejó de llamarme para ver si podíamos «quedar y hablar». Al principio le di largas porque sólo pensar en verla a ella o a Natty me revolvía el estómago. Pero no pude luchar por mucho tiempo contra el cariño irracional que me había cogido, ni contra su convicción de que yo siempre podía arreglar las cosas porque era «la hostia de lista» ni contra su obstinación ciega una vez que se proponía algo.

Al final, se pasó por Morrisons con Natty, al que llevaba abrochado a una silla desvencijada de ruedas chirriantes y me siguió hasta la sección de congelados como un perrito faldero. Adondequiera que yo fuera, el penetrante chirrido de Jas, Natty y la puta silla me perseguían. Durante una semana vino a verme cada día. Si me escondía en el almacén, ella esperaba con incansable paciencia junto a las puertas batientes de plástico. Podía ver su diminuta y borrosa silueta a través de las arañadas láminas semiopacas. El encargado me llamó la atención por «estar de cháchara con mis amiguitas en lugar de hacer mi trabajo». ¿Cómo iba a explicarle que Jas no era mi amiguita sino la novia del tipo al que me había cargado y que no quería verla pero que ella insistía porque pensaba que yo era la señora Einstein y podía revelarle todos los secretos de la vida? No tenía escapatoria. Me rendí y nos tomamos un té en la cafetería de los almacenes durante mi descanso. No podía mirarla a la cara. Ella creía que me avergonzaba de que me hubieran abandonado, de no ser ya la princesa de nadie, que me sentía afligida por haber caído en desgracia en picado.

Me puso a Natty en el regazo. Fue una jugada brillante, ¿cómo iba a resistirme a su bebé? Mientras yo lo agarraba y le dejaba apretarme los dedos, ella divagaba con la misma monotonía con que

fluyen los turbios arroyos de los páramos, que se pierden por entre rocas y árboles muertos y que se pueden ver en los grandes cuadros Victorianos de Cartwright Hall. Su discurso resultaba inexorable de un modo tan suave como incesante.

—Ahora estamos en el mismo barco, amor, ¿verdad? 'bandonadas, sa'es, nuestros tíos se largaron, sa'es. No es que me parezca gracioso, pero me siento mu' mal por ti, ¿no? Y espero que no t'importe que te lo diga, pero estoy preocupada por ti, porque nadie t'ha vuelto a ver el pelo desde'ntonces… Desde… Ya sa'es. No'é, desde que Micky se fue. Escucha, la semana pasada vi a Carl en el *pub* y me preguntó por ti, en serio, pero la verdá, no supe qué decirle porque no sabía nada y me pone los pelos de punta, en serio, y me mira con esos ojos, de verdá', casi me muero. Billie, amor, no te enfades co'migo, pero, no tienes muy buen aspecto, la verdá' e' que no…

Y siguió hablando y hablando y… Sus ojazos verdes destilaban preocupación por mí, la tersa y satinada piel morena de su abombada frente se arrugó un poquito y le temblaron levemente sus suaves labios. Parecía la virgen de Bradford, tan tierna y compasiva, allí sentada, en la silla de fórmica, ofreciendo su consuelo a las almas perdidas.

Cuando mencionó a Carl sentí un martillazo en el pecho porque me hizo pensar en todo lo que había perdido y después un sentimiento de culpa pesado como el plomo se adueñó de mí: si me sentía como la mierda, era porque me lo merecía. Cerré los ojos, pero Jas quería seguir hablando. Acarició la chaqueta de Natty, que se retorció. Volví a abrir los ojos, temerosa de que se me cayera. Entonces Jas prosiguió.

—No quiero molestarte, sa'es, en un momento así, pero no sé con quién más hablar. La cosa es que, a ver, como tú eres tan lista y eso, y las dos estamos, bueno, como decía, en la misma situación, he pensado que… *Sshhh*, ya, Natty, amor, mécelo un poco, Billie, le gusta mucho. Eso, sa'es, es que, el propietario quiere echarnos, a mi

bebé y a mí… No’é qué hacer, y no pienso darle a la… madre de Terry la satisfacción de ir a suplicarle ayuda, porque me lo quitará para siempre y… Por favor, ayúdame, Billie, siempre has si’o mi amiga y ahora que'l bebé es tu ahijado… Billie, el propietario t’escucharía, tú que’res educada y eso, Billie, por favor…

Natty me miró mientras lo mecía suavemente y me sonrió como un querubín. Quizá fuera el viento, no lo sé, yo no tengo hijos así que qué voy a saber yo de bebés. Pero me pareció una sonrisa. Algo se abrió en mi corazón; aquel ser me necesitaba, ya era bastante malo lo que había hecho… pero abandonar a esa criatura, dejar a la víctima inocente de mi crimen en manos de la incapaz de Jas… Accedí.

El instinto me llevó a considerar al propietario un aspirante a rico. Pero aquello fue sólo el principio. Jas había encontrado, instintivamente, a su nueva protectora; en mí podía confiar más que en un hombre, que podía dejarla tirada como habían hecho Terry y todos los tíos que había habido antes que él. Ella creía que yo siempre había sido su mejor amiga, la madrina de su hijo. Y ahora sabía muy bien qué baza jugar: Natty. Por supuesto, ningún favor que me pidiera era para su propio beneficio, siempre tenía la excusa perfecta de «el bebé». Me llamaba por teléfono y me hablaba con suavidad, su voz llegaba a mí en forma de gimoteo, de súplica, de petición implacable. Y después de todo, aunque ella no sospechara nada, yo estaba en deuda con ella. Tenía la mayor deuda que se puede llegar a tener en la vida.

Poco a poco, Jas se fue enroscando en mi vida igual que los zarcillos de la delicada flor de la que tomaba su nombre: dulce, pegajosa y poderosa en su debilidad. Quizá si Micky todavía estuviera conmigo y Terry hubiera desaparecido sin más, no me hubiera involucrado tanto con ella. Puede que Micky se hubiera plantado y así Jas hubiera pasado al segundo plano del que nunca debió salir, como una vieja fotografía en sepia, y cada año se

hubiera ido volviendo más insignificante y fantasmal, hasta que por fin un día dejara de existir para nosotros.

En cualquier caso, la trituradora culpa y los insoportables resentimientos que me rondaban me empujaban a hacer por ella todo cuanto se suponía que le debía. Seguía «intentando ayudarla» ciegamente. Un día me di cuenta de que le estaba organizando las facturas que debía, los pagos del paro y las visitas a los servicios sociales y también le decía a la niñera lo que debía hacer con Natty, de cuyo programa de vacunación sólo yo estaba al tanto, y encima llamaba al técnico cuando se estropeaba el frigorífico o algún otro cacharro. Antes de darme cuenta de la espiral en que había caído, ya estaba yendo cada día a verlos o hablaba con ella por teléfono para darle ánimos y consolarla. Se había convertido en una costumbre, en mi rutina. Tenía la sensación de que se me había partido la mente en dos. Una parte trabajaba con la racionalidad necesaria para ayudar a sobrevivir a un animal herido, a una amiga desgraciada, a una perfecta inútil. La otra mitad no dejaba de gritar: *Has matado al compañero de esta mujer, al padre de su hijo, ¿a qué cojones crees que estás jugando? Aléjate de ella ya*, y me juraba una y otra vez, tirada en la cama, con el corazón a punto de reventarme, mareada como si viviera en una montaña rusa, el cuello inflado de dolor, que debía huir, que tenía que deshacerme de ella.

Entonces aparecía ella, siempre con Natty. Tomábamos un té con pastitas baratas de la cooperativa. Me ponía a Natty en los brazos y hablábamos de él y lo que le gustaba, o de lo que echaban en la tele, o de lo que andaban haciendo los muchachos… De oídas, claro; ya no éramos nadie.

Luego empecé a quedarme con Natty los sábados por la noche, para «darle un respiro». Después los viernes por la noche y el sábado entero. Se enteró de que me había peleado con mi familia, cosa que me acojona porque, bueno, hacía mucho Jas también había renegado de su madre porque al parecer ésta no quería darle el jarrón rosa con flores que había pertenecido a su abuela, pero

Jas, que era un insondable pozo de sabiduría, decía que la abuela quería que se lo quedara ella. Un día decidió que seríamos hermanas porque nuestras vidas eran idénticas. Pasé a ser nombrada oficialmente la tita Billie de Natty. Así era como le hablaba de mí a todo el mundo, a todos les decía que éramos hermanas, sin cortarse un pelo, a pesar de las miradas de incredulidad y de los cuchicheos de precaución de los vecinos a los que todo se lo contaba con inmensurable alegría. Creo que llegó a creérselo, a su *jasesca* manera. «La vida en Jas», lo llamaba yo. Pensamiento mágico. «Como quiero que las cosas sean así, así son». En su mente todo empezaba como una idea embrionaria que poco a poco se iba convirtiendo en realidad. La mentira se hacía verdad. Lo que quería se lo creía sin reservas, aunque le presentas pruebas fehacientes de que el mundo no era como ella lo veía. Si la contradecías se echaba a llorar y gimoteaba «No es justo que m'atormentes, con el bebé y todo», aunque el bebé ya tuviera dieciséis años y fuera ya casi un adulto. Para Jas Natty siempre sería el bebé. Su muchachito. Su corazón.

El bebé. Mi Natty. ¿Cómo explicar con palabras el amor que se siente por un hijo? Está en cada célula del cuerpo, en la sangre y en el aire que respiras. Sus manitas, sus pestañitas, sus uñitas, que son como miniaturas de conchas traslúcidas. La primera vez que vino caminando hacia mí —hacia mí, no hacia Jas— con los brazos extendidos me llenó de una dicha desbordante e indescriptible. Era un bebé hermoso, la gente me paraba por la calle para hacerle monerías. Además, era un bebé muy coqueto. Enseguida quería que lo abrazaras y le dieras «becitos», que le regalaras caramelos y le prestaras toda tu atención. Nos gobernaba a las dos con mano de hierro, porque bajo aquella fachada sonrosada se escondía una voluntad de acero y una inteligencia maquinadora que le avisaba de cómo y cuándo desatar su dulzura. Y cuando eso ocurría, era irresistible. Jas se convirtió en la sirvienta de su principito, rol en que éste se acomodó, algo que a ella le encantaba, quizá porque le

recordaba a su padre. Conmigo era más sutil, si bien el resultado era el mismo. Yo lo respetaba, no es tontería, en serio, respetaba la maestría con que imperaba en su entorno. No tenía un pelo de tonto; podías hablar con él con normalidad, aun cuando apenas levantaba unos palmos del suelo.

¿Que si era un niño malcriado? Supongo que sí, aunque no en el plano material porque las dos estábamos sin blanca. Por cierto, que hasta el auxiliar sanitario y el trabajador social le traían regalitos de vez en cuando, y yo tenía que pedir a las abuelitas espontáneas que se echaba en el parque que, por favor, dejaran de comprarle helados. Era como un niño-sol cuya sed de amor jamás se saciaba. Mientras más le dabas, más quería, y siempre te devolvía todo cuanto le dabas. No he conocido a ningún niño más afectuoso ni risueño que él. Con cada cosa que decía te obligaba a reírte, sus comentarios y gracias eran impagables. Al menos para nosotras. Después llegaron las rabietas y los arrebatos de cólera, que achacábamos a que se estaba haciendo mayor. Creíamos que eran sólo una fase más. A todos los niños les daba una pataleta alguna vez, quizá estaba agotado. Para nosotras era perfecto. Se nos caía la baba con sólo verlo.

Se convirtió en el eje de mi vida. Con el tiempo fui estrechando cada vez más mi relación con él, sobre todo porque era obvio que Jas valía como madre tanto como una muñeca de trapo.

Sé que suena muy feo, pero es la verdad. No digo que no le importara su hijo, porque lo adoraba. Lo amó siempre y siempre lo querrá. Pero el día a día, eso de darle de comer de todo, no sólo sándwiches del día anterior, bañarlo, llevarlo a la escuela y asegurarse de que se quedara allí, llevarlo al dentista… Todo eso la superaba. No concebía que la vida implicaba hacer ese tipo de cosas, se le olvidaban, se distraía, ella no quería, pero…

Al final la ayudé a conseguir un piso de protección oficial en una urbanización para clases desfavorecidas de Shawe Wood; ahora ya tenía su propio hogar en el campo, lo cual se podía entender casi de

forma literal si andabas a buen paso durante veinte minutos en la dirección correcta. Estaba emocionada y yo me pasé horas decorándolo con tonos rosas, lavanda y pastel, sus colores preferidos. Pusimos o, mejor dicho, puse unas pesadas persianas venecianas y unos visillos dobles que conseguí de segunda mano a través de los anuncios de la prensa. En aquel piso no te daban muchas ganas de mirar por la ventana.

Todos los bloques del centro de Shawe Wood miraban a una plaza central, que se suponía era un lugar de esparcimiento para los vecinos. Como era de esperar, estaba cubierta de porquería y jeringuillas, quizá desde pocos meses después de que se trasladaran allí los primeros inquilinos. Había perros abandonados en las escaleras, que apestaban a meados. Durante los últimos tiempos se había ido convirtiendo en el vertedero al que se arrojaban los niños abandonados que ya eran demasiado mayores para seguir viviendo en el orfanato, si es que todavía se llama así. El acolchado estruendo de los estéreos se veía contrarrestado por el incesante griterío de las riñas de los vecinos, coronadas siempre por vocativos como «cabrón», «puta» o «inútil». A veces venía la madera y ordenaba a los alborotadores de turno que tiraran las armas; si no los obedecían, al cabo de unos minutos solía aparecer también la ambulancia. Todos los visitantes eran recibidos con las bolsas de ladrillos triturados y mierda de perro que los niños, rabiosos, les tiraban.

Me esforcé por que Natty tuviera una buena educación, que no desperdiciara su inteligencia, pero fracasé estrepitosamente. Se convirtió en un señor de las calles. Era un chico muy espabilado. Lo hice lo mejor que pude dadas las circunstancias, y sabe Dios cuánto no lloré. Al menos conseguí enseñarle a leer y escribir; en la escuela no lograban que aprendiera nada porque se aburría enseguida. Supongo que era una pesadilla para los profesores. Lo recuerdo repantigado en su silla, con aire de niño adulto, la cabeza cubierta de espesos rizos blanqueados por el sol y la cara empañada por una

expresión de desdén desganado. Fue un milagro que no lo expulsaran antes de que dejara la escuela a los quince años. Aquello puso fin a mis vanos sueños de enviarlo al politécnico o a la universidad, de que saliera de Bradford y comenzara una vida decente en cualquier otra parte.

Jas no quería ni oír hablar del tema, como os podréis imaginar. La idea de que su hijo se culturizara, de que fuera al politécnico o de que empezara a trabajar la asustaba, se ponía tonta y empezaba a llorar y a gimotear que nadie la separaría de su hijo, que éste no la dejaría nunca, que se moriría sin él. Natty se arrodillaba junto a la silla de su madre, la rodeaba con los brazos (a sus quince años tenía que abrazarla y consolarla como si fueran una pareja de ancianos) y le decía «*sshhh, sshhh*, no pasa nada, mamá, no pasa nada, no te voy a dejar nunca, te quiero, mamá, mamá, mi pequeña, eh, mamá…».

Supongo que era culpa mía, porque ya desde pequeñito le inculqué mis conceptos del bien y del mal: no abuses de los demás, sé amable, sé valiente, sé fuerte. Quiere a tu familia y a tus amigos, sé leal. Di siempre la verdad y huye de las mentiras. Sí, eso también; se lo repetí una y otra vez. No quería que acabara como yo, que me asfixiaba en mi propia charca de mentiras.

Imagino que de todas maneras no hubiera podido enviarlo a la universidad, quiero decir, no tenía pasta para pagarle los estudios. Aunque le hubieran concedido una beca, ni Jas ni yo hubiéramos podido ayudarlo con dinero extra; después de las clases hubiera tenido que trabajar, pero en cualquier esquina de cualquier calle había opciones mucho más cómodas. Con el tiempo fui consiguiendo mejores empleos y por fin pude arañar el dinero suficiente para comprarle la tienda a Lizzie, una vieja *hippy*. Se llamaba Emporio y Herbolario de Nancy; tardé meses en eliminar la peste a pachulí, que se había adherido a la madera. Apenas me quedaba dinero y Jas nunca consiguió ahorrar más de dos peniques.

Así que le enseñé a Natty lo que pude. Cosas relacionadas con el arte, como escribir en cursiva; le gustaba escribir sin faltas de ortografía, hacer cosas que sus amigos no sabían. Con la lectura ocurría parecido, estaba orgulloso de su pequeña colección de libros. *La isla del tesoro*, *El hobbit* y otros de ese género. Todos los conseguía de segunda mano, de Oxfam, pero le encantaban. Escribía su nombre en las guardas, «Nathan Terry Savage, Piso 15, Larch House, Shawe Wood, Bradford, West Yorkshire, Inglaterra, Reino Unido, El Mundo, El Universo, El Espacio». Todavía conservo su ejemplar de *El león, la bruja y el armario*, todo ajado y sujeto con cinta adhesiva. Ahora esas novelas ya no están de moda, a los críos ya no les atraen esas historias, pero a él sí le interesaban, se sumergía en los cuentos clásicos, en la fantasía. Jas solía decir que era el vivo retrato de su padre en ese aspecto, es decir, que era listo, por eso de leer libros y cosas así.

Ése era el problema. Bueno, vale, uno de los problemas… Pero era de los más gordos.

Natty se fue convirtiendo en el joven que ya he descrito: guapo, fuerte y sano. En ese sentido no se parecía en absoluto a su padre; oh, puede que fueran igual de altos y esbeltos, pero nada más. Sin embargo, su padre estaba en él.

El fantasma de Terry pervivía en el alma de Natty. Del mismo modo que las repetitivas canciones del hilo musical del supermercado, la ausencia de su padre alimentaba su consciencia de ser distinto de los demás jóvenes, se creía un poco especial. Era sólo cuestión de tiempo que Terry viniera a buscarlo. Le enfurecía que Jas tuviera «amigos», no soportaba aquel desfile de hijos de puta arrastrados, todos hediondos y con cara de ladrones, que se ligaba en el club —en el de hombres, no en el de baile— o en el *pub*, no podía ver a aquellos tipos con los que dormía porque estaba sola y quería que la abrazaran cuando acababan con ella.

¿Y si Terry volvía cuando Dave o Frank o Len estaban allí, inundando la casa con su hedor a sudor, a maría o a tabaco, y

tirando en cualquier parte sus latas vacías de rubia extrafuerte? Natty, impotente a sus diez años, se encerraba en su diminuta habitación a escuchar su abultado *Walkman* de mercadillo y soñar. O venía a mi casa a contármelo todo, sin saber nunca cuánto significaba aquello para mí.

—¿Tita Billie?

—Mmm, ¿qué te ocurre, amor?

—Tita Billie, mi papá, creo que se fue para hacerse espía o algo así; ya sabes, como James Bond, para trabajar con un coche con cohetes y pistola y…

—Puede ser, cariño, nunca se sabe.

—Cuando sea mayor volverá a buscarme, vendrá en su coche y me traerá un equipo de agente completo y trabajaremos juntos como espías y viajaremos a América y…

—Ya va siendo hora de acostarse, corazón, venga, venga, ya se ha hecho muy tarde.

—¿Cuándo crees que volverá, eh, mi papá? Mamá dice que podría regresar el día menos pensado, pero ¿y si estoy dormido y no me entero?

—No te preocupes por eso, amor, ahora vamos… Natty, vamos, amor, de verdad…

Otras veces Terry era un *cowboy* que cabalgaba por las praderas, o un astronauta o un buscador de oro australiano. Trasladaba sus sueños a la realidad y la historia era siempre la misma: algún día Terry volverá y traerá una maleta cargada de regalos y cogerá a Natty en brazos y le jurará que se había tenido que marchar para poder hacerse rico o para meterse a espía y servir a su país. Y que, por supuesto, todos los días se había acordado de su queridísimo hijo.

El relato nunca entraba demasiado en detalles, pero al final siempre terminábamos felices y comiendo perdices.

Cuando dejó la escuela no volvió a contar historias, aunque eso no significa que se le hubiera agotado la imaginación. Cuando Terry

volviera descubriría que tenía un hijo del que se sentiría orgulloso, aunque quizá no al estilo clásico —puede que nunca se llegara a convertir en un oficinista encorbatado que viviera en una zona residencial y estuviera casado con una mujer hermosa y sumisa—. No, el hijo de Terry el Héroe era un don. Era el gallo del corral, un líder y un agitador. Se le veía siempre engalanado con su collarón de oro, sus Nikes de 150 libras, robadas, y una chica hermosa a cada lado. Esperaría a su viejo padre y conectarían enseguida porque su padre estaría orgulloso de él. Y Jas, rejuvenecida y desintoxicada por arte de magia, viviría en una casita inmaculada de estilo rústico y se arrojaría a los brazos de Terry y serían una entrañable pareja de ancianitos, que se sentarían todos los atardeceres en el jardín bajo un emparrado de rosas para contemplar el crepúsculo.

Bueno, Natty se había convertido en el pequeño rey de la urbanización y los alrededores, hasta ahí la historia era verosímil, pero Jas… No había manera de que encajara en la narración.

Después de cambiar el agua de los gatos y reñirlos por haber traído a sus amiguitos haciéndolos entrar por la gatera por las noches para celebrar sus fiestas, eché la llave y me cambié para acostarme. Entonces sentí un escalofrío al pensar qué habría hecho Natty si hubiera descubierto a su madre pidiendo dinero para pincharse. Decidí que al día siguiente iría por la tarde para hablar otra vez con ella e intentar hacerla entrar en razón y comprender el daño que acabaría haciéndole a su hijo si no enderezaba su vida.

Minutos después *Gengis* saltó sobre la cama y se echó a mi lado. Al poco *Cairo* subió también y se acurrucó sobre mis piernas. Intenté liberarme, pero *Gengis* empezó a gruñir muy fastidiado. Maldito demonio; Dios, con aquella manera de gruñir quizá debería haberme casado con él.

Rezando por que aquella noche tuviera dulces sueños cargados de esperanza, me fui quedando dormida.

19

—LECKS, no puedo, no… tengo qué ponerme, yo…

Leckie meneó la cabeza con incredulidad.

—Ya, bueno, a ver… ¿Y qué pensabas ponerte, de todas maneras? ¿Algo todavía más negro? Oh, venga ya, amor, por favor, por favorcito… Va a venir Tom, ya sabes que le haces tilín… Yo te prestaré maquillaje y todo eso, no sé, lleva la chaqueta negra con los adornos que quieras, ponte ese nuevo collar de ámbar verde que todavía no has estrenado, picaremos algo en mi casa y después saldremos… Billie, es viernes por la noche, ¿recuerdas la última vez que saliste un viernes por la noche? Es decir, o un sábado o cualquier otro día…

—Bueno…

— ¡Sí! ¡Por fin! Oh, ya verás qué bien nos lo pasamos, te lo juro… ¡TeenaB! «¡Ooohh! Sol y sombra, dum dum dum, *my lati lover…*». ¿Te acuerdas? Fue horrible… ¡Pero me encantó! ¿Has visto últimamente alguna foto de ella? Han hablado de su reaparición en el *Hola…* Su segundo hogar, yo es que me parto. ¡Por no hablar de las enormes tetazas que se ha puesto y esa litrada de bótox que se ha inyectado! ¡Y qué labios! Si parece una barca neumática, toda llena de tubos y colágeno… ¿Y qué delgaducha que está, no? Porque se mata a hacer yoga, claro, sí, es eso… —Hizo ademán de vomitar, con una sonrisa de oreja a oreja—. Es un icono gay, totalmente, te lo digo yo, ¡todas las reinonas de Yorkshire estarán allí en primera fila!

—A mí Tom no me parece como muy…

—A él tampoco se lo pareces tú… Dice que cree que eres muy profunda y superinteresante, y le atraen las maduras… A ver si me

entiendes, no es que tú seas mucho mayor que él, que debe de acercarse ya a los cuarenta… Oh, no me mires así, ya sabes a qué me refiero, *Miss* Morgan. Es muy majo, Billie, es un tipo muy simpático; de acuerdo, está divorciado, pero todo fue muy amistoso, no viene con críos incluidos, tiene un buen empleo… Joder, si hasta lee. No es ningún gilipollas y a mí me parece que…

—Que sí… Si yo ya sé lo que piensas… No, lo sé, lo sé… Oh, tienes razón… Sí, sí, como siempre… Venga, está bien, celestina del demonio, puede ser divertido…

—Lo será.

Y lo fue. Nos lo pasamos de maravilla. El Buzzby's —que antes se llamaba Swingers, antes Rockafella's y antes de eso The Starlite Ballroom— estaba a reventar de gays, *dragqueens* disfrazadas con los desafortunados modelitos que antaño se ponía Teena —mi preferido era el conjunto de Teena de la Jungla, aunque Leckie se decantaba por el minitrajecito de sevillana y las plataformas rojas brillantes que llevaba un tío que medía uno noventa y tenía espaldas de minero— y ceñudos fans hasta la médula de Teena B, a los que no les hacía ni puta gracia que su ídolo —ya caído— se hubiera convertido en el blanco de las burlas de una manada de locazas chillonas embutidas en camisetas ceñidísimas de Teena y de gente como la que componía nuestro pequeño grupo, que sólo buscábamos un poco de diversión frívola.

Mientras hacía cola en el baño de las chicas me di cuenta de que hacía años que no me sentía tan animada. Leckie tenía razón, Tom parecía un tipo con el que se podía hablar y no cabía duda de que estaba interesado. Di gracias por que Leckie me hubiera convencido para que me maquillara y por haber accedido a echarme un poco de su nuevo perfume favorito. Me sentí… femenina, atractiva. De hecho, me sentí muy bien conmigo misma.

La sensación de euforia duró incluso durante el interrogatorio al que a lo largo de todo el día siguiente me sometió

Leckie —que se había levantado pálida y resacosa, pero muy resuelta—, que no dejó de preguntarme por cada palabra y gesto que Tom me había dicho y hecho. Cuando no suspiraba sobrecogida por lo que yo le contaba, me revelaba —a mí y a todos los clientes que había en la tienda, a los que también parecía intrigarles el desarrollo de nuestra última noche— todos los secretos de los gigantes y siliconados pechos de la Diosa B, de su incapacidad de mover su cara abonada de bótox o de cantar con sus grotescos labios inflados; no se explicaba cómo se los había puesto, ya que sus labios reales eran como simples pellejos de vieja, como todo el mundo sabía.

Ya eran casi las cinco y todavía me estaba riendo con sus tejemanejes cuando sonó mi móvil. Era Natty; lo supe porque había programado un tono de llamada distinto para él. Entré en el despacho y desplegué el teléfono.

—Ven a casa de mamá… Billie, tienes que venir…

—Natty, qué… ¿qué? ¿Qué ocurre?—Estaba muy alterado, nunca me llamaba Billie sin decir primero tita, a menos que estuviera muy enfadado. Entonces el corazón me dio un vuelco. Jas… Tenía que tratarse de Jas. ¿Se habría metido una sobredosis? ¡Oh, Dios! Me pasé una mano temblorosa por el pelo e intenté respirar hondo y mantener la calma. Una vocecita me retumbó en mi cráneo como un trueno: «Te está bien por ser feliz, aquí tienes las consecuencias». *Oh, Jas, Jas, por Dios Santo, no te atrevas a morirte, por favor, por favor…*

—Billie, tienes que venir, ven ya… Billie, han encontrado a mi padre.

—¿Qué…? —Me dejé caer en la silla, mareada, perpleja, el estómago dándome patadas.

—En el periódico, en el *Clarion* ése, han… publicado cosas sobre gente desaparecida, y está ahí, en medio de un montón de fotos viene una de mi padre.

No podía ni tragar.

—Pero… Has dicho que lo han encontrado.

—Bueno, todavía no, pero, no sé… Lo encontrarán, lo encontrarán, Billie, lo van a encontrar, tienes que venir; mamá se ha vuelto loca, mi niñera no deja de machacarla, fue ella la que envió la foto cuando empezaron a escribir esas historias sobre que los parientes deberían escribirlos, sobre quién se había perdido, sobre cómo a la madera le importa una mierda y sobre que es una desgracia nacional y lo van a investigar, y ahora le está diciendo a mamá que debería haber hecho algo y que se nota que mi padre le da igual, porque si le hubiera importado hubiera… Billie, está chiflada, de verdad…

Durante el minuto que me estuvo hablando, mi vida se fue desmoronando. Se derrumbó de golpe. Tres, dos, uno, cero. Se acabó. Cerré fuerte los ojos, tragué la bilis que me punzaba la garganta y respiré hondo para no desmayarme.

—¿Billie? ¿Billie? ¿Estás ahí?

Tenía que contestarle.

—Eh, sí, mi amor, lo siento, es que estoy muy sorprendida…

—No me extraña, joder, es de locos, es la puta locura… Perdona. Pero, sabes, es que… Joder, Billie, mi padre, en el periódico, en portada… Él lo puede ver, ¿te das cuenta? Lo verá y podrá volver a casa…

—Natty, Natty… Ahora tienes que calmarte, amor… Mira, estaré allí lo antes posible, pero… Tranquilízate, ¿me oyes? Cuida de Jas, prepara el té o algo… Salgo para allá, ya voy… ¿Vale? ¿Vale?

—Vale, pero… No tardes, ¿eh?

—No, te lo prometo. Venga, hasta ahora… Te quiero, Natty.

—Yo también te quiero, tita Billie.

Parecía que hubiera regresado a los doce años; la edad lo iba abandonando de forma que su fantasía de la infancia empezaba a resucitar y a apropiarse de su imaginativa mente, como esas flores de papel japonesas que vienen comprimidas y las tienes que echar en agua. Colgué y posé el teléfono, con sumo cuidado, como si fuera

peligroso. Apoyé los codos en el desordenado escritorio y me tapé la nariz y la boca con las manos. Podía oír mi respiración agitada y oler la amargura del miedo en las palmas de mis manos. Me había quedado helada, a pesar del ambiente cálido de la pequeña habitación sin ventanas, y un intenso escalofrío me rasgó el cuerpo de los pies a la cabeza. De repente, se me revolvieron las tripas y sentí la necesidad perentoria de ir al servicio. Corrí al retrete ante la mirada atónita de Leckie y conseguí desabrocharme el pantalón y sentarme un segundo antes de hacérmelo encima. Empecé a tiritar, con la cabeza entre las manos, en medio de mi propio hedor, y me obligué a tranquilizarme, como siempre, sólo que esta vez no parecía funcionar.

Llamaron a la puerta.

—¿Billie? ¿Billie, te encuentras bien?

—Sí… Sí, es que… He… Creo que he comido algo… Estoy bien, estoy bien, gracias, de verdad, amor.

—Vale, está bien… Voy a hervir el agua, no hay nadie, voy a hacer un poco de té de menta. ¿Entonces seguro que estás bien? ¿Quieres que me acerque a Boots antes de que cierren?

—No, no, no pasa nada, ya me siento mejor, en serio… De verdad, estoy bien. Un té me vendrá muy bien, gracias.

Oí el taconeo de sus zapatos alejarse por el suelo de madera.

Me mojé la cara y me lavé las manos, que no dejaban de temblarme. El agua fría con que me froté las muñecas y el olor limpio y ácido del jabón de cidra me despertaron un poco. Me lavé las manos otra vez porque en ese momento me parecía muy importante estar lo más limpia posible. Estaba a punto de lavármelas una tercera vez cuando de repente reparé en el olor fétido que había dejado y lo aspiré lenta y profundamente. Me adecenté la ropa y me enjugué el sudor frío de la cara y el cuello con un trozo de papel higiénico húmedo. Me sentía como si me hubieran dado una paliza, estaba extenuada, como si los músculos se negaran a obedecerme

por exceso de ejercicio. Me incliné sobre el lavabo y me miré en el pequeño y oscurecido espejo para atusarme el pelo.

Me vi allí, bajo la luz tenue, con mi ropa de luto; mi cara era una cenicienta máscara blancuzca de ojos hundidos, mejillas chupadas y labios huidizos y exangües. Me quedé mirándome durante unos segundos y luego forcé una sonrisa estatuaria.

—Adelante, puedes hacerlo —susurré—. Puedes hacerlo.

Me reí sin ganas, en silencio. ¿Al fin y al cabo qué otra cosa podía hacer? ¿Qué elección me quedaba desde que todo empezó? Es lo que había esperado durante toda mi vida de adulta, la espada que colgaba de un hilo sobre mí. Ahora el hilo estaba a punto de romperse. Abrí la puerta y me entregué a la incertidumbre del futuro.

20

NI SIQUIERA hoy sé cómo logré conducir hasta la casa de Jas. Supongo que sólo me libré de matarme en un accidente porque me conocía el camino como la palma de mi mano, después de haberla ido a visitar tantas veces a lo largo de los últimos años. Debí de poner el piloto automático.

Aparqué en medio de la acera como una idiota, rozando el interior de la rueda delantera contra el bordillo y dejé el coche todo revirado. Por lo general me enorgullecía de mi pericia al volante, pero aquel día no podía importarme menos. No era algo que me preocupara en aquel momento. Nada más importaba ya.

Cuando llegué a las infectas escaleras me crucé con una de las novias de Natty. Un gesto hosco retorcía su hermosa cara morena, que llevaba enmarcada en una cortina de trencitas que parecían colgar de su gorra de béisbol a cuadros de Burberry como espigas de trigo. Su expresión no me llamó la atención, puesto que era la típica de las chiquillas de su edad. Al mirarla con más detenimiento, me fijé en que a pesar de su pretendido aire de chica mala, sólo era una niña asustada. Le temblaba el labio inferior casi imperceptiblemente y tenía apretadas las fosas nasales, como si se estuviera conteniendo el llanto. Era muy joven, tendría dieciséis años, a lo sumo. No era la primera vez que me disgustaba al comprobar lo jóvenes que le gustaban las chicas a Natty. Cierto, ahora las niñas crecían muy deprisa, pero aun así… Tendría que hablar muy en serio con Natty cuando pasara el huracán. No estaba bien, debía hacer un esfuerzo y buscarse una chica de su edad. Suspiré —no podía hacer otra cosa—. Las chicas lo adoraban, sobre todo las malas como ésa, para quienes Natty era su modelo de

revista en carne y hueso; se tiraban de los pelos por él, se asomaban a los balcones y lo llamaban a gritos, le salían al paso en las escaleras… Para un tío siempre es duro rechazar los favores de una chica guapa, pero no. No había excusa. Aquélla era una polluela. Pobrecilla, se le había roto el corazón.

Me la imagino corriendo a casa de Natty deseosa de juguetear con su gatito, su peluche viviente, y descubriendo que éste era un hombre desesperado y preocupado, sin tiempo para ella. Ya no era una niña, pero todavía no era una mujer, de modo que no contaba con el temple emocional necesario para aceptar el rechazo. Debió de sentarle como un jarro de agua fría que no le rieran sus gracias por su cara bonita. Aproveché que pasó corriendo junto a mí para ponerle la mano en el brazo.

—Qué, Venus, ¿vienes de ver a Natty? —Me sorprendió lo templada que me salió la voz.

Venus hizo un mohín y empezó a enrollarse las trencitas en un dedo. Llevaba sus largas uñas pintadas de forma que hicieran juego con su gorra. Se moría de vergüenza porque, aparte de estar conteniéndose, como todos los adolescentes, odiaba hablar con los adultos. Además no sabía muy bien cómo llamarme.

—Sí, señorita… Eh, Billie, de ahí vengo.

—Muy bien, ¿qué tal tu mamá? ¿Y Grace? ¿Todas bien? — No quería subir aquellas escaleras, aunque ello significara poner en un apuro a aquella cría obligándola a cotillear conmigo. Yo también necesitaba un respiro para recuperar el control.

—Sí, eh, tengo que irme. Mamá me ha llamado, dice que se me va a enfriar el té. —Pareció enfadarse al oír el nombre de su hermana, Grace, más conocida —y con razón— en la urbanización como Grace la Magnífica, por la que Natty se había sentido interesado hacía tiempo.

—Muy bien, saludos a la familia, ¿eh?

Ya se había ido, y me decía adiós con el balanceo de su coleta de trenzas.

Me quedé viendo cómo se alejaba por el camino y después me giré para enfrentarme de nuevo a las escaleras. Me sentía tan exhausta. Las escaleras hedían a meados y las paredes estaban cubiertas de incontables capas superpuestas de pintadas de obscenidades, declaraciones de amoríos escolares —«Kerry X Mark, de verdad»— e innumerables payasadas. Suspiré, me ajusté el bolso al hombro y emprendí la dura escalada hacia lo incierto.

Desde el descansillo vi salir a Monkey por la puerta de Jas. Al verme, una gran sonrisa iluminó su rostro simiesco. No era la primera vez que pensaba que su extraordinaria sonrisa delataba lo dulce que hubiera podido llegar a ser. Quiso correr hacia mí, pero su cojera lo hizo tambalearse hasta detenerse frente a mí y empezó a farfullar con atropello.

—Tranquilo, cariño, venga, más despacio, ¿qué ocurre, Lee?

—Nunca le llamé Monkey a la cara. No era tan cruel.

—Natty dicho, Natty dicho que tenía que venid a ver ci tú, cuando viniedaz, tenía que i'a buzcadte, y luego… —Arrugó la frente al esforzarse por recordar.

—¿Qué, amor?

Se le encendieron los ojos.

—Que te decohiera, ceñodita, y que dezpuéz fuédamos loz doz a… Que fuédamoz loz doz a píllale cigadilloz, ezo, cigadilloz.

—¿Seguro que…? Oh, no. Prefiero…

Saqué el monedero, le di un billete de cinco libras.

—Ve a pillar cigarrillos, Lee… Ah, Lee, llámame Billie, amor, no señorita.

—Cí, ceñodita, vale, ceñodita, Billie Ceñodita. —Asintió vigorosamente con la cabeza, como hacía siempre que le decía que me llamara por mi nombre.

—Ve entonces, venga, ahora nos vemos.

Seguí hasta la puerta, que estaba entreabierta y permitía la fuga de una azulada nube que apestaba a tabaco. Natty sólo quería deshacerse de Monkey durante un rato, siempre lo mandaba a por

tabaco cuando necesitaba descansar de él. Cerré los ojos y me concentré en la dualidad en que había llegado a encerrarme: una parte de mí era sólo una amiga íntima de la familia que ofrecía su ayuda en los momentos difíciles, y la otra… Pues eso. Pero no soportaba seguir retrasando lo inevitable, así que aspiré hondo, llamé a la puerta y entré.

—Jas… Jas, soy yo, Billie. —Me asomé a la puerta del salón. El cargado aire era sofocante y caliente. Apestaba a cerveza, a sudor, a tabaco, a fritanga y al penetrante aceite de jazmín barato que Jas seguía echándose y que Natty le compraba religiosamente por su cumpleaños y en Navidad. Me pregunté si se ofenderían si abría una ventana antes de desmayarme, pero sabía que no sería posible. Jas tenía un miedo supersticioso al aire fresco, por lo que odiaba las ventanas abiertas.

—Oh, Billie, cariño, Billie, mi amor, gracias a Dios que has venido… Oh, Billie, yo… —Tosió con aspereza y los espasmos de la tos parecieron sacudir hasta las entrañas de su diminuto y frágil cuerpecillo; entonces caí en la cuenta de que ya llevaba algunos meses tosiendo de esa manera, como si hubiera agarrado una gripe seca que no quisiera soltarse de ella. Tendría que llevarla al médico. Cogí aire y me centré en la cuestión que me había llevado hasta allí. Jas estaba arremolinada en una esquina del viejo sofá con un mullido cojín morado apretado contra la barriga y un pitillo entre sus trémulos dedos. El suelo estaba todo cubierto de latas de cerveza vacías. Estaba borracha y colocada. Se me cayó el alma a los pies.

—Hombre, si ha llegado la puta caballería. Debería haberme imaginado que perderías el culo por venir a meter las narices.

La madre de Terry, la señora Skinner, que tenía la misma cara de mala hostia de siempre, estaba sentada en la butaca de al lado de la chimenea, como una bruja venida a menos. Al igual que su hijo, presentaba un aspecto demacrado, tenía nariz ganchuda y la cara chupada. A sus sesenta y pico se seguía vistiendo como si tuviera veinte y quería vivificar su larga melena teñida de rubio con

exuberantes extensiones; como culebras desmadejadas, sus pelajos de pega se contraían y retorcían cada vez que giraba la cabeza con indignación. Estaba alicatada en maquillaje, en el sentido literal, algo que sólo servía para realzar su aspecto de mostrenco embalsamado. Dado que los precios habían ido cayendo en picado, hacía poco que se había introducido en el mundo de la cirugía cosmética, que ya no era algo exclusivo de la nobleza; se había inflado sus estropajosos labios con Restylene, tenía la frente enyesada en bótox y se había insertado unos mareantes senos de silicona que más bien parecían dos balones de fútbol enterrados en el yermo de la piel de su pecho, todo salpicado de manchas por la edad, rugoso y moreno de solárium. Me acordé de Leckie y de cómo nos reíamos de ella en la tienda por su parecido a la otra reinona del quirófano, Teena B. Oh, Leckie, si lees esto, debes saber que te echo muchísimo de menos; aunque viviéramos en mundos distintos.

—Señora Skinner, ¿cómo va todo? Espero que bien. —No me extraña que Jas necesitara evadirse. No era sólo que le aterraba que Terry apareciera y la descubriera en aquel estado, sino que además su madre, a la que odiaba tanto como temía, había venido para quedarse indefinidamente, a juzgar por el cargamento de botellas de gintónic y los ceniceros rebosantes.

—Oh, sí, muy bien. Estoy de maravilla, gracias. No como otras. A algunas da pena verlas. Parece que se dejan llevar, ya me entiendes. Joder, vaya desastre que se va a encontrar mi hijo cuando vuelva a casa… —Se le espesó la voz con el odio y el rencor que vomitaba a todas horas. De tal palo tal astilla, como se suele decir. Le sostuve la mirada cuando posó el cenicero en el suelo y volvió a mirar al frente acariciándose la papada. Jas, que seguía en el sofá, apretó el cojín aún más fuerte y empezó a llorar en silencio. Seguía llorando como las vírgenes de Rafael, sin arrugas en la carita y sin que se le enrojeciera la nariz; sus lágrimas fluían sin más, como abultadas gotas de cristal que se desprendieran de sus nublados ojos de esmeralda.

—Claro, puede ser, señora Skinner. Jas, ¿dónde está Natty?

Tosió y se sorbió los mocos con ruido.

—En su habitación, oh, Billie, yo no… —No quería oír lo que me iba a decir. Más porfavores y más excusas, la misma cantinela yonqui de siempre. No debía sucumbir al cebo que de nuevo me tendían aquellos enormes ojos lastimeros; ya no, no en aquel momento. Necesitaba averiguar qué había ocurrido exactamente y actuar en consecuencia. Empezaba a sentir las primeras patadas del que prometía ser un terrible dolor de cabeza.

Fui a la habitación de Natty y llamé a la puerta con suavidad.

—Natty, amor, soy yo.

Abrió enseguida y me abrazó con fuerza. Estaba ardiendo y muy tenso, y tenía marcados todos los tendones del cuello, como si la cabeza se le fuera a despegar de los hombros. Olía a kilómetros al gel de ducha y al *aftershave* tan caros que tanto le gustaban y se había vestido con sus mejores galas: pantalones anchos blancos de cintura estrecha y baja y una larga y holgada camiseta blanca de aertex con agujeros amplios para sus musculosos brazos. Todo lo que llevaba —todo importado de Estados Unidos y bautizado con el nombre de algún rapero famoso— había costado una pequeña fortuna. Su gruesa cadena de oro destellaba bajo la tenue luz. Era su mejor conjunto: esperaba que su padre entrara por la puerta de un momento a otro y quería causarle la mejor impresión. Mi parte racional, más observadora e imparcial, me decía cínicamente que si su padre lo hubiera visto con aquellas pintas lo hubiera abofeteado e insultado con el mismo odio con el que había tratado a Jasmine hacía ya tantos años. Terry no se hubiera amansado con el tiempo, al contrario, a juzgar por el carácter de su madre. Me dieron arcadas pero me las tragué. Tenía que superar aquello, era vital para mí.

Los tendones de Natty me hicieron cosquillas en la cara y cuando lo aparté de mí para mirarlo noté que había estado llorando, puede que con su madre —ya había visto antes aquellas orgías emocionales; yo miraba mientras ellos dos se gritaban, sollozaban o

se consolaban—. Pero Natty no pensaba dejar que su abuelita lo viera llorando, porque no podía predecir su reacción. No se podía decir que la señora Skinner quisiera a Natty; era incapaz de amar a nadie, no iba con ella. Podían pasar meses sin que diera señales de vida; en cierta ocasión no supimos nada de ella durante unos dos años y yo ya esperaba que se hubiera ido a tomar por el culo para siempre. Pero al final siempre reaparecía con su homilía revenida acerca de que la sangre es más espesa que el agua.

No, no le importaba mucho Natty, pero le gustaba tenerlo cerca para despotricar y cagar su mierda racista: «Qué lástima que tu madre sea negra, ¿eh, Natty? Qué pena que mi hijito no encontrara una chica decente con la que casarse, ¿eh? ¿Eh? En fin, tú eres sangre de mi sangre, ¿no? Tendré que hacer un sacrificio…». Natty dejó de entrar en su juego a los trece años o así. Un día, cuando su abuela soltó una de sus perlas, Natty no le respondió, pasó de desatar su rabia infantil. Simplemente la miró, dijo «si tú lo dices» y la dejó sola, sin inmutarse. Aquel día se acabaron las aventuras de Natty. Todavía no he logrado perdonar a esa vieja bruja por haberle arrebatado la imaginación.

Lo volví a abrazar y suspiré al imaginarme las escenas que habrían montado antes de que apareciera yo. No me extrañó que hubiera llorado. Nunca le dije que me había dado cuenta. Los hombres como él nunca lloran, como es lógico.

—Billie… eh, tita Billie, menos mal que has venido. Joder, creo que me va a estallar la cabeza, de verdad. Mi abuela le revienta los huevos a cualquiera… Joder, digo, vuelve loco a cualquiera y mi madre, ¿la has visto? Hostia, qué puta mierda… Joder, no quiero soltar tacos, pero es que…

—Vale, vale, amor, no te preocupes por eso.

—Pero no quiero faltarte al respeto, es que…

—Tranquilo, Natty, mi vida, de verdad. Mira, vamos a tomarnos un té, o una cerveza, y me lo cuentas todo, ¿vale? ¿Eh, corazón?

Me volvió a estrechar entre sus brazos. Todo su fibroso y duro cuerpo estaba tiritando. Le devolví el abrazo y le acaricié la espalda para que se tranquilizara un poco. Verlo así, tan desesperado, tan nervioso, me partía el corazón.

La reducida cocina estaba tan desordenada como de costumbre. Las cortinas de cuadros amarillos, que en su día brillaron dando un toque de alegría, estaban mugrientas y deslavadas, y a las superficies de fórmica, cuyas junturas estaban saturadas de porquería, les habían salido manchas blancas. Antes me esforzaba por mantenerla limpia, pero acabé desistiendo porque Jas no pensaba seguir mi ejemplo y Natty… digamos que del mismo modo que no quería que lo vieran llorar, no podía permitirse que se corriera la voz de que limpiaba. De cuando en cuando, algún ligue de costumbres higiénicas fregaba los platos para impresionarlo, pero observé que Venus no era de ésas. Estaba todo cubierto de latas vacías de bebidas energéticas y de comida; aquellas dulces y lechosas proteínas eran todo lo que el delicado estómago de Jas podía digerir últimamente. El concepto de cocinar que tenía Natty era carbonizar algo en la sartén y luego meterlo entre dos rebanadas gordas de pan con margarina. Si yo comiera como él me pondría como un zepelín, sin embargo, él lo quemaba todo al instante, comiera lo que comiera.

Lavé dos tazas y preparé el té. No me molesté en preguntar a Jas si ella también quería porque nunca tomaba cuando se emborrachaba y a la caudilla Skinner no pensaba preguntárselo ni muerta.

Volvimos a la habitación de Natty. Me senté en el borde de su camastro y empecé a darle vueltas al té deseando meterme una sobredosis de Ibuprofeno. Natty apartó de una patada la caja de zapatos que había abierta en el suelo, de la que se había salido el papel protector, y que indicaba que acababa de estrenar zapatillas deportivas, el distintivo de los dones. Se sentó en el otro extremo de la cama con cuidado. La habitación era tan pequeña que no quedaba

espacio para colocar una silla normal. Por la ventana abierta entraban los ruidos de la urbanización suspendidos en el cargado aire: la música de una emisora de radio, niños gritando, una moto… Llegaba un leve olor a hierba recién cortada y vapores de diverso tipo que se mezclaban con el perfume de Natty. La débil luz se posaba sobre las polvorientas superficies y hacía que uno de los lados del rostro de Natty resplandeciera como el bronce líquido.

Mi parte racional se dio cuenta del detalle y quiso trasladarlo a un lienzo; hubiera creado un retrato mezclando técnicas de acrílico, impasto y quizá hasta le hubiera dado un efecto metálico al estilo Klimt… Agité la cabeza. ¿Cómo se me podía ocurrir algo así en aquel momento? Sentí que me estaban partiendo la cabeza lenta e inexorablemente en dos e incluso sentía la tirantez de la escisión, como si mi cerebro fuera una simple esponja de baño. De repente, sentí un porrazo de pánico puro en el pecho que me ordenaba que saliera corriendo, que me largara y desapareciera; podía marcharme sin más y no regresar nunca… Mucha gente lo hacía, ¿no? La gente huía y… Apreté la taza de té con las dos manos. Aquello no pintaba nada bien, debía averiguar qué había pasado de verdad porque quizá después de todo la cosa no fuera tan grave y quedara en un susto, que todo hubiera consistido en otro ataque de *droguistérica* de Jas. Miré a Natty y forcé una sonrisa.

Empezamos a hablar al mismo tiempo.

—Entonces qué…

—Crees que…

Le tendí la mano.

—Perdona, no, no, sigue.

Natty giró la cabeza poco a poco, con gran aflicción, y endureció la mandíbula.

—Yo… Yo… —Se echó hacia atrás con la mano las rastas húmedas que le colgaban por la frente.

—Sigue, cariño.

—Yo sólo… No sé. Yo… Es que no puedo dejar de darle vueltas. Él, mi padre, volviendo a casa. No dejo de pensar… que podría entrar por ahí en cualquier momento, ¿sabes? En cualquier momento.

Di un sorbo para pensar la respuesta. Me quemó la lengua, pero el pequeño pinchazo me despertó.

—Bien, lo sé, lo sé, mi vida… Pero escucha, exactamente qué… Es decir, cómo…

Natty cogió del suelo un periódico que parecía hojeado ya un centenar de veces y me lo ofreció.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —Un colega del *pub* le dio el periódico a la abuelita cuando vio el anuncio que pedía a la gente que se pusiera en contacto con ellos si tenían familiares desaparecidos. La abuelita les escribió. La llamaron y le dijeron que estaban trabajando en una historia sobre gente que se pierde porque les parece una desgracia, sabes, que ni a la madera ni al gobierno les importa una mierda toda esa gente. Sólo se preocupan si quien se pierde es una adolescente guapa rubia o el crío de una familia de ricachones hijos de puta. Así que la abuelita cogió y les mandó una foto de mi padre y les escribió que nadie se había preguntado nunca qué le habría ocurrido y que mamá es una yonqui y que yo nunca he visto a mi padre. Mira.

Leí el titular de portada, que decía «Perdidos en Gran Bretaña». Debajo venía un *collage* de fotografías de rostros de hombres, mujeres y niños de todas las edades y razas. El subtítulo decía «¿Es usted joven? ¿De clase obrera? ¿Negro? Si es usted todo eso —no se le ocurra perderse—, porque no le importará a nadie». Se añadía también un párrafo que hablaba de la corrupción y la apatía que el *Clarion* había detectado en las autoridades encargadas de encontrar a los desaparecidos y el desinterés general que había por la suerte de todos esos millares de británicos que se pierden cada año… Pero ya no. El *Clarion* hacía un llamamiento a toda la nación para buscar a los desaparecidos. Los de las fotos eran sólo una fracción mínima del total.

La borrosa fotografía en blanco y negro saltó a mi vista al instante. Era una simple y pequeña foto antigua de un joven de pelo largo y grasiento que sonreía con bellaquería y cuyo rostro alargado llamaba tanto la atención entre el mosaico de fotografías que se me quedó grabado en mi vapuleado cerebro.

Terry.

Terry…

Por el puto amor de Dios: Terry.

Noté cómo me subía el vómito por el esófago y tuve que contenerme para no vomitar allí mismo. La frente se me cubrió de gotitas de sudor y una aplastante sensación de debilidad se adueñó de mi cuerpo. Todo era cierto. Allí estaba Terry, mi némesis personal, sonriéndome desde la portada de un diario de tirada nacional.

—¿Lo ves? Es mi padre, ahí… Aquí. ¿'Tás bien? Tienes mala cara.

—¿Qué…? Oh, es que… Creo que anoche cené algo en mal estado y ahora tengo el estómago revuelto, no es nada, cariño, pero gracias. —Tuve que beber algo de té y di gracias por que su sabor reposado y amargo arrastró el ácido que ya me había llegado a la boca.

Natty asintió con la cabeza —gesto que en un muchacho como él expresa una profunda empatía por su interlocutor— y prosiguió; su voz sonaba como empujada por un torrente de adrenalina.

—De modo que tiene que verla, su foto, ¿no? Quiero decir, y si no, alguien que conozca se la enseñará, ¿vale? Es decir, no sé, aunque esté en el extranjero, sabes, por ahí hay prensa inglesa, sabes, periódicos de la hostia como éste y de todas maneras… en Amsterdam y en cualquier parte. Es lo que yo creo, yo… Yo… Oh, Billie, mi madre, mi madre, ¿qué vamos a hacer con mi madre?

Su vozarrón se redujo a un impotente gemido y cerró los ojos echándose hacia atrás las rastas con sus largos dedos.

Lo miré y suspiré. ¿Que qué íbamos a hacer con Jas? Dios sabe que me desviví por llevarla por el buen camino. Hice de todo excepto llevarla a rastras a aquella cutre clínica de desintoxicación a la que el

Sistema Nacional de Salud parecía haberse olvidado de seguir enviando fondos, aunque consideré la opción en numerosas ocasiones. Pero Jas se había convertido en una yonqui empedernida. Ya no quedaba ni rastro de su inicial deseo de limpiarse, a pesar de sus vacíos monólogos acerca de cuánto quería enderezar su vida; todo cháchara de yonqui. La droga, el mundillo, los colegas con los que se ponía hasta el culo de caballo y hasta los rituales de disculpa conformaban los pilares centrales de su patética vida; si le quitabas todo eso, la escasa personalidad que le quedaba se derrumbaría y el viento se llevaría su polvo para siempre jamás. Nunca sería una organizada madre de corazón dulce que tarareara sus canciones preferidas en su cocinita amarilla, que era en lo que Natty quería que se convirtiera. Jas tenía mono de heroína, pero Natty lo tenía de Jas. Los largos dedos tintineantes, penosos, desgarradores, huesudos y morenos de su madre, que eran tan parecidos a los suyos, se habían ensartado en su alma como ganchos de acero.

—Natty, mi vida, ahora lo más importante es mantener la calma, ¿vale? Conozco a tu madre y, bueno, tiene sus problemas, todos lo sabemos… Pero… Espera, vale, déjame terminar… Si viene, si al final regresa, sé que… Quiero decir, Natty, lo entenderá, comprenderá lo dura que ha sido la vida para ella… Para los dos… Además podría ser un inicio para sacarla de su situación de una vez por todas, ¿no te parece? ¿Me entiendes? Puede que esto sea lo que tu madre necesite para ponerse bien.

Mi boca escupía mentiras con facilidad y fluidez. Mi parte ajena lo observaba todo y asentía con satisfacción. La otra lloraba amargas lágrimas que quemaban como el ácido. Me vino a la cabeza el estribillo de una vieja canción de los Clash: «Derechos al infierno, amigos…». Oh, yo debía de estar cayendo al infierno en picado si es que en este mundo o en el otro existía la justicia.

—Sí, sí, ya lo sé. Tienes razón… Como siempre. —Natty me sonrió con tristeza haciendo que el corazón se me estremeciera de amor—. Tengo que mantener la cabeza fría, sólo eso, ¿vale? Es que,

yo, yo… Ya sabes, igual no debería decirte esto… Pero a veces odio tanto a mi padre, ¿sabes? Me vuelvo loco. No sé, ¿cómo pudo largarse sin más y abandonarnos a mi madre y a mí…? Se tendría que haber imaginado… Lo que es… Que, no sé, que mi madre no es fuerte, que no lo superaría. Igual tenía sus motivos, pero… No estuvo bien, ¿entiendes lo que te quiero decir?

—Claro, amor, lo sé. Es lógico que te sientas así, es natural. Pero, escucha, por eso es por lo que tienes que estar tranquilo, ¿eh? Si nos ponemos nerviosos no adelantaremos nada. Ya sabes cómo es tu abuela, se cebaría con nosotros si le diéramos la oportunidad.

—Oh, eso fijo. Va a venir una periodista de Londres para entrevistarla y todo. Se ha maquillado… Es como una puta pesadilla.

Se me secó la boca al instante. Bastante tenía ya con que hubieran publicado la foto de Terry entre otras veinte, pero… ¿Una periodista? ¿Para qué iba a venir una periodista a Bradford… desde Londres, nada menos… para hablar con la señora Skinner? Era absurdo.

Natty prosiguió, retorciendo los hombros para aliviar la tensión de los músculos.

—A mí me parece una estupidez. Llamaron a mi abuela y por eso está aquí, porque se lo quiere restregar a mi madre, porque se cree que ahora va a ser famosa…

—Pero Natty, no entiendo, por qué…

—Nah, es que quieren escribir algo sobre ella…, sobre nosotros. Yo qué coño sé. Esto… No sé, sí, una historia de interés humano, dijo la chica. Van a… No sé… Escribir algo acerca de cómo desapareció mi padre y lo jodió todo o algo así. Ese tipo de cosas, ya sabes. A la abuela le encantan, piensa que la van a sacar en la tele y todo. Hasta se ha hecho la manicura para la ocasión, la puta vieja…

—Natty… No. No, al fin y al cabo es tu abuela. Lo sé, lo sé… Pero así son las cosas. Tenemos que aceptar lo que nos ha tocado y…

En ese instante sonó el móvil de Natty, que se lo sacó del bolsillo, lo desplegó y contestó con la rudeza característica de los chicos de

su edad. Suspiré y le indiqué por señas que me iba a la otra habitación. Asintió con la cabeza y cuando pasé junto a él le froté las rastas. Sin dejar de hablar, me rodeó la cintura con el brazo y pegándome contra él llevó su frente hasta la mía y luego me soltó. Igual que *Gengis*, pensé, cuando quiere decirme que me quiere mucho, pero sin comprometer su machismo. Porque, claro, qué hubiera pensado el colega de Nat si éste le hubiera dicho: «Espera un segundo, tío, que tengo que darle un abrazo a mi tita, ¿pillas?».

Justo cuando salí al salón, mareada y hecha polvo, Monkey estaba entrando por la puerta como un torbellino y se tropezó conmigo. Tuve que agarrarme a los abrigos que había colgados en el pequeño recibidor para mantener el equilibrio.

—Lee… Cuidado, tigre. —Conseguí ponerme derecha mientras el pobre Monkey, que traía un paquete de tabaco en una mano y una bolsita de Campinos de fresa asomando por el bolsillo, me miró horrorizado y farfulló una disculpa ininteligible.

—Loz… Lo ciento, ceñodita… Pedo ceñodita, ceñodita, en la tienda eztán dic'endo que'l pad'e de Natty'ztá en el pediódico… En el pediódico, ceñodita y yo no… Yo lez dihe que yo zabía ná', que yo zabía ná'y elloz dihedon que Natty va'cer famozo y dihedon que Ceñoda ez una… Dihedon algo malo, ceñodita, dihedon…

Ya me imaginaba que se estarían poniendo las botas criticando a Jas, o a «Ceñoda», como la llamaba siempre Monkey.

—Vale, está bien, Lee. No te preocupes, no pasa nada, cariño. Lo del periódico es verdad, hablan de por qué se marchó el padre de Natty, ¿entiendes? No pasa nada, Lee, de verdad. ¿Sabes qué, cariño? A Natty le gustará que le lleves sus cigarrillos, ¿vale? ¿Por qué no le llevas otra cerveza, *hm*?

Cuando Monkey se metió en la cocina, la señora Skinner, con su voz de bisagras oxidadas, retomó uno de sus temas preferidos.

—¿Quién era, ese puta cucaracha? Mira que es feo el cabrón, si de mi dependiera acabaría con toda esa basura, ya lo creo que sí, los exterminaría a todos…

Entonces se oyó la frágil voz de Jas, que defendía a Monkey diciendo que era un buen muchacho y muy agradable y que él no tenía la culpa de no ser muy guapo. Siempre decía lo mismo, porque Monkey le servía como recadero —lo más probable era que también le trajera las drogas, el tabaco y la cerveza, aunque preferí no preguntárselo— y porque adoraba a su hijo. En realidad aunque Monkey fuera un cruce de Hannibal Lecter y Quasimodo, a Jas le daría igual porque para ella Monkey sólo era un fantasma, al igual que el resto de la gente que conocía. No lo hubiera notado si un día Monkey se muriera y dejara de ir al piso. Si alguien le hablara sobre su muerte, ella como mucho diría con su voz vacilante: «Oh, qué pena, pobre muchacho». Por fortuna para ella, ese disgusto no tardaría en pasarse con un buen chute de caballo, que siempre sienta tan bien y hace que todo lo malo desaparezca por arte de magia. Me froté las sienes para ver si así se me aliviaba un poco el dolor de cabeza; si en ese momento Jas me hubiera ofrecido probar su valiosa mercancía la tentación hubiera sido demasiado grande para mí. ¿Cómo era posible que hubiera llegado a ese punto, cómo podía soportar la cháchara de la señora Skinner, la Eva Braun de la urbanización, con la cabeza palpitándome de aquella manera y mi vida deshilachándose en mis narices? ¿Por qué? ¿Por qué todo aquello me había pasado a mí? La voz de la niña que todavía llevaba dentro no dejaba de gritar: «¡No es justo! ¡No es justo!».

Los despotriques de la señora Skinner me arrastraron de vuelta a la realidad de la que ya no podía escapar. Fuera justo o no, las cosas habían salido así y debía enfrentarme con aquello en lo que la puta vieja nos había metido.

—… bueno, puede, Jasmine, pero para qué sirven los retrasados como ése, me gustaría saberlo. A ver, no quiera Dios que engendre a otro subnormal más, ya se gasta bastante dinero el gobierno en mantener vivos a esos bichos y…

—Lee no es subnormal, señora Skinner, tiene problemas, como todo el mundo. —Intenté no sonar cabreada porque necesitaba

saber qué había hecho, en lugar de darle pie a iniciar otra de sus famosas diatribas.

Alzó la cabeza al instante, haciendo que le bailara la papada.

—¿Problemas? ¿Problemas? Ya me imagino que la gente como tú se juntará con atontados como ése. Puta gente de bien. No me extraña que'l país se haya ido a tomar po'l culo…

La interrumpí antes de que siguiera calentándose.

—Bueno, podemos estar más o menos de acuerdo, ¿no le parece, señora Skinner? Pero lo del periódico, es sorprendente, no sé, demuestra lo decidida que está usted a encontrar a Terry, ¿verdad? Incluso van a enviar a una periodista para hablar con usted… Es fantástico, ¿no?

Se me empezó a cuajar la saliva en la boca de tanto untar a la bruja, algo que me hizo sentirme rebajada, que hirió mi desmesurado orgullo, principal culpable de que me encontrara en semejante situación. Todo cuanto en su día sentí hacia el gilipollas de su hijo lo sentía también por ella. Por un momento regresé a los buenos tiempos, cuando yo era alguien y una mamarracha como Pauline Skinner hubiera sufrido el fuego de mi desprecio. Me vino a la memoria el rostro de Carl; ¿cómo conseguiría controlar su genio cuando algún imbécil como Terry le tocaba los cojones? Intenté mantener la calma como él, templarme… La señora Skinner sólo era el medio para llegar al fin, nada más. No había nada personal. Forcé un gesto de interés empático.

Funcionó. Su mala leche sucumbió ante su propia vanidad.

—¿Estás de acuerdo en que…? Oh, desde luego. Bueno, me atrevería a decir… Pero tienes razón con lo del periódico. En cuanto empecé a leer el artículo pensé: *¡venga!*, y les escribí y les mandé la foto de mi hijito. Como dijo la periodista, «el amor de una madre, señora Skinner, es lo más grande del mundo»…

—¿Y entonces va a venir para hablar con usted en persona? ¿Desde Londres? Bueno, pues sí que ha funcionado, no sé, ¿no le parece? Entonces, ¿cuándo viene?

La señora Skinner sonrió con satisfacción e hizo ademán de hablar cuando Jas, que parecía estar durmiendo en el sofá, empezó a decir entre delirios somnolientos:

—Yo lo quería. Yo quería a mi Terry. No'é po'qué nos dejó, a mí y a Natty… Cuando venga la chica se lo contaré, sí, le diré cuánto lo quería y que lo siento, que siento haberle hecho algo malo a mi Terry…

Las mejillas de la señora Skinner se encendieron y temblaron de rabia y frunció los labios como si le hubieran echado el lazo al cuello.

—Tú te callarás la puta boca, yonqui de los cojones… Mírate. Eres la puta desgracia de la familia… Joder, no me extraña que mi hijito se esfumara, no se iba a quedar encadenado a una jodida yoncarra negra de mierd…

—Ya basta, señora Skinner. Quiero decir, no estaría bien discutir delante de la periodista, ¿verdad? No mostrarán mucho interés si observan que la familia no permanece unida, porque, bueno, ya sabe que a esa gente le gusta que todo vaya bien. Y la verdad, como eso que usted ha hecho es algo admirable, ¿verdad?, no querrá estropearlo ahora. No sé, es sólo mi opinión, claro, yo no formo parte de esta familia, pero sí que me considero una amiga de la misma, no sé si me explico.

Se le bajaron un poco los humos, aplacada al imaginarse en los periódicos dando una imagen de madre martirizada que lucha hasta la muerte y más allá en busca de su hijo perdido, de robusto pilar en que se apoya la frágil mujer de aquél y de abuelita que babea por su hermoso nieto. No me extrañaba que Terry fuera tan taimado; no se podía decir que se caracterizaran por una desmesurada capacidad intelectual, pero vive Dios que andaban bien despiertos cuando se trataba de aprovechar una oportunidad.

—Bueno, no puedo negar que a lo largo de todos estos años nos has ayudado como has podido, haciendo de niñera y eso. Al parecer viene mañana, la chica ésa. Le dije que era domingo pero dice que no le importa porque da igual cuando es algo tan importante.

Sonrió toda orgullosa, la gran Montaña Basura. Nos lo restregaría mientras viviera. Me pregunté si la pobre periodista se imaginaría dónde se estaba metiendo.

Siguió hablando como una manguera de cisterna de tractor que se negara a quedarse para sí las últimas eyaculaciones de estiércol después de haber abonado un campo entero.

—Se llama Sophie, Sophie James. Por teléfono me pareció muy elegante, no sé, muy educada. Dice que llegará al fondo del asunto, ya sabes, que averiguará qué fue de mi Terry. Parecía muy preocupada. Dice que se quedará un par de días, hasta que ponga las cosas en orden. Imagino que querrá hablar contigo, porque eras amiga de mi Terry y os veíais por ahí pero en general viene para verme sólo a mí. Es natural, claro, porque yo soy su madre. Se quedará en el Great Northern… Oh, sí, es de lo mejorcito… Le ofrecí quedarse conmigo, pero dijo que es a gastos pagados; en fin, ya sabes cómo son estos londinenses…

Siguió con sus tonterías, pero yo ya no la escuchaba. Lo más importante era que no cundiera el pánico. Bien, no era la situación más cómoda para mí, pero tampoco estaba tan pillada como parecía. Después de todo, pensé con gravedad mientras veía pontificar a la señora Skinner, que balanceaba una botella de cubalibre con una mano y sostenía un pitillo entre los dedazos de la otra, Terry no iba a entrar por la puerta en el momento menos pensado gritando: «¡Sorpresa! ¿Me habéis echado mucho de menos?». Lo único que la chica del diario iba a averiguar era que Terry era un mamón que no le caía bien a nadie y al que nadie, excepto su repugnante madre y la infeliz de Jas, echó en falta nunca. Y Natty, claro; Natty era el que se había llevado la peor parte, como os podréis imaginar, pero yo no podía hacer nada al respecto, no tenía sentido llorar por algo irreparable. Aceptaría las consecuencias. Ahora lo importante era aclarar lo del periódico.

Leí el artículo del *Clarion* varias veces. No parecía un diario mucho mejor que el *Mailo* el *Sun*. En cualquier caso la sección de

reseñas era bastante amplia y me pude poner al día en arte.

En general se metían con la gente «de provincias» y en el suplemento dominical incluían fotos burlonas y ridiculizantes de crías que se habían emborrachado durante una noche de fiesta por Newcastle. No obstante, cuando el sentimiento de culpa les pesaba demasiado, incluían artículos sobre la «gente real». Personas con determinación, auténticas, luchadoras, ya sabéis, ese tipo de cosas. La cosa consistía en eso, en recuperar un puñado de lectores durante la temporada estival. Un día daban la voz de alarma y al siguiente, cuando surgía algo más jugoso, se olvidaban. No había ningún motivo para tener miedo. Ni uno solo.

—…de todos modos, así que no puedo perder más tiempo aquí; Bobby querrá tomarse ya su té y al contrario que algunas, yo sí que cuido de mi familia.

La señora Skinner tiró sobre la alfombra el tembloroso gusano de ceniza en que se había convertido su pitillo y le dio una patada a la botella que había vaciado al erigirse sobre sus zapatos de tacón de aguja. Se ajustó los pantalones de velvetón azul claro de cintura baja y la chaquetilla ajustada de cremallera con capucha que llevaba a juego, cuyo cuello de pico dejaba a la vista el prominente escote de sus dos curtidos torpedos rojizos, y me apuñaló con la brumosa mirada de sus amarillentos ojos perrunos. Mi exceso de lógica, como siempre, me hizo sentir cierta lástima por el pobre iluso de Bobby, su pareja. Era un enano paliducho y marchito de pelo grasiento y gafas de culo de botella siempre empañadas que se encargaba de todas las labores de la casa y veneraba a «La Skinner», de quien parecía pensar que era la Marilyn Monroe de Bradford.

—Pues me voy, aquí te quedas. —Señaló asqueada con la cabeza a Jas, que dormitaba con la boca abierta en el sofá—. Dile adiosito a mi nieto por mí… Esta vaga de mierda. Oh, no te preocupes que aquí va'haber muchos cambios cuando vuelva m'hijito.

Dicho esto, salió pisando fuerte y cerró de un portazo. Jas se revolvió al oír el ruido. Le temblaron los párpados con pesadez

dejando ver que tenía los ojos en blanco pero, en lugar de despertarse, se volvió a dejar caer en su mundo onírico. Me senté en la silla de eje de plástico de la cocina, junto a la tele, y hundí la cara entre las manos. Estaba molida y la cabeza quería explotarme. Tras un rato con la mente en blanco, me levanté y me arreglé un poco. Ya no pintaba nada allí; lo mejor que podía hacer era volver a casa, inflarme a analgésicos y acostarme pronto. Así por lo menos al día siguiente me levantaría descansada. Todo sería distinto por la mañana; como solía decir papá: «Vierte siempre un poco de luz del día, ése es el secreto, querida mía».

Después de gritarle adiós a Natty, que todavía estaba al teléfono, y de bajar las escaleras con la esperanza de que mi coche siguiera donde lo había dejado, y a ser posible intacto, sentí aquel familiar mordisco de desesperación que siempre me desgarraba el alma. El Perro Negro me rondaba de nuevo; desapareciste, papá, ¿verdad? Sólo que nadie se preguntó qué te habría pasado. No te buscó ningún periodista ni nadie rellenó ni un solo documento en la Oficina de Personas Desaparecidas. Te desvaneciste sin más, oscuro y escurridizo como un pez negro que se escapara con la corriente hacia las profundidades de un milenario lago de montaña cuyas revueltas aguas turbias se cerraran sobre ti ocultándote de la vista de todos.

Mi vida era un tapiz compuesto de retales de desaparecidos, de muertos y de supervivientes desesperanzados. Arriba y abajo correteaba la aguja, blanca como el hueso, arrastrando tras de sí nuestras hebras, nos gustara o no. Y el tapiz crecía y crecía, generación tras generación…

Quería volver a mi casa, acariciar a mis gatos, contemplar mis cuadros y acostarme en mi cama.

Se acabó; ya no quería ver a nadie más hasta el día siguiente. Todo sería distinto por la mañana, todo saldría bien.

21

—VOLVERÉ pronto, tengo que ir a trabajar; escucha, no hables con ningún jodido periodista si no quieres, ¿me oyes? No es tu responsabilidad. En cuanto pueden se te tiran a la yugular… Sí, sí, lo sé, y ya sabes lo que pienso al respecto. Sí, que sí… Bien, tienes que hacer lo que creas conveniente, pero… Ante todo ándate con mucho ojo, ¿vale? ¿Vale? Oye, tengo que irme… Luego me paso y vemos una peli o algo, ¿eh?

—Sí, vale, estaría bien… —Pero Johnjo ya había colgado. El amortiguado zumbido de su móvil de oferta se apagó del todo. Aun así, me había reconfortado oír su voz precisa, aunque hubiera sido sólo durante unos minutos escasos. El domingo había sido un día de perros. La periodista no apareció. Llamó a la señora Skinner para disculparse y dejar la entrevista para el lunes. Al parecer no había conseguido que la acompañara ningún reportero gráfico. La cólera de la señora Skinner ante semejante «falta de respeto» se aplacó cuando la chica le dijo lo del fotógrafo, algo en lo que no había caído. Si iba a ir un fotógrafo, entonces era que le iban a hacer fotos. Se pasó el día revolviendo entre sus toneladas de ropa de mercadillo a la caza de «algo apropiado» que ponerse y Jas se esforzó cuanto pudo por «ordenar» un poco el piso. Natty y Monkey se evaporaron como agua vertida sobre una sartén al rojo vivo en cuanto la periodista llamó para posponer la cita. En circunstancias normales no le hubiera dado importancia, pero aquella vez me preocupé. Natty estaba muy nervioso y tenso; no quería que saliera a desahogarse por ahí y acabara en el calabozo. Al menos no le gustaba el *crack*; lo sabía porque me lo repetía a menudo y sus

colegas, la élite de la urbanización, decían que era «la droga de los perdedores». Qué alivio.

Me pasé el día ayudando a Jas e intentando ignorar su creciente y obvio deseo de «tomar algo para los nervios». Ya a la hora del té, el piso apestaba a lejía y Jas tiritaba como una hoja azotada por el viento. Le saqué la ropa que a mí me parecía apropiada para ponerse al día siguiente y me marché. Cuando salí por la puerta vi que estaba al teléfono. Yo no podía hacer nada al respecto. Oh, sé que algunos pensarán que debería haberme quedado para que no se siguiera metiendo y ayudarla a pasar el mono. Es lo que opinan algunos idiotas, aunque cueste creerlo. He hablado con gente que piensa que para superar una adicción añeja a la heroína sólo hay que echarle un poco de voluntad y pasar una noche como si tuvieras gripe. Se imaginan que al día siguiente te levantas rebosante de energía y entusiasmo y cantando «Ya llegó la primavera» como si fueras Doris Day y que no tienes el menor problema para reintegrarte en una sociedad que se preocupa por ti, te quiere y te perdona. Lo creen a pies juntillas. Antes me sacaba de quicio, pero ahora me parece que necesitan pensar así porque están aterrados; prefieren vivir en un mundo de color de rosa porque la vida real es demasiado desesperante. Y eso sí que es verdad, porque la vida es una mierda. Por tanto ya no me como más la cabeza, no merece la pena.

El domingo por la tarde el tiempo transcurrió con desidia, la verdad. Recuerdo que me hice un sándwich de huevo y que después me eché en el sofá con *Cairo*, que se arrellanó sobre mi pecho, y *Gengis*, que se dejó caer sobre mis piernas, y deseé que *Cairo* no babeara tanto, pero el veterinario le había tenido que extraer los dientes a la pobre bruja. Recuerdo que estaban poniendo una extraña peli de vaqueros en Canal Cinco en la que salía Will Smith y luego… Nada. Me desperté a medianoche y me arrastré hasta la cama; mi dolorido cuello crujía como si estuviera hecho de endeble

celofán. El despertador, heraldo de la perdición, sonó a las siete en punto.

Llamé a Johnjo de camino a la ciudad, bajo aquel bochorno aplastante, sólo para tranquilizarme con la sensatez de sus palabras. La humedad era asfixiante; podía soportar el calor pero la humedad ya era otra cosa. Ya se me había pegado al cuerpo la camiseta limpia y mi pelo, que me lo acababa de lavar, parecía una fregona vieja.

Cuando llegué a la carretera de Leeds, las que Leckie llamaba «las chicas de la carretera de Leeds» andaban paseando a sus bebés en sus sillitas, con un cigarrillo asomando entre sus garras; se alejaban calle abajo, luciendo sus chinos tobilleros, sus tops mínimos y su deslumbrante piel lechosa veteada de quemaduras veraniegas. ¿Cómo podían fumar con aquel calor? ¿Y por qué no les habían puesto un gorro a los bebés? ¿Por qué los habían envuelto en vaqueros infantiles y rebequitas de lana? Cuando pasé por delante de la tienda de rebajas de motoristas vi a un niño pequeño —no tendría más de tres años— que corría hacia uno de los callejones traseros que se apartaban de la carretera y que iba vestido sólo con una camiseta sucia y un casco integral de motorista de adulto, lamiendo un polo por la apertura. Joder, Bradford en verano, ni en mis peores pesadillas.

Aun así, cuando alcancé la cima de la pendiente y miré a la colina del otro lado del valle, me atrapó mi antiguo deseo de bajar hasta la orilla del mar; aquel paisaje de extrañeza, de cosas ocultas, de los rompecabezas de laberintos de cajas de piedra tallada que hacían de Bradford un lugar tan peculiar. Cuántas veces había oído a los visitantes exclamar «Oh, si parece… Es como si estuviéramos en la costa, qué gracioso». Sí, gracioso. Ojalá fuera verdad, ojalá hubiera mar aquí… Oh, qué no haría yo durante una semana entera en la playa. En lo alto de las lomas alfombradas de brezos, al otro lado del cuenco de la ciudad, los molinos de viento se erigían como estatuarios centinelas que con sus hélices lucharan contra el plomizo calor, bajo un calinoso cielo añil. Cuánto eché de menos los famosos

abanicos que tenía Leckie en la tienda y el fresco y dulce olor de la cera para la madera y de los lirios, que por desgracia solía ir acompañado del de las varillas de incienso.

A pesar del susto que me llevé al oír el despertador, me había levantado con buen pie. Mientras más vueltas le daba, menos me preocupaba. De acuerdo, al principio sería un poco desagradable, pero me había visto en otras peores. A pesar de que el tema estuviera en los periódicos no cambiaría nada… ¿Qué iba a pasar? Ya me había ocupado de eso. Era un trago molesto, pero después, bueno, todo volvería a la normalidad.

Además se me había ocurrido algo mientras me duchaba. Aquello era un punto de inflexión. Cierto, había hecho algo execrable, horrible. Pero, en cierto modo, ya había cumplido mi condena; si me hubieran metido en la cárcel, ya hacía años que habría salido y sería una mujer libre. Puede que si Terry no hubiera… Si yo no lo hubiera… Quizá hubiera acabado abandonando a Jas de todas maneras, era de ésos. No era una excusa, era la verdad. De acuerdo, no podía demostrarlo, aun así era lo más probable. Yo ya había pagado, y con creces, lo que había hecho, y ya era hora de enterrar el asunto de una vez por todas. Sólo tenía una vida, lo que estaba viviendo no era un simple bosquejo de un cuadro más grande ni más colorido, era lo que era. Al igual que en la escritura japonesa, sólo tenías una oportunidad para alcanzar la perfección.

Cuando pasara el vendaval tendría que hacer algunos cambios. Metería a alguien para que llevara la tienda y me tomaría unas largas vacaciones, no sé, pillaría uno de esos billetes para recorrer el mundo entero. La tontería del periódico quedaría en algo…, sería una especie de… ¿Cómo lo llamaba Leckie? Ah, sí, sería un acto de clausura. Era hora de pasar página. Hacía años que había perdido la esperanza de salvar a Jas; era duro, jodido de verdad, pero debía afrontar la realidad. Quería a Natty, pero ya era un hombre, no podía aferrarme a él y anclarme de por vida en el papel de tita solterona y

melancólica. Siempre estaría ahí para echarle una mano, por supuesto, pero también tenía que pensar en mí misma, debía vivir.

Leckie ya estaba al tanto cuando llegué. Se quedó boquiabierta cuando le dije que iba a venir una periodista para hablar con la señora Skinner, Jas y Natty. Y luego terminó de volverse loca cuando le conté que la cita se había pospuesto y al final habían quedado para hoy. Leckie quería estar allí para no perderse ripio; qué cosas, ella se moría por ir y yo todo lo contrario. Intenté quitarle importancia al asunto pero Leckie tenía un olfato para los cuchicheos demasiado desarrollado, así que tuve que contarle con todo detalle la vomitiva reacción de la señora Skinner cuando se enteró de que venía también un fotógrafo y cómo visitó tres veces el mercadillo en busca de nuevos ropajes. Leckie lo escuchó todo boquiabierta, con los ojos como platos. Cuando se le pasó un poco la conmoción, le comenté que estaba pensando en tomarme un prolongado descanso en cuanto pasara todo. Para mi sorpresa, se le cristalizaron los ojos y salió del mostrador para abrazarme. En cuanto se recuperó fue al Starbucks a por unos revitalizadores cafés; también aprovechó el paseo para pillarme un taco de folletos de viajes. Me interesaba Hawái, aunque claro, a quién no.

En cualquier caso, pensar en pirarme de vacaciones me ayudaba a relajarme, aunque el hecho de que Natty me llamara casi cada hora para ir radiándome la entrevista no me permitía evadirme del todo de la realidad. Me hablaba entre otras cosas del tipo encargado de sacar las fotos, de la chica que estaba hablando con su abuela o de lo espantosa que estaba ésta; asimismo, me preguntaba qué debía decirle a la periodista y me detallaba cada nimiedad. Cómo deseé que los móviles sólo existieran en las pelis de *Star Trek* Hice cuanto pude para que se calmara pero era imposible si, tal como se oía de fondo, la señora Skinner no dejaba de gritar a Monkey y Jas no dejaba de lloriquear. Tuve que respirar hondo y calmarme para no dejar caer el teléfono y salir corriendo para allá. Pero de nada hubiera servido mi presencia allí, yo sólo era una amiga de la familia.

Debía mantener la cabeza fría y no parecer demasiado interesada o entrometida o… sospechosa. Tenía que comportarme con sensatez, mostrarme preocupada, aunque solamente lo justo. ¿Alguna vez habéis intentado parecer normales? Es lo más difícil del mundo y mientras más te esfuerzas, peor te sale. Decidí que la única manera de superar la prueba era concentrarme en otra cosa, en este caso en la tienda, de manera que recorrí todo el local recolocando las estanterías y sacando el nuevo material.

Después de almorzar estuvimos bastante ajetreadas. Trabajamos sin parar y conseguí distraerme; al parecer el ámbar verde se había puesto de moda. Estaba lamentando mi incapacidad para encontrar turquesas decentes y escribiendo la lista de artículos para reponer, cuando el timbre tintineó anunciando al hombre que estaba entrando.

—Leckie, cariño, atiende al caballero, tengo que llamar a Bettlestein's por lo de las cadenas de plata…

—Billie… —dijo el hombre. Su voz me sonaba… Me resultaba más que familiar.

De repente el mundo se redujo a la puerta de la entrada de la tienda, enmarcada por un hilo solar, a la enorme silueta que se había quedado inmóvil en medio de la bruma destellante. Tuve que poner ojos de topo. Noté cómo mi voz iba emergiendo de mis entrañas y se me erizaba el vello de la nuca.

—¿Micky? ¿Micky? ¿Eres tú?

Dio un paso adelante para que pudiera verlo mejor. No era Micky, sino su padre. Oh… Me había confundido… Oh, Dios mío, sí que era Micky. Sentí como si tuviera un pajarillo atrapado en el corazón y revoloteara desesperado por salir. Se me hizo un nudo asfixiante en la garganta. Dios, pensé, es… Dios, está tan viejo. Me quedé mirándolo boquiabierta, recorriendo su rostro en busca de mi dulce ángel, del joven que tan desesperadamente amé. Pero sólo encontré a un hombre cuyo rostro era un mapa de amargura y cautela, cuyos apagados ojos acianos estaban escarchados de sospecha. Se le

habían hundido sus fornidos hombros y su barriga cervecera abombaba su camiseta barata. Su melena castaña, una vez brillante, todavía era espesa; sin embargo, había sido suplantada por un práctico corte de pelo, y había perdido su lustre y suavidad. Unas profundas arrugas surcaban su rostro desde las aletas de la nariz hasta las comisuras de los labios.

De soslayo podía ver a Leckie mirándonos boquiabierta: ¿sería aquel estropeado hombre de mediana edad el apuesto proscrito del que tanto le había hablado? Le hice una señal con la mano y enseguida se puso a ordenar con ostentación los estantes de las tarjetas.

Me aclaré la garganta, que se me había quedado como el estropajo.

—Eh… Qué sorpresa…

Micky gruñó.

—Tu madre me dijo dónde encontrarte. Quiero hablar contigo. A solas.

—Sí… Sí, claro. Vamos a la oficina.

Cuando lo miré desde detrás de mi desordenado escritorio me dio la sensación de que llenaba todo el despacho. Le hice un gesto para que se sentara. No me miró a los ojos en ningún momento. Como en los viejos tiempos. Nos quedamos allí, en silencio. Tenía la mandíbula echada hacia delante, como hacía siempre que se ponía tenso y con sus magullados dedos enrojecidos tiraba de las costuras de sus vaqueros anchos baratos, igual que hacía cada vez que algo lo ponía nervioso y… Oh, adonde había ido mi amor, dónde entre toda aquella carne envejecida estaba enterrado mi entrañable marido, mi…

De repente supe por qué había venido. Lo gritaba con cada poro de su piel. Con la misma perspicacia, conociéndolo y viendo las señales, me aterró la idea de que empezara a contarlo todo y Leckie lo oyera.

—Micky… Er, bien. ¿Te apetece un café? Un vaso de ag…

Hizo el mismo gesto de rechazo con la mano que solía hacer antes. Podía sentir que yo le daba asco. No sé si os habrá ocurrido a vosotros alguna vez, pero, creedme, te sientes como la mierda. Me hizo sentir, no sé, diminuta, débil… Tuve que buscar apoyo en el filo de la mesa.

—Ya sabes por qué he venido —dijo, como si le costara un esfuerzo titánico articular las palabras—. Lo he visto en el periódico, lo tenía un compañero del trabajo, un estudiante… Vi la foto de… él. Yo…

Debía empezar a controlar la situación. Y rápido.

—Sí… Sí. Lo sé. Micky…

—No me llames así. Ya nadie me llama así. Ahora soy Michael.

—Ah… Lo siento. Muy bien, Michael, mira, éste no es el lugar más apropiado para hablar de esto. ¿Entiendes? Aquí no.

Hizo una mueca de incomodidad. Me pregunté si le dolería alguna parte del cuerpo.

—Mick… Er, ¿te encuentras bien? Pareces…

Volvió a hacer la misma mueca.

—Me hice daño en la espalda en el trabajo, levantando algo. No es nada, nada de lo que tú tengas que preocuparte. Me he metido demasiados kilómetros, nada más. Escucha, no me vas a dar largas, tengo una familia, hijos, no pienso…

—No quiero darte largas, pero… Aquí no, ¿vale? — Empecé a urdirlo todo frenéticamente. Después de trabajar tenía que pasarme por casa de Jas, que, por supuesto, estaría colocada, pero, joder, aquello era más urgente. Micky, perdón, Michael, podía tirar de la manta si se le cruzaban los cables. Como siempre, yo tendría que hacer lo mejor para ambos, a pesar de él. Volví a sentirme cansada y agotada. Me dolía la cabeza ya de tanto pensar. Cerré los ojos durante una fracción de segundo y espiré el aire que me acababa de dar cuenta que estaba reteniendo desde hacía un buen rato—. Mmm… Lo mejor es que vayas a mi casa esta tarde, cuando salga de

trabajar, no sé… A las seis y media. Mira, te anoto aquí la dirección. Es junto a la iglesia.

Cogió el trozo de papel y lo leyó.

—Estoy en casa de mi madre. Está enferma. Es lo que le he dicho a los amigos. Más te vale decir lo mismo.

Se dio media vuelta, lentamente, y salió de la tienda. No miró atrás.

Me dejé hundir en la silla. Me sentía como si me hubieran estrujado el cerebro para vaciármelo, como una esponja. Me quedé paralizada dentro de una burbuja de nada; sólo era consciente del latido que me aporreaba el pecho y de mi respiración agitada. Tuve la sensación de que si quería que todo terminara, que mi sangre dejara de fluir, que mis pulmones dejaran de respirar, sólo tenía que irme: ya no más, se acabó. Sólo tenía que…

—¡Cielo santo, Billie!, ¿estás bien? ¿Ése era…? ¿Quién era ése? ¡Cuéntamelo todo ya! ¿Qué quería? ¿Qué le has dicho? Me refiero… ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que…?

La burbuja se reventó y el mundo fue renaciendo poco a poco, como si alguien estuviera sintonizándolo en la radio. En ese momento sonó mi móvil y entró alguien a la tienda. Leckie me indicó por señas que ya atendía ella y desplegué el teléfono.

—Diga —contesté con voz templada.

—Oh, hola. *Hmm*, soy Sophie James, señora Morgan, no me conoce y siento mucho molestarla. Nathan me ha facilitado su teléfono. Espero que no le importe que la haya llamado, pero estoy haciendo…

—Sí, usted es la periodista. Del *Clarion*.

—Eh, sí, así es. Por supuesto ya estará al tanto de todo. Lo siento. Bien, verá, Jasmine me ha comentado que usted representa un importante pilar para la familia…

—Bueno, yo no diría tanto, sólo soy una amiga. —Me sorprendió lo increíblemente inalterada que sonaba mi voz. Me asombré de mí misma.

—Oh, nada de eso… ¡Jasmine la considera el ángel de la guardia de la familia! La tienen en gran estima. Me preguntaba si sería posible que nos viéramos. Podríamos charlar un rato. Su perspectiva sería de gran valor, en serio, quiero decir, nadie conoce la situación tan bien como usted y…

—Lo siento, yo no…

—Por favor, señora Morgan, usted sería de gran ayuda, se lo digo en serio. Me he pasado el día hablando con la… señora Skinner y parece convencida de que todo es una cuestión de juego sucio y me preguntaba lo que usted, como, er, amiga de la familia, pensaría, porque…

¿Juego sucio? ¿De qué coño hablaba? Tosí espasmódicamente mientras se me iban desinflando los pulmones y unas frías gotas de sudor me acariciaban la columna.

—¿Señora Morgan? ¿Está bien?

juegosuciojuegosuciojuegosuciojuegosuciojuegosuciojuegosucio

—Sí, sí, disculpe… Se me ha ido el té por mal sitio. Es que, *erm*. Por cierto, no es señora, es señorita. Estoy divorciada. Morgan es mi apellido. Llámeme Billie, como todos… — Estaba farfullando. Hube de hacer un esfuerzo titánico para volver en mí.

juegosuciojuegosuciojuegosuciojuegosuciojuegosuciojuegosucio

—Oh, claro… Billie. Entonces sería posible…

Me dolía la mandíbula de tanto apretarla para no mandarla a tomar por el culo; tenía que medir mis palabras. Si me negaba a quedar con ella podría parecer extraño, porque todo el mundo parecía deseoso de expresar su visión del asunto. Era la época de la fama fácil; nadie en su sano juicio se negaría a aparecer en un periódico. Al menos, si nos veíamos, averiguaría todo lo que le habían contado hasta ahora sobre mi relación con la historia.

juegosuciojuegosuciojuegosuciojuegosucio… ¡Basta! Basta ya. Concéntrate.

—Mmm… Bien, lo mejor será que venga a mi casa, digamos a las… —Me devané los sesos pensando en una hora adecuada; Micky

no se quedaría mucho tiempo, viendo la repulsión que sentía por mí ahora —*vete ya, desaparece, dolor de los cojones, ahora no, no pienses ahora en eso*—, si pasaba media hora con esta chica luego podría ir corriendo a casa de Jas para ver si estaban bien y…— ¿Sobre las siete y media?

—Oh, sería estupendo, muchas gracias.

Le dije la dirección y colgué.

Oí unos golpecitos; no me había dado cuenta de que estaba tamborileando convulsivamente con las uñas sobre la agrietada fórmica del escritorio. Me costó Dios y ayuda estirar y juntar los dedos y pegar la palma a la mesa. Entonces me sentí invadida por un torrente de paz; fue una sensación antinatural, como una especie de muerte. Tuve la sensación de que si le echaba mi aliento a la planta que decoraba el escritorio, ésta se marchitaría. La idea me hizo sonreír.

Lo peor de todo, lo que más me asqueaba y espantaba, era que sabría manejar la situación mejor que nadie. Precisamente yo. Me pregunté qué significaba la fría y leve sonrisa que todavía retorcía mis labios adormecidos. ¿En qué me convertía?

22

—MIRA, tú vete ya, cariño. Ya cierro yo, no te preocupes. Billie, vete, te has quedado de piedra cuando le has visto… así. Y toda esta historia del periódico. ¡Por el amor de Dios! ¡Todavía no me puedo creer que vayas a hablar con la periodista ésa! Pero ándate con mucho ojo, no te digo más. Los periodistas siempre van a por ti, ya sabes, te hacen pensar que has dicho cosas que no has dicho. Son como chacales, los de la prensa, no se puede confiar en ellos.

Leckie asintió con sapiencia y frunció los labios, que se los había pintado con lápiz rosa de MAC. Tenía aquella expresión de «yo sé lo que me digo», como cuando hablaba de ordenadores y de chismes de famosos, temas de los que en realidad sabía lo mismo que el resto de la plebe. Sin embargo tenía la necesidad de que los demás creyeran que era una persona de lo más experimentada y yo me divertía dejando que se hiciera ilusiones. Para mí su inocencia era como un tesoro. De hecho, aun hoy lo es, Lecks, si estás leyendo esto, si has llegado hasta aquí en lugar de haber quemado estas páginas asqueada por lo que en realidad soy. Eres un tesoro para mí, cariño. Aprecio muchísimo tu belleza, tu inteligencia, tu descomunal corazón y, sí, también tu ingenuidad. Hacen de ti una persona encantadora, son tu don, un tótem que te protege de la oscuridad, que te mantiene inmaculada.

Inmaculada es lo que yo quería ser, más que ninguna otra cosa en la vida. La infecta mancilla de lamentaciones iba cubriendo todo mi ser como si de tinta derramada sobre un papel secante se tratara. Me arrepentí de todo. Hubiera vendido mi alma sin pensármelo dos veces si así hubiera podido recuperar mi vida, comenzar de cero,

arrancar las páginas antiguas, sacar punta a mis lápices y escribir el cuento otra vez… Sólo esta vez, por favor.

Cuando volví a casa olía a gato y a cerrado, de modo que lo primero que hice fue abrir las ventanas y tirar el ramo de flores del jardín, que ya se habían secado. Saqué la aspiradora para ver si era cierto lo que decía el anuncio y me puse a recoger los pelos de los gatos, sobre todo los del *Gengis*, al que le encantaba restregarse en la alfombrilla y en su lado favorito del sofá. Desperdicié media hora aspirando y limpiando, después desistí y me di una ducha. Me quedé bajo el cálido chorro de agua tanto como pude y me embadurné entera con jabón de té, cuyo intenso olor acre me relajaba más que el de falsa fruta o el de flores químicas al ducharme tras una tarde tórrida.

Me puse unos pantalones cortos de algodón y una camiseta limpia y salí haciendo ruido con mis chanclas al jardín con un vaso de zumo de arándano y me senté en el banco de azulejos a mirar el espeso cielo dorado; ¿eran imaginaciones mías o el otoño empezaba a asomar la patita? Era esa época en que una estación toma el relevo de la otra. No es algo evidente; sin embargo, se puede palpar en la luz…

Los pensamientos emergían en mi mente al azar. Intenté meditar, como me aconsejaba Leckie, concentrarme en los sonidos de mi alrededor y situarme en el aquí y ahora. Podía oír los pájaros que piaban en los árboles, un cortacésped, niños riendo, música de fondo, clásica, la señora Leach llamando a su indomable terrier, D'Arcy, como si fuera una figurante de una adaptación televisiva de Jane Austen, y la perrita olisqueando y correteando por el cementerio del otro lado del muro. Intenté concentrarme en todo eso y olvidarme de lo demás, pero fui incapaz.

Me venían ideas frívolas a la cabeza, daban vueltas y vueltas y luego desaparecían. ¿Qué hacer de cena? ¿Debería podar las rosas? Hacer la colada. Limpiar las ventanas. De repente caí en algo terrible: ¿le habría parecido a Micky tan vieja como estropeado me

había parecido él a mí? ¿Me verían todos igual de mayor? ¿Ya no me quedaba ni pizca de, no sé, atractivo? ¿Me había convertido en esa clase de mujer de mediana edad, invisible y asexuada, en la que ningún hombre en sus cabales se fijaría por la calle? ¿Era esa suerte de criatura de la que los jóvenes cómicos se burlaban en la tele? Me entró el pánico; era estúpido, pero no podía evitarlo. A pesar de la mierda en que estaba hundida, en ese momento me pareció de vital importancia el hecho de que nunca volvería a tontear con nadie sin que pensaran que era la típica vacaburra desesperada por pillar, de que los obreros ya no volverían a silbarme al verme pasar, de que jamás volvería a despertar el deseo en ningún hombre… Nunca más. Intenté pensar con lógica; ¿y el amigo de Leckie, Tom? Parecía muy simpático. Aunque, ¿y si sólo pretendía parecer educado y sociable y yo me había pensado lo que no era? Sería espantoso, pero cómo saberlo si no lo intentaba y si yo daba el primer paso, ¿qué haría si se reía de mí? y me decía: «Lo siento, eres demasiado mayor para mí, esto… Quiero decir, ¡es que mi última novia tenía dieciocho! Sólo me estaba haciendo el amable porque Leckie me había pedido que te hiciera ese favor…».

Me hundiría, me moriría y… Qué sé yo lo que haría. Sentía como si el corazón se me hubiera puesto a corretear por el pecho, enloquecido, en busca de un lugar donde esconderse de una trivialidad tan vergonzante. Oh, Dios, oh, Dios… Estaba tan sola. Sólo tenía a Johnjo, pero gran parte de lo que sentía por él era mero cariño. ¿Sería yo para él solamente su esposa de banquillo? Oh, era todo tan injusto, todo se había ido a la mierda… Porque yo lo había tirado. Y ahora ya era demasiado tarde. ¿Qué sentido tenía la vida? ¿Para qué cojones servía? Primero eres joven y estúpida, y después vieja y amargada, y luego… Luego te mueres y se acabó. Punto final. Nada de segundas oportunidades. Qué espantosamente cruel y qué brutalmente triste.

Me levanté mareada, tanto que casi me tiré encima el zumo. Atravesé el jardín corriendo. Me llevé la mano al pecho y noté que el

corazón me latía como un martillo neumático. Calma, calma… Tenía que tranquilizarme. Micky llegaría de un momento a otro y no podía recibirlo en este estado. Una vocecita chillona me decía: «¡Ni se te ocurra abrirle la puerta! ¡Lárgate ya!». Luego todo parecía dar vueltas a mi alrededor y conformar un caótico mosaico de azulejos como el del banco… Cuando me quise dar cuenta estaba sentada en la hierba.

Me eché de espaldas, aturdida, y respiré hondo. Había estado a punto de desmayarme. En fin, no era de extrañar, dadas las circunstancias. Me quedé inmóvil durante unos minutos y caí en la cuenta de que hacía una eternidad que no probaba bocado. ¿Cuándo fue la última vez que había comido algo? ¿La cena del día anterior? Un té y una tostada, entonces. La panacea universal. Con la misma torpeza de un polluelo recién salido del cascarón, caminé arrastrando los pies hacia la cocina y me hice unas tostadas con pan de hacía tres días. Mientras comía di vueltas por la casa. Me detuve frente a un espejo y comprobé que estaba pálida como una sábana de mortaja; daba más grima que nunca. Qué falta me hacía coger algo de color, a pesar de lo perjudicial que se dice que es tomar el sol. Al menos así no parecería tan paliducha y enferma. Eché de comer a los gatos; eran raciones enlatadas, escasas y caras, que se suponía que a los mininos les chiflaban. Luego encendí la tele sin pensar y me puse a ver las noticias locales. Hasta que no acabó el informativo no me di cuenta de la hora que era. ¿Dónde estaba Micky?

A las siete menos cinco oí que llegaba un coche. Era él. Me asomé a la ventana vi cómo el hombre de mediana edad que alguna bruja malvada había puesto en lugar de mi joven marido salía con la espalda tiesa de su viejo y polvoriento Ford. Aquel desvencijado coche barato parecía convertir en objeto tangible aquello en lo que su dueño se había convertido. El otro Micky, aunque al final hubiera terminado por comprarse un coche, no se hubiera dejado ver jamás conduciendo una caja de chatarra como aquélla. Ni su pericia como

mecánico ni su orgullo se lo hubieran permitido. Sin embargo, a este otro hombre se la pelaba.

No, era una idea muy simple. Al fin y al cabo, como ya me había dicho, ahora tenía una familia y, por lo que le había entendido, trabajaba en una fábrica donde desaprovechaba sus conocimientos y su talento. Quizá fuera complicado encontrar un trabajo donde vivía ahora, Dios sabe que en Bradford la cosa estaba muy jodida. Los hijos salen muy caros… Se me encogió el corazón. Hijos. ¿Qué nombres eran los que habíamos pensado ponerles a los nuestros? Ah, sí: Hester, Emerald, Dylan y Rory. Nombres idiotas, sí, pero a mí me seguían sonando bien. ¿Cómo se llamarían sus hijos?

Le abrí la puerta antes de que llamara y me di cuenta de que tensó su devastado rostro para no poner cara de nada. Sentí una gran pena y quise ponerle la mano en el brazo, en su pecoso, rosado y musculoso antebrazo, que todavía me resultaba tan familiar. La forma de sus uñas, el dorso de sus estropeadas manos… Tuve que apartar la vista.

—Hola… Pasa… ¿Te apetece…? —De nuevo al ofrecerle algo para beber giró la cabeza y gruñó a modo de negativa—. Muy bien, hablemos.

Le guié hasta el salón y le hice una señal para que se sentara. Se sentó con dificultad en el borde del sillón, dejó las manos colgando junto a las rodillas y echó la cabeza hacia delante, como si estuviera enfadado. Pensé en algo que decir para romper el hielo, pero en ese momento me di cuenta de que mi pobre repertorio de temas de conversación social se había secado por completo. Micky me daba una lástima insoportable, ése era el problema. Quería acercarme a él de la manera que fuera y consolarlo. Cuando conseguí tragar el nudo que se me había hecho en la garganta, quisimos empezar a hablar al mismo tiempo. Agité la cabeza y le pedí que continuara. Carraspeó convulsivamente; no se me ocurrió que fuera porque a él tampoco le salían las palabras y yo le daba tanta pena como él a mí. Puede que yo recordara todavía el pasado que compartíamos, pero sólo había

que mirarle a la cara para ver que no era su amor por mí lo que le ponía nervioso. Ni de lejos. Sin embargo, de alguna manera, me daba la sensación de que si conseguíamos dialogar con lógica, como en los viejos tiempos, entonces por lo menos podríamos hacer las paces y volver a ser amigos, aunque distantes. Al fin y al cabo, en su día el uno fue lo máximo para el otro y, según dicen, el tiempo lo cura todo.

—Tengo que saber… ¿qué piensas hacer? Porque si, no sé, has pensado hablar sobre… lo que sucedió, yo no… Yo me desentiendo, ¿comprendes? Ahora estoy casado y tengo hijos, y no pienso dejar que lo jodas todo. Todo esto que ha salido en los periódicos… Soy capaz de cualquier cosa, te lo advierto… Yo…

Estaba furioso, tenso y ciego de rabia. La luz dorada que entraba por la ventana le daba de lado y otorgaba a su rostro una apariencia de máscara de desprecio; las profundas cuencas de sus ojos, enmarcadas por incontables arrugas eran como pozos bajo los cuales algo se revolvía y gritaba mordisqueándose su propia carne. De repente tuve la extraña sensación de que no estaba hablando con Micky sino con el desconocido que se había apropiado de su agotado cuerpo. Era él, pero al mismo tiempo no lo era. El calor de su furia le hacía hervir la sangre hasta el punto de que casi se podía ver el vapor emergiendo de cada poro de su piel. Era contagioso, yo misma empecé a sentirme iracunda. No estaba bien, no era así como debería seguir el encuentro pero, la verdad, me costaba creer que Micky se fuera a mostrar tan intratable. Me conocía y sabía que estaba cuerda; ¿qué demonios se pensaba que le iba a hacer? ¿Correr a cantárselo todo a la madera? ¿Llamar a los periódicos y confesar mi versión? ¿De verdad creía que había pasado por todo aquello para joderlo todo en el momento decisivo? La cólera arrastró toda la lástima que me había dado hasta ese momento. Le miré, allí sentado, amenazándome. ¿Qué iba a hacer para asegurarse de que no hablara? ¿Darme una paliza? ¿Matarme?

Joder. Joder. Me levanté y me coloqué junto a la ventana, de espaldas a él, conteniendo mi ira. Dios, cuando todo acabara nada me retendría allí, nada en absoluto. Cogería el primer vuelo que saliera y se acabó. Como si no tuviera ya bastantes problemas. Desde el principio supe que había venido para asegurarse de que las cosas fueran como él quería, pero de ahí a amenazarme en mi propia casa… Joder. Al notar que me había puesto roja de rabia me llevé las palmas a las mejillas. Las tenía heladas, a pesar del bochorno que hacía aquella tarde. Cerré los ojos para calmarme. Me sentía agotada. Estaba tan harta ya de todo. Respiré hondo.

—Micky… Perdón, Michael. No puedes venir aquí y… joder, ¿amenazarme? No sigas, porque… Sé que tienes una familia, lo entiendo, ¿vale? Pero no te da derecho. Te he protegido durante todos estos años y…

Soltó una carcajada irónica.

—¿Que me has protegido? Me has arruinado la puta vida, zorra. Tengo pesadillas y me despierto gritando. Joanne, mi esposa, ya no sabe qué pensar. No sabe lo que ocurrió, Billie, y nunca sabrá nada. Ella es normal, es una mujer decente. Todo lo contrario que tú. ¿Que me has protegido? No me jodas. Me arrebataste mi vida, he tardado años en empezar a salir del pozo y ahora… Sé que te has juntado con la puta subnormal esa de Jas, con su familia de mierda, me lo dijeron los muchachos. Me contaron que habíais montado el Club de las Putas Ex Mujeres, se partían el culo. Estás loca, joder, eres una puta enferma. Enferma. No voy a permitir que… —Se calló y empezó a jadear como un perro que hubiera corrido durante horas.

¿Que estaba enferma? Oh, muy bien. ¿Cómo podía venir a mi casa y decirme todo eso a la cara cuando yo… le había querido tanto? Le había venerado, le había subido al más elevado de los altares, le había convertido en el hombre de mis sueños, en un ideal, y lo había sentido todo mucho más por haberle echado de mi lado. O eso pensaba. No se me había ocurrido que durante todo ese tiempo él podría haber estado amasando un odio exacerbado hacia

mí, calentando un aceitoso veneno negro que resbalaba por las comisuras de sus mínimos labios paliduchos y que cambió por completo la idea que me había hecho de él.

—Ya basta, Micky, ¿me oyes? He hecho lo que tenía que hacer. Sí, cuido de Jas y de su hijo. Yo por lo menos no me largué ni me lavé las manos y…

—¿Que los cuidas? Querrás decir que los vigilas. Intentas controlarlos, no sabes hacer otra cosa. Ni se te ocurra intentar manejarme como antes… Ya no eres el brazo derecho de Carl, ya no eres nadie, como yo. Ni eres nadie ni eres nada. No me extraña que los muchachos se rieran de ti; siempre andabas dándotelas de magnífica y ahora… Mírate, no eres más que una zorra marchita. Te odiaban, ¿lo sabías? Oh, sí, si no fueron a por ti fue sólo gracias a Carl… ¿También te lo tiraste a él? ¿Eh? Siempre me lo pregunté. Te lo tirabas, ¿verdad? Claro que sí. Me das asco.

Me dejó atónita. ¿De verdad pensaba que me había acostado con Carl?

—Nunca me… ¿Con Carl? No… Y no me odiaban, ¿qué quieres decir? Yo…

—Oh, ya lo creo que sí. No podían verte ni en pintura, zorra presumida. No te tragaban y pensaban que no eras más que una simple putita. Muchas veces tuve que pelearme para defenderte, pero jamás te enteraste. Me jodiste… Vivías en tu propio mundo de mierda, preocupándote sólo por ti. La puta princesa de los cojones. Ninguno de los muchachos te soportó nunca, ¿a quién le iba a caer bien una comepollas como tú? Y las tías… Dios santo. Nadie más que Carl te aceptaba y no permitía que se hablara mal de ti en su presencia. Hasta le puso un ojo morado a su mujer por haber ido poniéndote verde por ahí. Todos pensaban que te lo estabas tirando, todos. Y yo tenía que tragar. Pero entonces me tenías muy engañado, me habías convertido en tu puta marioneta… Qué estúpido fui. Pero aquello ya se acabó, ya lo creo. ¿Por qué cojones empezaría a salir contigo? Eres una puta gafe, no traes más que

mala suerte, eres una puta maldición… Las zorras como tú sois la manzana podrida de las mujeres, así que si crees que…

Podía oír cómo seguía despotricando contra mí pero era como si yo hubiera puesto el volumen al mínimo. ¿Me odiaban? ¿Ninguno de los Hijos del Demonio? Pero… No… No era así, me llevaba bien con todo el mundo, yo… Vale, es cierto que era una bocazas, lo sé, lo admito, pero… No. No me lo creía. No podía permitir que me arrebataran también la mejor época de mi vida.

—…y no te vas a librar de mí tan fácilmente. Sé muy bien de qué vas, que estás siempre aprovechándote de la gente, siempre creyéndote la más lista. La mierda esta del periódico, de ninguna manera…

—He quedado con la periodista esta tarde.

Se puso de pie y apretó los puños.

—Estás mal de la cabeza, zorra. No pienso permitirlo, ni por encima de mi cadáver. Tú no vas a…

Estaba helada. A pesar del aire caliente que parecía inflar el salón, me sentía fría como una estatua de hielo. Cuando lo volví a mirar aquello que era en realidad, el ser en que se había convertido, atravesó el caparazón de cera de mis recuerdos platónicos y lo vi allí, a punto de golpearme, pero yo no tenía miedo porque aunque me matara no podría hacerme más daño del que ya me había hecho. Me miró a la cara y bajó el puño. Siempre fue débil.

—Oh, venga, machote, párteme la cara ya. Así estaré más presentable cuando venga la periodista, que estará al caer. Claro, al principio quise pasar de ella. Por el amor de Dios, contrólate. Si no hablo con ella todo parecerá más extraño aún. Tengo que… controlar esto, ¿entiendes? Joder, y pensar que durante todos estos años te he… Oh, nunca más. Haré lo que me parezca correcto, Micky, así que te agradecería que te fueras a tomar por el puto culo y me dejes arreglarme para que todo parezca normal cuando llegue la chica. ¿Me has oído?

—Santo cielo, eres una bruja imposible. Pero te lo advierto… Si sospecho que me vas a mezclar en esto… Me aseguraré de que ya no puedas volver a tirarte a nadie más. Te cerraré tu apestosa bocaza para siempre. Tú no tendrás nada, pero yo tengo…

—Una familia, que sí, ya lo había pillado.

—Claro, tú ríete. ¿Qué coño vas a saber tú de lo que es una familia? Si hasta tu madre reniega de ti. Tendrías que haber oído lo que me dijo de ti; me preguntó, a mí, en qué se equivocó contigo. Te llamó malnacida… y tenía toda la razón. En qué mala hora te trajo Dios al mundo, malasangre. Ya lo sabes, el que avisa no es traidor. No pienso pasarte ni una, porque…

Llamaron a la puerta. Los dos nos quedamos paralizados; en aquel momento fue lo único que nos unía. Micky hizo ademán de hablar, pero le hice una señal para que se callara.

—Debe de ser ella, la periodista. No digas nada, Micky, si de verdad quieres a tu familia. Sal, sal sin más, sin decir nada, ya hablo yo, le diré que eres un vecino que sólo ha venido a pedirme un poco de sal.

—No vuelvas a decirme lo que tengo que hac…

Le miré fijamente. Bajó la mirada. Sentí un escalofrío de lástima y asco.

—Ah, venga, vamos. Y, Micky, ni se te ocurra volver a traer hasta aquí tu culo, en tu puta vida. Te juro que por mi parte nadie sabrá… lo que ocurrió. Jamás. Puedes pensar lo que quieras de mí, Micky, pero hasta hoy no he dicho ni una palabra, así que mucho menos lo voy a hacer ahora. Venga, desaparece, lárgate ya. Tengo que dejarla entrar.

Cogí aire y caminé hasta la puerta con Micky siguiéndome. En cuanto abrí, Micky salió dándome con el hombro y se metió en el coche. Me quedé mirándolo durante unos segundos; el sol de la tarde lo había envuelto en un aura dorada salpicada de danzarinas motas de polvo.

Al instante siguiente había desaparecido.

—*Er…* Lo siento, quizá no haya venido en buen momento. Usted debe de ser la señora Morgan. Yo soy Sophie, del *Clarion*. Me dijo que podríamos charlar un rato.

Me adecenté un poco. La chica, que era bastante joven, se me quedó mirando inquisitivamente. Forcé una sonrisa. No sé con qué tipo de persona había esperado encontrarme, con la típica londinense de cara de cuchillo, supongo, pero Sophie era una chica bajita y delgada de veintipocos años. Era de tez pálida, tenía su larga nariz sonrosada por el sol y llevaba una arrugada blusa de color crema sin mangas y unos pantalones de lino gris que le llegaban a las pantorrillas. Vestía también una rebequita de algodón anudada a la cintura y su fino pelo pardusco recogido en una coleta corta; se le había escapado un mechón que se había sujetado tras la oreja. En la cabeza llevaba unas gafas de sol marrones. Me fijé, casi automáticamente, en los pequeños pendientes de plata ovalados engastados en topacios azules. Llevaba un colgante a juego. Ni barato ni ostentoso. No llevaba anillos ni de casada ni de compromiso, sólo uno muy sencillo de plata. Una abultada bolsa de lona le colgaba de uno de sus débiles hombros. Parecía hecha polvo.

—Lo siento, sí… Sólo era un vecino pesado, ya sabes, a veces le sacan a una de quicio. No es que sea de los que dan muchos problemas, pero… Ya me entiendes. No se preocupe por él. Pasa y, por favor, llámame Billie. Oye, ¿qué te parece si nos sentamos en el jardín? Ahí fuera se está de maravilla. ¿Te apetece un té o un zumo? ¿De arándanos? Ve poniéndote cómoda, yo estoy contigo enseguida.

Mientras cogía las gafas, el hielo y el zumo miré cómo se sentaba en el banco, miraba al sol, con los ojos cerrados, se quitaba una de sus sandalias de cuero marrón y se frotaba el talón. Tenía aspecto de desnutrida y de ser alérgica al sol. Me pregunté cómo sería eso de vivir en Londres si a esa edad ya está una tan desmejorada. Pobrecilla. Seguía viéndola con frialdad, a distancia. Nada parecía afectarme, ni siquiera esto.

—Aquí tienes. Debes de estar agotada. —Sonreí y me senté a su lado. Me volví a asombrar de lo tranquila que se sentía y posé mis frías manos sobre mi regazo mientras ella probaba el zumo.

—*Hmm*, sí, un poco. Ya sabes, con este calor. Gracias, está delicioso. Qué jardincito tan mono… ¿Estos gatos son tuyos? Me encantan los gatos, y los perros también. Todos los animales, en realidad, supongo. —Ella también sonrió cuando *Cairo* se enroscó en sus tobillos de gorrión.

—Entonces tendrás alguna mascota. —Yo también sabía dar conversación vacía.

—Oh, por desgracia, no. La ajetreada vida de Londres, ya sabes. Vivo en un apartamento diminuto. No sería justo. *Er…* ¿te importa si grabo la entrevista? También tomaré notas, pero la grabación siempre ayuda.

Antes de que le respondiera sacó una grabadora, la colocó entre ambas manos y apretó el botón de grabar. Luego abrió el cuaderno y puso el boli en posición. Quería reírme. Seguro que si le contaba toda la verdad quitaba aquella cara de niña mona. Como si lo viera. Sentada junto a una asesina de verdad, en el jardín de una cabañita, bebiendo aquel zumo rojizo como la sangre muerta. Respiré hondo y encerré la idea en el baúl de los pensamientos reprimidos.

—La cosa es que, señora… Billie… La señora Skinner parece muy convencida de que Terry, en fin, mantenía una relación muy estrecha con los Ángeles del Infierno.

—Con Los Hijos del Demonio. El club se llamaba Los Hijos del Demonio. Todavía existen. Los Ángeles del Infierno son otra cosa muy distinta, son diferentes en todos los sentidos.

Sophie garabateó algo.

—Ah, de acuerdo, entiendo… Bien, la banda, sabrás que ambos pertenecíais a…

—Mira, lo siento, no sé qué te habrá contado la señora Skinner pero Terry jamás perteneció al club… O a la banda, como quieras llamarlo. A veces se reunía con nosotros, pero jamás fue miembro.

No era… No sé, apto. Y yo tampoco; las mujeres no pueden formar parte, no es posible. El que sí era miembro era mi… Mi ex-marido.

—Oh. Ya veo. *Ehh*, muy bien… Al parecer la señora Skinner opina que Terry, en fin, le parece muy sospechoso el hecho de que su hijo desapareciera sin despedirse de ella, dice que estaban muy unidos. De hecho asegura que alguien se la jugó. La banda, quizá, por algún asunto de drogas, no lo tiene muy claro, pero estas cosas siempre…

—No. Nada de eso; quiero decir, estoy segura de que no tiene que ver con eso. Hubiera oído algo, un rumor, cualquier cosa. No, simplemente se fue a tom… Se fue, sin más. Lo tenía por costumbre, a menudo no daba señales de vida durante semanas, no llamaba siquiera, pero luego siempre volvía. Mira, te hablaré con sinceridad, Pauline Skinner es una, en fin, tiene sus propias ideas sobre Terry, Natty, Jas… Y sobre mí también. Ella es así. Le gusta retorcer las cosas, es muy fantasiosa. Yo no me tomaría muy en serio nada de lo que pueda decir, la verdad.

Sophie suspiró y se apoyó el cuaderno en la rodilla.

—Bueno… La verdad es que se mostró bastante desafiante. No era la visión que yo quería darle. Quiero decir, me parece devastador, cuando alguien desaparece siempre es devastador. Cada vez que hablo con alguien es más dramático que la vez anterior. Padres, esposas, hijos, hijas… ¡Buf! Desaparecen, se van y no vuelves a saber de ellos nunca más. Es horrible. Intenté hablar con la señora Savage, pero estaba agobiada, y la verdad, ya sabe, no se sentía del todo bien.

Asentí. Los mosquitos hacían piruetas como si flotaran en la suave luz tostada del atardecer, de la casa del vecino llegaba el sonido acolchado de la sintonía de una telenovela. Que no se sentía del todo bien. Joder, vale.

—Vamos, que estaba colocada, ¿no?

—Eh… Pues sí. Me dio mucha lástima, parece tan frágil, ¿sabe? En su día debió de ser guapísima, es decir, cuando era… El fotógrafo

le sacó un montón de fotos; decía que era una modelo como pocas. —Se ruborizó y se puso a agitar el bolígrafo.

—¿Has hecho muchos trabajos de este tipo, cariño? No quiero parecer impertinente, pero…

—No, no, está bien. He escrito artículos de fondo, desde luego, montones… Pero esto… Me toca muy de cerca. Mi tío, en fin, se marchó a Francia, de vacaciones, a dedo, cuando yo era una cría, y jamás volví a verlo. Toda la familia se hundió. Por eso quería hacer este trabajo, creo, no lo sé…

—Pensaste que te ayudaría a encontrar una respuesta.

—Sí, me parece que la he encontrado. Pero todo es tan desconcertante. ¿Cómo puede alguien… desaparecer sin más? Terry, mi tío… La señora Savage dice que tu marido también se largó. Dice que eso las convierte en hermanas. ¿Es por eso por lo que cuida de ella y de… Nathan?

Le cambió la voz al pronunciar el nombre de Natty. *Te ha caído bien mi Natty, verdad, señorita. Bien, bien*.

—Mi marido y yo nos separamos, sabes. Nos divorciamos. Quiero decir que no fue igual que lo de Jas y Terry. Pero Jas… En fin. Lo intento, sabes. Tienes razón. Jas es frágil y, sí, de joven era una preciosidad. Era hermosa, Jas era como una florecilla… Pero, cierto, ya no. La ayudo todo lo que puedo. ¿Y Natty? ¿Has hablado con él?

Se quedó cortada; su lenguaje corporal delataba que acababa de recordar algo desagradable.

—Eh, sí. Tenía un montón de cosas que decir sobre su padre. Me habló de la idea que tiene de Terry y de donde cree que puede estar. De lo que ocurriría si Terry regresara a casa y esas cosas. Su amigo, el chico discapacitado…

—¿Lee?

—¿Lee? No, lo llamaban Monkey, no sé a qué…

—Lee. Su verdadero nombre es Lee. ¿Qué pasa con él?

—Bueno… Cogió, o robó, la bolsa de la cámara de Pete, el fotógrafo. Me pareció extraño porque, no sé, fue tan evidente. La

escondió en el cuarto de baño. Hubo una riña, Nathan se enfadó mucho con él, y Monk… Lee se quedó muy triste. La señora Savage también se enfadó mucho y la señora Skinner…

—Me lo imagino. Lee no actúa con malicia, lo de afanar es como un instinto para él; lo más probable es que hubiera acabado devolviendo la bolsa. Yo debería haber estado allí para poner un poco de orden, pero el trabajo…

—Ah, sí, la señora Savage me contó que llevas una tienda de tarjetas en el centro de la ciudad. Dice que eres muy generosa con ellos, en lo que a la economía de su casa respecta; ¿no te parece eso una gran carga?

—En realidad, no. Colaboro en lo que puedo, ya sabes, quiero decir…

—Claro, pero, en fin, no quiero parecer grosera, ¿pero la señora Savage no se lo gasta todo en droga? Si es así, ¿cómo le hace sentir?

¿Que cómo me hace sentir? Bebí un poco de zumo para darme un respiro y miré a la chica, que estaba sentada junto a mí y me miraba fijamente, con el boli ansioso por seguir anotando y la grabadora registrándolo todo, con su lucecita roja brillando como un ojo demoníaco. *¿Que cómo me hace sentir? Agotada. De todo, de esta conversación, de explicar las cosas*. Me sentía muy muy cansada de tener que ser educada con las personas decentes, cuya cuadriculada vida les impedía comprender cómo podía sentirme de verdad o la vida que había llevado. En ese momento se me ocurrió que todo aquello debería estar contándoselo a algún poli en lugar de a la pequeña Sophie. Un madero me entendería, en la pasma lo han visto todo ya mil veces; han recogido mendigos tirados en la puerta de los meaderos públicos, saben de lo que es capaz un ladronzuelo por un billete de cinco libras y no se extrañan de lo que hemos llegado a hacer para sobrevivir los que hemos quedado fuera de la gloriosa protección del mundo domesticado. Sí, un madero me

entendería muy bien. No pude evitar reírme, aunque tuve que disimular haciendo como que me había atragantado.

—¿Estás bien? —me preguntó Sophie con cara de preocupación.

Tosí y farfullé algo de que se me había ido el zumo por mal sitio. Entonces se lo expliqué: si no le daba a Jas el dinero, entonces haría quién sabe qué para conseguirlo, lo cual era mucho peor. Le conté cómo era la vida en la urbanización. Le dije que por lo menos Natty la quería y se preocupaba por ella y que en realidad también Lee, que no conocía más familia. Le dije que todos tenemos problemas, pero que al menos nosotros nos teníamos los unos a los otros, ventaja con la que no contaban la mayoría de los inquilinos de aquel tipo de sitios. Intenté explicarle los códigos de honor de las bandas de barriobajeros y por qué me había esforzado en llevarme lo mejor posible con ellos. Intenté hacerle comprender las circunstancias y que era poco probable que llegaran a cambiar nunca, siquiera a mejorar un poco, aunque Terry volviera; a menos, por supuesto, que regresara cargado de millones. Aun así, en realidad.

Se produjo un silencio incómodo. A mí los silencios no suelen molestarme; los considero un descanso de la cháchara inútil que te permite repasar lo que se ha dicho, pero sé que a la gente le suelen resultar incómodos. Sophie no sabía qué decir. Su cara era como una pantalla que revelara hasta la más íntima de sus emociones —aversión, incredulidad, lástima, asco y, por último, una especie de aislamiento interno—, las cuales se mezclaban unas con otras conformando un borrón impresionista. La pobre era como un libro abierto; me pregunto cómo se defendería en las calles, donde hasta el más torpe de los predadores podía leer sus pensamientos en su carita. Pero ella era sólo la consecuencia de la manera en que la habían criado y pronto reaccionó; volvió a poner cara de entrevistadora formal.

—Entiendo, sí. Todos lo habéis pasado muy mal, quiero decir, en realidad es lo que queremos que la gente vea. Ese sufrimiento… El

daño sufrido por el suceso de la desaparición de un ser querido, sabes.

«El suceso de la desaparición de un ser querido». ¿De verdad la gente hablaba así? Estaba claro que había quien sí.

—¿Te apetece un té? Podríamos pasar adentro…

Asintió y metió sus cosas en su enorme bolsa. Al ver cómo se esforzaba para echársela al hombro y seguirme, pensé en lo débil y frágil que parecía. No tenía el menor tono muscular; sus brazos eran como nubes de gominola con palito dentro. No me pareció capaz de caminar dos millas seguidas ni de levantar unas pesas infantiles. ¿Cómo podía haberme dado miedo tener que conversar con un ser tan inofensivo? Pobrecilla, parecía tan extenuada.

Hice té con la tetera buena mientras ella jugueteaba con los gatos en el sofá. Bueno, al menos con *Cairo*, porque *Gengis*, como hacía siempre con los desconocidos, se limitaba a mirarla con desprecio desde el alféizar de la ventana.

Nos tomamos el té mientras charlábamos insulsamente sobre Bradford —que si era más bonito de lo que se esperaba, que si incluso teníamos un Starbucks…—, gatos, arte y cuál era la mejor ruta para salir de la ciudad en coche. No podía quedarse, debía ponerse a trabajar de inmediato en «el tema» para que saliera en el suplemento del siguiente domingo. Me dio la sensación de que algún editor tirano la tenía cogida por su cuello de alambre y le exigía que realizara proezas que sólo mediante una increíble fuerza de voluntad, que no sé de dónde podría sacar, conseguía cumplir.

Mientras le decía adiós con la mano me sentí agradecida por su visita. No había estado tan mal y me había ayudado a olvidarme de la mierda de lo de Micky durante un rato. Pero ahora no podía hundirme. Tenía que quitármelo de la cabeza hasta que todo acabara y quedara enterrado en el olvido. En ese momento caí en la cuenta, no sin sorpresa, de que me sentía como si hubiera descubierto que Micky había muerto. En cierto modo así era. El ser que se había enquistado en su cuerpo había devorado por completo

al joven que yo conocí. Para mí, Micky ya había muerto, el chico al que tanto había amado durante tantos años había muerto. Descubrir aquello me entristeció inmensamente, aunque al mismo tiempo me sentí en cierto modo libre. Se dice que los cambios son siempre a mejor. Quizá aquel lío desembocara en el punto y aparte que tanto deseaba Leckie, y en mi libertad.

Aquella noche dormí como un bebé y soñé con un jardín repleto de altísimos árboles grises verdosos, frondosos lechos de flores de brillantes colores, como hibiscos y buganvillas y enormes y viejas macetas de terracota desbordadas de matas de lavandas y geranios; las mariposas revoloteaban y destellaban a lo lejos y un intenso aroma de lirios arropaba todo el paisaje. Caminé y caminé, casi flotando, por una laberíntica red de senderos lisos y sinuosos; y el sonido plateado de una fuente que le regalaba su agua a una taza azulejada parecía inventar lentejuelas de luz que centelleaban entre las azuladas sombras. El aire era cálido y suave, y estaba empañado por una niebla dorada. De alguna manera supe que era el jardín de mi casa, que el mar estaba cerca y que cuando quisiera podría acercarme a la playa y sumergirme en unas aguas de tonos cerúleos y turquesas que bañaban unas arenas blancas como el coral. Mi vida era perfecta y sabía, de la manera en que se saben las cosas en los sueños, que por fin era feliz. Lloré, pero no me importó porque el mundo era armónico.

Lo mejor de todo es que no ocurrió nada. Lo único que hacía era pasear por el jardín. Fue tan hermoso, tan ideal… No lo olvidaré nunca, jamás.

23

CINCO días. Casi una vida, se diría. Se puede hacer de todo en ese tiempo, sin duda. Joder, ya lo creo. Pero no todo el mundo tenía que cargar con Jas, la señora Skinner y Natty, que me llamaban cada sesenta minutos… Bueno, a decir verdad, la Skinner no me telefoneó nunca, pero no se movía de casa de Jas, «por si nuestro muchachito vuelve a casa», y eso antes de que publicaran el artículo. No sé cómo no estampé el móvil contra la pared, me volví loca y salí gritando histérica a la calle. El viernes por la noche lo apagué; llamadme desalmada si queréis, pero ya no podía más. Ya no soportaba seguir oyendo a Jas lloriquear, suplicar, delirar, vomitar, golpearse, jurar con el típico balbuceo de los yonquis que en el futuro sería una «buena chica» y repetir hasta la saciedad que amaría hasta la muerte a su «maridito», a su «corazoncito», a su «cariñito», como un disco rayado girando sobre un plato destrozado. Y eso sólo por teléfono; tendríais que haber estado en el piso.

Sé que suena como si quisiera reírme de ellos. Nada más lejos de mi intención, pero, seamos sinceros, si no te tomas una mierda así con humor, aunque sea del más negro y carbonizado, estás perdido. Si apagué el móvil fue en parte porque el jueves por la noche, conduciendo de vuelta después de una bronca descomunal y de una intensa sesión de lloros, empecé a partirme el culo al acordarme de Jas, la pobre zorrilla, enyesada con una tonelada de maquillaje estropeado —«Sólo qu… Sólo quiero estar guapa»—, intentando sin el menor éxito cocinar un pastel para celebrar el inminente regreso de Terry. Estaba allí de pie, más patética y atontada que nunca, tiritando, con hundidos ojos de oso panda, sollozando y embadurnada de harina —con la cual había tapizado también toda la

cocina—, mientras Natty destrozaba todo lo que el salón ponía al alcance de sus manos y Lee gimoteaba escondido detrás del sofá. Reconozco que quise unirme a él.

Tardé tres horas —con la intervención no solicitada de los vecinos de las puertas contiguas, que gritaban «¡Cállate, cállate ya, puta yonqui de los cojones!», y otras frases de apoyo— en hacer que se calmaran, aunque no pude evitar que Natty saliera corriendo del piso y se metiera de cabeza en el rugiente coche de un colega al que había llamado para que viniera a buscarlo.

Acosté a Jas y me quedé junto a Lee mientras no se atrevió a moverse, hecho un tembloroso ovillo lloriqueante en la esquina del sofá y envuelto en una manta vieja. Creo que aquel tipo de números —gritos, riñas…— le hacían caer presa de sus traumas infantiles. Nunca he llegado a saber con certeza cómo fue la infancia de Monkey y a decir verdad no quiero averiguarlo. Desde luego, si algún día me lo quiere contar le escucharé, habría que ser muy inhumano para no prestarle tu hombro, pero no bromeo si digo que no deseo en absoluto ser su confesora. El caso, todas esas mierdas —insultos, su dios abandonándolo— Lee no las soporta. He visto perros callejeros con un aspecto menos patético que el que Lee tenía aquella noche.

Sin embargo, cuando por fin se durmió, chupándose el pulgar y sin dejar de retorcerse, me fui y a medio camino de vuelta a casa me detuve para intentar dejar de reírme como una loca. Supongo que es la misma reacción que algunas personas experimentan en los funerales; ves cómo meten en el hoyo a un ser querido o tras la tenebrosa cortina de terciopelo azul del horno, que en la actualidad se lleva más, y no puedes evitar desternillarte espasmódicamente. Apoyé la cabeza en el volante hasta que poco a poco, temblando como si padeciera malaria, dejé de carcajearme. Entonces me quedé como inerte.

Estaba aterida otra vez. Me quedé mirando por el parabrisas como un zombi, carcomida de escalofríos. Parecía que estaba

contemplando un paisaje surrealista daliniano en lugar de estar mirando las calles de Bradford. No reconocía nada, nada me vinculaba al exterior. Incluso llegué a pensar que el coche pertenecía a otra persona y por un fugaz y extraño momento me pregunté si me habría muerto y aquello sería el infierno y me estaría pasando como en las películas antiguas, cuando el protagonista moría sin saberlo y vagaba por ahí hasta que aparecía un ángel que lo rescataba.

Estaba a punto de caer enferma; podía sentirlo a pesar de que me iba desquiciando por momentos. No era normal que una noche tan bochornosa como aquélla sintiera un frío tal que me roía los huesos hasta el tuétano. Con dedos todavía temblorosos, giré la llave y seguí conduciendo lenta y prudentemente. Si me hubiera visto algún madero me hubiera obligado a soplar a la de ya. Sólo los borrachos que fingen ir serenos van al paso de tortuga que llevaba yo entonces.

Por tanto, después de que Natty me despertara de un profundo sueño a las seis de la mañana del viernes, todavía colocado, rogándome entre balbuceos que le dejara venir a, no sé, esconderse; de que luego me llamara varias veces más para decir que no, que ya estaba bien, que ya se quedaba con «una chica» —qué sorpresa— y que estaba en no sé qué agujero de Leeds; y de que luego me telefoneara Jas mascullando algo y colgándome a mitad de la conversación, cosa que repitió tres veces más, os lo podéis imaginar: fuera móvil.

Gracias a Dios tenía a Leckie, no digo más. De no haber sido por ella tendría que haber cerrado la tienda porque yo ya no daba para más. Sabía que tenía las cartucheras rebosantes de preguntas, pero se contuvo. A pesar de su adicción al cotilleo, sabía que era mejor mantener un silencio prudencial cuando las cosas se torcían. Su superficialidad de mundo rosa es sólo una forma optimista de ver la vida. En el fondo, es la gran luchadora en la que cualquiera querría apoyarse en los momentos de crisis.

Así que eso, terminé por desconectar el jodido teléfono. Me puse a ver los programas basura de la tele, comí chocolate y jugué a destrozar bolas de papel con los gatos. Llamé a Johnjo por el fijo; no hablamos de nada y después de preguntarme de pasada por la entrevista me dejó divagar. Pero fue extraño, me dio la sensación —ese tipo de impresiones que te dan cuando hablas por teléfono y que no se pueden explicar— de que no me estaba escuchando. Intenté eso de callarme de repente y preguntar «¿Me oyes?», a lo que tardó un par de segundos en reaccionar y responder con un ronco «Sí, sí, mi amor, claro». No me hacía falta preguntarle si estaba enfadado conmigo por todo aquello, ya sabía que sí. No era de los que gritan toda su ira a la menor oportunidad, todo lo contrario, más bien mostraba una positiva actitud zen, lo cual era peor, como cualquier mujer sabe. Ésos siempre desaparecen; se disipan de tu vida como la niebla que el sol despeja por la mañana cuando creen que la situación es demasiado complicada para ellos. No era la primera vez que le daba vueltas al futuro de nuestra supuesta relación. Quizá hubiera sido mejor que hubiéramos quedado como colegas en lugar de emparejarnos, puede que las cosas hubieran seguido su curso y se hubieran convertido en una costumbre, como decía siempre Lecks. ¿Pero cómo poner fin a una relación así si no hay pasión, si no hay chispa? Lo más fácil era dejarse llevar, que las cosas fueran a la deriva, a ver cómo acababan. Lo último que deseaba era perder la amistad de Johnjo o su respeto. No quería convertirme en una llorica pegajosa, pesada y patética. Pero sentía que el pasado se alejaba de mí, que las fibras que me unían a él se iban deshilachando, que el lastre iba quedando atrás mientras yo caminaba con gran esfuerzo hacia delante. ¿Era Johnjo parte de ese pasado, una dulce reliquia y, a decir verdad, nada más?

Decidí sacar mi colección de fotos para ver si se me aclaraban las ideas. No las tenía organizadas en ningún álbum, sino mezcladas en una caja de cartón negro. Recorrí los estratos de mi pasado,

repujados de rostros, lugares, fiestas y salidas. Jas, Natty de bebé y yo en Whitby. Johnjo y Micky en alguna gincana de pascua con destino a Malham. Mamá y Jen en Navidad, y Liz mirando como un pegote sepia escarchado sus destellantes vestidos de gala. Papá, de noche, un mechón colgando sobre sus ojos de desertor. Yo, haciendo el tonto en una fiesta de los Hijos del Demonio, Micky mirándome con sus apacibles ojos saturados de amor. Las sucesivas pieles de cebolla de mi vida se escurrían entre mis dedos de regreso a la caja, de vuelta al pasado.

Sin embargo, el pasado se negaba a anclarse donde yo quería encerrarlo e insistía en envolverme con su neblina y su aroma de jazmines húmedos, con su sabor a *speed* barato y rayas de medianoche. Recordé… Recordé… No. Se acabó. Ya era suficiente. Cerré la caja y le até el cordón alrededor con fuerza. El pasado se había terminado, había muerto. Debía pensar en lo que estaba por venir y cómo afrontarlo. Me sentía más fuerte después de haber descansado y todo saldría bien.

24

LA FOTO era estupenda; el fotógrafo se merecía un premio. Incluso hoy lo sigo pensando. A pesar de todo, aquella fotografía era una oda a la belleza, era un diamante arrojado a una sentina que insistía en brillar en medio de la mierda y el horror que lo rodeaba.

La imagen ocupaba toda la portada del suplemento en color. Habían reducido el logo de *C2* y lo habían relegado a la esquina superior izquierda. El rostro de Jas, exquisitamente devastado, te miraba con aquellos enormes y líquidos ojos verdes que te apuñalaban con sus pupilas; me recordaba a aquella foto tan famosa de la joven refugiada afgana, porque comunicaba la misma energía humana instantánea e hipnótica. El desgreñado pelo afro de Jas, veteado ya de canas, estaba ribeteado por la luz áurea que se filtraba por las raídas cortinas amarillentas de la cocina, como si fuera a iniciar su ascensión a los cielos. El sol doraba también la gloriosa arqueología de sus pómulos; asimismo, el arco que formaban sus gruesos labios entreabiertos y el débil destello de la funda de oro de uno de sus incisivos se sumaban a la rica y enjoyada atmósfera renacentista de la fotografía. Era el retrato perfecto; parecía un icono, una virgen desposeída, la imagen de una santa auténtica guardada en un relicario de oro de veintidós quilates.

Al pie de la portada habían colocado el titular: «Esta mujer es una yonqui. Su hijo es un traficante. Su marido es uno de los Desaparecidos. ¿Qué salió mal?».

Al principio no me di cuenta porque la foto me había dejado asombrada. Fue el silencio lo que más tarde me alarmó. Tenía el

móvil encendido, eran ya más de las diez y no me había llamado nadie. Tuve una corazonada, que poco a poco se fue convirtiendo en pánico apenas controlado, y empecé a leer el artículo, todavía confundida.

Era monstruoso. No porque se nos insultara —no había insultos explícitos— o se nos tratara con desprecio, sino porque el artículo estaba empapado de un espeso caldo de arrogancia, de apadrinamiento, de tópicos, de ignorancia premeditada y de sensacionalismo. Hablaba de lo que Sophie había percibido de nosotros, una vez pasado por el tupido cedazo de su concepto de nuestras vidas, pero no de lo que se le había contado, y estaba pensado en su totalidad para que el *Clarion* quedara como defensor de los desgraciados, de los débiles y de los inútiles que se hacinaban en los escalones inferiores de la sociedad. De nosotros, vaya. El artículo destilaba cierta simpatía distante y comedida por Jas; aunque, en mi opinión, más por la pérdida de la belleza de su juventud que por su persona, pero quizá sólo se tratara de mi interpretación.

Sophie había descrito la caída en desgracia de Jas de manera que parecía que ésta había sido arrastrada contra su voluntad hasta su deplorable estado actual por la aplastante brutalidad de los neandertales, degenerados y beligerantes Ángeles del Infierno, a los que su adorado y cariñoso marido había pertenecido, a pesar de su «reconocida» inteligencia y autodidactismo. Se mezcló, por así decirlo, con unas muy malas compañías y los resultados fueron devastadores. Drogas. Orgías. Violencia. Por último, una misteriosa desaparición. Surgieron preguntas, interrogantes que exigían una pronta aclaración. Las autoridades debían reaccionar, destapar la verdad y acabar con las bandas de las calles de Inglaterra de una vez por todas, al precio que fuera. Parecían pensar que las bandas de moteros proscritos seguían siendo tan poderosas como en los setenta; era extraño, parecía que el *Clarion* estuviera estancado en el pasado y se empeñara en seguir conjeturando sobre lo de

Altamont y no quisiera enterarse de que las bandas habían evolucionado, como todo, y que había nuevos caudillos que gobernaban los territorios por donde un día los Hijos del Demonio rodaron con absoluta libertad. En cualquier caso, el artículo continuaba con una diatriba sobre que estaba claro que las autoridades no movían ni un dedo para ayudar a los impotentes y a los vulnerables y luego hablaba también de que el propio *Clarion* traería la justicia que Inglaterra tanto necesitaba en aquellos tiempos infaustos.

Después de hacer un poco de publicidad solapada del *Clarion*, el reportaje pasó a centrarse en Jas. Afligida y empujada al límite por las garras de su cruel destino, se dio a la droga no por placer, sino como salida. Se había convertido en otro peón indefenso en manos de los magnates de la droga. Devastada, su único sueño era volver a ver a Terry antes de morir y hacer las paces, suplicarle que la perdonara por ser débil; ella sabía que él no se negaría, porque era bueno y sensible por naturaleza. El subtexto apestaba a homicidio y se revolcaba en la trágica fantasía narcótica que Jas tenía de que volviera su compañero muerto. Jas, una vez *clarionizada*, era exhibida como una persona frágil, dependiente y aterrorizada que había sido incapaz —era una mujer sola— de controlar a su hijo, díscolo y rebelde. La actitud de su retoño le rompió el corazón y la empujó con más fuerza aún hacia su declive, mientras él se iba erigiendo como traficante de callejón despiadado y sanguinario. A Natty lo retrataron como a un cruel narco y como a un violador de menores adicto al *crack*, la coca y el *speed* —sería por lo de Venus, supongo— que mantenía como esclavo a un muchacho retrasado y deforme y que posiblemente le proporcionara heroína a su propia madre. Sus sueños de que regresara Terry los definieron como meros delirios químicos de don barato y a él lo pintaron como un depredador y un matón vicioso, descerebrado y lerdo.

Sophie se cebó con Natty. Se notaba que no le gustaba un pelo. No dijo ni una sola cosa buena de él. Hasta la señora Skinner salió

mejor parada, después de haberla maquillado con los estereotipos favoritos del *Clarion*: madre decente y doliente de clase trabajadora que se desvivía por guiar al buen camino a su desgraciada nuera, Jas, pero que ya había perdido la esperanza de recuperar a su monstruoso nieto.

Es cierto que hasta aquí no había contado más que mierda. Pero es que luego hablaba de mí. Muy bien, puede sonar egoísta, pero qué queréis que os diga. Ver que sales en la prensa resulta extraño, por no decir algo peor.

> Billie, haciendo gala de una inusitada cortesía de artificio, me suplicó que por favor la llamara y me llevó a la jungla de su descuidado y diminuto jardín. A juzgar por la robusta complexión de matona de esta ex rémora de bandas de moteros, hoy envuelta en un permanente luto, bien podría hacernos temer lo peor al cruzárnosla en la calle; sin embargo, el patetismo que enfanga su existencia —la ruinosa caseta que comparte con su ejército de gatos, la enemistad con sus vecinos, su obvia infelicidad, entre otras muchas desgracias— pronto te hace sentir cierta simpatía y lástima por ella. No es de extrañar que desee con todas sus fuerzas formar parte de la familia de Jasmine Savage, quien de hecho, no se cansa de repetir que Billie y ella son como hermanas de sangre.

> Ambas han visto cómo sus vidas se desmoronaban ante ellas al recibir el impacto del drama de los Desaparecidos.

Etcétera. Después no contaba mucho más. Hablaba de cómo me pegué sin el menor orgullo a los Ángeles del Infierno, lo cual explicaba diciendo que fue porque me engañaron tristemente y porque estaba moralmente desprotegida. Luego desbarraba sobre cómo me gané el aprecio de Jas a base de proporcionarle todo el dinero para drogarse que me pedía. Me dejaron como a una arrastrada víctima llorona, que ejemplificaba lo devastada que se puede llegar a sentir una persona cuando un ser querido se esfuma. Sophie olvidó mencionar que me había divorciado, como habían hecho millones de personas más, y que por tanto no me habían abandonado. Pero contarlo todo hubiera restado dramatismo. Así que quedé como poco más que una moradora de los basureros. El mundo me consideraría una criatura arrastrada y penosa, al tiempo que una bruja que vivía como una ermitaña en un cuchitril infestado de gatos.

Habían incluido más fotos. Eran buenas, pero no llegaban ni de lejos a la altura de la que había en la portada. En una salía Jas con Natty, cuyo nerviosismo le otorgaba a su expresión un aire hosco y amenazador, y en otra aparecía Pauline Skinner. Esta foto estaba tomada de manera que no se podía apreciar su sugerente y relleno escote ni sus botas de leopardo de taconazo de aguja. Aparecía vieja y ajada; joder, debía de estar subiéndose por las paredes. A título ilustrativo incluían también varias fotos ampliadas de personas desaparecidas —una de ellas era la foto favorita de Terry que conservaba la señora Skinner—. Parecía sospechosamente retocada para suavizar su gesto desdeñoso, su descuidado rostro sin afeitar y sus estrechos ojos socarrones. El artículo terminaba con un final abierto en el que hacía un llamamiento para poner fin al drama de

los Desaparecidos y salvar las vidas arruinadas por el desinterés y la corrupción general de las autoridades —de todas, fueran cuales fueran, el *Clarion* se negó a dar nombres—. Luego facilitaban información de contacto para llamar a las líneas de ayuda y a las organizaciones pertinentes — «Si se ha visto afectado por alguno de los temas tratados en este artículo»— y por último daban otro empujoncito al altruista *Clarion*.

Dejé la revista con cuidado y miré de nuevo aquella magnífica fotografía. Me levanté, sin romper en ningún momento el silencio sepulcral que me envolvía, y me miré en el espejo de la cocina. Sabía que no importaba, que no debía preocuparme, ¿pero sería así como me veía la gente? ¿Me considerarían una bruta? ¿Creerían que era una solitaria vieja bruja excéntrica amortajada en ropa de hombre que llevaba una insulsa vida de solterona? ¿Y mi preciosa casita? ¿Me engañaba a mí misma y me negaba a ver la mierda que era en realidad? No podía creer cuánto me jodía lo que había leído, y no conseguía consolarme acordándome de los muertos de aquella estúpida reporterilla hija de la gran puta.

Me tumbé con sigilo, me estiré como una goma a punto de romperse y empecé a darme cuenta de la terrible destrucción a la que Sophie y sus jefes nos habían arrastrado a todos. ¿En qué cojones había estado yo pensando para permitir todo esto? Debía de haberme vuelto loca. Tenía que haberme puesto firme y pararlo todo tan pronto como intuí lo que se avecinaba. Pero, claro, me pensé que podía controlarlo igual que controlaba todo lo demás. Qué ilusa había sido, qué estúpida, qué egoísta, qué gran imbécil. Me habían jodido, algo que hirió mis sentimientos y mi orgullo, pero Jas y —oh, Dios— mi Natty estarían… No quería ni pensarlo. Las consecuencias de que esta bazofia se publicara en un diario nacional serían espeluznantes y el efecto resultaría más devastador a cada segundo.

Jas se haría celebérrima, se convertiría en una especie de emblema del mal. Durante sus quince infernales minutos de fama todo el estado —la puta totalidad de Bradford, ya que el reportaje

saldría también en el diario local— la abuchearía y pitaría; la muchedumbre desataría toda la crueldad que siempre se ha proyectado contra las víctimas débiles e indefensas. Quizá tuviera que mudarse o someterse a un proceso acelerado de rehabilitación. Me devané los sesos, colérica, pensando en la manera de poner las cosas en orden, intentando anticiparme a los problemas que pudieran surgir para que no me cogieran por sorpresa y solucionarlos lo antes posible. ¿Ordenaría el ayuntamiento su traslado? ¿Podía permitirme acogerla mientras las cosas se calmaban? ¿Decidirían los gerifaltes de la policía ponerla como ejemplo aprovechando su fama? Sabía que a los maderos de la calle les importaría una mierda una yoncarra de poca monta como Jas, pero sus superiores tenían que acatar las órdenes de limpiar las calles, procedentes de algún estúpido diputado parlamentario que no hacía sino pensar en su imagen pública; podrían cebarse con esto y… Joder, era como intentar volver a meter la pasta de dientes en el tubo; mientras más vueltas le daba, más se me escapaba todo de las manos y corría hacia la luz.

A pesar del estrépito de pensamientos que me abotagaba la cabeza, oí el familiar y oscuro canto que seguía el compás del latido de mi corazón, la cruel canción que me encadenaba de por vida al Perro Negro: estúpida, estúpida, estúpida niñata estúpida… Si es posible que dejen de quererte sólo por algo tan tonto como romper un jarrón, ¿qué no harán si se enteran de algo tan horrible como esto? «Una inútil, eso es lo que eres, una egoísta y una inútil, igualita que tu padre». Tiritando, apoyé los codos en la mesa y hundí la cabeza entre las manos. Estaba perdida, quería dar marcha atrás en el tiempo y hacer que nada de esto ocurriera, deseaba cerrarle la boca

a hostias a esa repugnante vieja zorra de Pauline Skinner, cualquier cosa, con tal de que esto jamás hubiera pasado.

25

EN LA fachada del piso habían escrito con aerosol rojo y en letras torcidas «puta llonki». Para los analfabetos autores de tan fascinante comentario debió de suponer un sacrificio sobrehumano tragarse el artículo entero, pero quizá les valió la pena si consiguieron provocar el mínimo alboroto aquel tórrido, aburrido y nublado domingo. La ventana, rota, y la puerta estaban cubiertas por un *collage* de huevos y mierda de perro. La pintada todavía estaba pegajosa cuando pasé el dedo por encima y pude oír las risitas contenidas del grupito de adolescentes deficientes que se habían apiñado a cuatro puertas de distancia. Estaban bebiendo y sabía que más tarde seguirían con sus jueguecitos, cuando el aplastante calor y el alcohol dejaran de atenazar las escasas neuronas que les quedaban. Los miré y me dedicaron la típica ristra de insultos —vieja cerda, ramera comepollas, puta bollera, etcétera— al tiempo que seguían intercambiando payasadas entre ellos. Por desgracia ya nos conocíamos. Era inútil enfrentarme a ellos porque, aunque les cerrara la boca un rato a base de frases lógicas, al final se envalentonarían y seguirían riéndose en mi cara, o acabarían partiéndomela. No era la primera vez, ni sería la última, que echaba de menos la inmunidad que me proporcionaba codearme con los Hijos del Demonio. O una pistola. Pensé en llamar a Johnjo y decirle que avisara a algunos de los chicos, pero luego decidí dejarlo por si las cosas se ponían feas de verdad.

Llamé a la puerta en uno de los pocos sitios que no estaban cubiertos de excremento canino. Como no obtuve respuesta me cubrí los dedos con un pañuelo, abrí la plaquita del buzón y grité que era yo. Entonces vino Monkey a abrir la puerta.

—Hola, Lee. ¿Estás bien, cariño?

Asintió con inseguridad, sin abrir la boca. El pobre estaba pálido. Se quedó en la entrada; no dejaba de agitar y retorcer la mano con la que no aguantaba la puerta —era un tic que le daba siempre que se asustaba.

—¿Puedo pasar, Lee, eh, cariño?

Se apartó enseguida, estremeciéndose.

—Tranquilo, Lee, no pasa nada, todo va a salir bien —le dije en un tono que a mí por lo menos me sonó tranquilizador. Deseé con todas mis fuerzas que los del *Clarion* se dieran cuenta del gran favor que le habían hecho al desgraciado, vulnerable y paupérrimo Monkey. En cuanto entré cerró la infecta puerta y acto seguido se refugió entre los abrigos y empezó a mecerse adelante y atrás al ritmo de su demencia.

Todo el piso estaba en silencio. Sólo se oía el débil sollozar de Jas, que procedía del salón, la respiración con vegetaciones de Monkey y el monótono zumbido de una enorme moscarda. El aire era caliente y espeso, hedía a miedo, a alcohol, a comida pasada y a sudor. Un enfermizo tufillo a aceite de jazmín estropeado lo cubría todo. Procedía de la habitación de Jas, que tenía la puerta abierta y estaba tomada por una marea de ropa sucia, sábanas y mantas, botellas, talco, fragmentos de un espejo roto y cosméticos viejos; todos sus trastos estaban desperdigados por la alfombra. Alguien la había redecorado; pues muy bien.

Cuando fui a preparar el té, la cocina presentaba el mismo aspecto: todo estaba destrozado. Había azúcar y café molido esparcidos y la encimera estaba cubierta de pegotes de mermelada y de batido. La cocina estaba inundada del pegajoso aceite rancio saturado de pizcos negros que se había salido de la sartén de las patatas, que estaba volcada, y la oxidada puerta de la nevera estaba entreabierta y le habían arrancado la mitad de los estantes; la escasa comida que contenía estaba al borde de las bandejas que habían sobrevivido o en el suelo. Suspiré. Entonces encontré un par

de tazas esmaltadas baratas y un vaso de plástico todavía intacto y saqué unas bolsitas de té del fondo del armario.

Miré todo aquel caos y me sentí exhausta. Me puse a limpiar automáticamente, sabiendo que si yo no lo hacía nadie lo haría… Pero me detuve. Para qué molestarme. Cuántas veces lo había ordenado todo, sólo para encontrarlo peor que nunca cuando volvía unos pocos días después. Se había convertido en una costumbre, en rutina, como cuando vives con alguien descuidado y todo se vuelven silenciosas disputas sobre a quién le toca sacar la basura del cuarto de baño o fregar los platos. Al final, te cansas de discutir por su dejadez y decides no volver a mover un dedo hasta que la otra persona ya no puede soportarlo más y se ve obligada a limpiarlo todo ella. Pero siempre pierdes tú, porque a los demás les da igual o ni siquiera se dan cuenta de la peste a basura o de la grasienta montaña de platos sucios. Lo cierto era que nadie más que yo se preocupaba por la higiene del piso; a ellos nunca les importó. Era yo quien decoraba, quien pintaba, quien compraba una nueva cortina de ducha cuando la vieja se enmohecía, quien había comprado visillos nuevos para la cocina —que al final siempre se soltaban de alguno de sus anillos de sujeción—, las mismas cortinillas amarillas de guingán que habían prestado su aura dorada a la luz que alumbraba el hermoso rostro arruinado de Jas en aquella excelente fotografía.

Dejé el cepillo y el recogedor e hice el té. No hacía falta preguntar quién era el autor de semejante caos. Ya había visto pasar al huracán Natty otras veces. Era aquella furia indomable e irreflexiva que le cegaba de vez en cuando lo que me preocupaba y me hacía preguntarme dónde andaría y qué estaría haciendo.

Fui a ver a Jas.

—Jas, Jas, amor, mira, tómate este té, venga, cariño…

—Oh, Billie, Billie, Billie… —Rompió a toser. Parecía que tenía cien años. Su tez había tomado un tono ceniciento, se le había arrugado aún más por deshidratación y el pelo se le había convertido en un

arbusto reseco de apretados ricillos y puntas blancas; las vetas de canas serpenteaban entre sus desgreñados rizos, que conformaban una apretada maraña. Agitaba una de sus mugrientas, marrones y desuñadas manos como una hoja que el viento meciera y sus ojos… Dios. Carecían de pupilas; sólo le quedaban los iris, que se habían convertido en ardientes esmeraldas nubladas que destellaban como llamas infernales desde las hundidas y venosas cavernas a que se habían reducido sus cuencas. Jamás había ofrecido un aspecto tan putrefacto. Continuó repitiendo mi nombre, una y otra vez.

—Venga, cariño, yo te ayudo, incorpórate un poquito… Jas, tienes que beber algo, he echado un montón de azúcar, por favor, amor.

Posé el té y la apoyé contra el brazo del sofá. Pesaba menos que una pluma; parecía hecha de mondadientes. Apenas le quedaba masa muscular y mucho menos grasa para quemar. Un párvulo pesaba más.

Entre tos y tos pude hacerla que se bebiera el té, sosteniéndole yo la taza. Casi no soportaba mirarla. Me daba demasiada lástima y tenía que cerrar los ojos para aguantarme las lágrimas.

Dejé la taza.

—Jas, no te muevas, enseguida vuelvo. Voy a darle a Monk… A Lee su té, ¿vale? ¿Vale?

Cuando volví con ella, tras haber fracasado en mi intento de sacar a Monkey de su refugio, aunque por lo menos le pude hacer beber un poco de té, me senté en el otro extremo del sofá. Entonces pisé algo resbaladizo. Al mirar vi la revista… O, más bien, lo que quedaba de ella.

—Jas… Jas, amor… ¿Dónde está Natty? ¿Dónde está Natty, Jas? Jas, vamos, venga, inténtalo, cariño, por favor, ¿Dónde está?

Empezó a gemir otra vez. Puso los ojos en blanco e intentó pestañear, dejando ver sus amarillentos globos oculares. Pensé en llamar a una ambulancia, aunque sabía que la apedrearían o que a los sanitarios les arrojarían basura o cosas peores, si es que hacían

caso y venían. De nuevo preferí dejarlo por si las cosas empeoraban. Aquél no era un vecindario limpio y hospitalario de gente acomodada, adonde el médico acudía corriendo cuando lo llamabas. Aquello era el Salvaje Oeste. Allí los vecinos estaban solos, abandonados a su suerte. Le hice beber más de aquel té negro saturado de azúcar.

Tosió e intentó hablar.

—Billie, Billie… Se volvió loco cuando leyó ese… ese…, el periódico. No quiso leé'melo a mí. Diho que nos hacía parece' idiota', dijo que era… malo, muy muy malo. Ento'ce'… empezó a destrozado todo. Luego vinieron y fuera… La gente… Empezaron a tirar cosa' y a grita' que yo era, que yo era…

—Oh, Jas, amor, no te preocupes por eso ahora. Ya lo arreglaremos… Pero Jas, ¿dónde está? ¿Adónde ha ido?

—No'hé, no'hé… Se fue sin deci' na', salió corriendo detrá' de los que habían estado gritando, pero salieron corriendo cuando lo vieron y, no'hé… No ha vuelto. Igual s'ha'í'o a Huddersfield o a Leeds, con alguna chica, yo qué'hé. Billie, Billie… He visto las fotos… Salgo tan vieha, tan vieha… Yo no me siento vieha, cansá' igual sí, pero las fotos… ¿Qué han dicho, los periodistas? ¿Qué ponía? No me lo ha conta'o y yo no puedo… Mis ohos, qué gracia, no puedo…

En los ojos no le pasaba nada. Lo que ocurría era que no sabía leer. Nunca aprendió. Como mucho reconocía su propio nombre e identificaba frases simples, como los niños pequeños. Por mucho que lo intenté, nunca conseguí que deseara aprender. Cuando intenté enseñarle a Monkey, quise que ella aprendiera también lo básico y aunque ella también quería que él supiera, a ella jamás le interesó. En su día me pregunté si no sería otro de sus trucos para que se lo dieran todo mascado. Pero ahora creo que era una bendición disfrazada. Se volvió a echar sobre su amado y mullido cojín morado, el que le había regalado Natty las últimas navidades. Aquél fue un gran día al que los siglos parecían haberse tragado.

No podía contárselo. Llamadme cobarde si queréis, pero no podía decirle que un periódico nacional anunciaba al mundo muy explícitamente que era una prostituta yonqui acabada y que el hijo al que tanto adoraba era un matón desalmado. Quien lea esto —¿Estás ahí, Leckie?— que se pregunte qué hubiera hecho en mi lugar. Pues claro, eso pensé yo. Joder, todo el mundo miente alguna vez, todos somos putos humanos. Alguien dijo «el mal es la ausencia de empatía». Pues bien, en ese caso sólo un cabrón despiadado le hubiera leído el artículo palabra por palabra a la lastimosa y vulnerable criatura que yacía casi inerte en el sofá.

—Bueno, amor, mira… Los periodistas es que son muy… Son muy esnobs; sí, ya sabes, ¿la chica con la que hablaste? Era una pija, ¿a que sí? Así que claro, *er*, escribió sobre… Oh, sobre que no nos sobra el dinero o que vivimos en casitas pequeñas, tonterías de ésas, ¿sabes? Si casi nos miraba mal por no ser tan, no sé… Tan requeteguays como ella. No le gustó que no hayamos ido a la universidad o que no seamos como ella y sus amigos. Y, sabes, Jas, no entendió nuestro estilo de vida, ni que tú tengas que tomar tus… tus medicamentos y eso… Ya sabes cómo es esa clase de gente; viven en su pequeño mundo y no quieren entendernos a los demás, a los que tenemos que esforzarnos para salir adelante. ¿Me entiendes, Jas?

Se quedó callada durante tanto tiempo que pensé que se había dormido. Justo cuando iba a decir algo más empezó a toser y a balbucir, pero hablaba tan bajito que apenas podía oír sus roncos susurros. Parecía que hablaba consigo misma en lugar de conmigo.

—No es culpa mía si no'hé. No fui a la escuela. Mi mamá'staba sola, Billie, como yo, era… No tenía a nadie que l'ayudara y era… Billie, prostituta, de las de calle. ¿Pero qué podía'cer? Éramos cuatro, yo y nuestro Stevie y Rick y Tony. Nunca tuvimos padre, que yo sepa. Sólo tuvimos a mamá. Stevie y Rick murieron… ¿Lo sabías? Los do'sí. Hace años que no sé na' de Tony, Billie, yo no quería'cabar así, no… Sabes, de joven soñaba con cantar, como Diana Ross,

cantaba de maravilla, sí, y me sabía todos los bailes… Practicaba mucho y luego les cantab'a mamá y los chicos: «Amor, no pue'es escapar, amor», todos los éxitos… Apagábamos las luces de l'habitación y Tony encendía una linterna y nos imaginábamos qu'era un foco y… Ay, cuánto nos reíamos, de verdá…

Sonrió y empezó a mover los dedos al compás de una canción de la que se estaba acordando. Luego suspiró y se le escapó una lagrimilla que se perdió entre la maraña de su pelo.

—Yo quería a Terry, Billie, no quería que se marchara, sa'es. Hubiera hecho cualquié' cosa por que se quedara, en serio… Pero igual él no me quería tanto como yo a él. No soy tonta, ya sé cómo acaban las cosas a veces, es que quiero… No es que sea muy guapa, supongo… No'é. Pero Natty, oh, oh, Billie… Lo quiero tanto, tú lo sabes, es mi hijito, mi angelito, lo ha si'o to' pa' mí, to'… ¿Es que los de los periódico' se creen que no lo quiero? ¿Que no quiero que'studie y consiga un buen trabaho? Claro que sí, ciar…

Tosió fuerte —era una extraña tos áspera— y empezó a convulsionarse. Le puse la mano en la frente; estaba ardiendo. Se le encendieron las mejillas. Me dije que debería llevarla al médico en cuanto pudiera. Y ya puestos, a Monkey no le vendría mal hacerse un chequeo general. Ni a Natty. Puta mierda, a ninguno. Se me ocurrió que debería alquilar un jodido minibús.

—*Sshhh, sshhh*, Jas, claro que lo quieres, claro que sí. Todos sabemos que te has esforzado al máximo, no tienes culpa de nada, no llores, amor, no…

—Estoy tan enferma, tan… Estoy muy cansada, tan can… Billie, Billie… —De repente me agarró la mano, con una fuerza asombrosa para estar tan débil. Tenía la mano ardiendo y la piel reseca.

—¿Qué, cielo? ¿Qué? Estoy contigo, no te preocupes.

—Billie, cuida de mi Natty, cuida de m'hihito… Me lo prometiste, tú… Tú eres su hada madrina, ¿te acuerda'? Cuando era chico, ¿te acuerda'? Me lo prometiste, Billie… Natty…

—*Sshhh*, ya, ya, cariño, no te preocupes, yo lo cuidaré, ya lo sabes, ¿no lo he cuidado siempre? *¿Hmm? Sshhh*, ahora no hables más, cielo, intenta dormir un poco, ¿vale?

Ya había cerrado los ojos. Si mirabas de cerca su devastado rostro, todavía podías ver a aquella risueña niña de doce años, a la que le entusiasmaba cantarle los éxitos de la Motown a su madre, mientras sus hermanos correteaban por el húmedo y reducido salón y Tony alumbraba con el foco a la gran Jasmine Pearl, que cantaba y cantaba sin parar.

Al final limpié el piso —sí, alguien tenía que hacerlo— mientras Jas y Monkey dormían un poco, cada uno en su lugar preferido. A Jas la tapé con el abultado edredón de su cama y a Monkey lo arropé con unos cuantos abrigos. Luego dejé una gran jarra de plástico llena de agua y varias latas de bebida energética junto al sofá. Ya no se oía al grupete de adolescentes deficientes y nadie parecía continuar con su obra de mierda perruna y aerosol; aun así, preferí quedarme de todas maneras y ver la tele un rato sin sonido en el cuarto de Natty. Me estiré en el estrecho camastro, que destilaba un suave olor a él y a su último *aftershave*, algo de Calvin Klein, que olía a limones químicos. Era un aroma moderno e irreverente pensado para jóvenes marchosos y desenfadados que afrontaban cada día con dinamismo y despreocupación. Parecía un chiste, una ironía fragante.

Llamé a Natty repetidas veces y le dejé seis o siete mensajes en el móvil. Le mandé también varios mensajitos de texto: «Nat vn ksa YA O llamam URGNT!!! BM». Esperé a que me llamara o, a decir verdad, a que alguien, quien fuera, me llamara; pero el teléfono no sonó.

El Perro Negro empezó a aullar otra vez. Sus lamentos atronaban como las llamadas de una gigantesca campana de hierro oxidado en los huecos túneles de un túmulo abandonado: los montículos sepulcrales de los reyes celtas, mi tenebroso legado. Aquellos quejidos tenían una finalidad salvaje y cruel; podía oír las palabras

del fantasma de Jas abrirse paso entre el estruendo: «Me lo prometiste, prometiste que cuidarías de m'hihito…».

Me tapé las orejas con las manos y me mordí el labio inferior hasta que pude saborear la sangre. Sin embargo, aquella resonancia funeraria retumbaba y retumbaba dentro de mi cráneo, como si se hubiera empeñado en resquebrajármelo. Era mi cadena perpetua.

Mi cadena perpetua.

26

DEBÍ de haberme quedado dormida, porque me desperté sobresaltada cuando alguien empezó a aporrear la puerta de la entrada como si la estuviera golpeando con un ladrillo. Me levanté como grogui, se me enredó el pie en el edredón y me caí al suelo golpeándome dolorosamente en la cadera. Me acordé de todos los muertos del que estuviera llamando y me froté con la mano la zona donde sabía que no tardaría en salirme un bonito cardenal. Me levanté con torpeza y me paré a escuchar. Cuando oí unas risas burlonas que se alejaban decidí sentarme, agité la cabeza y desentumecí la mandíbula. La tele sonaba de fondo… Era un programa de antigüedades. Una mujer que mostraba un horrendo jarrón al que yo jamás hubiera hecho un hueco en mi casa pareció alegrarse mucho cuando un tipo le dijo que el objeto estaba valorado en diez mil libras. Diez mil putas libras por un trozo deforme de arcilla pintarrajeado a mano. Me puse a darle vueltas a todo lo que se podría hacer con el dineral que la gente desperdiciaba en antiguallas: riñones artificiales, juguetes para los orfanatos, hogares decentes para los pobres bastardos refugiados. Qué inocente, qué idealista, qué pasado de moda… Joder. Qué mierda de mundo. Apagué el trasto. Como se me había dormido la oreja del lado sobre el que había estado echada me la froté para ver si así recuperaba antes la sensibilidad, aunque doliera.

Sin poder dejar de bostezar, salí al recibidor y rebusqué entre los calientes y apestosos abrigos bajo los que se había escondido Monkey. Dormía como un tronco y tenía los morros cubiertos de mocos; de hecho las franjas por las que habían fluido sus lágrimas eran lo único limpio de su rostro. El pobre olía igual que una caja de

zapatos llena de hámsteres. Las prendas bajo las que había anidado actuaban como un perfecto sistema de insonorización —tal había sido su intención—, de modo que volví a cubrirlo y fui a ver a Jas.

Todavía ardía de fiebre. La desperté y le hice beber un poco de agua, aunque la mayoría se le escapó entre sus flojos labios al sufrir un nuevo ataque de tos convulsiva. Empapé un paño de cocina limpio en agua fría y se lo pasé por la cara y las manos, sin saber si llevarla a la cama o no. Dado que era tan menuda que sobraba medio sofá, preferí dejarla quieta de momento. No quería ni pensar en cómo se pondría cuando se despertara y empezara a reclamar sus «medicamentos», de los que ya no quedaba ni una dosis.

Volví al cuarto de Natty e intenté llamarlo otra vez.

—Éste es el contestador automático del número… —Le dejé un mensaje diciéndole que llamara de inmediato, aunque en el fondo sabía que no obtendría respuesta alguna.

Llamé a Leckie y le conté cómo estaban las cosas en el piso; no se extrañó. ¿Me equivoco, Lecks? Lo que no pude decirte es cuánto deseaba salir corriendo de aquel infierno y salir por ahí contigo, como una persona normal. En serio. Supongo que necesitaba decirte cuánto te quería; te quiero y admiro lo buena amiga que eres porque, aunque a veces te enfadabas, nunca me sermoneaste en plan «la gente dejará de quererte». No te imaginas lo que eso significa para mí.

Sin embargo, esa dichosa frase me hizo caer en la cuenta de que tenía que llamar a una persona con la que no me apetecía nada hablar. La semana pasada había hablado con mamá (¿o quizá fuera la anterior?). Fue, como de costumbre, una conversación superficial que en aquella ocasión aprovechó para describirme con detalle —les acababan de entregar las fotos— la fiesta de aniversario de la boda de Jen, que habían celebrado con servicio de *catering*, una orquesta y una tarta especial, «de diseño», al parecer, coronada por dos corazoncitos de azúcar envueltos en rositas por los pájaros azules de la felicidad. Jen llevaba un vestido de capas de gasa de color

melocotón pastel y un chal a juego bordado con cuentas. Qué sorpresa; si hubiera ido de rojo demonio me hubiera dado algo. Las niñas llevaban conjuntos de tonos pastel a juego y Eric —santo Dios— se había disfrazado con un esmoquin azul pálido. No me hacía falta ver las fotos para imaginarme el cuadro.

La voz de mamá, una infecta mezcla de orgullo, jactancia y críticas de mis equivocados pasos, retumbaba en mi cabeza mientras marcaba el número. Respiré lenta y profundamente, como me recomendaba Leckie que hiciera cuando tenía que realizar alguna llamada telefónica obligada: con los mayoristas funcionaba muy bien, pero no servía para deshacer el laberíntico nudo que se me había hecho en las tripas al pensar en qué opinaría mamá sobre el artículo.

No me decepcionó… No, no es cierto. Claro que me decepcionó, como siempre, el hecho de que no se pusiera de mi lado. De hecho, a medida que avanzaba la conversación, me fui dando cuenta de que se pensaba que yo había hecho la entrevista sólo para molestarla, y quizá para vengarme por algún desaire pasado. Yo siempre estaba dando a entender lo mala madre que ella era y haciendo montañas de granos de arena, rasgo que había heredado de la rama paterna de la familia; siempre exagerando, siempre tan dramática.

—Pero yo ya no espero nada, Billie, de verdad que no. Sólo que ya estés contenta, señorita, ahora que ya me has hecho quedar a la altura del betún, que nos has puesto en ridículo delante de todos… La señora Atkinson me enseñó el periódico, su hijo lo compra, y tendrías que haber visto cómo sonreía de satisfacción, la muy arpía. Oh, desde luego, muchas gracias por ponerme en evidencia ante gente como los Atkinson. No, yo no lo he leído, yo no leo esa basura, aunque sí le eché una ojeada y descubrí lo suficiente para conocer cómo vives en realidad: droga, hombres y todo eso. Pues bien, no esperes que siga yendo detrás de ti lloriqueando y lamentándome, me lavo las manos, no quiero saber nada más de ti

y se lo he dicho a la señora Atkinson. Te lo agradezco, Joyce, le dije, pero no. No es mi hija, ya no. Ésta es la gota que colma el vaso, te lo aseguro. Oh, cuando pienso en cuánto me he desvivido por ti, podría… Pero ya no más. Se acabó.

—Mamá, yo no… No es… Mamá, por favor…

—Ah, claro, ahora me vienes con «Mamá, por favor», ¿verdad? Pues ahora te quedas con tus amigos drogadictos y te puedes hartar a desperdiciar tu vida, Billie; me voy con Jen y las niñas, sí, lo que oyes; Eñe ha hecho algunas reformas en el piso y me voy con ellos seis meses a ver si me gusta, y si es así, me quedaré. Voy a alquilar la casa a una pareja decentísima, los dos trabajan, una agencia se ocupa de todo. Lo admito, al principio tuve mis dudas… Jen, cariño, le dije, ¿y tu hermana? Pero me dijo que debía pensar en mí misma, en mi salud, porque tengo que controlar mis nervios… ¡Sobre todo después de esto! Jamás has sido más que una carga y una desgracia, hija; espantaste a tu padre y después a tu hermana, y ahora yo también tengo que irme. Pues bien, ahora esto te está bien, porque naciste egoísta, eres egoísta y morirás egoísta.

—Mamá, por favor… No llores, mamá, no quería hacerte daño…

—Ah, ¿no querías herir mis sentimientos? Nunca fue tu intención, ¿me equivoco? Muy bien, ahora no me vengas con lloros. ¿No eras tan lista? Pues ahora apenca con las consecuencias, a mí ya me da igual. He metido tus cosas en una caja, tal como estaban. Te agradecería que vinieras a recogerlas antes del fin de semana porque si no acabarán en el cubo de la basura, que es el lugar más apropiado para ti. Te aconsejo que vengas por la tarde, después de las tres y antes de las seis, porque tengo que aprovechar esta semana para despedirme de la gente, de la buena gente, aunque no espero que entiendas qué es eso. Ya tienes llave.

—Por Dios, mamá, ¿cuánto hace que has decidido…

—¿Irme? No es de tu incumbencia, pero ya llevaba años dándole vueltas. Las pasadas navidades Jen me invitó a que las siguientes las pasara con ellos, me dijo que no volviera a pasar unas navidades

sola, sin nadie que se preocupara por mí, y entonces yo pensé, ¿por qué quedarme sólo unas navidades? Ellos sí que me quieren, ya ves, se preocupan… Al contrario que otras. Lo dispuse todo hace algunos meses, sólo me faltaba encontrar a los inquilinos adecuados. Así que como ya los he encontrado, ya no tengo nada que hacer aquí. Nunca te conté nada porque te da igual. Y ahora este circo… Oh, Billie, ¿cómo has podido hacerlo? ¿Por qué nos has pisoteado de esta manera? No te entiendo, de verdad. No te ha faltado de nada, has tenido una hermosa casa, una hermana que te quería, te hemos educado, has estudiado… Todo. Pero te empeñas en mezclarte con los marginados. Que sepas que he leído lo que dice la *Woman's Own* sobre los niños como tú y sobre cómo le arruinan la vida a los padres, de los que dice que tienen que ser fuertes, «amor fuerte» lo llamaban. Imponeos sobre vuestros hijos, que se den cuenta de que no pueden hacer lo que les venga en gana. Es por su propio bien. Ya me has dado bastantes disgustos, así que ahora voy a hacer lo que pone en la revista.

—Pero mamá, yo…

—No, guárdate tus excusas, ya no eres mi hija, ahora sólo eres la hija de tu padre. Ya no me llames más, no quiero volver a hablar contigo. ¿Entiendes eso? Nunca, jamás. Por lo que a mí respecta, eres tú la que ha roto con todo por haber sacado eso en los periódicos para que todo el mundo se entere. Eres muy fría, Billie, sí, fría y egoísta, igual que tu padre.

Dicho esto, el teléfono se me murió en las manos.

Ahora pensaréis que lloré hasta deshidratarme, ¿verdad? Quiero decir, es lo normal cuando ves una película dramática en el cine o un culebrón en la tele, ¿no? Pues no, no derramé ni una lágrima. Y además es que no quería. Igual sí que soy como mi padre, fría y egoísta, pero algo sí que se me quemó por dentro, como un trozo de papel arrojado a las llamas, que durante un segundo no le pasa nada, pero después empieza a despedir humo y luego a quebrarse, hasta que por último se desintegra.

Mis sentimientos hacia mamá se carbonizaron del mismo modo. Ni siquiera me dio la oportunidad de explicarle las cosas ni de disculparme por haberla molestado.

Quizá tuviera razón. No había pensado en ella, ni en Jen, ni en el tío Arthur, ni en ningún otro miembro de la familia, lejano o cercano, cuando me metí en este lío. Lo cierto es que apenas pensaba en nadie —a excepción de mamá y Jen, a quienes tampoco tenía en gran estima— y cuando lo hacía no sentía nada. Mi vida se había separado tanto de todos y había habido tan poco contacto a lo largo de los años que prácticamente no significaban nada para mí. Así que no pensé en nadie, ni siquiera en mamá, y éste era el precio a pagar. Mamá me repudiaba y se largaba al otro lado del mundo para no verme más.

Debo decir que en el fondo pensaba que se estaba tirando un farol, como hacía siempre que se enfadaba; que con el tiempo, como siempre, regresaría y las cosas volverían a ser como antes: imperfectas, o desastrosas, mejor dicho, pero normales para nosotras. Creí que volveríamos a hablarnos y a mandarnos cartas. Pero mientras escribo esto tengo que reconocer que cumplió su palabra, porque no he vuelto a saber nada de ella desde aquella conversación telefónica. Ahora creo que para ella fue un gran alivio —aunque nunca lo admitiera— tener una buena razón para perderme de vista. Como se suele decir, a los amigos los eliges, pero la familia te toca. Es algo que dice la gente cuando sus padres no les gustan como personas, aunque no se paran a pensar que sus padres los pueden ver de la misma manera. Mamá, bueno, nunca le gusté como mujer. A Jen la amaba y la comprendía, pero a mí… Vivíamos en mundos distintos. Yo era la hija del cuco, la suplantadora. Creo que se libró de un gran lastre al —¿cómo decirlo?— divorciarse de mí, no sé si me explico.

Por lo tanto no, no lloré. Ya estaba hasta los cojones de tanto llorar. Como Micky, lo dejaría para otro rato, ya me ocuparía después. Ya lloraría más tarde.

27

AL PARECER llevé a Jas al hospital en el último minuto. En cuanto la vieron los del mostrador de clasificación la metieron tras una cortina. Esperamos, Monkey y yo, carcomidos de incertidumbre, mirando las mudas figuras de la tele y escuchando el babel de voces procedentes de todas partes del mundo, durante unos minutos que se alargaron como siglos. Creo que dormí un poco, exhausta. Monkey sí que echó una cabezada, el pobre diablo. Al final me llamaron para hablar con un médico joven que parecía estresado y agotado. Fue muy agradable, pero la desesperación que evidenciaban sus enrojecidos ojos mientras me comentaba el estado de Jas era palpable. Sabía cómo se sentía.

—Dice que es heroinómana, señora, *er…* ¿Desde cuándo? Oh, entiendo. Y tabaco, alcohol, también se… Oh, claro. ¿Y cuánto tiempo lleva en este estado? La fiebre, la tos, quiero decir… Bien, aproximadamente…De acuerdo… Le he hecho un chequeo, pero es obvio que necesitamos hacerle más pruebas, aunque en principio todo apunta a que padece tuberculosis. Oh, sí, cada vez se dan más casos, aunque parezca mentira, sobre todo entre… la población que lleva un modo de vida como el de la señora, *er*, Savage. La ingresaremos de inmediato y permanecerá en la unidad de infecciosos, por supuesto, por lo que me temo que no podrá usted visitarla. Puede que más tarde tengamos que trasladarla a una unidad especial pero, por el momento, prefiero evitarle todos los traumas posibles. Se someterá a un programa de desintoxicación y necesitaremos que alguien nos firme las autorizaciones pertinentes… ¿Es usted familiar? *Mmm, mmm*. Ah, ya veo, es usted amiga de la familia, bien, dadas las circunstancias, será usted la persona más

indicada para que nosotros le vayamos comentando la evolución de la paciente… Usted se pondrá en contacto con su hijo, excelente. Muy bien, a usted habrá que hacerle pruebas, rayos X del pecho, etcétera… Y también al hijo y al señor… Monk. Como le decía, habrá que hacerle pruebas, pero estoy seguro… Si acompaña a la enfermera, ella se encargará de todo y… No, no, todo está bien, en serio.

Se dio media vuelta y salió corriendo, con su holgada bata blanca ondeando tras él. La enfermera, con su cara de perra vieja, no era mucho mejor, aunque como estaba bastante metida en carnes por lo menos tenía aspecto maternal.

Intenté sacarle información a la enfermera, preguntarle cosas que me interesaba saber, pero la cabeza me daba vueltas como una peonza. Cogí el folleto informativo que me tendió e intenté recordar dónde había que hacerse las pruebas. Me costaba hacerme a la idea de que Jas estuviera tan enferma; pensé que sí que podría haber pillado frío en el pecho o incluso una bronquitis, pero… ¿Tuberculosis? Nadie tenía ya tuberculosis. Era cosa de la Edad Media.

Pronto la enfermera me sacó de mi error; al parecer lo que teníamos que esperar —aunque lo cierto fuera que no albergábamos mucha esperanza— era que Jas no estuviera infectada por el tipo resistente a los medicamentos que se estaba extendiendo por todo el país. Como vio que no la había entendido, me lo explicó: tienes el virus, pero éste es inmune a todos los medicamentos existentes. No había fármacos con los que luchar, por lo que los médicos tenían que improvisar todo tipo de compuestos para intentar frenar el avance del microbio. La «Muerte Blanca» llamaban a la enfermedad. Joder. Jas tenía los pulmones como un colador, se encontraba muy débil y su drogadicción… Con eso ya tenía bastante. Si había pillado esa variante del virus… La enfermera veía en mí a una especie de trabajadora social más que a una pariente, de modo que me habló con total franqueza, al menos con toda la franqueza que el personal

sanitario se permite con los familiares. Al principio no entendía por qué, pero luego caí en la cuenta. Jas era negra y yo blanca. La enfermera supuso que yo pertenecía a otra clase social por mi forma de hablar y por mi ropa, aunque estuviera sucia y manchada de sangre. Llevaba tantos años siendo la «hermana» de Jas… Ya casi se me había olvidado lo ridículo que debía de parecer desde fuera.

Entonces la enfermera me miró, esta vez con otros ojos, y lo supe: yo también podría estar infectada. Y Monkey, y Natty. Todos podríamos estar cultivando aquel bicho. Me senté, como si me estuviera hundiendo, junto a Monkey, que estaba acuclillado junto a la silla como una puta gárgola. Me sentí como la mierda.

Pensé que debía informar a la enfermera sobre lo del periódico, por si aparecía alguien interesándose por Jas. Al principio no me entendió —¿por qué iba la prensa a publicar nada sobre nosotras?— pero insistí hasta que pareció pillarlo.

—Oh, de modo que son famosas, ¿eh? ¿Me firma un autógrafo? —dijo con sonrisa burlona. Me contuve las ganas de reventarle aquellos morros de cerda. Perdónala, porque no sabe lo que dice.

—No… Quiero decir, no me he explicado. Digamos que en el artículo no salíamos muy bien paradas. Han retratado a Jas… A la señora Savage como a una…

Me callé. La habían pintado como a una puta y una yonqui. Pero es que es lo que era. Sin embargo, al mismo tiempo, no era simplemente eso, era una persona real, un ser humano, no la noticia del momento. ¿Cómo explicarle, en diez segundos de conversación superficial, a aquella mujer tan ocupada, que no se trataba de que Jas fuera una celebridad de esas de cuya vida te puedes enterar en las revistas rosas de la sala de espera del dentista?

Respiré hondo.

—Es decir, no era un reportaje muy favorable. Decía cosas muy crueles. —Intenté ganármela—. Los medios de comunicación, ya sabe cómo van a por la gente… No quiero que la molesten, que la hagan empeorar, que digan cosas que puedan molestarla.

Me sonrió en señal de simpatía, gesto que me recordó a *Lady* Di.

—Oh, comprendo, bien, no se preocupe, no se permite la entrada a la unidad de infecciosos. Pero tomaré nota… — Frunció el ceño y escribió algo en su sujetapapeles al tiempo que lo iba diciendo:—. Informar de la evolución de la señora Savage sólo a los parientes. Y a usted, por supuesto… En serio, no se preocupe, aquí cuidaremos bien de ella.

Al instante siguiente ya no estaba y Monkey y yo nos quedamos solos, sentados en el pasillo como pacientes que esperaran a ser chequeados por algún médico fantasma. ¿Qué nos diría el doctor espectral? Pinta mal, señora Morgan, me temo que no traigo buenas noticias. Me reí sin ganas y Monkey me miró con ojos interrogantes.

—Perdona, Lee, estoy agotada. Venga, cielo, nos vamos a casa. Prepararé algo para cenar, ¿eh? Venga.

De camino a casa repasé todo lo ocurrido durante aquella tarde y me pregunté a quién podría contratar para quitar de en medio a Pauline Skinner por un módico precio. La enfermera se había pensado que el ataque del reportaje era la causa de la crisis de Jas, pero se equivocaba. La culpa la tenía la puta Pauline Skinner.

Entró en el piso como una arpía chirriante, borracha hasta las patas y tirando de su caniche humano, el calzonazos de Bobby. Su llegada no nos cogió por sorpresa, ya que la venía anunciando con sus barritos y con las patadas que empezó a meterle a la puerta con sus puntiagudos zapatos de tacón de aguja.

—¡Abre la jodida puerta, puta! ¡Abre la jodida puerta, drogadicta de mierda! Bobby, Bobby, abre ya la puerta…

Antes de que pudiera decirle que no se moviera, Monkey fue a abrirles la puerta. Supongo que había desarrollado una especie de instinto. La Skinner lo estampó contra la pared en cuanto oyó que

desbloqueaban la cerradura e intentó arrollarme también a mí, que me había puesto firme en medio del recibidor. Quiso tumbarme golpeándome con los brazos, que agitaba como temibles aspas de molino, con las palmas extendidas, y el aliento le apestaba a alcohol y tabaco; se me tiró a los ojos con los cortantes ganchos acrílicos de tres centímetros de largo que tenía por uñas. Joder, podría haber levantado la pintura de las paredes del otro lado del piso con ese aliento, que mezclado con el hedor de su sudor —la inconfundible peste que libera un hígado incapaz de metabolizar una sola gota más de alcohol— y la nube que liberaba el perfume barato con que se había embadurnado, me saturaban las vías respiratorias y me mareaba.

—¡Tú, puta, tú, puta zorra! ¡Vete a tomar por el puto culo! ¡Bobby, Bobby! ¡Me está haciendo daño! ¡Bobby! ¡Dónde está la puta negra de los cojones! ¡Dónde…!

Le di un guantazo. No muy fuerte, después de todo sólo era una vieja, pero lo bastante para que cerrara el hocico. La verdad es que lo gocé. Tuve que contenerme para no inflarle la cara a hostias. De repente se sentó en el suelo, como esos muñequitos de madera que cuando pulsas el botón de la base o bien se dejan caer o bien se ponen firmes. Cuando agité la mano para aliviar el dolor que yo también me había hecho, Bobby intentó inmovilizármela.

Una mirada bastó para que se achantara y se retirara murmurando algo entre dientes, el pobre cretino. Agarré a Pauline de sus grasientas extensiones y tiré de ellas hasta ponerla de nuevo en pie. Se revolvió y agitó hasta que se le soltaron todas las horquillas. La acorralé contra la pared. La adrenalina me quemaba las venas, lo que no dejaba de ser vigorizador después de un día tan deprimente. Me sentí libre al dar de lado a la lógica y perder el control, al dejar de ser siempre educada con la gente decente, con los ignorantes por voluntad propia, con los malvados y con los mendaces. Era una fuente de energía que revitalizaba mi congestionado corazón y lo hacía latir con todas sus fuerzas.

Durante un demencial segundo volví a ser la princesa proscrita: salvaje, bárbara y libre de las engorrosas cadenas de la sociedad. En aquel momento no me hubiera costado nada matar a Pauline Skinner con mis propias manos; no me hubiera importado una mierda partirle su flacucho cuello. Sabía que al final pagaría el precio de no reprimir mi ira, pero me daba igual. Sólo me importaba llegar al clímax de mi rabia. No quiero decir que estuviera bien ni que fuera bueno, no, nada de eso. Pero ni puedo ni pienso poner excusas ni intentar sonreír con afectación y poner reparos. Es un hecho, la violencia formaba parte de mí, igual que el amor, el honor y el orgullo. Durante años había sido la base de mi voluntad de hierro, aunque a veces controlarla a diario exigía un precio demasiado elevado.

—Cállate la puta boca, Pauline. —Bobby dio un paso vacilante hacia mí—. Y tú… Ni se te ocurra. ¿De qué vas, vacaburra de los cojones? ¿Qué? Joder, cómo apestas. ¿Sabes qué? No sale más que mierda de ese culo que tienes por boca.

En ese instante una explosión de cólera animal destelló en los sulfúreos ojos de la vieja perra.

—Apesto'a'mierd'apesto… 'de cojone'stá 'sa puta negra? ¿Eh? ¿Eh? L'ha jodido todo, 'saputa ramera, 'saputa… 'cias'a'ella soy'l put'hazmerreír, la gente se ríe de mí por tener una… puta yonqui negra de nuera…

—Cierra ya el pico, morsa de los cojones. Saca tu puto culo de aquí, ahora. Tú, pelele de mierda, llévatela de aquí antes de que le haga pupita de verdad. No te lo pienso repetir, ¡venga!

—Llamaré'la policía, m'has'atacado, ya verás, a que'hí, Bobby, m'has'hecho daño… Llamaré'los maderos…

Me reí. Fue una carcajada desprovista del menor rastro de jocosidad.

—Venga, corre a la comisaría. ¿Qué les vas a decir, eh? ¿Que entraste en esta casa como un búfalo e insultando a una mujer

enferma? ¿Que yo intenté detenerte? Venga, a qué esperas, cerda de los huevos, llámalos y veamos a quién hacen caso.

Cerró su bocaza, confundida. Su cara, maquillada con la mancha rojiza del bofetón, que parecía una antigua marca grabada a fuego, estaba surcada por una rugosa red de zanjas fecales y sus ojos amarillentos, ocultos tras la pastosa verja de sus pestañas, no tardaron en aceitarse con las fáciles lágrimas típicas de los borrachos. Empezó a gemir y tanteó el aire con sus manos en busca de los brazos de Bobby.

—T'odio, ¿m'oyes? T'odio… Eres una mala bruja, sí, mala com'un veneno. No's t'hijo'l que s'ha pe'dido, sino'l mío, m'hijito… se mezcló con la gentuza de la negra… Cómo saldré'hora'la calle si todo'l mundo sabe lo que's'esa puta… Oh, Bobbybobby, llévam'a casa, ooh…

Bobby rodeó el mantecoso cuerpo de la bruja con sus brazuchos insectiles. Me miró; sus grasientas y enormes gafas de culo de botella aumentaban varias veces el tamaño de sus ojillos de topo.

Entonces dijo algo. Era la primera vez que le veía abrir la boca.

—No hacía falta que le hicieras esto. Eres mala, eres muy mala. No tienes sentimientos. Ella es frágil, es muy delicada, pero tú no lo entiendes.

El amor afloró en su rostro mientras ayudaba con delicadeza a la sollozante Pauline a cruzar la puerta. Pobre, pobre infeliz; cieguito de amor. Sentí una punzada de culpabilidad y entonces la adrenalina empezó a abandonar mis venas, permitiendo que se me enfriara la sangre. Iba a decirle algo a Bobby cuando de repente Pauline se giró haciendo un restallido y me lanzó su infecto veneno a los ojos, como una cobra escupidora.

—Zorra… —siseó—. Todavía n'he'cabado contigo… ni la negra, ya verás, tú'spera, pienso quemar'sta puta pocilga con ella dendro, acabaré con todos vosodros, yo…

Me limpié el espeso y fétido salivazo de la cara y los terminé de echar de un empujón; les cerré la puerta de golpe y eché el cerrojo.

Me quedé allí, temblando e intentando levantar a Monkey del suelo y cortarle la hemorragia que tenía en la nariz, cuando de repente oí un ruido, una especie de resuello de canalones, que me hizo girarme instintivamente.

—¿S'ha í'o, Billie? Cuánto miedo l'he tenido to's'estos'años… —Jadeó Jas con voz ronca desde la entrada, apoyada en el marco como un escuálido ácaro sibilante.

—Jas, Jas, amor, no te preocupes, la he echado, se ha ido, venga, vuelve a…

Me miró con aquellos ojazos verdes, el rostro torcido de asombro, e hizo otro ruido, similar a la tos, pero peor; un desgarrador gañido fibroso y burbujeante le retorció todo el cuerpo convulsivamente y entonces una débil llovizna de sangre destellante salió despedida de su boca, duchándole la barbilla, desde donde se escurrió hasta su nervudo cuello. Perdió el conocimiento, aunque pude cogerla antes de que se partiera la cara contra el suelo.

Monkey gritó con aterrada estridencia, como una liebre que acabara de quedar atrapada entre los alambres de espino de una cerca; yo también hubiera gritado, pero estaba demasiado ocupada sosteniendo a Jas, conteniéndome las arcadas que me venían al ver y oler la sangre caliente que me estaba empapando la camiseta, y cargándola a peso muerto de regreso al sofá.

Después todo fue un vendaval de paramédicos; los vecinos se habían congregado fuera para escupirnos, abuchearnos y tirarnos latas de cerveza. No pude evitar verlos con enfermiza objetividad; sus bocas, redondas, grandes y mugientes, y sus rostros, desenfocados, como un óleo de una muchedumbre que alguien emborronara antes de secarse del todo. El cuadro recordaba a los últimos pasteles de Degas: expresivas e irreales escenas del averno. Conocía a varios: la chica de pelo decolorado era Mandy, que vivía a tres puertas y cada dos por tres venía a pedir leche; el muchacho huesudo cuyos enormes vaqueros estaban a punto de escurrírsele de la cintura era Gaz, que de pequeño consideraba a Natty su héroe.

Ahora, unidos en la caza del zorro, ninguno recordaba ya ni las jarras de leche, ni los choques de palmas ni los CD prestados. Su individualidad había desaparecido. Sentí que un cuchillo de tristeza me acariciaba el corazón, porque sus vidas estaban tan llenas de mierda y desesperanza que sólo con algo así lograban pasar un buen rato.

Monkey seguía tiritando cuando llegamos a mi casa. No tenía sentido volver a la de Jas; los maderos habían sido informados de los disturbios, como ellos decían, y me dijeron que vigilarían la zona. Después me aconsejaron que no volviera por allí si podía ir a otra parte. No hizo falta que me lo repitieran.

Bajé a Monkey del coche mientras farfullaba y murmuraba algo sobre que lo sentía —como si todo aquello hubiera sido por su culpa—, le hice ducharse con jabón del más fuerte y metí sus harapos en la lavadora para lavarlos con agua caliente y una buena dosis de desinfectante con aroma de lavanda. Encontré una sudadera de Nike que Natty ya no se ponía y unos pantalones de chándal viejos y se los dejé junto a la puerta del cuarto de baño. Una vez que se hubo duchado y vestido —con la ropa de Natty, que le quedaba muy grande, parecía un muñeco de trapo que había encogido después de haberlo lavado con agua hirviendo en la lavadora— le di unos analgésicos, le hice un chocolate caliente y por último, sin que le dejaran de temblar las manos como si padeciera párkinson, lo acosté en el pequeño cuarto de invitados. Antes de apagar la luz ya se había dormido y puesto a roncar como una locomotora por su destrozada nariz. A menudo dormía allí, por lo que sabía que si más tarde iba a ver cómo se encontraba, lo descubriría debajo de la cama enrollado en el edredón como un gran capullo; pero Monkey jamás emergió convertido en una hermosa

mariposa, sino que por la mañana quien siempre salía de debajo de la cama arrastrándose con torpeza era el mismo Lee de la noche anterior, el pobre diablo Monkey.

Exhausta, me hice una taza de té y me senté en la mesa de la cocina con *Cairo* en el regazo, que no dejaba de mullirme los muslos ni de ronronear casi tan alto como los ronquidos de Monkey. Acaricié su precioso, suave y espeso pelo por detrás de las orejas y perdí la mirada en los intrincados dibujos del pelo corto de su hocico, que parecían un cuadro *op art* de tonos pardos y leonados. Se me empezaban a cerrar los ojos, pero me obligué a coger el móvil y llamar por enésima vez a Natty. No esperaba que lo cogiera, pero al cuarto tono contestó.

Parecía hecho polvo, casi acabado. Su voz, siempre resonante, sonaba apagada y ronca.

—Sí, quién, qué…

—Natty, Natty, soy Billie, soy…

Se produjo un chasquido como de forcejeo y entonces se oyó una voz distinta, de chica, con un marcado deje de Leeds. Me resultó familiar, ya la había oído antes, pero no conseguía ponerle rostro. Antes de que yo pudiera contestar, la chica gritó:

—Que te jodan, jódete, ¿entiendes? ¿Entiendes? Que te den por el culo, zorra, ¿me oyes? Ahora es mío, ¿lo pillas? ¿Lo pillas? Vete a tomar por el puto culo, putilla de los cojones, vuélvete con mamaíta, cabrona… Natty, no… Yo no… Le diré lo que me salga del puto coño, vale, y…

Entonces se cortó la comunicación. Sin dejar de mirar el teléfono, fui dándole forma al rostro de la chica; algo mayor, tratándose de Natty, de veintipocos, de alguna parte de Leeds… ¿de cuál? No conseguía recordar. Se llamaba… Charmaine, eso. Shar. Era una de aquellas chicas blancas a las que les gustaba ir de negras y se ponían trenzas tiesas y veteadas y ridículos medallones dorados que destellaban entre el amasijo de gruesas cadenas que se colgaban del cuello. Se depilaba las cejas, tenía la piel curtida de tanto tomar el

sol y un afilado rostro de zorra. Solía hacer aquel irritante meneo de cabeza que las chicas como ella habían copiado de las afroamericanas que salían en el programa de Jerry Springer cacareando en plan «Bésame el culo, hermana, con tus morros de fulana». No me cayó nada bien en las dos ocasiones en las que la había visto y en aquel momento se ganó todo mi odio. Sólo Dios sabía con quién había creído que había estado hablando. ¿Con Venus? Puede.

Volví a llamar a Natty, me salió el contestador y le dejé un cansado y último mensaje. Al posar el móvil en la encimera para dejarlo cargando, vi otra vez la foto de Jasmine en la revista.

La inefable e intemporal belleza de la imagen era como una broma cruel. Aquél era el rostro deslustrado de una santa demacrada, no el de una persona. El aura que coronaba la cabeza de Jas le otorgaba el aspecto de pan de oro de un icono renacentista. Me vino a la memoria un artículo que había leído en una revista de arte sobre los orígenes de los halos —no hablaba por supuesto de teorías esotéricas—. Al parecer, se había detectado un fenómeno curioso, raro pero posible, que consiste en que a veces se puede apreciar un resplandor fosforescente rodeando la cabeza de algunas personas que se encuentran en los últimos estadios de la tuberculosis. Los primeros santos solían infligirse daño a sí mismos, ya fuera fustigándose la espalda o ayunando y quedándose en la calle todo el día, desnudos, hiciera el clima que hiciera; es decir, enfermando por Dios. A menudo mostraban síntomas similares a los de la tuberculosis. De ahí la santa aureola.

Jamás pensé que vería un caso de tuberculosis. Nunca me olvidé de lo que decía aquel artículo. Me pareció que el mundo había retrocedido miles de años en un solo segundo y que la idea de una gran civilización occidental eran los delirios de grandeza de algún infeliz. Oh, mirad, tenemos cabinas de ducha, teléfonos móviles, ordenadores, DVD, licuadoras, Internet… Pero los campesinos y las

santas siguen muriendo víctimas de las mismas enfermedades de hace milenios.

Me dio un escalofrío. Guardé la foto en un cajón. Jas podría morir. No se me había ocurrido hasta entonces. Realmente podría morirse, de hecho tenía todas las papeletas. Oh, Dios, pobre infeliz, pobre desgraciada. Vaya mierda de muerte.

Acabar escupiendo los pulmones poco a poco en un hospital donde no dejan que tus seres queridos te cojan la mano por si los contagias. Jas, a quien tanto miedo le daba quedarse sola, se había quedado casi todo lo sola que se puede llegar a quedar una persona; había pasado a depender de unos desconocidos bruscos y distantes, se había quedado sin la compañía de sus deshilachados peluches, y su amado hijo estaba hecho una mierda en el apestoso apartamento de alguna zorrilla listilla que se pensaba que ahora era su dueña.

Cerré con llave la puerta de la entrada, pero no eché el cerrojo. Natty tenía su llave y podría venir a lo largo de la noche. Me acosté; los gatos no tardaron en flanquearme: el viejo *Gengis* hundió su ancha cabeza bajo mi mano para que le rascara detrás de sus melladas orejas. Yo debía de estar tiritando porque me golpeó con la pata para que me quedara quieta y, a su manera, tranquilizarme. Poco después se cansó y me arañó, aunque sólo superficialmente.

Un vendaval de pensamientos me azotaba la cabeza: planes, conversaciones, situaciones… Intenté calmarme respirando hondo y concentrándome en las lucecitas doradas que se revolvían sobre un sanguinolento fondo negro que veía al cerrar los ojos. Era una especie de autohipnotismo que había llegado a perfeccionar con los años, ya que muchas noches los recuerdos se abalanzaban sobre mí como una plaga de insectos y sabía que si no dormía bien, al día siguiente me levantaría atontada y de mal humor, y no podía permitirme estar tan débil. Así que me concentré y pronto las cambiantes y destellantes lucecitas me enviaron al reino de lo oscuro.

Me quedé transpuesta, pero al cabo de unos minutos me desperté sobresaltada. La pendiente era demasiado empinada, había perdido el control y sentía que en lugar de ir cayendo al mundo de los sueños me iba hundiendo en el abismo del olvido. Como siempre, me vino un cuadro a la cabeza: Degas otra vez, no, el francés aquel que pintaba pesadillas… no, no… Goya. Exacto, Goya… *Cronos devorando a su hijo*.

En medio de un terrible vacío negro evocador de formas titánicas que se mueven en medio de una pesada y espeluznante nada, el viejo, gigantesco y demencial dios del tiempo está arrodillado, su larga melena toda revuelta, y mira con sus espantosos ojos al observador mientras sostiene con ambas manos el cuerpo inerte y pálido de un hombre de tamaño normal. A éste le falta la cabeza porque se la ha comido Cronos, cuyos flojos labios están cubiertos de sangre y pequeños trozos de carne.

Al final el tiempo nos devora a todos, como bien explica ese cuadro; a jóvenes y a viejos, a guapos y a feos, a sanos y a minusválidos, a locos y a cuerdos. Al final todos caemos en lo oscuro, todos nos vamos apagando, todos morimos.

Me incorporé, temblando. Aquel cuadro siempre me ponía los pelos de punta: el genio de Goya consistía en mostrarnos la verdad de nuestros miedos más ocultos e irracionales. Al menos conmigo le funcionaba, ya lo creo que sí. Estiré el brazo para coger un pañuelo de la mesilla de noche y enjugarme el sudor que me empapaba toda la cara.

Después me volví a estirar, agotada.

Poco a poco el sueño me fue devorando.

28

NO DORMÍ muy bien, de hecho me desperté sobre las tres con la garganta seca como un estropajo. Me levanté y fui dando tumbos y carraspeando al cuarto de baño, llené un vaso de agua y me lo bebí, todavía mareada. A pesar de que estaba medio dormida puse cuidado de no mirarme al espejo; sabía que tenía un aspecto repulsivo. Ya tenía bastantes problemas como para encima verme la cara. La vanidad, siempre jodiendo.

Mientras recaía en estado comatoso, empecé a pensar anhelosa y quizá febrilmente en esas extensas playas de arena blanca y diáfano mar azul. Floté con pereza en las turquesas y poco profundas aguas bordadas de juguetones y espumosos velos de acuoso encaje nupcial, y me deleité con el matrimonio del agua azul y los cerúleos cielos. Mientras mi abrasadora sangre me raspaba las venas soñé que echaba una siestecita en una hamaca tendida entre dos cocoteros. Los nombres de los distintos paraísos empezaron a danzar por mi cabeza: las Seychelles, Hawái, las Maldivas… Joder, qué falta me hacían unas putas vacaciones. Aunque podía darme por contenta si podía ir a pasar un día a Whitby en octubre, si las cosas no mejoraban. Suspiré, me coloqué en posición fetal e intenté regresar a mi particular edén.

El teléfono de la mesilla me despertó por segunda vez. No sé por qué tenía el volumen tan alto. Estiré el brazo para descolgarlo, lo tiré al suelo, *Cairo* se asustó y salió corriendo. No sé cómo, conseguí acercarme el auricular a la oreja.

—¿Natty? Natty, ¿eres tú? Escucha, tien…

—Soy yo, Billie, Leckie. Son las diez y media, cariño, llevo tres cuartos de hora en la tienda. ¿Te encuentras bien?

Consulté mi reloj y con un resoplido me dejé caer en la almohada, que alguien parecía haber rellenado con piedras durante la noche. Me sentí fatal. No absolutamente inútil, sino sólo como la mierda. Genial.

—Hostia, Lecks… Lo siento, se me olvidó poner el puto despertador.

—Vale, vale, no te preocupes. Pero, cariño, hoy es lunes, ¿recuerdas? Me toca uni por la tarde. No puedo faltar bajo ninguna circunstancia, hoy es el día… Ya te lo comenté, Ben Thorby va a dar una conferencia, el gurú del *marketing*, el americano que escribió el libro que te enseñé y…

Resoplé otra vez, más alto que antes. Claro que me acordaba de la paliza que me había dado, si parecía una adolescente encoñada con aquel tipo. El tal Thorby había escrito un *best-seller* sobre el mundo empresarial titulado *Aplasta a la competencia y haz montañas de dinero*, o algo por el estilo, y Leckie quería adaptar nuestro negocio al modelo propuesto.

—Claro, claro, tienes que ir. Pídele un autógrafo para mí, ¿eh? Oye, me encuentro fatal… Me he pasado toda la noche en el hospital con Jas… Leckie, la han ingresado, la han dejado en el pabellón de infecciosos. —Resoplé y respiré con flemosidad—. Tiene tuberculosis. Tuvo una crisis o algo… Está muy jodida.

—Oh. Dios. Mío. *Ohdiosmío*. ¿Tuberculosis? ¿Tuberculosis? Santo Cielo, Billie, ¿te ha…?

—Sí. Quiero decir, tengo que hacerme las pruebas, pero recuerdo que me vacunaron en la escuela, como a todos… Ya no lo hacen, ¿no? En cualquier caso, no, es sólo un resfriado, lo habré pillado en el hospital, no sé, ya sabes cómo son esos sitios… Oye, ¿tú estás vacunada?

—No lo sé… Creo que sí… Se lo preguntaré a mi madre… Dios, Billie… Dios, no puedo creerlo, es como…

—Sí, parece salido de la imaginación de las putas hermanas Brontë, lo sé, lo sé, es lo que le dije yo al médico; joder, Lecks, estoy

reventada, hecha polvo, hoy no puedo moverme, yo… Escucha, cuelga de la puerta un cartel que diga, no sé, cerrado por enfermedad, volvemos pronto. O deja, pasa del cartel y vete a casa. Sólo es una jodida tienda de regalos, Bradford no se derrumbará porque no abramos durante un par de días. Sí, sí, lo sé, el negocio es el negocio, siempre el negocio… Pero, Leckie, somos humanos, no putas máquinas. Ve a la charla; diviértete. Mira, estoy segura de que aprenderás un montón de trucos y consejos que compensarán con creces estos dos días de cierre.

—Bueno, si estás segura… Esta noche te llamo para preguntarte cómo te encuentras, o si quieres que vaya a verte…

—Gracias, cielo, pero de nada serviría que tú también enfermaras. Pero llámame, ¿eh? Y me cuentas cómo te ha ido.

—Vale… ¿Billie?

—¿Sí, amor?

—Lo… Lo siento mucho por Jas, es horrible, de verdad.

—Gracias, Lecks. Venga, tú ve a escuchar a ese tipo, pásatelo bien y no te preocupes, todo volverá a la normalidad antes de que te des cuenta, ya lo verás. Adiosito.

Me hundí entre las abultadas almohadas. Estiré el brazo y cogí un puñado de pañuelos para sonarme la nariz. Nada. Me quité de encima las sudadas sábanas y la manta, que estaba llena de los pelos de los gatos, me metí en el baño y me quedé bajo el chorro de la ducha, que dejé abierto al máximo, hasta despertarme del todo. Después salí, boqueando y apestando a jabón de té. Eso debería neutralizar el puto virus y de paso me había quitado el pegajoso olor a hospital. Odiaba ese olor o, mejor dicho, odiaba los hospitales, fin de la historia. Me hacía pensar en Jas y no quería. De repente, me puse a temblar y tuve que enrollarme una toalla de ducha. Joder… Jas. Tuberculosis. Dios todopoderoso. A lo largo de mi vida había tenido miedo de pillar el sida, o una hepatitis, o de meterme una sobredosis, pero nunca había pensado en la tuberculosis. Jamás se me pasó por la cabeza. Siempre la había llevado al médico o al

psiquiatra del sistema nacional de salud cuando había caído enferma o había intentado limpiarse, y nadie nos dijo nunca nada acerca de la tuberculosis. Poco a poco su rostro se fue formando en el espejo empañado, pálido e inexpresivo, como el de un espectro. Volví a ver el terrible pánico incrédulo que reflejaban sus enormes ojos, cuyo blanco rodeaba por completo sus nublados iris de esmeralda, y la brillante sangre que escupía con cada tos… Me dio un escalofrío y tirité como los caballos cuando les pica una mosca, como si la piel quisiera separárseme de la carne.

Por desgracia, yo no podía hacer nada. Mis manos estaban atadas hasta que los médicos me dieran su veredicto. Sería mejor que me mentalizara, que fuera pensando en lo que tendría que hacer por ella… Si ocurría. Debía pensar qué hacer con Natty. Me senté en la taza y noté cómo la preocupación iba anidando en mi pecho. Apoyé la frente en el frío mármol del lavabo. Lo primero es lo primero. Paso a paso. *Puedes hacerlo. Puedo, puedo hacerlo, puedo…*

Cairo se detuvo junto al marco y empezó a maullar para que le diera de comer y la acariciara. Con total desgana, ordené el cuarto de baño y luego volví con pesadez a mi habitación. Me puse unos pantalones negros de chándal y una camiseta e hice la avinagrada cama. Después, habiendo dado gracias a Dios por tener el pelo corto y no tener el menor interés en maquillarme, di de comer a los gatos e hice el té; té de Yorkshire, tres bolsitas, dejar reposar hasta que el agua quede tan negra como el genio de *Gengis*. Hice unas tostadas para mí y un desayuno algo más nutritivo para Monkey. En vano, llamé a Natty otra docena de veces… Estuve apretando el puto iconito verde una y otra vez mientras Monkey, que parecía hecho polvo, se sorbía los mocos al tiempo que devoraba sus huevos pasados por agua y sus cereales todo acompañado con una pinta de té. Me estaba poniendo de los nervios. Estuve a punto de coger e ir a buscarlo por sus antros preferidos, aunque en el fondo sabía que sería inútil. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

Nada, la verdad. Llamé al médico y pedí cita para que nos hicieran análisis de sangre a todos. Senté al pobre y exhausto Monkey en el sofá del salón para que se viera otra vez el DVD de *El libro de la selva* —su peli preferida— y metí más ropa en la lavadora. Espulgué a *Gengis*, que me arañó hasta en el alma. Podé el rosal de la parte de atrás. Por último, después de otra tanda de llamadas inútiles, miré el reloj: ya eran casi las dos y media. Decidí ir a casa de mamá para recoger mis cosas y así pasar ese mal trago aprovechando mi día libre forzoso. No me apetecía una

mierda, sobre todo con la sinusitis y el martillador dolor de cabeza que me habían entrado, pero había que hacerlo. No estaba nada nerviosa; después de todo mamá no iba a estar, así que no nos batiríamos en duelo. Cogería mis trastos y volvería sin pararme en ningún sitio para esperar a Natty. Conociendo a mamá, ya lo habría metido todo en una caja que habría dejado junto a la puerta, así que entraría y saldría en un santiamén.

Le dije a Monkey que se quedaría sólo durante una hora y que si Natty volvía que le dijera que no se marchara. Que si llamaba al fijo que le dijera que ya podía ir volviendo.

Monkey arrugó su aplastada cara con un gesto de confusión y preocupación parecido al de los *sharpeis*.

—Pero Ceñodita, y zi me pdegunta, y zi me pdegunta pod la Ceñoda…

Suspiré.

—No te preguntará nada, amor, y no le digas tú nada, ¿eh? Sólo que regrese lo antes posible, dile que necesito verlo.

—Pedo Ceñodita Billie, Ceñodita, ce volvedá loco ci…

—Lee… No va a pasar nada, cariño. De verdad. No te preocupes… Mira, estaré de vuelta enseguida, tú quédate viendo la película. Tienes *El libro de la Selva Dos* en el estante de ahí si la quieres ver también. Y escucha, hay una barra enorme de Frutinueces en la nevera, por si tienes hambre. No tienes más que esperar aquí, ¿vale? Espera a Natty y espérame a mí.

Asintió con la cabeza. Pareció tranquilizarse con la idea de poder volver a ver de nuevo su querida película y quizá incluso de abandonarse a una orgía de chocolate y Mowgli sin que nadie lo interrumpiera.

Me sentí orgullosa de lo tranquila que estaba y de mi actitud, que yo creía tan madura: la frialdad que mostré ante el hecho de tener que ir a casa de mamá, recoger mis pertenencias con calma y dignidad y… ¿Cómo era? Clausurar la sesión.

El paseo en coche hasta su casa transcurrió sin incidentes. Me encontraba perfectamente bien y lo tenía todo bajo un control absoluto.

29

ME LAS encontré ordenadas y bien a la vista —casi como un cebo— sobre una caja de papeles viejos que mamá había dejado en la mesa de la cocina. Las cartas que mi padre me había ido enviando a lo largo de los años y que mamá había interceptado. Una estrategia muy propia de ella: disimulada, pasiva, venenosa… Había sido una venganza típicamente femenina por lo del artículo del periódico y de paso por todo lo demás. Nunca me las hubiera entregado en persona; le bastaba dejarlas donde pudiera encontrarlas y así, si le decía algo, apartaría la mirada con indignación y replicaría que era culpa mía por meter las narices en las cosas de los demás, que yo me lo había buscado. Sin embargo, los ojos le brillarían con deleite, sabría el daño que me habría hecho. Aquellas cartas fueron su última puñalada, su treta del Juicio Final.

Las había atado todas juntas con una cinta para el pelo de tartán que quizá antes sólo había utilizado para peinar al perro. Reconocí de inmediato la letra del primer sobre — ¿cómo no?—, era igual que la mía. La letra de mi padre, que siempre escribía con estilográfica y tinta negrísima; tenía una caligrafía hermosa caracterizada por una letra cursiva y rápida. Había centenares de cartas, que había empezado a mandarme desde la misma semana en que se marchó. El papel estaba desgastado, casi fosilizado. Al principio me mandaba una carta todas las semanas, pero después, supongo que al ver que no recibía contestación, pasó a escribirme sólo por mi cumpleaños y en Navidad: extensas misivas enfundadas en sus correspondientes tarjetas. Nunca dejó de escribirme, hasta que murió.

Mamá me las había escondido. La muy hija de la gran puta me las había escondido. Y yo que pensaba que papá me había

abandonado, que se había marchado por mi culpa… Que había dejado de quererme. Mamá me había dejado engañarme, me había mentido, me había hecho sufrir. La hija de mi padre, el vivo retrato de mi papá. Si mamá no podía joderle, por lo menos podría cebarse con su idéntico retoño.

Me senté en la mesa y leí varias cartas al azar, secándome los mocos y las lágrimas de la cara con un paño de cocina que había cogido de la bolsa de los trapos.

> …y la primera vez que te vi, Billie, mi corazoncito, tan chiquitilla, tan colorada y fuerte, llenabas toda la sala con tus gritos, mi lucecita; cómo decirlo, pensé que tu llanto era la poesía misma, que era la chispa que todo lo enciende, que era lo que le da sentido a todo…
>
> …así que le deseo a mi hija favorita que se lo pase muy bien en su cumpleaños y espero que te guste la muñeca que te he regalado, a mí me pareció muy bonita, pero ¡como soy un hombre, qué sé yo! El vendedor me dijo que se llama Bella, que en italiano significa hermosa, pero tú ponle el nombre que más te guste, mi corazoncito…
>
> …no creo que estés recibiendo mis cartas, quiero pensar que no, mi niñita, mi corderilla, porque si sí las lees y me odias por haberme

marchado te juro que se me partiría el alma porque te quiero más que a mi vida y siempre te querré, no lo olvides nunca, amor, y cuando seas mayor te…

…tan cansado, mi lucecita, a veces me pregunto si todo esto tiene algún sentido. La otra noche llamé a tu madre, ¿te lo dijo? No, lo más probable es que no, supongo. Billie, prométeme que no la culparás, prométemelo, porque no sabes lo mal que su familia se lo hizo pasar y sólo quiere sentirse segura, nada más, necesita sentirse protegida, pero yo no soy el hombre más apropiado para ella. Tengo mi estúpida cabezota llena de pájaros, de poemas, de cuadros y de canciones, como las que solíamos escuchar juntos, ¿te acuerdas?, las canciones de tu tocaya, la magnífica Billie Holiday. No nado en la abundancia y tu madre necesita dinero, amor, necesita cosas bonitas…

Y la última, el día antes de morir.

…te quiero, Billie, mi niña, mi lucecita, te quiero y nunca he dejado de quererte. Espero con todo mi

> corazón que estés bien, que seas feliz. Perdóname por lo que hice, lo peor que he hecho en toda mi vida fue dejarte. Perdóname, mi amor, si puedes. Te llevo en mi corazón y siempre te llevaré. Tu padre que te quiere, Bill Morgan.

Me limpié la cara y tiré el paño al suelo. Ya no podía decirle a mi padre que lo perdonaba porque se había ido… Pero jamás perdonaría a mamá. Intentaría comprender por qué hizo lo que hizo, pero… ¿Perdonarla? No. No soy tan buena persona. De hecho, no tengo un pelo de buena persona.

Recuerdo que mientras conducía por las estrechas calles de Saltaire en dirección a la general, me zumbaba todo el cuerpo como si me hubiera metido un cargamento de anfetas. El corazón quería perforarme el pecho y se me había agudizado la visión: lo veía todo con nitidez, como si estuviera mirando por un telescopio por el lado equivocado. Al pasar Salts Mill, vi una mujer en chándal de velvetón rosa; no uno de ésos para lucir ombligo, sino uno de señora mayor; se parecía a mamá. La sobrecarga de adrenalina empezó a cegarme y marearme, de modo que di un volantazo para aparcar en el arcén no fuera que me desmayara. A través del revoltoso velo de manchas metálicas que me entorpecía la visión comprobé que aquella señora no era mamá, pero el daño ya estaba hecho. Sabía que si lo hubiera sido, hubiera saltado del coche y me hubiera lanzado a su cuello como un *pit bull*. No es una sensación agradable, creedme, eso de querer reventarle los morros a vuestra querida y anciana madre mientras la ponéis de puta para arriba. Me recliné en el asiento y apreté el volante con manos trémulas y sudorosas.

Las cosas parecían ir ganando demasiada velocidad; me sentía como si me hubiera subido a un tren sin maquinista, a un coche que estuviera a punto de estamparse contra un árbol, a una bicicleta

saliéndose de la carretera y volando contra un camión sin que se pudiera hacer nada para impedirlo. Estaba perdiendo el control y me daba miedo: no llevo muy bien lo de asustarme porque también me saca de quicio, en lugar de hacerme sentir débil e indefensa. Recuerdo que me asusté aquella noche, cuando fuimos a la chabola de Terry. No debería haber temido nada. Desde entonces para mí el miedo sólo ha sido el trampolín hacia el pánico, lugar que jamás debería permitirme pisar.

Dicen que la palabra pánico deriva del vocablo griego *panikos*, que hace referencia a lo proveniente del mitológico dios Pan, que es algo irracional, caótico y primitivo. Lo habréis sentido si alguna vez habéis atravesado solos un bosque de noche o caminado por un callejón oscuro de alguna ciudad a horas intempestivas. El más leve ruido os pone los pelos de punta, el corazón se os sale por la boca al ver un débil destello o al sentir un frío golpe de brisa. Las sombras parecen espesarse y coagularse: el mundo cotidiano se transforma en una jungla tenebrosa y hostil, y los mitos y leyendas que leísteis de pequeños os visitan de repente. Sólo que ya no tienen nada de infantiles…, más bien todo lo contrario. Recordáis los dibujos grabados en madera que salían en vuestros libros ilustrados, aquellos que os parecían tan graciosos y pasados de moda. Vuestra imaginación os trae de nuevo aquel familiar rostro atrevido de mirada lasciva, el peludo dios de patas de macho cabrío, que regresa para tocar su siringa, arrebataros la razón y recordaros que no somos tan sensatos como nos gusta creer. No somos tan racionales ni tan civilizados, en absoluto, en serio. La huracanada locura de la bacanal repta con sanguinolencia y jadeante, a flor de piel, en cada uno de nosotros, a la espera de la señal de esa desgarradora siringa para convertirnos en bestias… o algo peor.

Me conozco de memoria la melodía que toca Pan; la tengo guardada en las células, en los genes, en los retorcidos axones y dendritas de cada neurona de mi abotagado cerebro. Sé muy bien de qué habla su música; lo importante no son las tonadillas

cotidianas que hace sonar cuando quedas como un idiota por llegar tarde a esa cita tan importante o cuando se te estropea el coche de camino a la escuela para recoger a tus hijos.

Eso no es nada, esas musiquillas sólo las toca cuando se aburre. Si en esas situaciones os ponéis nerviosos y creéis que se acerca el fin del mundo, olvidadlo, y perdonadme si sonrío.

Yo he oído la verdadera canción de Pan, ya veis. He olido mi propio miedo cerval emanándome de las axilas y la ingle hasta envolverme con su amargo hedor amarillento: me he oído gritar como un animal hasta percibir el sabor de la sangre que manaba de mi garganta. He visto los astutos y sesgados ojos de bronce del dios, cuyas rómbicas pupilas se contraían y expandían con regocijo y destellaban en la oscuridad de la noche, mientras tocaba y tocaba un creciente y demencial *riff* que cada vez subía más alto hasta que al final se derrumbó, dando lugar a una devastación total y tan cruel que fue como morir y renacer, porque nada de lo que yo había sido hasta entonces logró sobrevivir. Del mismo modo, mi pobre y dulce Micky ya nunca volvió a ser el mismo. Cómo se rió Pan entonces: Dios se rió y volvió a tirar sus putos dados para seguir jugando.

Los que hemos sobrevivido tras haber oído esa vomitiva música os podemos asegurar que somos capaces de cualquier cosa, suicidarnos si es preciso, con tal de no escucharla una segunda vez. No pretendemos fanfarronear ni dárnoslas de experimentados, no buscamos ni suplicamos la compasión de nadie ni hablamos de ello. Pero hay quien te lo detecta, lo huelen, del mismo modo que la presa percibe al lobo antes de verlo. Y entonces te dicen que «das miedo», que eres «intenso», porque no saben definir con exactitud lo que han visto en ti. Están asustados, pero no saben por qué, no se lo explican.

Yo sí sé por qué: ese maldito dios nos estigmatizó y ellos pueden verlo con la parte del cerebro que han olvidado que tienen; es como una capa, una transparencia superpuesta con la palabra «perdición» escrita en ella en una lengua muerta. Lo huelen sin saber qué están

olfateando, les pone tan de punta el vello de la nuca y de sus suaves bracitos que se ven obligados a frotarse al tiempo que dicen «Joder, acaban de pisar sobre mi tumba», sin pararse a pensar ni por un segundo en el significado de esa expresión. Y nosotros, el rebaño de Pan, ansiosos de darle un sentido a nuestras arruinadas vidas, nos recogemos en aquello que nos hace sentir seguros y nunca volvemos a abrir la puerta marcada con el rostro de ese antiguo dios, jamás tocamos siquiera el brillante pomo de bronce hecho con el molde de su máscara ni miramos esos ojos tallados, esos malditos e inmarcesibles ojos horrendos que saben más de ti de lo que tú mismo podrías llegar a soportar nunca.

Por tanto, me quedé en ese umbral, tiritando y aguantándome las arcadas para no vomitar dentro del coche. Decidí «dar un paso atrás». Os aseguro que no tengo palabras para explicaros la tremenda fuerza de voluntad que aquello supuso para mí, alejarme y dejar de escuchar la punzante tentación de aquella martirizadora musiquilla.

El trayecto de vuelta a casa fue como atravesar un caleidoscopio, cuyo remolino de colores hacía rechinar e iba resquebrajando las ventanillas del coche; se me encogía el estómago cada vez que algún mosquito se golpeaba contra el parabrisas. Tenía la nariz tan taponada que tenía que respirar por la boca y los ojos doloridos e irritados. Habían aumentado el calor y la humedad, y el cielo iba desapareciendo tras unas espesas nubes sulfúreas. El sudor me arañaba la espalda, y el flequillo me colgaba con inercia sobre los ojos y me recordaba que tenía que cortarme el pelo, esta vez muy corto, mucho… Había pasado una página y comenzado otra, aunque no sabía con certeza en cuál me encontraba.

Iba conduciendo tan atontada que cuando entré en mi calle casi atropello a D'Arcy, el abobado *terrier* de la señora Leach, que correteaba a la caza de alguna rata imaginaria que se había escondido de él en la descolorida hierba al pie del muro del cementerio. Salí, cerré de un portazo y miré a aquel pobre perrillo

estúpido. Aulló y saltó hacia atrás; si el animal hubiera podido hablar, seguro que la señora Leach hubiera llamado a mi puerta con una expresión tan cenicienta como las nubes que habían tapado el sol. El clima nublado pone a todo el mundo de mala hostia, como si provocara cortocircuitos neuronales.

30

NATTY estaba echado en el sofá, durmiendo.

Monkey estaba sentado en el suelo cruzado de piernas, junto a su cabeza, con la cara iluminada por una amplia sonrisa de veneración; su tesoro había regresado a él, su fe se había visto recompensada y la normalidad se había restablecido por fin en su mundo. Todavía no había terminado *El libro de la selva*, que Monkey estaba viendo con el volumen al mínimo; *Baloo* se había disfrazado de mono y el *rey Louie* tonteaba con el bomboncito símico que pensaba que veía.

Me apoyé contra el marco mientras una paralizante sensación de alivio me inundaba para desaparecer pocos segundos después. Gracias, Dios, por traer a mi muchachito a casa sano y salvo; me vino a la memoria la más antigua de las oraciones, atávica e instintivamente. Miré a Monkey; qué feliz debía de sentirse, qué maravilloso debía de ser sentir una felicidad tan pura como la suya. Le sonreí y me contestó con un fuerte asentimiento de cabeza y poniendo el pulgar hacia arriba. Le hice una señal para que me acompañara a la cocina. Se levantó y vino conmigo, no sin mirar hacia atrás un par de veces para comprobar que su tesoro seguía durmiendo, que no se había desvanecido por arte de magia.

No podía aguardar a compartir su buena fortuna conmigo, la otra guardiana de aquel lugar sagrado.

—Deguezó juzto dezpuéz de que te fuedas, Ceñodita Billie Ceñodita, en cuando vino le hice una taza de té y ce la bebió y ce comió un tdozo de chocolate y ce fue dedecho a do’mí’, sa’es. Yo no le dije ná', como me dijizte, en cedió, Ceñodita, de veda'.

Sonrió henchido de orgullo. Jamás había dicho tantas cosas seguidas, pero es que, claro, se sentía dichoso. Le sonreí.

—Venga, vuelve con él, Lee, vamos a dejarle dormir, ¿eh? Ya veremos luego qué hacemos. Has hecho un gran trabajo, amor, de verdad. Bien hecho, Lee, buen chico.

Les cerré la puerta y puse el agua a hervir; entonces vi que Natty había tirado su chaqueta vaquera en el suelo, junto a la mesa. Justo cuando me agaché para recogerla, sonó el timbre amortiguado de su móvil, que lo llevaba en el bolsillo. Lo saqué enseguida, pero como no era el mío toqué un par de botones equivocados antes de pulsar el de descolgar.

—¿Diga? ¿Dígame? Éste es el teléfono de Natty Sav…

—¿Quién eres tú entonces? ¿La puta de su madre o la zorra de su jodido ángel de la guarda? ¿Eh? ¿Eh?

La voz me era familiar: Charmaine, la chica de Leeds. Su tono, que sonaba como asfixiado por una prieta cuerda de tripa, era el típico de quien va ciego de anfetas. No pensaba dejar que una guarrilla puesta hasta las patas me gritara sólo porque había discutido con su noviete por algún tema de pastis. No era el momento.

—Soy Billie Morgan, Charmaine. Porque tú eres Charmaine, ¿no? Natty está durmiendo. Le diré que te llame luego…

Se rió con estridencia, como si estuviera arañando una pizarra con las uñas.

—¿Que me llame luego? ¿Que me llame luego? Joder. No lo creo, puta vieja de los cojones. No después de lo que ha hecho; gracias, pero ni hablar. Por eso he llamado yo. Dile que mis hermanos van a por él, que lo van a encontrar y lo van a matar, ¿has oído? Así que fue a esconderse a casa, con mamaíta y contigo… Ese cabrón… Ha destrozado mi piso, el muy hijo de puta, lo ha destrozado, todo… Y de paso a mí me ha hecho una cara nueva, tendrías que ver cómo me ha dejado la puta cara, tendrías que… Tu puto angelito, ese cabrón…

—Ya basta. Le diré que te llame o lo que sea, pero…

—¿Pero qué? ¿Pero qué? Eres igual que la puta de su madre, ¿verdad? ¿Eres como ella? Se os debería caer la cara de vergüenza, entre las dos lo habéis convertido en un monstruo, vosotras… Yo…

Se puso histérica. Me parecía como si la estuviera viendo, me la imaginaba paliducha, regándolo todo de salivazos a cada grito, hendiendo el aire con sus trenzas y haciendo violentos aspavientos con las manos. Apreté el botón del telefonito rojo y la voz se esfumó, dando paso a un glorioso silencio. Apagué el teléfono, por si acaso. No quería ni imaginarme cómo la habría dejado Natty.

Porque sabía que Charmaine no mentía. Sabía que Natty era muy capaz de hostiarla. En fin, siempre había sabido que algún día tendría que sentarme a hablar muy en serio con él al respecto. De pequeño, sus arranques de ira eran devastadores y con el tiempo fueron aumentando en frecuencia e intensidad. Lo de ponerse hasta el culo de farlopa y demás mierdas no ayudaba. Eran la generación drogata, nacida para el exceso, y Natty se sentía orgulloso de su estilo de vida. ¿Quién era yo para reprochárselo? Yo, que me había metido de todo y había hecho todo lo que había hecho. Yo, que también me abandonaba a mis propios festines de destrucción. Mientras Natty se iba haciendo mayor, yo sólo podía esperar en vano que sus rabietas fueran únicamente eso, pataletas infantiles. Sin embargo, con el paso del tiempo su carácter no se amansó, todo lo contrario. Se volvió inconstante: ahora estaba de lo más cariñoso y amable, y al instante siguiente… La cólera tomaba posesión de él y desataba su vendaval de primitiva brutalidad.

Sin embargo, esto ya pasaba de castaño oscuro. Vale que a la simpática de Charmaine también había que echarle de comer aparte; podía imaginarme la discusión de cocainómanos que habrían montado, que habría ido subiendo de tono más y más hasta que Natty perdió el escaso autocontrol que tenía. Aun así, en mi opinión, Charmaine era una mala pécora pero eso no era motivo para que él la pegara. No estaba bien, se mire por donde se mire.

Preparé el té y me lo subí a mi habitación. Me tomé la mitad y después me di una ducha rápida que aproveché para devanarme los sesos pensando en cómo solucionar los problemas de Natty, los de Jas, los de Monkey e incluso los míos, mientras me embadurnaba de gel de té de la cabeza a los pies. Cuando acabé me puse mi vieja chilaba y me metí dos analgésicos para caballos que pasé con el té que me quedaba, que ya se había quedado frío, mientras miraba las cartas de papá, que había tirado sobre el cubrecama rosa de algodón.

Egoísta, egoísta… Pero aquellas cartas y tarjetas significaban tanto para mí. No podría ayudar a nadie hasta que no amaneciera; ni siquiera podía decirle a Natty lo de Jas, ni regañarle por lo que había hecho hasta que no se despertara; pero claro, como tenía que dormir la mona, lo mismo no se despertaba hasta pasadas veinticuatro horas. No sería la primera vez. Se me encogió el corazón. Te he fallado, cariño, ¿verdad? Ya te jodí la vida hace mucho, hace tanto ya. Oh, ahora no, ahora no. En aquel momento sólo me apetecía leer y releer las cartas; tocar sus palabras con mis dedos y encontrar lo que de mi padre había quedado entre aquellas prietas hojas de papel desgastado. Empezaba a oscurecer, casi se podía oler la tormenta que se avecinaba. Encendí la luz de la mesilla, al tiempo que *Gengis* saltaba artríticamente sobre la cama. El pobre odiaba los rayos y los truenos casi tanto como detestaba los fuegos artificiales.

—Cuidado, ten cuidado, pulgoso, no me pisotees las cartas, viejo demonio, siéntate, así, buen michino.

Gruñó con desdén y se quedó acurrucado al fondo de la cama mientras yo leía. Poco a poco, a medida que los analgésicos se iban adueñando de mi organismo, las palabras se fueron desenfocando cada vez más y las frases fueron desfilando una detrás de otra y conformando un turbio río de dolor y pérdida. Me quedé dormida antes de notar siquiera el sueño que me había entrado.

Me despertó el ruido de la ducha. Tanteé la mesilla con torpeza, encendí la lamparilla y miré el reloj. ¿Cuándo me había quedado dormida? Joder, ya era más de medianoche. Me froté la cara y bostecé.

Natty salió del cuarto de baño y entró en mi habitación sin llamar (nunca llamaba, a menos que estuviera Johnjo en casa, después de todo éramos familia). Llevaba unos viejos pantalones de chándal azul deslavado, de costuras raídas, y una camiseta de tirantes blanca. Llevaba al cuello su cadena de oro, como si fuera una pesada serpiente que perfilara su sinuoso cuello, y tenía la piel enrojecida por el agua caliente y la tórrida humedad de la noche. Traía consigo un velo de vapor y el acre olor del jabón de alquitrán. Me hizo gracia porque Natty odiaba el jabón de alquitrán, decía que olía a suciedad; sin embargo, le encantaba el jabón de alquitrán de toda la vida que yo tenía en casa para que sólo él lo usara porque le parecía que olía a limpio y le recordaba a cuando era un crío. Qué curiosas las manías que podemos llegar a tener las personas.

Se frotó las rastas con la toalla y se sentó al filo de mi cama. Lo escruté pensando en cómo decirle lo que tenía que decirle. Me quedé maravillada, como me ocurría siempre que se quedaba quieto el tiempo suficiente para que yo pudiera observarlo con detenimiento, lo bello que era; su rostro, su cuello y sus brazos habían salido de un molde perfecto, otorgándole un aspecto de atleta griego. No podía mirarlo sin arder en deseos de pintarlo, de intentar capturar aquella gracia silvestre, aquellos vivos colores. Quizá tuviera unos rasgos muy marcados, por ejemplo, tenía la cara un poco alargada para los estándares actuales, así que no a todo el mundo le parecería guapo, aun así, ¿qué sabía la gente, cuyos gustos se inclinaban hacia los muñecos de quirófano? A mí me impresionaba; era una piedra preciosa para cualquier artista, y para cualquier madre.

Suspiré y le froté la mano. Ojalá hubiera sido hijo mío. Ojalá yo hubiera podido darle una buena educación. Ojalá… Pero todavía no

era demasiado tarde, ni hablar. Podría estudiar muchas cosas, era inteligente, tenía una mente muy despierta cuando quería y podría salir de aquel estercolero. Yo lo ayudaría, haría cualquier cosa por él; era mi muchacho, mi querido niñito. Lo enderezaríamos, le proporcionaríamos cuanta ayuda necesitara, aprendería a controlar su genio, dejaría la droga y esa «vida». No le dejaríamos abandonar. Mientras uno no desista, siempre queda esperanza.

Me sonrió; su diente rajado le daba un irresistible gesto de pilluelo. Me puso su estratégica mirada de «siento tanto ser un chico malo». Oh, Natty. Te funcionaba cuando tenías diez años, pero ahora eras un hombre bien crecidito. ¡Dios, qué duro se me hacía! Quería abrazarlo y estrujarlo como si todavía fuera un mocoso, pero no podía.

Señaló las cartas, que todavía seguían tiradas sobre la cama.

—¿Tienes un admirador secreto, tita Billie? ¿Son las cartas de algún antiguo amor? Me voy a poner celoso.

Su voz sonaba ronca. Cuando volvió a sonreír la luz de la lamparilla reveló la fatiga que empañaba su rostro: unas sombras acirueladas habían teñido la fina y sedosa piel de debajo de sus ojos y su mandíbula parecía más angulosa de lo normal.

—No son cartas de amor, cariño. Quiero decir, no del amor que tú dices. Son cartas de mi padre; ¿recuerdas que te dije que se fue cuando yo era pequeña…?

—Igual que mi padre. Claro que me acuerdo. Lo sentí mucho por ti, sabes, porque estábamos como en el mismo barco, no sé. No te importa, ¿no? ¿Te molesta que lo sintiera por ti? No quiero parecer cruel, pero… Oh, ya sabes. Quería que fuéramos iguales, porque así siempre estaríamos juntos.

—Oh, Natty, cielo…

Entonces se lo conté todo.

Lloró. Esta vez no se molestó en disimular; el tipo duro disolviéndose en la caldera de su dolor. Las lágrimas manaban de sus ojos de ámbar del mismo modo que manaban de los ojos verdes

de su madre: cristalinas, brillando como diamantitos entre sus pestañas antes de descolgarse. Nada de enrojecerse, nada de sorber los mocos. Simplemente lágrimas puras que caían en mi cuello mientras lo abrazaba y mecía, igual que hacía cuando era pequeño. Lloró y lloró, apretándome contra sí y clavándome los dedos en la espalda, mientras llamaba a su madre y me suplicaba que lo arreglara todo. Le escuché mientras me juraba que haría lo que fuera, cualquier cosa, si Jas no moría, si todo se arreglaba. Después maldijo a su abuela por meternos a todos en aquella mierda del periódico y rogó a Dios que le devolviera a su padre para que le ayudara a soportar aquella carga. Con cada palabra que decía me desangraba más el corazón.

Cuando un niño pequeño llora, lo besas para que se tranquilice, le pones una tirita en la rodilla, aunque no la necesite, y lo acuestas con una bolsa de agua caliente. Pero cuando el niño ya se ha hecho hombre se te parte el alma porque ya no puedes hacer nada, sólo amarlo. Y vaya si lo amaba, mi amor por Natty era tan inmenso que engullía todo lo demás, hacía que el tiempo se detuviera, que la luna eclipsara al sol; y, en medio de aquella oscuridad inerte y pesada, besé su dulce rostro y le conté todas las mentiras piadosas que las madres han contado siempre a sus hijos, aunque ni Natty fuera mi hijo ni yo fuera la madre que debería haber tenido.

Después se tumbó, exhausto. Recogí las cartas y las dejé sobre la cómoda; *Gengis* se bajó de mala gana y salió de la habitación, harto de aquel drama humano que interrumpía su descanso. Me eché junto a Natty, le pasé la mano por la frente, que la tenía ardiendo, y le aparté las rastas, todavía húmedas, de la cara.

—Pobre Natty, pobre niñito mío. Todo saldrá bien, amor, ya lo verás; saldremos juntos de ésta, Jas se pondrá bien. Llevará tiempo, pero nada más.

—¿Billie? Cuando todo esto pase, cuando mi madre… ¿Podremos mudarnos a alguna otra parte? ¿Todos juntos? ¿Con Monkey? Tenemos que salir de esta pocilga, está acabando con nosotros;

nunca nos irá mejor si nos quedamos, jamás, lo sé. ¿Podemos ir a vivir junto al mar? A mi madre le sentará bien la brisa marina. Tenemos que alejarla de toda esta mierda y de toda esa gentuza con la que se junta. ¿Podemos?

Siempre había tenido aquel sueño de trasladarse al campo y vivir en una cabañita con rosas en la entrada y un jardín lleno de pájaros azules. Le miré a la cara; bajo su máscara de hombre se adivinaba al muchacho agotado y herido que todavía era.

Le acaricié la mejilla.

—Claro, amor. Todos juntos. Incluidos *Gengis* y *Cairo*. ¿Qué te parecería mudarnos a un chalet de Whitby, o de Cornwall? Eh, ¿te gustaría? Nos iremos a una vieja casona donde cada uno tengamos nuestra propia habitación. Podríamos ir a nadar, y Monkey y tú podríais aprender a navegar para poder llevar a Jas a pasear, yo tendría mi propio estudio y me pasaría todo el día pintando, también podríamos cultivar nuestras propias hortaliz…

—La buena vida, ¿eh? —Sonrió y me dio un cabezazo flojito. Siempre se burlaba de mí por lo mismo, desde que empecé a sembrar las primeras plantas de mi jardín; se reía cuando le decía que quería cultivar mi propia comida y tener una cabra que me diera leche, como «buena *hippy*», como él decía. No era verdad, pero era una broma que había ido desarrollando con el tiempo. Me gustaba que recordara que podía reírse conmigo.

—Sí, sería genial. Pero nada de tener vecinos pijos, ¿eh? Podríamos hacer un jardín y una granja de cuento, viviríamos como si fuera un bloque de apartamentos y tendríamos una enorme cocina comunal con una mesa enorme en medio donde cenaríamos lo cosechado en la huerta y…

—Monkey y yo podríamos salir a pescar…

—Sí, cariño, podríais, claro que sí… —Entonces fui yo quien empezó a llorar.

—No llores, Billie, nos marcharemos de aquí, ya verás. Será genial, lo juro. No pienso seguir con esta mierda. No llores más, te

quiero, Billie, te quiero, eres mi ángel de la guarda, siempre lo has sido, somos de la familia, no ll…

Estiré la mano para coger un puñado de pañuelos y enjugarme las lágrimas.

—Lo siento, amor, estoy bien, sólo un poco cansada, sabes.

—Sí. Yo también.

Nos quedamos echados juntos en la cama, mientras poco a poco la noche se iba cerrando sobre nosotros.

31

ME DESPERTÓ el primer trueno; el desgarrador fogonazo del rayo alumbró al hombre que me estaba besando y chupando los pezones y que, con una mano entre mis piernas, hundía sus dedos en mi carne, en mis entrañas.

Me quedé allí tumbada, sin acertar a dar crédito, sin atreverme a moverme ni a respirar; entonces, aquel hombre dejó de acariciarme los pechos y fue bajando hasta mi vientre, que empezó a lamer muy despacio, al tiempo que me apretaba los glúteos con sus fuertes manos para llevarme hasta su boca. Una paralizante descarga de recuerdos me empaló con su estaca de fuego: una joya gigante con forma de insecto devorando a una mujer, la luz derramándose sobre el moho amarillento, el rascar de la navaja oxidada al hacer otra muesca en la cabecera de la cama. Cuando sentí la lengua de aquel hombre rozando mi cuerpo me quedé muerta de miedo; nunca había vuelto a soportar aquello, jamás, no desde aquella lejana noche. Sin embargo, estaba ocurriendo otra vez, no había conseguido escapar y…

¿Grité cuando la tormenta iluminó de nuevo la habitación y logré identificar al hombre? No lo recuerdo; no creo que lo hiciera, porque no podía ni respirar. Sí me acuerdo del sabor de los jugos gástricos y las arcadas, que me punzaban el estómago. También recuerdo cómo de repente hice acopio de mis últimas fuerzas y empecé a revolverme y patalear, cómo clavé las uñas en la cabecera de la cama para incorporarme y apartarme, cómo cogí mi chilaba y me la puse para no seguir expuesta ante aquel hombre que nunca debería haberme visto de aquella manera, que nunca debería haberme

tocado de aquella manera, que nunca debería haberme saboreado, ni olido ni deseado de aquella manera.

Recuerdo cómo me miró, recuerdo su rostro devastado en la penumbra, su máscara de cobre y sepia, el húmedo destello de sus ojos entornados, su pelo alborotado.

Se limpió la boca con el dorso de la mano. Me acuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo. No he conseguido olvidarlo. Entonces oí mi voz; no fue un grito, sino una férrea y uniforme cadena de palabras con forma de susurro que traía consigo el tintineo de lo impensable, que me obligaba a decir cosas que jamás imaginé que llegaría a decir y que de haber sospechado que podrían salir de mi boca, me hubiera cortado la lengua sin vacilar.

—Natty, Natty, por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo? ¿Estás despierto? ¿Me oyes? No sabes lo que estás haciendo…

En aquel instante me aferré a mi última esperanza, que estaba a punto de descolgarse de mi corazón. Deseé con todas mis fuerzas que estuviera soñando, que no se hubiera dado cuenta de lo que había hecho, que todavía estuviera colocado, que las drogas le estuvieran nublando la mente y que en su estado medio ido se pensara que yo era otra persona. En ese caso, podría ignorarlo, hacer como si no hubiera sucedido. Perdonarlo. Sin embargo, por mucho que lo deseara, en el fondo sabía que me estaba engañando.

Me miró con ojos confusos, como un perro al que hubieran apaleado por haber hecho algo que no sabía que estaba mal.

—Te quiero, Billie.

—Natty…

—Te amo. Te amo; es lo mismo que hago con mi madre, se lo hago cuando está disgustada y eso. Siempre se lo he hecho, siempre. Desde pequeño. Es agradable. Sienta bien hacerlo. Somos novios, como dice ella. Somos amantes. Tú y yo también podemos ser amantes; Billie, te amo y no quiero perderte, quiero hacértelo bien…

Se me pusieron los pelos de punta, se me revolvió el estómago y me quedé sin aire. ¡Oh, Santo Dios que estás en los Cielos, no! Esto no, esto sí que no. ¿Acaso no hemos tenido ya bastante? Esto no. No, no es justo. Pero sabía que no me estaba mintiendo. A pesar de que había vivido rodeada de mentiras, no tenía ningún problema para reconocer la gélida verdad, y ya era demasiado tarde para taparme los oídos e impedir que su penetrante voz siguiera desgarrándome el alma.

—Dios, Natty, ¿qué cojones te ha hecho? ¿Qué te ha hecho? —Mis entrecortadas palabras me hicieron darme cuenta de lo débil y miserable que me sentía en aquel momento.

Se quedó arrodillado al fondo de la cama, con los ojos clavados en mí y los brazos cruzados sobre su estómago, como si quisiera impedir que se le salieran las tripas. Yo estaba tiritando como jamás había temblado antes. Mi cuerpo se sacudía al compás de los escalofríos más intensos que había sentido nunca. Quería mear, necesitaba salir corriendo al cuarto de baño y limpiarme de él, pero no podía moverme de la cama. Delante de mí, el niño que tanto quería, el muchacho al que había tratado como a un hijo, se fue desmoronando; las palabras empezaron a manar de su boca a borbotones, como si brotaran de un absceso reventado.

—… que era igual que mi padre, su vivo retrato… Vi lo que aquel tipo le había hecho, me lo enseñó, estaba llena de cardenales; yo tenía sólo nueve años, me lo enseñó y empezó a llorar después me dijo que me acercara y que le diera un beso, dale un besito a mamá, y se lo di y… Me dijo que ya éramos novios de verdad, me quieres, ¿me quieres? ¿me quieres? Ahora ya no me puedes dejar, estaremos siempre juntos, como auténticos… No la follé hasta los doce años; pero después sí, no siempre, sólo a veces, se lo hacía y decía que era bueno para mí que así me tranquilizaría… Me sentía como si fuera dos personas como si hubiera dos personas en mi cabeza, y cuando crecí supe que estaba mal, pero en el piso no estaba mal cuando estábamos juntos y entonces las cosas eran así, ¿lo

entiendes? Las cosas eran así pero sabía que era algo sucio sabía que estaba mal y me jodía la cabeza y me volvía loco me enfadaba tanto y no puedo contarlo, no puedo contarlo, lo entiendes porque me llevarán, me meterán en algún sitio para chicos malos y a mamá la encerrarán y ya no podremos ser amantes nunca más… Se lo dije a la zorra de Charmaine, fue lo que pasó y lo que me metí me hizo contárselo, se lo conté todo y me dijo que era un puto pervertido y que mi madre era una puta pedófila de mierda y entonces la hostié y la hostié hasta que se calló pero tuve que salir corriendo porque no quería dejar de hostiarla y tenía la cara como la de mamá y todo se fue a la mierda… Ahora tú también me odias, me odias, ¿verdad? Te doy asco, lo sé, lo sé, tú también… me odias, me odias… Ahhh, Dios, ah, Dios, Dios, Dios, Billie, Dios, me quiero morir, me quiero morir…

—Natty, Natty, no, Natty…

Entonces se levantó. Saltó de la cama, casi cayéndose, y salió corriendo, como azotado por el estruendo de los truenos e iluminado por el resplandor de los rayos mientras salía de la habitación y se abalanzaba escaleras abajo; corrí tras él gritando su nombre, pero Natty ya había salido por la puerta de atrás y saltado el muro del cementerio, perdiéndose en las fauces de la noche. Había desaparecido. Mi niño se había ido y la noche me había envuelto con su mortaja de lluvia.

32

NO QUERÍA ir a la tienda, pero después de haber buscado a Natty durante horas por el cementerio y el pueblo, se me ocurrió que quizá fuera allí; era poco probable, pero ya había agotado el resto de opciones. Además, no soportaba estar en casa, necesitaba salir un rato. Me duché otra vez, frotándome todo el cuerpo tan fuerte que salí toda roja; quité la ropa de la cama y tiré la chilaba al cubo de la basura. A pesar de todo, seguía sintiéndome sucia. Me pregunté si volvería a sentirme limpia algún día, si es que lo había estado alguna vez. Era como si los estratos de porquería le estuvieran metiendo mano a mi alma, estratificada y repugnante como un sedimento de mentiras y brutalidad.

Monkey se había despertado con el alboroto, pero yo ya me había recuperado y calmado lo bastante para decirle que Natty se había vuelto a enfadar y a desaparecer, como tenía por costumbre. Monkey se quedó preocupado, cosa normal en él, y se sentó a esperar a que Natty regresara. Supongo que le podría haber contado la verdad, porque en teoría era un hombre adulto, ¿pero qué sentido tenía asustarlo aún más con toda la mierda de ese tipo que ya cargaba el pobre a sus encorvadas espaldas? No, no podía ser tan hija de puta. Cuando me marché, Monkey ya había vuelto a poner *El libro de la selva*; se había echado en el sofá y se había arropado con la misma manta con que se había tapado Natty, y aspiraba su olor con deleite de perro fiel. Pero yo no encontraba la manera de tranquilizarme, de modo que decidí coger el coche y volver a la ciudad como un zombi. Creo que eso era precisamente lo que era en aquel momento; estaba viva, pero creía estar muerta de tan

atontada y aterida que me había quedado, a pesar del calor que había traído consigo aquel día esterilizado por la tormenta.

Empecé a tapiar el secreto, no sé, a emparedarlo en mi corazón; cruel ladrillo a cruel ladrillo. Siempre lo hacía con ese tipo de historias, las enterraba en vida. No estaba enojada por lo de Natty, sino conmocionada. Lo de —me cuesta decirlo— la parte sexual fue vomitivo, pero lo superaría; no me quedaba otra. Ya no era ninguna niña, en ese aspecto me había visto en otras peores. Natty no tenía nada que ver con Steveo, el cabronazo que me violó. En este caso, Natty era la víctima más que yo. Es lo que pensaba entonces y aun hoy no he cambiado de opinión. No lo culpo y debo decir que lo perdoné en cuanto me contó la verdad, pese a que por lo general, como ya he comentado, no se me da muy bien lo de perdonar.

Estaba espantada, sí, y me inflamaba de rabia pura cada vez que pensaba en Jas y la aberración que le había hecho a su hijo por culpa de su debilidad, su egoísmo y su ignorancia. Pensé con gravedad que era una suerte que estuviera ya en el hospital, porque si no sabe Dios que le hubiera dado yo bien de hostias para que la ingresaran. Una parte de mí que no se dejaba dominar por la lógica deseaba verla muerta. Quería que se muriera por la enfermedad que había contraído, porque sería lo apropiado, sería una especie de ajuste de cuentas. Sabía que aquella idea no me honraba en absoluto, pero no podía quitármela de la cabeza.

Sabía de sobra que esas mierdas eran un hecho. Abuso de menores y todo eso. No creo que exista ningún adulto que no sepa que esas cosas ocurren a diario. Sé que muchos intentan no pensar en ello y que lo niegan cuando la mierda les salpica, pero son patéticos. Aún peor, son crueles porque es precisamente su ceguera lo que da pie a que esto pase. Padres con hijas, hermanos con hermanas, tíos, abuelos… Da igual. En la actualidad se habla más del tema que cuando era una cría. Sin embargo, la mayoría sigue pensando que son sólo los hombres los que lo hacen. Las mujeres nunca, las madres imposible… Sería lo más antinatural imaginable,

sin lugar a dudas. Joder, ¿sabéis qué? Pensad en lo más horrible que un ser humano podría llegar a hacerle a otro. Lo peor de lo peor. ¿Lo tenéis? Bien, pues os juro que mientras escribo estas líneas alguien le está haciendo algo cien veces peor a otra persona. A un niño, a una mujer, a un anciano, a un preso de conciencia… En definitiva, a un esclavo. Sí, a un esclavo, porque algo así siempre te acaba dominando. Hombres con hombres, mujeres con mujeres, mujeres con niños, hombres a bebés… Cualquiera, cualquier cosa. La especie humana es la más cruel; las personas son los depredadores más imaginativos que jamás haya creado la naturaleza.

Así y todo, una madre aprovechándose de su hijo… Es vil. Lo más bajo a lo que puede caer una persona. A pesar de todo lo que he visto, olido y tragado, algo así —la monstruosidad que Jas había hecho con Natty me dolía como si me estuvieran rajando el alma con el cristal más afilado concebible—jamás hubiera ocurrido si yo hubiera sido su madre, entendéis, ni se me hubiera pasado por la cabeza.

Me imagino la voz mimosa que pondría Jas, sus dedos huesudos acariciando a Natty con lascivia, su deforme concepto de «su cariñito»… Joder, cuántas veces le había oído llamárselo. Me daba escalofríos. Cuántas veces había oído a Jas decir que ahora sí que eran el uno el «cariñito» del otro y cuánto quería a su niñito, sobre todo ahora que ya era «el hombre de la casa». No pude evitar una arcada al pensar que si le hubiera preguntado a Jas sin tapujos si se estaba tirando a su hijo, hubiera ocultado sus enormes ojos bajo sus trémulos párpados y hubiera empezado a sollozar y balbucir lo sola que se sentía y lo mucho que echaba de menos a Terry, y que Natty había buscado «el consuelo» de hacerlo tanto como ella, porque se querían el uno al otro, que no era ningún crimen… La hubiera reventado los morros. Vaya que sí.

Sin embargo aquello explicaba muchas cosas. El comportamiento de Natty, sus arranques de ira, sus repentinos cambios de humor, la violencia. ¿Cómo me había dicho? «Me sentía como si fuera dos

personas». El martirio de cargar con algo así cada día durante años debe de haberlo desquiciado. Yo sabía muy bien lo que era guardar un secreto, nadie sabía mejor que yo lo mortificante que llegaba a ser, cómo afectaba a cada aspecto de tu vida, cómo influía en tu día a día o cómo te obligaba a mentir a cada momento, hasta el punto de que empiezas a olvidar la verdad.

El caso es que, al final, la verdad siempre sale a flote. Emerge y lo sumerge todo bajo un maremoto de hielo que nace de tus vapuleadas entrañas e intenta arrastrarte a sus abismos. Lo sabía porque llevaba ya más de veinte años esperando a que me ocurriera a mí.

Llegué a la tienda antes que Leckie y aproveché para retocarme e intentar pasar por una persona normal. También era mentira, por supuesto, pero en este caso, Leckie y Monkey eran iguales para mí —sin ánimo de ofender, Lecks—, quiero decir, cada uno a vuestra manera, y lo que yo menos quería eran arrebataros esa bendita inocencia. En cualquier caso, como bien sabrán aquéllos a los que la vida les haya jugado una mala pasada, el espectáculo debe continuar. Nos guste o no, no somos los personajes de una novelucha de suspense en la que cuando la víctima muere en circunstancias espantosas el héroe inicia sus labores de detective y no parece preocuparse jamás por menudencias como el dinero, el trabajo, la familia o los amigos. Rompe con todo, sin más, y no para hasta resolver el misterioso caso. Pues bien, lo siento, pero la vida real no es así; así que abrí la tienda con un cuarto de hora de antelación, vendí tres tarjetas, un pliego de papel de regalo del caro y un cuaderno de tapas de cuero. Luego puse el agua a hervir. Ya casi no me temblaban las manos. Me sentí orgullosa de mí misma. Me demostré que podría superarlo.

Sin embargo, a las tres de la tarde mis fuerzas empezaron a decaer. Todavía no me había curado por completo del constipado, estaba agotada por la falta de sueño, confundida de tanto sobresaltarme cada vez que entraba alguien por la puerta, porque

siempre pensaba que era Natty, y hundida de pura preocupación. Me sentía, en definitiva, como la puta mierda. Decidí que lo mejor sería encerrarme en la oficina a ordenar papeles.

Leckie me trajo un té y se quedó en la puerta hablando de su nuevo gurú, Ben Thorby. Había estado practicando su «cultura de cliente» —al parecer era uno de los alucinantes conceptos de *marketing* de aquel tipo— con todos los bobos que entraban en la tienda y acojonándolos porque Bradford no es Los Ángeles y la gente de Yorkshire no está acostumbrada a entrar en un establecimiento y que la atiendan con una sonrisa kilométrica y le digan con cara de adoración «Oh, que tenga un excelente día y muchísimas gracias por su visita» sólo por comprar una tarjeta de felicitación de una libra y media. Yo por lo general reservo ese tipo de halagos para los que compran un juego de collar, pendientes y pulsera de labradorita de colores, como el del escaparate, que vale ciento cincuenta libras. Pero, al parecer, el método Thorby consistía en hacer que todos los clientes, incluidos los que compraban los artículos más baratos, se sintieran como si fueran preferentes, para que al comparar con la atención recibida en las tiendas de la competencia, donde no se aplicaba aquel tipo de agasajo desmesurado, sintieran la necesidad de visitar tu templo otra vez y comprar cualquier otra cosa, para sentirse arropados por el calor de tu amabilidad sin reservas. Bueno, pues vale.

Leckie empezaba a asustarme, no digamos a los clientes. Tenía magníficos planes de expansión para nuestro negocio, íbamos a dejar de ser una simple tienda de regalos para convertirnos en un «oasis de contacto humano», un «núcleo de intercambio» y un «refugio para las redes de comunicación». Esto último significaba enviar por correo postales de cumpleaños a quienes nos dijeran los clientes.

—…y lo que hay que hacer, en serio, quiero decir, ya sabes, básicamente, es que Ben cree que necesitamos devolver la calidez a nuestros negocios, darle eso que se perdió en la, no sé —levanta los

brazos y estira y encoge los dedos índice y corazón de ambas manos para hacer el gesto de las comillas—, la «cultura del milenio», en el mundo moderno, si quieres, los valores, los verdaderos valores humanos. Ben dice…

—Oh, te ha impresionado ese Ben, ¿eh? Ya veo. Entonces, ¿conseguiste su autógrafo?

—Billie, de verdad, cómo eres… Ni siquiera me estabas escuchando. —Se había ofendido. Empezó a tirar de los cordones de su camiseta turquesa de bordes de encaje y a mesarse el cabello. Preferí no decirle que se ponía muy guapa cuando se enfadaba.

—Que sí, cariño. Claro que te escucho, de verdad… Bueno, más o menos, es que… Estoy hecha polvo. A ver, me apasiona lo que me estás contando, y estoy de acuerdo… Y Ben… Pero estoy para el arrastre, en serio. Anoche vino Natty y…

Cuando me quise dar cuenta estaba llorando. No sé de dónde salió aquel torrente de lágrimas. Leckie vino corriendo hacia mí y me abrazó, mientras yo estiraba la mano con torpeza para coger un pañuelo y mascullaba lo rendida que estaba, lo que había ocurrido, lo de la espantada de Natty… Una parte de mí deseaba contarle toda la verdad, la espantosa e inconfesable verdad. Pero me resultaba imposible.

—Billie, márchate a casa. No, en serio, vete. Procura acostarte pronto y dormir bien. Mañana tómate el día libre, recupérate. Estás destrozada, amor, es evidente… Dios, vaya semanita que llevas, qué locura, cualquier otro en tu lugar hubiera perdido la cabeza. No, insisto… Venga, no me importa, mira que eres cabezota. A ver, ¿cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones? Creo que podré encargarme yo de la tienda durante… no sé, una temporada. Soy un hacha, sabes, me las puedo arreglar muy bien.

Me señaló agitando el dedo y puso los ojos en blanco. A pesar de que sólo quería animarme, sé que en realidad estaba muy preocupada por mí, que Dios la bendiga. Suspiré y me enjugué las lágrimas con el pañuelo ya empapado.

—Sí, lo sé, tienes razón. Pero no me *enthorbyces* la tienda mientras no esté, ¿eh? —Creo que conseguí forzar una sonrisa.

Recogí mis cosas y salí al tiempo que le decía adiós, mientras ella «enthorbyzaba» a un cliente en la sección de *New Age*. Leckie tenía razón. Necesitaba dormir mucho. No le sería de gran ayuda a Natty si no me recuperaba, y tendría que tener la cabeza bien despejada para cuando volviera, porque Natty regresaría, no me cabía la menor duda. En el fondo él sabía que yo lo quería y que siempre lo querría, pasara lo que pasara. Sabía que yo era el refugio en el que encontraría la protección que buscaba. A pesar de que ahora estuviera cabreado, se le acabaría pasando y se daría cuenta de que no podía contar con nadie más. No podía regresar al piso y mucho menos con Charmaine; quizá se quedara un par de noches con alguno de sus colegas, pero al final volvería. Al día siguiente aprovecharía mi «baja por enfermedad» para llamar a algunos de los lugares que él frecuentaba y pensaría en algo para sentarme a hablar con él.

Mientras conducía de regreso a casa me fijé en que las hojas empezaban a cambiar de color. Quizá fuera algo a lo que la gente no prestara mucha atención pero para mí el color dice mucho y suelo fijarme en esas cosas. El profundo verde del verano comenzaba a teñirse con el tinte amarillento del otoño, que venía ya de camino.

Cuando entré en mi calle vi un coche de policía. Vi cómo de él salían dos maderos, un hombre y una mujer, y echaban a correr detrás de Monkey, que corría de aquí para allá delante de mi casa como una liebre acorralada por una manada de galgos; aterrado, intentó esquivar al hombre, que lo agarró del brazo, sin violencia, y lo asustó todavía más. Creo que fue entonces, al ver la cara de Monkey, cuando me di cuenta. No sé cómo ni porqué, pero lo supe. Aparqué y salí aprisa del coche. Mientras corría hacia ellos, podía oír a Monkey, que no dejaba de farfullar, presa del terror. El agente le dijo que se tranquilizara, pero era inútil porque Monkey, que le tenía un pavor instintivo a la madera, no dejaba de retorcerse como un

jabalí herido, desgarrándose la camiseta en su fiero intento de escapada. Entonces me vio.

—Ceñodita, Ceñodita Billie Ceñodita, Ceñodita Billie Ceñodita, Natty, Natty venido, Natty venido pero m'ha'chado, Ceñodita, eztá dentro y m'ha'chado… Algo va mal, Ceñodita, algo… Natty, Ceñodita Billie, Natty…

La agente se acercó a mí. Era baja, rubia, tenía cara de niña paliducha y el chaleco antibalas que llevaba le daba un aspecto demasiado rechoncho. No escuché lo que me dijo; sólo podía oír a Monkey, nada más. La chica frunció el ceño y me repitió lo que me había dicho. Entonces sí la oí, como si alguien hubiera vuelto a activar el sonido de mi mundo. Su voz sonaba distorsionada e irreal; entendía las palabras, pero me llegaban desprovistas de significado. Aquella zorra me estaba tocando ya los huevos, ¿por qué cojones se interponía entre mi casa y yo? ¿Por qué me separaba de Natty?

—¿Conoce a este hombre? Hemos recibido una llamada denunciando que había alguien intentando entrar por la fuerza en esta propiedad y…

Abrí la boca y poco a poco empecé a balbucir algo.

—¿Que si conozco a est…? Sí, sí, lo conozco. Es mi casa, por favor, déjenle marchar, no irá a ninguna parte, por favor, está asustado, se lo explicaré, pero tengo que…

Entonces volvieron a apagar el sonido, esta vez por completo. Me sentía como si estuviera encerrada en una película surrealista. Podía verlo todo, un poco desenfocado y lejano, pero lo único que oía era mi sangre martilleándome las orejas y el aire inundándome los pulmones, que estaban a punto de reventarme la caja torácica, y todo transcurría a cámara lenta, muy lenta, y no acertaba a meter la llave por el ojo de la cerradura. Sabía que los maderos me seguían hablando y veía que todavía no habían soltado a Monkey y allí está la señora Leach diciendo algo sin dejar de acunar a D'Arcy, pero… No conseguía meter la puta llave en la cerradura y entonces por fin lo conseguí y abrí la puerta y entré corriendo con la certeza de que

algo no iba bien y una voz empezó a gritar en mi cabeza «¡Natty! ¡Natty! ¡Natty!» y luego supe que no eran imaginaciones, sino que estaba gritando de verdad y corrí hacia las escaleras porque pensé que estaría en mi habitación, que estaría allí, durmiendo o algo, y que se levantaría de un salto, alarmado por mis gritos y que nos abrazaríamos y que le diría que lo quería más que a mi vida y que todo saldría bien y que después nos reiríamos de todo aquello y de la hija de la gran puta de la señora Leach, que no tenía nada mejor que hacer que llamar a la madera…

33

LOS maderos fueron muy amables. Hace años, al igual que toda la peña que conocía, me pasaba el día soltando absurdos sobre que todos los polis eran unos cerdos fascistas, sin embargo aquellos dos se portaron muy bien conmigo todo el tiempo, se lo curraron. Resulta irónico, la verdad; ojalá me hubiera dado cuenta de mi error años atrás, porque entonces no habría ocurrido nada de esto. Pero no me gusta pensar en ello, no vale la pena, ya he llorado tanto por ello que no me quedan lágrimas.

En cualquier caso, al parecer Natty ya llevaba muerto un tiempo antes de que lo encontrara. No había nada que ninguno pudiéramos haber hecho. No había nada que yo pudiera haber hecho. Me lo dejaron muy claro, yo no podría haberlo salvado ni nada. Ya se aseguró Natty de que nadie se interpusiera entre él y su objetivo, aunque no me dijeron si sufrió; supongo que sí, pero me dijeron que lo más probable es que fuera muy rápido. Esa parte no me la creí. Pero no le quiero dar muchas vueltas a ese aspecto porque… No se puede. Es cuanto puedo decir. Todo el que haya pasado por algo parecido me comprenderá. Vosotros no. Os volveríais locos.

Debió esperar a que yo saliera de casa, no sé, es mi teoría. Me vio marcharme y entonces se coló, cogió la cuerda de escalada que Johnjo utilizaba para remolcar y, después de echar a Monkey —fijaos, en mi opinión que Natty echara a Monkey para que no viera lo que iba a hacer demuestra que lo quería de verdad—, subió al desván, cogió la escala, ató la cuerda a una viga, apartó la escala de una patada y… No puedo. No puedo.

Y así fue como lo encontré. Intenté subirlo para liberar el peso de la cuerda y Monkey intentó ayudarme, pero gritaba tanto que no me

ayudó en absoluto. Hice todo cuanto pude… Pero no sirvió de nada, claro, y luego estaba el olor y el estado en que estaba, espantoso, hinchado, hecho una mierda, con lo bello que había sido, y después entraron los maderos y miraron a ver si aún vivía, pero sus caras lo decían todo y Monkey también se dio cuenta y yo no olvidaría su mirada ni así que viviera mil años, porque él también murió entonces. Salió corriendo y nunca lo volví a ver, aunque algunas noches me acuerdo de él. Me hubiera encantado sentarme con él, sin necesidad de hablarnos, y recordar juntos a Natty.

Imagino que serán pocos los que no hayan perdido a algún ser querido. Todo el mundo te dice que lo superarás, que la vida debe continuar. En una revista estúpida leí que no se debe llorar la muerte de un ser querido más de seis meses porque no es bueno para la salud. Joder, a mí la pérdida de Natty me dolerá toda la vida y no pasa ni un día sin que me acuerde de él. No me importa que me digan morbosa o que me llamen alguna otra tontería sólo por no sonreír como un chimpancé todo el tiempo ni pasarme el día expresándome a base de tópicos para tener contenta a la gente.

Para mí lo más duro fue que durante largos años el recuerdo de Natty ahorcado no me permitía consolarme con los recuerdos que de verdad quería conservar. Solía pensar mucho en él, por ejemplo, cada vez que veía a un chico caminando con chulería y desenfado o cuando leía la crítica de alguna película que en mi opinión a él le hubiera gustado ver; aquellas cosas me hacían recordar su rostro risueño, de niño y de hombre, pero siempre acababa deformándose con crueldad por lo que se había hecho, como si las turbias aguas de la muerte distorsionaran toda mi memoria. En la actualidad ya no me pasa tanto, pero os aseguro que fue un auténtico martirio durante demasiado tiempo.

Por no hablar de las pesadillas, claro, que eran, o son, espantosas. El médico me recetó unas pastillas, pero no me sirvieron más que para pasarlo peor. Todas las noches quería despertarme porque me ahogaba en mis propias lágrimas, pero los fármacos no

me dejaban y me obligaban a seguir intentando subir a Natty y liberar el peso de aquella puta cuerda. Así que decidí dejar de tomar aquella mierda y el Prozac también, cosa que les extrañó muchísimo, pero me dio igual. Cada uno se enfrenta a sus problemas como mejor puede. No pienso convertirme en una de esas mujeres de mirada perdida que pueblan las salas de espera de las clínicas. Es la historia de siempre, se nos sigue queriendo dominar a base de drogas.

Por lo menos los temas oficiales —la investigación, el funeral y demás— quedaron ya atrás. No voy a contar con detalle lo aberrante que es el servicio de cremación; sólo decir que el achaparrado edificio de ladrillo parecía más unos viejos retretes públicos que un lugar donde honrar a los muertos. La puta sacerdotisa o quien cojones fuera no dejaba de hablar en tono monótono sobre Natty —a quien no conocía de nada—, cuya existencia fue podada «en la flor de su juventud». Sólo estuvimos nosotros tres: Pauline Skinner, que llevaba un abrigo de leopardo con el que parecía un putón barato de la Francia de los años cuarenta venida a menos, su fiel Bobby y yo, que me quedé en el fondo, vestida toda de negro porque mi guardarropa no daba para más. Llevo toda la puta vida de luto. Pauline fue a por mí, por supuesto; saboreó cada minuto gritando, chillando y fingiendo desmayarse cuando Bobby intentó rodearla con sus débiles brazos de alambre. Eso sí, supo vengarse porque se llevó las cenizas de Natty, a su piso, fijo, aunque no me extrañaría que antes las paseara por el bar haciéndose la abuelita desgraciada con la sola intención de que la invitaran a un trago. Sólo Dios sabe qué hará al final con ellas.

Yo las hubiera esparcido en los páramos de Baildon alguna fresca tarde dorada. A veces, cuando Natty era pequeño, íbamos allí a pasear, a comer y a comprar un helado en la antigua lechería. Allí es donde yo hubiera liberado a mi salvaje muchachote, con los zorros y los cernícalos, para que su energía alimentara los brezos y los arándanos que tanto disfrutaba recogiendo y comiendo hasta que se

manchaba toda la cara de churretes morados… Ah, no os imagináis cómo duele. Todavía duele, siempre me dolerá, porque me habían arrancado el alma. A veces me desespero pensando que no lo volveré a ver, recordando lo que hizo. Lo quiero tanto que la pena de saber que nunca más podré tenerlo delante de mí, engulle cualquier otro dolor que haya podido sentir a lo largo de toda mi vida.

Al menos no tuve que ver a Jas. No lo hubiera soportado. Llamé al hospital, claro, para que se lo comunicaran ellos. En la actualidad sigue viva; de hecho, dicen que se va recuperando poco a poco. Me preguntaron si yo me encargaría de ella si sobrevivía y podía abandonar el hospital. Les colgué al instante. Que piensen lo que quieran.

Así que ya tengo hecho el equipaje y estoy lista para largarme. He dejado a *Gengis* y *Cairo* en casa de los padres de Leckie, que son una gente estupenda. *Gengis* se lo pasa bomba tiranizando a la madre de Leckie, pobre mujer, que hasta cocina salsa de setas que congela en cubitos en la bandeja del hielo para que el demoníaco gato pueda cenar solo. Qué locura; le avisé de que ese gato es un cabrón, pero a ella le encanta cuidar animales, gente y, en definitiva, a cualquier ser necesitado. Echo de menos a mis mininos, mis viejos bicharracos, mis compañeros, pero ya no vivo en la cabaña, parece ser que la malvendí. Ahora los propietarios son una gente de Leeds que decidieron mudarse a las afueras porque los precios de esa mini-Londres de terracota están ya por las nubes. No sé, me da igual. Acepté la primera oferta que me hicieron. Ahora es Leckie quien lleva la tienda; ¿seré ahora una especie de socia fantasma? Puede *enthorbyzar* el negocio cuanto le venga en gana. Lo hará muy bien, mucho mejor que yo, no me cabe la menor duda. Lo único que me importa es que sea feliz.

Está lloviendo. Hace un frío que pela. Alquilé este agujero sin siquiera haberlo visto antes de soltar la pasta. No hay calefacción central, sólo una estufa de gas en cada habitación, algo muy típico de Bradford, por otro lado. Aquí en la estación gélida se te mete el

frío hasta los huesos, aunque a decir verdad estoy deseando que vuelva el invierno.

Santo Cielo, vaya cortina de agua, la lluvia está tapando los cristales de las ventanas con sus diamantitos. Veo mi reflejo en el oscuro cristal. Hace una noche igual que la que fuimos a casa de Terry. Llueve a cántaros, hace frío, llevo un viejo jersey negro, tengo la cabeza llena de recuerdos y el corazón desgarrado. Pobre Micky, lo hiciste lo mejor que supiste conmigo. Intentaste salvarme, pero todo se jodió en el momento en que Terry nos abrió la puerta. Si es cierto que a Dios le va el juego, entonces debió de tirar los dados bajo el rayo de luz que cortó la oscuridad de la noche cuando aquel imbécil abrió la puerta de su casa y empezó algo que jamás hubiera imaginado.

Allí estaba Terry, vestido con chupa de cuero, camisa de cuadros y Levis mugrientos, botas embarradas y desabrochadas que dejaban ver unos asquerosos calcetines de pescador. Olía que tiraba para atrás; despedía un acre hedor a sudor que se revolvía con el tufo a grasa de tocino rancio. La peste me hizo arrugar la nariz, pero algo me llamó la atención, algo… Ya conocía aquel olor, ¿de qué era? No se trataba sólo del sudor de aquel cerdo, era otra cosa…

Terry sonrió con la mirada perdida, como un muerto.

—Qué jodido. La realeza, eh, ¿eh? Jodido. Eh, qué jodido, eh, bien, bien, no se queden aquí, pasen, sean bienvenidos a mi puta humilde morada, sus majestades, disculpen el desorden, por favor, disculpen el desorden, es que es el día libre de la criada. ¿Entienden? ¡El día libre de la criada! La puta hostia…

Estaba fuera de sí. Tenía su zorruna cara demacrada y pálida como la barriga de un pez desangrado, la nariz roja, como despellejada, los ojos brillantes y desviados. Debía de llevar varios días sin dormir, sin duda despilfarrando el dinero de la indemnización. Por eso olía así, era la típica peste que desprende alguien que va ciego de anfetas, producto del exceso de trabajo del hígado y los riñones, que no pueden procesar tanta basura con la

suficiente rapidez. Tosí. Joder. Apestaba como si llevara semanas bebiendo. Entonces sonó en mi cabeza un timbre de alarma que trajo consigo la voz de Carl: «No te fíes nunca de un adicto al *speed*, ¿eh? Putos cabrones, todos ellos… Nunca sabes por dónde te van a salir».

—Ya vale, Terry. —Micky intentaba parecer afable—. Corta el rollo, ¿vale?

Terry se limpió la nariz con la mano y se frotó su pelo de estropajo. Le temblaban las manos y se movía nerviosamente, incapaz de estar quieto dos segundos seguidos.

—Sí, sí, tranquilo, socio, joder, no pasa nada… Sólo bromeaba, sabes. Pasad, pasad, eh. Una cerveza, no queréis una cerveza, la tengo fría, de todas clases, o vino para la dama, no quieres un poco de vino, entonces, a las tías les va el vino, ¿no? ¿Eh? ¿Eh? No te apetece algo dulce, ya sabes, algo sabroso…

Cuando Terry fue a por algo a la nevera miré a Micky con cara de «¿De qué coño va este gilipollas?». La habitación estaba patas arriba, había más porquería que en una puta pocilga. Parecía una de aquellas chozas medievales que aparecían en algunos cuadros, y hacía un frío de cagarse, más que nada debido a las losas sin alfombrar del suelo y a que la estufa no funcionaba. Había ropa sucia y botas tiradas por todas partes, entre herramientas y componentes de motores; la peste a pantalones cagados, plantillas putrefactas y aceite estropeado de motor me quemaba las fosas nasales y me daba arcadas. Había una mesa coja cubierta de botellas vacías, ceniceros rebosantes de colillas, cucarachas y —sorpresa, sorpresa— un trozo de espejo todavía cubierto de polvo de anfetas, una cuchilla de afeitar y un billete de diez libras hecho un canuto. Al lado había abierta una bolsa de anfetas medio vacía —aunque todavía contenía lo suficiente para subirle la moral a todo un ejército— y envuelta en una nubecilla polvorosa. Estaba claro que Terry se había estado dando un festín. Aparté un ajado abrigo de cuero y me senté en el filo del desvencijado sofá, que estaba

cubierto de grasa y pisadas. Micky se sentó a mi lado, aunque no se preocupó de la porquería del sofá porque sus pantalones estaban casi igual de mugrientos.

Me agarré a su brazo y le susurré al oído:

—Está ido… Venga, vamos a pillar el material y salimos echando hostias, me pone los pelos de punta.

Micky me puso la mano en el hombro.

—No te preocupes, princesa, a mí también me da por el culo verlo así.

—Bueno, bueno, ¿qué se estarán contando los tortolitos, eh? —Nos miró con picardía, enseñándonos sus amarronados dientecillos y el vomitivo herpes que tenía en una comisura de la boca. Daba asco, aunque ni de lejos tanto como su fétido y pútrido aliento. Me dio una arcada que disimulé con una tos cuando se acercó a nosotros para tenderme una botella de jerez medio vacía a mí y una Budweiser —la nueva cerveza americana, que se había convertido en la preferida de los muchachos— fría a Micky.

—Bebed, bebed, ¿eh? ¿Eh? Vamos, no seáis tímidos, vamos a montar un fiestón. Mi fiesta de despedida, porque me voy, sí, me voy al Dam, ahí es donde hay que ir, socio, es el mejor sitio para un tipo como yo; allí sí que hay vida, pillaré algo de buen material y me tiraré a alguna zorrilla holandesa. —Soltó una risita y se sorbió los mocos. Entonces le brotaron de la nariz unas burbujas sanguinolentas que se limpió con sus dedos insectiles—. ¿Qué te parece la cerveza yanqui ésta, Micky? Para mí es como pis de maricón, en fin, asín son los yanquis, que van de tranquis… ¿Lo pillas? De tranquis… Qué jodidos…—Se nos arrimó todavía más, carcajeándose como un imbécil de su estúpido chiste. Miré a Micky enarcando las cejas.

Terry se dio cuenta. Como buen adicto al *speed*, pasó en breves segundos de la euforia a la paranoia. Fue como si se le hundiera la cara, como si su calavera quisiera absorberla y utilizarla como combustible para encender sus ígneos ojos sulfúreos.

Se inclinó hacia mí, extendió su asqueroso cuello de grillo, pegó su cara a la mía y me dijo bufando como un gato.

—¿A qué habéis venido? ¿A qué? ¿Eh? ¿Eh?

Micky agarró a Terry del brazo.

—Venga, socio, déjalo. Sólo hemos venido a pillarte algo de material. Si no puede ser, pues bueno, no pasa nada…

Terry se apartó, gruñendo.

—Ah, claro, claro. Ya veo, sólo os acordáis de mí cuando truena, pero luego… —Se levantó, sin dejar de mascullar y se puso a rebuscar en un armario de la cocina que había junto a la estufa. Se le oía hablar solo. Me apreté contra el brazo de Natty.

—Nunca debería haberte pedido que viniéramos, lo siento —susurré con desesperación—. Mira, nos vamos y aquí no ha pasado nada, ¿eh? Venga, vámonos…

Con una agilidad impropia de alguien en su estado, Terry se giró alzando contra Micky una bayoneta de la Primera Guerra Mundial de hoja deslustrada y mellada. Ya había visto antes aquella arma; los muchachos se la habían pasado de unos a otros, pero ninguno quiso quedársela para siempre; había algo en ella, algo malo. Abundaban las supersticiones de ese tipo: que si cuchillos malditos, que si motos vengativas, que si los objetos inanimados estaban imbuidos de una fuerza maligna… Terry se puso muy contento cuando se hizo con ella a cambio de unas piezas de un motor. A veces la llevaba al *pub* y se la enseñaba a todo el mundo, mientras repetía incansable la lista de tipos que habían muerto destripados por aquella bayoneta. Y ahora amenazaba con cortarle el pescuezo a Micky.

Se le descolgaron unos pastosos hilillos blancos de las comisuras de la boca y se le hincharon sus amarillentos ojos, que se le iban inyectando en sangre por momentos.

—Cabrones, cabrones… Os creéis superiores a los tipejos como yo, ¿verdad? Tú y la Señorita Engreída, la puta niña de los ojos de Carl… Oh, sí, todos lo sabemos, todos sabemos que se la está tirando. Yo no valgo una mierda, ¿verdad? ¿Verdad? Jamás

desperdiciarías un puto minuto de tu puta vida hablando con un miserable como yo, ¿verdad? Pero cuando el niño quiere caramelos entonces todo es «Oohhh, Terry, ¿podemos pasar? Oohhh, Terry, ¿por qué no nos tomamos una puta cervecita?». Oh, ahora venís a mí, a mí, ahora que queréis material… Cabrones, hijos de puta, he visto cómo cuchicheabais y os reíais de mí… Pues bien, ya no os reís tanto, ¿eh? ¿Eh? ¿Eh? Podría rajarte, cabrón, podría rajaros a ti y a esta zorra y nadie me encontraría nunca porque me las piro y no volveré jamás, en la puta vida…

La bayoneta temblaba como sedienta de sangre. A pesar de que el corazón me aporreaba el pecho y del exceso de adrenalina, vi que Micky empezaba a inclinarse preparándose para saltar hacia un lado, pero Terry, que también se había dado cuenta, empezó a chillar como un loco y cargó contra él…

En ese instante una oleada de rabia cegadora sacudió todo mi cuerpo con la fuerza de una bomba; ese cabrón, ni hablar, no permitiría que le tocara un pelo a mi Micky, ese cerdo pestilente… Me lancé contra él con todas mis fuerzas obligándole a caer de espaldas, conmigo encima; entonces, sin pensármelo dos veces, instintivamente, lo levanté un poco tirando de su camiseta y le estampé su puta cabeza contra el suelo de piedra, contra el que se partió haciendo un repulsivo ruido seco…

Me quité de encima de Terry al tiempo que Micky cogía la bayoneta de su mano y la tiraba al sofá. Terry no se movía. Me giré y le dije a Micky que teníamos que salir de allí cagando leches; entonces Terry empezó a convulsionarse, ahora lo recuerdo bien. En aquel momento no me explicaba por qué se arqueaba y temblaba como un poseso y ponía los ojos en blanco, como si lo estuvieran electrocutando. Grité y me agarré a Micky. Nos apartamos para salir del alcance de aquella maraña de brazos y piernas volantes.

Entonces se quedó quieto. Micky y yo nos quedamos allí, agarrados el uno al otro, acojonados, en medio de aquella caseta hedionda, al lado de Terry, que no se levantaba, y entonces supimos

que algo iba mal y por un segundo a los dos nos pareció oír un rugido, como si un torbellino hubiera entrado en la choza; escondí la cara en el pecho de Micky y nos quedamos encogidos, inmóviles, a ver si averiguábamos qué era, pero pasó enseguida. La habitación se sumió en un silencio sepulcral y se quedó tan fría y silente como un lago de montaña.

Nos quedamos allí de pie, congelados, mirando a Terry. Entonces, con cautela, me arrodillé y empujé a Terry por el hombro.

—Terry, Terry… ¿Estás…? Terry, voy a llamar a una ambulancia, Terry, ¿me oy…? —Miré a Micky, que se había quedado tieso y pálido. Cuando toqué a Terry en el hombro otra vez, de repente giró su inanimada cabeza; me asusté, me eché hacia atrás y me quedé allí agachada, esperando a que Micky dijera o hiciera algo, pero se quedó allí de pie, atónito.

Fue entonces cuando me entró el pánico. Primero me retorció las tripas y luego empezó a brotar de mi piel, a modo de aceitoso sudor hirviente. No me sentía capaz de volver a tocar a Terry, pero me obligué y con manos temblorosas intenté encontrarle el pulso. Nada. Debía de haberlo hecho mal. Lo intenté otra vez.

—¿Micky? ¿Micky? ¿Se toma así? ¿Hay que coger de aquí?

No se movió, se había quedado mudo. Cuando empezó a tiritar tuve la corazonada de que tendría que cargar con aquello yo sola. Al principio quise creer que no; no era justo, no podía, ¿por qué tenía que responsabilizarme yo sola? Él era el hombre, se suponía que él tenía que… Era inútil, tendría que hacerme cargo yo. Micky no tenía la culpa de no servir para aquel tipo de cosas, pero yo sí podía, lo sabía. Debía prepararlo todo, y rapidito. Me levanté, cogí el trozo de espejo y le quité los restos de speed con la manga. Me arrodillé otra vez junto a Terry y se lo puse casi pegando a los labios, que los tenía entreabiertos. Nada. No exhalaba aliento que empañara el cristal. Lo limpié y lo intenté de nuevo; empezaban a temblarme las manos, a llorarme los ojos y a hacérseme un nudo en la garganta. Nada.

Estaba muerto. Lo había matado. Había matado a un hombre.

Tiré a un lado el trozo de espejo, que se rompió con el impacto; pensé como una imbécil que me esperaban siete años de mala suerte, mientras me levantaba, tapándome la boca con las manos para no gritar.

—Micky, Micky… Creo que… Creo que está muerto, está muerto… —Empecé a levantar la voz, deseaba empezar a aullar como un perro; ¿pero qué había hecho, por el amor de Dios, qué había hecho?

Micky arrastró los pies hacia atrás y se dejó caer a plomo en el sofá, después me miró y meneó la cabeza con perplejidad.

—Micky, ¿qué hago ahora? ¿Qué hago…?

—Llama a la madera —dijo, como si las palabras se negaran a salir de su boca.

Me quedé paralizada, boquiabierta, las piernas se me hicieron de gelatina y se me revolvió el estómago; ¿llamar a la madera? Se me vino el mundo encima y empecé a sudar imaginándome la situación: me arrestan… No, nos arrestan a los dos, porque los maderos nunca se creerían que Micky no había hecho nada; lo verían como a un simple miembro de los Hijos del Demonio, un motero proscrito, un pandillero. Lo meterían en el calabozo sin pensárselo dos veces. Me imaginé cómo se vería todo desde fuera: un trapicheo de drogas que sale mal, las huellas de Micky en la bayoneta, signos de pelea por toda la choza, *speed* y Dios sabe qué más escondido por todos los rincones. Para los maderos no éramos más que basura, ¿cuántas veces nos habíamos visto acosados, perseguidos y apaleados por policías empeñados en ver en nosotros a la encarnación del mismísimo mal?

Irían a por nosotros, nos encerrarían de por vida. A nadie le importaría nuestra versión. Nuestras vidas se acabarían, pero mientras pudiera hacerle frente a aquella mierda se lo haría, porque no pensaba dejar que mi querido Micky pasara el resto de sus días entre rejas por un crimen en que no había participado.

—No podemos llamar a los maderos —balbucí, con la garganta seca y dolorida.

—¿Qué? Tenemos que llamarlos. Está… Está muerto. Tenemos que llamarlos. —No soportaba ver la expresión de desolación que ensombrecía su dulce rostro. ¿Micky encarcelado? Por el amor de Dios, no duraría ni un mes. Entonces me acordé de Carl diciéndome: «Es débil. No lo olvides, es débil y un día te darás cuenta, ¿comprendes?». Aquel día lo comprendí; lo vi muy claro: Micky era débil y yo no. Era yo quien debía salvarnos, debía sacar fuerzas de donde fuera.

Fue entonces cuando cometí el mayor error de mi vida. Me entró el pánico. Aquel musical halago me acarició el cerebro hasta que dejé de pensar y me dejé llevar por aquella demencial y primitiva melodía.

Me giré hacia la mesa, me chupé dos dedos y los metí en la bolsa de *speed*. Al sacarlos los tenía cubiertos de ásperos grumos de anfetas. Lamí el amargo polvo hasta que no me quedó ni un resto en los dedos y me pasé la lengua por las encías a la espera de que empezara a hacerme efecto y me proporcionara aquella gloriosa fuerza animal que tan desesperadamente necesitaba. En su día me encantaba el *speed* pero en aquella ocasión me hacía falta de verdad. O eso pensaba. Lo necesitaba. El *speed* sería la herramienta y el arma con que nos abriríamos paso hacia la salvación. Cómo debió de reírse Pan de mí, cuando la lógica, el tiempo y el espacio desaparecieron de mi mundo.

Entonces sentí que Dios arrancaba el motor de mi cerebro. Aquella mierda vomitó su fogoso vigor químico en mi sangre. Joder, no sé dónde habría pillado Terry aquel material, era deliciosamente bueno. Empecé a estremecerme y al cabo de unos breves segundos ya tenía las ideas claras. Había visto la única salida que nos quedaba, pero debíamos actuar con rapidez. Lo primero era deshacerse del cadáver, de Terry, y olvidar que aquella noche había existido. Me concentré al máximo mientras la droga seguía

aumentando su efecto. Chupé un poco más y le conté a Micky el plan.

Empezó a llorar. Una parte de mí sintió una pena descomunal por él, pero la otra no le hizo ni puto caso. Le dije que de todas maneras Terry estaba a punto de largarse y que nadie lo echaría en falta. Ayudé a Micky a levantarse, soltando todos los juramentos que se me pasaban por la cabeza. Cuando por fin se levantó y se quedó de pie, tiritando, me acerqué a la otra habitación y cogí una sábana raída. Luego le dije a Micky que me ayudara a quitarle la chaqueta y las botas a Terry y a envolverlo en la tela. No sangraba, ni una gota, pero cuando le toqué el occipucio para pasarle la manta por la cara, noté cómo el hueso del cráneo se metió un poco para adentro y me dieron ganas de vomitar allí mismo; tuve que descansar unos segundos, respirar hondo y coger fuerzas para seguir con el plan.

Me guardé la bolsa de *speed* en el bolsillo y le dije a Micky que acercara la furgoneta a la puerta. En ese momento me asusté, temerosa de que Micky decidiera largarse. Pero no me dejó. Entre los dos cargamos a Terry en la parte de atrás. Fue fácil. Sorprendentemente fácil. Entramos de nuevo en la casa. Me coloqué en medio del salón y recorrí toda la estancia con la mirada. Necesitábamos herramientas para deshacernos del cuerpo. Vi lo que necesitábamos junto a la ventana, escondido entre un montón de cacharros.

—Micky, coge el puto pico, está ahí, y la pala, la grande. No me discutas, cógelos, cógelos, por el puto amor de Dios…

—Billie, no, no debemos…

—¡Que cojas el puto pico y la puta pala, joder! —Le grité como nunca le había gritado; noté que se me encendía la cara, a pesar del frío que hacía en la gélida choza. Una vocecita me ordenaba que lo salvara, que lo salvara, que así me perdonaría. Que ya haríamos las paces mañana, pero que ahora tenía que salvarlo.

Miré a mi alrededor. No había manera, con aquel desorden se podían elaborar mil teorías. Le dije a Micky que saliera y cerré la

puerta de la casa. Nos montamos en la furgoneta y nos marchamos. Entonces le dije a Micky o, mejor dicho, obligué a Micky a que condujera en dirección al campo. Desde allí no tardaríamos mucho. La gente nunca se fija en lo cerca que está Bradford del campo. No había dejado de llover, pero entre la maraña de nubes se adivinaba la brillante luna, que iluminaba levemente la noche con su extraño resplandor numinoso; se podía ver sin problemas. Gracias a la droga, podía verlo todo con nitidez felina, si bien me hacía mecerme adelante y atrás intentando no pensar en la mercancía que transportábamos. Al final, vi un camino que atravesaba un par de extensos prados rodeados de unos espesos setos de espinos y más allá un soto y más prados. Le dije a Micky que se detuviera en un apartadero que había junto a la entrada de uno de los prados. Al otro lado de la entrada la tierra estaba arada, de modo que no nos costaría cavar.

—Baja. Lo enterraremos aquí… Venga, joder, tenemos que darnos prisa.

Me miró con ojos implorantes; su ancha cara era la de la persona más miserable del mundo.

—No puedo, no… No me hagas esto, Billie, por favor, te quiero, no me…

Le di un guantazo con toda la fuerza que pude. Nunca antes lo había abofeteado llevada por la rabia, no había tenido motivos. Bajó la mirada y le puse los dedos bajo la barbilla para que me mirara

—Baja. De. La. Furgoneta. ¿Me oyes? No podemos perder ni un segundo; Dios, te quiero, te quiero con todo mi corazón y toda mi alma pero esto ahora no, Micky, esto ahora no. Baja ya.

El aire fresco me despejó la cabeza aún más. Ayudé a Micky a arrastrar a Terry hasta la entrada y luego a meterlo dentro. Junto al seto vi un lugar donde parecía que nunca había entrado nadie. La sábana brillaba con blancura leprosa a la luz de la luna y me acojonaba el hecho de que alguien pasara por allí y nos viera o se detuviera a averiguar por qué había una furgoneta en el apartadero.

—Cava, cava aquí.

—No, no pienso cav…

—¡Que caves, hostias! Joder, ya no, Micky, y a no hay vuelta atrás, será mucho peor si nos descubren aquí, así que por favor, por lo que más quieras, cariño, cava…

Me dejé caer de rodillas sobre la blanda tierra. Sentí como si el olor a hierba mojada y mezclada con tierra y la extraña y acre fragancia del seto de espinos me inflaran la cabeza cuando me puse a arañar y retirar la tierra con mis propias manos, con la lluvia empapándome todo el cuerpo y golpeándome la cara cuando levanté la cabeza para mirar a Micky. No se dio cuenta de que estaba llorando ni oyó cómo se me partió el corazón.

Agarró el pico y la pala y se puso a cavar. El amor tiene dos caras muy distintas, la luminosa y la oscura; puede que él pensara lo mismo que yo, que cuando todo acabara, todo volvería a ser como antes. No lo sé, nunca lo sabré. Pero creo que aquella noche me siguió queriendo, porque hizo lo que tenía que hacer para que todo terminara lo antes posible: dejó de pensar y empezó a actuar como una bestia consciente de que tenía que hacer aquello para lo que había nacido, para ser un hombre fuerte. Ojalá hubiera tenido la misma fortaleza espiritual, aunque si todos los deseos se hicieran realidad, ahora vosotros no estaríais leyendo esto, ¿verdad?

No recuerdo cuánto nos llevó, ¿una hora? Creo que no tanto, la verdad es que no lo sé. Como Micky no era capaz de estarse quieto mientras cavaba, yo tenía que ir apilando la tierra para que no volviera a caer en el hoyo y también me acercaba de cuando en cuando a la entrada para cerciorarme de que no había nadie observándonos. Me aterraba la idea que alguien nos viera y no dejaba de imaginarme que se acercaban coches o que los perros nos delatarían con sus ladridos. Pero era una noche fría y lluviosa. Nadie querría salir de casa. Oí cómo gruñía Micky cada vez que hincaba el pico en la tierra, pero no hablamos; ¿qué podíamos decirnos?

Aquella fértil tierra sólo estaba empapada en su superficie, por debajo sólo estaba húmeda. Amontoné la tierra que después habría que volver a meter en el gran hoyo que Micky había cavado haciendo trabajar sus músculos y su ancha espalda con la fuerza bruta de una locomotora; parecía un *golem*, un ser de arcilla que me miraba con ojos inertes y que actuaba según mi voluntad. Entonces estimé que ya habíamos cavado bastante y, tras una nueva chupada de *speed*y barro, le dije que parara. Se quedó dentro del hoyo, empapado, con la camiseta pegada al torso, esperando… ¿qué? ¿Nuevas órdenes? No lo soportaba. Aparté la mirada y empecé a repetir de nuevo aquel patético mantra. Ya os arreglaréis mañana. Te perdonará si lo salvas… Pero luego estaba la vocecilla de Carl, que no dejaba de susurrar «Es débil, es débil…». Y yo soy fuerte, pensé cuando la droga volvió a aclararme las ideas; soy tan jodidamente fuerte que aplastaría las estrellas para salvarlo, sí, lo haré si es necesario.

Agarré a Terry y tiré de él —podía oír cómo me crujía la espalda— hasta dejarlo junto al hoyo. Micky salió y se quedó echado al borde, extenuado.

Cogí la sábana del borde y tiré de él, gimiendo por el esfuerzo, hasta que Terry cayó rodando al hoyo. Cayó boca arriba. Me froté los ojos con alivio y lo volví a mirar.

Era demasiado corto. El puto hoyo era demasiado corto. Las largas y delgaduchas piernas de Terry formaban un ángulo grotesco con el tronco, de manera que los tobillos quedaban apoyados en el borde. Como la sábana se había desenrollado por completo, había dejado a la vista los sucios vaqueros de Terry, que tenía las piernas tan rígidas como si fueran de piedra. Tenía el cuello torcido y la cabeza echada hacia delante, con lo que la lluvia caía en sus insensatos y gelatinosos ojos de comadreja y en su boca, que tenía abierta y salpicada y llena de barro.

No pude evitar reírme. Era ridículo, parecía una broma. La risa me espabiló tanto como la droga. Sus piernas, sus putas piernas,

joder; me reí hasta que caí de rodillas y empecé a toser como una vaca a punto de vomitar todos sus jugos gástricos. Entonces, de repente, se me quitó la risa. No había tiempo para hundirse, no había tiempo, no había tiempo. Hay que darse prisa, hay que ser rápidos. Me puse de pie y me acerqué tambaleándome a Micky.

—Levántate, levántate ya, coge la pala, es demasiado corto, el agujero es demasiado corto, no entra.

Micky gimió y se hizo un ovillo.

—No puedo cavar más, que Dios nos asista, Billie, no me hagas cavar más.

A pesar de los constantes y deslumbrantes rayos que parecían alumbrar el mundo entero, yo sentía una calma absoluta y me creía tan cruelmente pura como un ángel luchador. A pesar de la violenta lluvia, mi voz sonaba templada e increíblemente firme. Me parecía estar protegida por una campana de cristal que flotara a escasos centímetros de la revuelta tierra y que la lluvia rebotaba sobre aquella cosa dura y brillante en que me había convertido. Me sentía eufórica e imparable; en mi universo no había lugar para la piedad.

—No quiero que caves —le dije—. Pártele las piernas con la pala. Haz que quepa.

Entonces se produjo un silencio absoluto, como si el planeta entero y todos sus pobladores se hubieran congelado súbitamente. Micky se levantó, su precioso pelo pegado a la cara por la incesante lluvia, y me miró. Se quedó mirándome fijamente; entonces vi cómo su espíritu, su alma o lo que fuera que había convertido a Micky en el muchacho dulce y adorable que era, abandonaba su cuerpo y se perdía en la inmensidad de aquella caótica noche de camino al infierno.

Agarró la vieja y pesada pala, se colocó junto al borde del hoyo y la alzó sobre su cabeza, haciendo que se le marcaran los músculos de la espalda y los brazos. Entonces la dirigió con todas sus fuerzas contra la pierna de Terry, que se partió justo por debajo de la rodilla haciendo un ruido que pareció activar de nuevo el sonido del

universo; fue un crujido espantoso, como cuando alguien se cae de un árbol y desgaja la rama en que estaba sentado, o como cuando un bloque de hielo se separa de un iceberg, de esos que te dan escalofríos y te ponen la carne de gallina. Micky alzó y bajó la pala de nuevo para romperle la otra pierna, que se dobló hacia atrás de manera antinatural, como si fuera la pata de un pájaro; fue inhumano y vomitivo a más no poder. El cuerpo se hundió un poco más dentro del hoyo y

Micky dejó caer la pala. Se arrimó tambaleándose al seto de espinos y vomitó en la hierba, una y otra vez, hasta que no le quedó nada dentro.

Me sentía como la mierda, tenía los ojos tan abiertos que parecía que se me habían caído los párpados, y la sonrisa estúpida característica de los adictos al *speed*. Cogí la pala y terminé de meterle las piernas en el agujero, doblándolas hasta que el cadáver —Terry— cayó hasta el fondo del hoyo. Entonces empecé a meter la tierra; los terrones y las piedrecillas caían chapoteando sobre Terry. No sentía nada excepto que me movía rítmicamente; no notaba cómo se me iban sobrecargando los músculos de los hombros, ni las ampollas que me empezaron a salir en las manos ni el glacial frío que hacía. No podía ver los campos, ni la oscuridad de la noche ni a Micky. No dejé de echar tierra hasta tapar el hoyo por completo, tras lo cual allané la superficie, añadí un poco más de tierra y la volví a igualar. La tierra que sobró la esparcí por el campo y luego dejé caer la pala, me puse firme como una flecha preparada para salir volando, bajo la lluvia, mirando al cielo y con mis sanguinolentas manos estiradas. Abrí la boca y grité sin emitir sonido alguno hasta que un prieto nudo cerró mi garganta dolorida; me quedé allí, tambaleándome, intentando soportar el peso de lo que había hecho, aquella carga que, lejos de reducirse, iría incrementándose con el tiempo.

Aquel espanto es lo que hice. Aquel espanto es lo que le hice hacer a Micky. Nunca encontraron el cuerpo de Terry, pero claro, es

que tampoco lo buscaron. Si queréis os puedo llevar al lugar para enseñároslo; nunca he vuelto desde aquella noche. Quizá un día el granjero lo descubra al arar la tierra, pero eso ya son caprichos del destino que no puedo controlar.

Así que ya veis, soy una asesina; pero no es que me lamente de haber matado a Terry, no me duele haberle arrebatado la vida. Su vida no valía una mierda; sin embargo, su muerte no trajo más que devastación y desesperación a la mía. Soy una asesina porque aquella noche maté también a Micky. Mi juventud y mi ignorancia de que no conocía el mundo tan bien como pensaba me llevaron a creer que lo estaba salvando, pero me equivoqué y me costó muy caro. La telaraña de mentiras que empezó a extenderse aquella noche llegó a cubrir todo mi entorno con sus asfixiantes y lacerantes hebras, hasta tal punto que todo cuanto tocaba quedaba mancillado para siempre; y ya nunca pude dejar de mentir, cada vez debía llevar el engaño más lejos, cada día debía tender una nueva hebra para ensanchar la telaraña.

Lo recuerdo todo muy bien, como si hubiera ocurrido anoche mismo, a pesar de todo lo que ha llovido desde entonces. Cada vez que pienso en ello llego a la conclusión de que no tendría por qué haber pasado nada. Podría echarle la culpa al *speed*; sé que es evadir mi responsabilidad, pero sólo fue una herramienta, sólo me dio un empujoncito. Podría echarle la culpa a Terry, decir que me provocó, lo que es verdad hasta cierto punto, aunque yo no tenía por qué entrar en su juego. Lo normal hubiera sido no hacerle caso, me podría haber limitado a interpretar mi papel de chica acompañante y no hacer nada, nadie me hubiera reprochado nada, al contrario. Podría culpar a la sociedad y decir que estaba muerta de miedo porque me prejuzgaran y que no creía en la justicia, cosa muy cierta, pero muchos dirán que debería haber pasado de todo eso y haberme enfrentado al sistema, como todo el mundo. Podría culpar a mi familia y decir que la rabia que me provocaba cómo me trataba me llevó a hacerlo. También es verdad, en cierto modo, pero

muchísimas personas han tenido una infancia difícil y llevan vidas normales de adultas, en vez de ir por ahí matando gente. Podría poner infinitas excusas; pero ¿para qué? Lo hice y punto.

Tomé una decisión, la equivocada. Fui arrogante y me las di de fuerte. Era muy joven; ahora cada vez que miro atrás, lloro por la chica que fui, porque ahora soy vieja y me da lástima.

Y aquí viene lo jodido, el quid de la cuestión. Estáis leyendo esto, quienesquiera que seáis; olvidaos por un momento de toda la mierda que la sociedad arroja sobre nosotros desde el momento en que nacemos —prejuicios, moral, reglas y prohibiciones, la santurronería del «soy mejor que ellos», etcétera—y pensad qué hubierais hecho vosotros de haber estado en mi pellejo. No qué debería haber hecho yo, no lo que se supone que tendría que haber hecho yo. Nada de esa mierda.

¿Qué hubierais hecho vosotros entonces? ¿Qué haríais ahora?

Os contaré algo para ayudaros a decidirlo: tras la investigación de lo de Natty, cuando quise darme cuenta estaba en la puerta de la comisaría central de Bradford, más muerta que viva. Era por la tarde, un día gris, más bien soso, la ciudad estaba muy tranquila. Cuando me vi reflejada en el sucio cristal de la puerta doble me pareció como si ascendiera entre las turbias aguas de una piscina contaminada hacia la tensa superficie curva. Al estirar la mano para empujar la puerta, la tensión de la superficie se rompió permitiéndome acceder al edificio, momento en que empecé a sentirme como una beata que fuera a confesar hasta el más íntimo de sus pecados.

Me acerqué al mostrador, siguiendo con obediencia los cordones que habían puesto para que la gente formara una ordenada cola. La recepcionista, una chica muy guapa uniformada con su camisa blanca, se me quedó mirando a ver qué le decía. Hice además de hablar.

H Entonces todos mis fantasmas vivientes empezaron a aullar a coro y tras ellos danzaron las siluetas de los muertos; vi a mi gente,

sus rostros, sus manos ansiosas por agarrarme, y todos me hacían la misma pregunta: ¿por qué nos castigas así? ¿No es ya bastante malo lo que has hecho que también tienes que jodernos la vida a nosotros? Mi madre, Jen y su familia, Leckie y sus padres, Micky y su nueva familia… Todos saldrían perjudicados, algunos incluso se hundirían por completo si dejaba caer aquella última gotita con la que sólo pretendía aliviarme a mí misma… Porque es lo que ocurriría. Terry no regresaría, ni Natty ni ayudaría en absoluto ajas. La chica debió de extrañarse porque me preguntó si me encontraba bien, a lo que le respondí: «Sí, sí… Lo siento, discúlpeme… Es que… Es que… Alguien ha estado acosándome por teléfono, ¿qué puedo hacer?».

Así que ya veis. No fui capaz, no podía traicionarlos. De modo que no me quedó más remedio que decir otra mentira. Tendré que llevarme la verdad a la tumba, esa verdad que me visita insistente cada noche. Y la tentación de confesar, de que se me dé mi merecido en público para que después pueda quedar absuelta, siempre está ahí. Y ahora no puedo sino suplicar, más que nunca. Oh, Dios, libérame de esta cruz, líbrame de culpa; ése sería el paraíso para mí.

Pero no puede ser, no debo hablar, nunca. Mantener el secreto, cargar con él, es la única manera que me queda de demostrarles que los quiero, a todos, incluso a los que ya sólo viven en mi corazón. Porque los quiero, eso puedo asegurarlo, los quiero mucho. Sí, incluso a mamá y a Micky y a Jen… Puede que ellos ya no me quieran; pero eso no importa, ahora lo sé. Ya veis, todo cuanto he hecho, lo he hecho por amor. Eso es lo horrible… Y lo hermoso. Todo por amor; y yo que pensaba que el amor siempre servía para arreglarlo todo. Pero no es así como funciona, no puedes esperar una recompensa cuando amas a alguien. Papá lo sabía bien, creo, algo que al final acabó con él. Pero como se suele decir, que tú ames a alguien no implica que ese alguien te vaya a querer a ti, no

significa que estén en deuda contigo. Uno siente lo que siente, y eso es lo bonito; el amor que uno siente es la propia recompensa.

Los quiero y ahora lo mejor que puedo hacer es alejarme todo lo posible de la tentación.

Así que ahora no puedo sino huir. Huir.

Epílogo

Sra. B. Morgan
Pensión Minoa
Sougia
Creta

Querida Leckie,

Por fin te puedo escribir una carta como Dios manda. Estoy tecleando estas líneas con la vieja máquina de escribir del señor B., que es el propietario de esta pensión y, como le encantan los gatos, nos llevamos bastante bien; los cretenses sienten un gran respeto por sus gatos, puede que se deba a la influencia egipcia. El señor B. tiene un viejo y enorme gato de color melado y cubierto de heridas de guerra al que yo llamo Mermelada y él Aquiles y conspiramos para sobrealimentarlo a todas horas. Hace que extrañe a mis mininos, pero tu madre es una santa, los cuida muy bien, sobre todo a *Gengis*. Espero que ahora tu padre se sienta un poco mejor, estas cosas te pueden

dejar pasmado. Dale recuerdos, y a tu madre también.

Tengo mucho que contarte, han pasado un montón de cosas desde que me marché, hace ya como un año, ¿no? Siento no haberte escrito antes —no cuento los *e-mails*, que son útiles, sí, pero no te permiten decir lo que realmente quieres expresar—. Pero como tampoco puedo comprimirlo todo en una carta, no te queda más remedio que visitarme, ¿vale? Estás llevando muy bien la tienda, no puedo creer lo que ha engordado mi cuenta bancaria: gracias al *thorbysmo*, supongo. Sobre lo de redecorarla, haz lo que consideres que quedará mejor, aquello que me dijiste de poner una madera rojiza suena bien, dará sensación de sosiego, no sé si me explico. Imagino que te habrá llegado la última partida de material que te envié desde Marruecos. Quizá puedas utilizar algo.

Me quedaré una temporada aquí, en Sougia. En realidad es la razón por la que te escribo; parece que por fin las cosas van mejorando. En serio, tengo buenas noticias. No puedo decir que este haya sido el año más jubiloso de mi vida, pero

creo que el sol acabará saliendo de nuevo.

Lecks, éste es un lugar maravilloso: es una aldea pequeñita que todavía conserva su belleza natural y la gente es muy responsable. Puedo verlo todo desde mi terracita: los nudosos y marañosos tamariscos parecen irradiar un aura dorada. Por no hablar del mar. Es increíblemente hermoso. Esta noche es del color del zafiro purpúreo, y el cielo es como una sábana de terciopelo añil salpicado de diamantitos; puedo oler los pinos, los jazmines y el áspero y terroso aroma de las colinas de detrás de la aldea, mezclado con la fragancia del tomillo silvestre. A decir verdad, creo que esto es una especie de edén. Hoy he estado mirando algunos sitios para irme de alquiler, incluso puede que acabe comprando algo. Estoy considerando muy en serio el mudarme aquí, sino para toda la vida, al menos durante una larga temporada. Los últimos tres meses han sido de ensueño para mí, como si se hubiera hecho realidad mi fantasía de vivir en un lugar así.

Pero pasemos a lo importante. Recordarás que te dije que trabajaba de camarera en la cafetería *hippy*

que lleva un alemán, para entretenerme, más que por otra cosa; bien, pues Uwe, el propietario, me dejó colgar algunos de los cuadros que he pintado de los paisajes de Creta; cree que le dan al local cierta atmósfera de galería europea. Así que ayer, cuando iba a toda prisa de aquí para allá, cargada de cafés y ensaladas de feta, como siempre, un tipo me preguntó que quién era el autor. Cuando le contesté que yo, me pidió que le enseñara más trabajos. Estuvimos charlando un rato y parece que congeniamos —es inglés, de Stoke—; la otra noche le enseñé más cuadros y ¿sabes qué? Me ha ofrecido un empleo de profesora de pintura para los grupos que vienen a su hotel de viaje cultural; «Vacaciones Artísticas en Creta» lo llama, para que te hagas una idea de lo que es. Dice que la gente que viene aquí quiere ver arte, salir a pasear, visitar los sitios más interesantes, las iglesias, etcétera; nada de actividades fatigosas. Pero me dijo que le encantaba como empleo el color, que lo hago «vibrar», que es «magistral»; al parecer es lo que busca. Así que he decidido aceptar la oferta. Porque si

no sale, ¿qué más da? No pierdo nada.

Sigo: en uno de los cuadros que he pintado sale Yev encaramado a una pared enjalbegada; de fondo hay una cortina de relucientes buganvillas rosas y una franja de cielo azul. He pintado montones de retratos: de Kirkos, de Irina, de Yanni, de Monika, la pareja de Uwe… No te emociones, pero Yev es mi… ¿Dios mío, qué puede ser a mi edad? Es mi novio. Tengo novio, sí, o compañero, o como se diga. Vamos, que salgo con un tío. Llevamos viéndonos desde hace un mes o así, en plan serio, ya sabes. Sé que no es mucho tiempo, pero creo que hemos conectado de verdad. Es ruso, no griego, aquí hay muchos inmigrantes «invisibles»: serbios, croatas, rumanos y rusos. Emigran aquí o simplemente huyen de los devastados lugares de los que proceden o, como en el caso de Yev, vienen buscando la oportunidad que se les negó de llevar una vida digna antes de morir. Vive de trabajos esporádicos, lo mismo recoge vasos que atiende la barra que ayuda a Kirkos en la tiendecita de ultramarinos. No sé, lo que le va saliendo.

Su verdadero nombre es Evgeni y, tiene cuarenta y dos años —no puedo decir que sea una asaltacunas— y procede de una zona de Moscú que se llama Presnya. Por lo que me ha contado, allí la situación está muy complicada y creo que Yev fue un chico problemático de joven. Se movía con una pandilla y eso. A alguna gente le podría producir rechazo, pero para mí era algo que teníamos en común. No le ha tocado una vida fácil, todo lo contrario, no sé, un poco como yo. Quería ir a la universidad y ser escritor, pero como su familia no era lo bastante adinerada o influyente su única opción fue la calle. Eso sí, es autodidacta, a pesar de todo, y he podido leer algunos de sus poemas; son algo rudimentarios y quizá se pierda algo de la esencia al traducirlos, sin embargo son evocadores, como un bosque en invierno. Me gusta su poesía, pero no sólo porque él me atraiga. No sé cómo llegó a juntar el dinero para salir de Rusia, a saber… Ya me lo dirá si quiere. Al principio era lo único que hacíamos, hablar de nuestras vidas y beber café. Yev tampoco bebe; dice que la locura de la juventud la dejó en Rusia. Estaba

casado, pero todo terminó hace años. Tiene una hija que echa muchísimo de menos, pero la niña se fue con su madre. Y, en esencia, eso es todo. Le hablé de Natty. Se lo tomó bien, con calma. Me comprendió, Leckie, y no se escandalizó ni salió corriendo.

Te incluyo una foto de él; yo soy la del vestido azul, por si no me reconocías; en efecto, a veces prescindo del negro. Y no te desmayes, pero también tengo un *sarong* rosa. Ahora, con el pelo largo y bronceada, parezco bastante femenina, al menos todo lo femenina que alguien como yo puede parecer. Como puedes ver, Yev no es ningún modelo, está bastante delgaducho y tiene aspecto de cansado, pero lo que no se puede apreciar en la foto son sus hipnóticos ojos grises claros, que parecen los de un lobo, ni sus manos, grandes y robustas, de dedos largos y huesudos. Además tiene un gran sentido del humor, muy agudo e inteligente; a veces tiene unos puntos que te partes, y luego tiene ese acento, no sé, tan *sexy*. Me gusta un montón, pero yo ya no pido la luna, así que lo que sea, será. Ya me entiendes.

Y esto es lo que hay, señorita. Empiezo una nueva etapa. Me va bastante bien. Desde luego, a veces me sigo poniendo triste cuando pienso que a Natty le encantaría estar aquí o en un lugar parecido, y se me abre el alma, como si alguien quisiera arrancarme el corazón. Pero cada día lo voy asimilando un poco más, puedo recordarlo sin echarme a llorar y sin que me vengan todos esos recuerdos tan espantosos; ahora sólo pienso en él con amor, lo que es buena señal. Ahora necesito que vengas a verme, en verano, sería perfecto. Prométeme que vendrás. Voy a bajar a buscar el pan a donde Kirkos, y luego Yev y yo vamos a ir a pasear hasta la vieja capilla de la colina. Te deseo lo mejor, ¿vale?

Besos,

Bill



JOOLZ DENBY (nacida Julianne Mumford, 9 de abril de 1955 Essex, Inglaterra) es una poeta, novelista, artista y tatuadora inglésa radicada en Bradford, West Yorkshire lleva cerca de 35 años desarrollando su carrera profesional como escritora, organizadora y participante de diversos actos culturales de todo tipo. En su faceta de novelista ha sido galardonada en numerosas ocasiones. Su novela *Stone Baby* obtuvo el premio que otorga The Crime Writer's Association Award para el New Crime Writer of the Year («nuevo escritor de crimen del año») y su última obra, *Billie Morgan*, resultó finalista del prestigioso premio literario Orange de 2005.

Con esta obra se adentra en los secretos de la contracultura, ofreciendo una mirada en absoluto complaciente hacia el mundo de los grupos juveniles y los ideales revolucionarios propios de la adolescencia. Un retorno lleno de intriga al pasado en el que más de un lector se sentirá retratado.

Notas

[1] *My Old Man's a Dustman* es el título original de la canción (N. del T.). **<<**

[2] *Stormy Weather* es el título original de la canción (N. del T.). **<<**

[3] En español en el original (N. del T.) **<<**